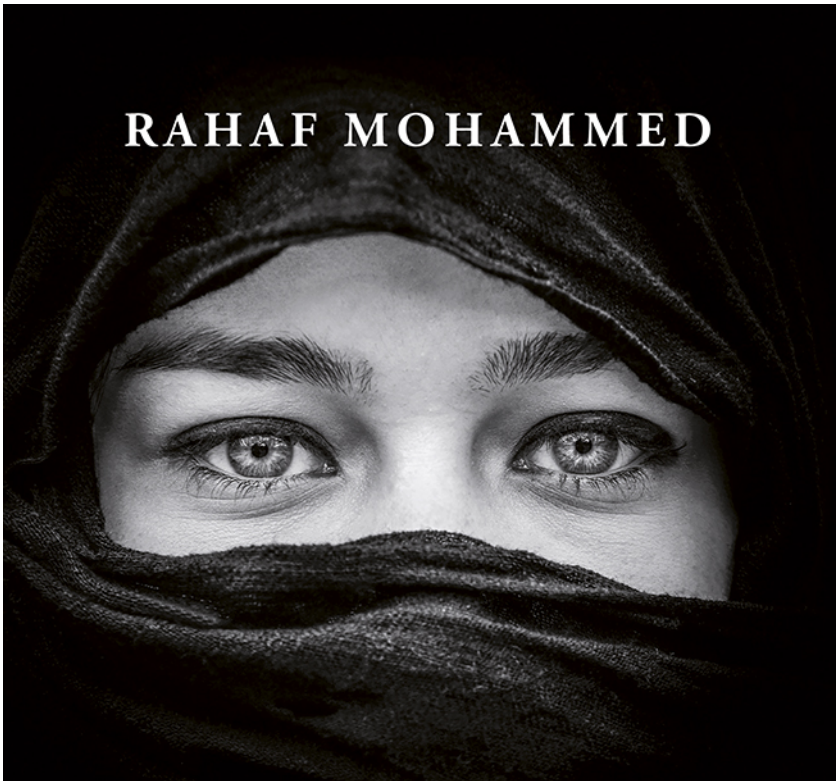
RAHAF MOHAMMED



REBELDE

MI HUIDA DE ARABIA SAUDÍ HACIA LA LIBERTAD

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. La huida
2. Niña
3. Mandamientos sagrados
4. La cruda realidad
5. Códigos secretos
6. Escapar
7. Logros y consecuencias
Carta a mis hermanas que necesitan huir de las vidas que están viviendo
Bibliografía
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Rahaf Mohammed apostó por la libertad y la consiguió. El 5 de enero de 2019, después de tres años de planificación, logró huir de su familia y dejar atrás Arabia Saudí para empezar una nueva vida lejos de los abusos y maltratos a los que era sometida por su condición de mujer y lesbiana.

En sus memorias, ofrece una mirada íntima e inédita sobre la terrible realidad de la vida como mujer en uno de los países más conservadores y misóginos del mundo, donde las niñas se crían en un sistema represivo que las somete al control legal de los tutores masculinos. Este libro es un grito de desesperación y de rebeldía contra la hipocresía de un sistema patriarcal en su máxima expresión.

Rebelde

Mi huida de Arabia Saudí hacia la libertad

Rahaf Mohammed

narra su historia a Sally Armstrong

Traducción de Gema Moraleda

ediciones península

A todas las mujeres que luchan por su libertad

1

La huida

31 de diciembre de 2018

Lo único que me separaba de la libertad era un trayecto en coche. Hacía más de un año que estaba lista, esperando el momento adecuado para escapar. Tenía dieciocho años y me aterraba que mi meticuloso plan fracasara. Pero mi corazón se rebelaba en contra del omnipresente terror y la crueldad de las leyes y tradiciones ancestrales que oprimen y en ocasiones también matan a las chicas como yo en Arabia Saudí. Y me sentía eufórica cuando imaginaba mi vida lejos de allí.

Llevaba encima el teléfono, pero mi pasaporte lo tenía mi hermano mayor. Era crucial hacerme con él y esconderlo para poder usarlo cuando llegara el momento. Yo intentaba comportarme con normalidad, como una hija responsable que hace la maleta para irse de vacaciones, intentando apaciguar los embates de la ansiedad mientras observaba desde mi habitación cómo mi familia se preparaba para partir y después nos sentábamos a comer juntos antes de emprender viaje.

Íbamos a la ciudad de Kuwait, un viaje de diez horas en coche desde Hail, donde vivíamos, para pasar una semana de vacaciones en familia visitando a unos parientes. Era la oportunidad que había esperado para llevar a cabo mi plan. Allí sentada, viendo a mis hermanos llevar las maletas al coche, sentí una mezcla de tristeza e impaciencia. Estaba dividida entre el deseo de abrazar a mis hermanos, algo que, de hecho, está prohibido porque se considera un acto sexual, y la esperanza de que nada se interpusiera en mi

plan de huida.

Las paredes que me rodeaban estaban vacías, nada en ellas indicaba que una mujer joven habitaba aquel cuarto. En aquella estricta sociedad no era *halal,* admisible, que las paredes de tu habitación lucieran símbolos de vida. Lo contrario se denomina *haram,* que significa prohibido. Recuerdo que me quitaron el osito de peluche que tenía sobre la cama cuando era pequeña porque era *haram,* solo el Profeta puede ser imaginado en una fotografía o figura. Mis viejos dibujos de personas y animales fueron confiscados, porque se considera que cualquier cosa que tenga alma compite con el Profeta y, por lo tanto, es *haram.* Había libros de texto y libretas por todas partes, que me recordaban que acababa de terminar mi primer semestre en la Universidad de Hail a la que ya no regresaría. Me senté en la cama a contemplar mi vida de chica saudí que quería a su familia pero que no podía soportar el terrible mantra de «las chicas no pueden» que le repetían con convicción; la hija y hermana rebelde que se alejaba por culpa de una mezcla tóxica de contradicciones culturales.

En el colegio me enseñaron que Arabia Saudí era la envidia de todo el mundo; el mejor país y el más rico, el que tiene más petróleo; un país que exige a sus ciudadanos que realicen la *hach,* la peregrinación a La Meca, al menos una vez en la vida para reafirmar el sentido de su existencia en este mundo. Ya de niña me preguntaba por qué el petróleo, los complejos turísticos y las peregrinaciones hacían que el resto del mundo quisiera vivir aquí. Y siempre me molestó que, por el simple hecho de completar la *hach,* cualquiera pudiera ser perdonado por todo lo que hubiera hecho en su vida, aunque fuera pegar a su mujer o asesinar a un desconocido.

Mi mirada infantil se había alimentado de otros aspectos de la vida saudí: las montañas cercanas a nuestra casa, que nos invitaban a visitarlas con las cestas de pícnic para dar agradables paseos; los inacabables desiertos en perpetuo cambio, que siempre despertaban mi imaginación, con sus dunas sinuosas, que pasaban del frío beige al rojo ardiente a la salida y la puesta de sol. Cuando mi familia iba de noche al desierto, normalmente para huir del

sofocante calor estival, jugábamos al escondite en la oscuridad, esforzándonos por caminar sobre la arena blanda, cazando conejos y jerbos (un roedor del desierto) y persiguiéndonos sin preocuparnos por nada más. Hacíamos carreras y el ganador se llevaba un premio. Cantábamos, recitábamos poemas y bailábamos una danza tradicional llamada *ardah,* que está reservada a los hombres, pero que bailábamos con nuestros hermanos por diversión. Y nuestros padres siempre nos contaban historias distintas de las que nos contaban en el colegio. Algunas trataban sobre la dinastía Rashid, que gobernaba en esta región antes de que la familia Saúd los asesinara y se hiciera con el poder; otras eran sobre la historia de nuestro pueblo y la capacidad de los nómadas beduinos para subsistir en el desierto con la comida imprescindible y llevando una vida sencilla. Pero las historias que más nos gustaban eran las que hablaban de amor, de cuando eran jóvenes. Compartir viejas historias es lo que mantiene unida a una familia; nunca nos cansábamos de oír hablar del pasado. Yo sabía que estábamos creando recuerdos preciosos.

Sin embargo, desde pequeña, también era consciente de las muchas contradicciones de mi tierra natal. Aunque el paisaje se compone en su mayoría de tonos de beige y blanco, con parches de verde cerca de los oasis de agua, y montañas con salientes rocosos y árboles, los colores cálidos y suaves de Arabia Saudí contrastan duramente con la imagen de cuerpos envueltos en sacos negros paseando por sus senderos. Las mujeres y las niñas de más de doce años van cubiertas para evitar que cualquier hombre pose su mirada en las formas de su cuerpo. De hecho, en mi familia, yo tuve que empezar a lucir *abaya*, una especie de vestido negro amplio y recto que cubre todo el cuerpo desde los hombros, a los nueve años, y *niqab*, que es como una máscara sobre nuestro rostro, que solo deja ver los ojos, a la tierna edad de doce años. Aún era una niña cuando empecé a preguntarme si aquello era algún tipo de castigo. Si es el hombre quien no puede controlarse, ¿por qué debe ser la mujer quien se esconda detrás de tela como si fuera culpa suya? Y si las mujeres tienen que cubrirse, ¿por qué los hombres que no visten vaqueros o ropa occidental llevan túnicas

blancas, que reflejan el calor abrasador, mientras las mujeres deben vestir de negro, que lo absorbe?

Más de la mitad de los 34 millones de habitantes de Arabia Saudí tienen menos de veinticinco años, y yo pensaba que eso era un buen augurio de cambio. Sin embargo, aunque los gobernantes del reino, que afirman actuar en nombre de Dios, han instaurado algunos cambios en la estricta normativa islámica que rige a los saudís y han hecho llamamientos a la tolerancia y la moderación, siguen crucificando, decapitando y torturando a todo aquel que no esté de acuerdo con el Gobierno. La *mutawa*, es decir, la policía religiosa, patrulla las calles, e incluso las universidades, supuestamente para asegurarse de que la ciudadanía «disfruta de lo bueno y evita lo malo», lo que significa que las tiendas cierran cinco veces al día durante la oración, las normas de vestuario para las mujeres se aplican de forma estricta y la separación entre sexos se cumple con fanatismo, igual que la prohibición del alcohol. Pero, en realidad, muchas personas no rezan, las chicas quedan con sus novios a escondidas y muchos beben alcohol sin que nadie se entere. Dado que el 90 % de la fuerza de trabajo está formada por extranjeros, los saudís no desempeñan trabajos no cualificados; si te escapas para ver a un amigo, los indios o los afganos que trabajan en la cafetería no van a denunciarte, y ni siquiera van a entender el idioma en el que hablas. La mayoría de los saudís que trabajan, lo hacen para el Gobierno, donde los hombres duermen la siesta por la tarde y acostumbran a reunirse a partir de las cinco de la tarde para socializar hasta pasada la medianoche.

Mi familia practica el islam suní de la tribu Shamar que gobernó la región de Hail hasta que llegó la familia Saúd. Hail es la capital de esta región, situada al noroeste del país. Es la zona más conservadora de Arabia Saudí, y su población es conocida por su generosidad, que es el motivo por el cual nuestros hogares están siempre abiertos para venir a comer o a tomar café. Mi familia forma parte de la élite: vivimos en Salah Aldin, la zona acomodada de Hail, donde no hay grandes tiendas, solo viviendas, en una gran casa con nueve dormitorios, dos cocinas (la de la planta baja es para cocinar, la otra, en la segunda planta, es solo para

tentempiés), diez baños, seis salones y un pequeño jardín. Tenemos una persona que cocina, otra que conduce y otra que se encarga de la casa, y seis automóviles familiares; el que nos espera en la puerta para llevarnos a Kuwait es un Mercedes negro. Mi familia también cuenta con privilegios y muchas ventajas, como el hecho de poder ir de vacaciones a otros Estados árabes como Jordania, Qatar, Bahréin, Emiratos Árabes Unidos y Turquía.

Pero cuando pienso en formas de alimentar mi alma, hay muchas cosas que no tenemos. Imagina: mi casa no tiene balcones; las buenas mujeres no se sientan en el exterior, donde puedan ser vistas. Y las ventanas están cerradas para que ningún hombre vea por casualidad a una mujer en su interior. Las mujeres, es decir, las mayores de nueve años, no pueden salir para ir a ver a los vecinos o al bazar, aunque solo sea para comprar lencería o maquillaje, ni salir a pasear sin un marido, hermano o hijo presente para controlarlas. Tenemos prohibido ir al cine, pero vemos películas estadounidenses en el ordenador. Que los musulmanes se conviertan a otra religión es ilegal. Los ateos se consideran terroristas, al igual que las feministas. La homosexualidad se castiga con la muerte. El matrimonio entre primos es lo normal; de hecho, hay tantos saudís casados con sus primos que los expertos en genética están intentando convencer a la gente de que deje de hacerlo, por el enorme aumento de distintas enfermedades genéticas graves. También es habitual tener más de una esposa, y, además, los hombres pueden divorciarse de sus mujeres solo con repetir tres veces «me divorcio de ti». Esto se conoce como el «triple *talaq*».

Estos son los ingredientes de un país tribal que escribe sus propias leyes y desafía al mundo exterior. Es un país tan hipócrita que, aunque la religión lo rige todo (la educación, el sistema judicial, el Gobierno), el 95 % de los edificios históricos de La Meca, la mayoría de los cuales tienen mil años de antigüedad, han sido derruidos por un terror fanático a que roben atención al Profeta. Incluso los relacionados con la familia de Mahoma han sido destruidos. Y aunque la mayoría de las mujeres van cubiertas por unos sacos negros, las presentadoras de las noticias del canal

de televisión propiedad de la familia real visten con ropa occidental. Todo es pura fachada. En Arabia Saudí se juega a la hipocresía.

Los hombres son lo más importante en mi país. Son quienes toman las decisiones, ostentan el poder y preservan la religión y la cultura. Las mujeres, por otro lado, no son tenidas en cuenta, sufren acoso y son objeto de una obsesión enfermiza de los hombres con la pureza. Es una estructura frágil, compleja y retorcida, que corre el riesgo de desmoronarse si se enfrenta a la verdad.

Mi padre, Mohammed Mutlaq al-Qunun, es uno de los líderes de Arabia Saudí, ya que es el gobernador de Al Sulaimi, una ciudad a unos 180 kilómetros de Hail, y su trabajo lo lleva a relacionarse con la familia real. No vive con nosotros. Tomó una segunda esposa, lo que es legal en Arabia Saudí, cuando yo tenía catorce años, y una tercera cuando yo tenía diecisiete. Eso lo cambió todo para mí, para mi madre y mis seis hermanos. Mi padre dejó de ir de vacaciones con nosotros y mi madre, Lulu, se sintió tan profundamente rechazada y herida que su personalidad cambió. Pensaba que mi padre se había casado con otras mujeres porque ella se estaba haciendo mayor y él quería esposas más jóvenes. Y tenía razón.

Por eso mamá, mis hermanos y yo nos íbamos solos de vacaciones. Soy la quinta de siete hermanos. Tengo una hermana mayor, Lamia, que está casada, y la segunda más mayor, Reem, no podía venir. Así que íbamos seis personas en el coche: Majed iba delante con mi hermano mayor, Mutlaq, que conducía; Mamá y yo nos apretábamos detrás con mi hermano pequeño, Fahad, y mi hermanita Joud. Yo tenía que ir en medio porque, aunque vestía abaya y niqab, nadie debía verme por las ventanillas. Eso acabó siendo una gran ventaja a la hora de ver dónde había escondido los pasaportes mi hermano y atreverme a pescar el mío en un momento de distracción.

Cuando ya estábamos todos abajo entrando en el coche,

apareció mi padre para despedirse y darnos dinero a todos para las vacaciones. Yo ya estaba dentro del vehículo cuando él llegó. Mi padre tiene una gran sonrisa amable, tan atractiva que no le cuesta nada entablar relación con la gente. Me alegré de que el niqab cubriera mi rostro porque, aunque le estaba devolviendo la sonrisa, él se habría percatado de mi tristeza al verlo por última vez. Lo que siento por mi padre es muy ambivalente. Me trató muy mal e hizo cosas horribles a mi hermana y a mi madre, pero de algún modo lo sigo queriendo. Sentía que lo que él, e incluso mi madre, y por supuesto mis hermanos esperaban de mí era lo que me obligaba a alejarme. Me pedían sacrificios que, sencillamente, no iba a hacer. Cuando me corté el pelo, me encerraron en una habitación hasta que se les ocurrió una excusa para mi nuevo aspecto. Al final, me obligaron a llevar turbante para esconderlo y le contaron a todo el mundo que se me había quemado el pelo por accidente y me lo habían tenido que cortar. Salir a la calle sin cubrirse el rostro con el niqab era una ofensa duramente castigada, y mi familia me ha propinado puñetazos, patadas y bofetadas por ello. Si descubrieran que tuve relaciones sexuales con un hombre sé que me matarían para salvaguardar su honor. O, como mínimo, me obligarían a casarme con un hombre elegido por ellos. Tenía que huir, de lo contrario no podría vivir a mi manera y acabaría pagando con mi vida cualquier error que cometiera. Yo veía aquel viaje como el primer día de una nueva vida que había estado esperando desde que había suplicado poder asistir a la universidad en otra ciudad y me lo habían negado rotundamente; era mi oportunidad para evitar quedar atrapada en el tipo de vida que llevaban mi madre y mis hermanas mayores.

Cuando el coche empezó a alejarse del único hogar que yo había conocido, no miré atrás. Pero al dejar el barrio y tomar la autopista no pude evitar ver en la distancia las dos montañas, Aja y Salma, símbolos de la felicidad y la tragedia, que aún me persiguen. Hail está rodeada de montañas, pero esas dos, situadas en el norte de la ciudad, son de las más altas y reconocibles de la región. Todos los de aquí saben que fueron el escenario de una historia de amor. Aja, que era de la tribu de los amalecitas, se

enamoró de Salma, que pertenecía a otra tribu. Se declararon amor mutuo pero sus padres no les dieron permiso para casarse. Así, los amantes desdichados huyeron juntos, pero sus familias los capturaron y asesinaron. Aja fue crucificado en una de las montañas y Salma en la otra. De pequeña ya era consciente de que esta historia de amor se contaba tanto por su romanticismo como por su valor como advertencia.

Mi reflexión sobre aquellos lejanos días en las montañas no duró, porque casi inmediatamente empecé a obsesionarme con cómo recuperar mi pasaporte. Había observado a mi hermano Mutlaq al subirse al coche. Sabía que él llevaba todos los pasaportes, su papel como el hombre más mayor durante el viaje era guardar los documentos importantes. Cuando viajábamos, solía llevarlos en el bolsillo, porque temía que se los robaran, pero aquella vez nos sentíamos seguros porque íbamos todos juntos en el coche para ir a visitar a nuestra familia en Kuwait. No aparté la vista de él desde el momento en que se sentó en el asiento del conductor. Entonces vi que metía todos los pasaportes en la guantera. Además de eso, también me preocupaba quedarme sin teléfono, que alguien me lo pidiera para llamar y se lo quedara. Todo mi plan estaba guardado en ese dispositivo con un nombre en clave, incluido cómo reservar un billete de avión a cualquier parte, cómo entrar en páginas web, cómo ir desde Kuwait a Tailandia, qué hacer y dónde alojarse en Tailandia y cómo reservar un billete de avión desde allí a Australia, que era donde quería llegar en última instancia y donde tenía pensado solicitar asilo. En el teléfono también tenía una lista de amigas que habían huido a distintas partes de todo el mundo. Llevaba más de un año comunicándome con ellas en Alemania, Francia, el Reino Unido, Canadá, Suecia y Australia. Estas amigas me habían dado muchos consejos, en los que confiaba plenamente, para superar distintos obstáculos, por ejemplo, el hecho de que los agentes de aduanas australianos, que no quieren inmigrantes en su país, obliguen a llamar a sus padres a las chicas saudís que llegan. Una de mis amigas me avisó de esto, así que acordé con un amigo del Reino Unido que usaría su nombre y su número de teléfono si tenía que

hacer esa llamada. Tenía todo tipo de trucos y posibles problemas guardados en el teléfono. También tenía dinero, unos diez mil riyales saudís (2.300 euros), escondidos en la cuenta corriente de un amigo. Llevaba siete meses ahorrándolos y tenía las contraseñas de la cuenta. Mi plan era ir a Kuwait con mi familia y, en cuanto me hiciera con el pasaporte, escapar, llegar al aeropuerto, comprar un billete a Tailandia y, desde allí, ir a Australia. Tenía amigas que me irían a recoger al aeropuerto.

Era medianoche cuando cruzamos la frontera con Kuwait. Al llegar al hotel, la temperatura había bajado hasta los siete u ocho grados. Yo estaba temblando, pero sabía perfectamente que aquello se debía mucho más al miedo que al frío nocturno. Eran las dos de la madrugada cuando entramos en nuestra habitación. Aún no tenía el pasaporte, porque no había tenido ninguna posibilidad de cogerlo. Inspeccioné la suite del hotel: dos habitaciones: una para mis hermanos, la otra para mi hermana, mi madre y yo, un baño y un salón. Yo sabía que tendría que irme desde allí, pero compartir habitación con mi madre iba a ser un problema, porque tiene el sueño ligero, y se despertaría si yo me movía durante la noche. Así que le pedí que durmiera en el salón. La excusa fue que la habitación era pequeña y que solo había una cama doble para las tres; ella estuvo de acuerdo en que estaría mejor en el salón.

Las vacaciones fueron estresantes. Tenía que fingir que participaba de las compras, las comidas y las visitas, cuando en realidad estaba observando y esperando el mejor momento para escapar. Pasamos varios días comprando ropa en el centro comercial, y yo me quedé con una minifalda sin que nadie se enterara y me la metí en el bolso. En mi país estaba prohibido mostrar las piernas, pero tenía pensado lucirla muy pronto en Australia. Y llevarla en el bolso alimentaba mi deseo de huir de mi familia. También fuimos a la playa, lo que fue una experiencia nueva para mí, una experiencia que me hizo juzgar aún con más dureza los sacrificios que tienen que hacer las mujeres en Arabia Saudí. Mi madre me dijo que las mujeres de la playa que se metían en el agua en bañador eran putas, malas chicas. Yo sabía que eso no era cierto. ¿Por qué era correcto que los chicos, mis hermanos,

estuvieran haciendo el tonto en el agua, nadando, salpicándose, refrescándose y divirtiéndose, pero un pecado que yo hiciera lo mismo? Me quedé en la arena, envuelta de pies a cabeza con la abaya, sudando y jurando que me compraría un bikini al llegar a Australia y que nadaría todo lo que quisiera. De hecho, ni siquiera sé nadar, a las chicas no nos enseñan esas cosas en mi zona de Arabia Saudí.

Estar en esa playa fue otra experiencia que me abrió los ojos. Nunca había estado cerca del mar, nunca había visto las mareas, ni el romper de las olas ni las corrientes. La vista me fascinó: la subida de la marea, el color azul del agua que se ve a lo lejos y el blanco que remata las olas a medida que se acercan a la costa. Aquellas olas entraron en la playa y regresaron al océano durante todo el día. Aquel movimiento tenía algo perdurable, casi espiritual, como un ritual a la orilla del mar. El contraste era feroz entre mi cuerpo envuelto con una falsa cubierta asomándose tras un disfraz mientras miraba esa naturaleza esplendorosa.

Solo quedaba un día de vacaciones cuando vi la oportunidad de coger mi pasaporte. Eran las dos de la tarde del 4 de enero; mi madre, mi hermana pequeña y yo estábamos en la parte de atrás del coche esperando a que mi hermano consiguiera mesa en un restaurante. Los otros dos chicos lo habían acompañado. Era mi oportunidad. El asiento delantero estaba vacío. Me estiré hacia la guantera y mi madre me preguntó al momento: «¿Qué quieres?». Ella no veía qué estaba haciendo porque se lo impedía el reposacabezas del asiento delantero. Yo estaba en medio, pero aquella vez no me importó, y respondí tranquilamente a mi madre: «Tengo que cargar el teléfono». Abrí la guantera, agarré el pasaporte con la mano derecha y me lo metí en la manga izquierda de la abaya. Después eché la mano derecha hacia atrás muy despacio y doblé el brazo izquierdo para que no se me cayera el pasaporte. Una vez comprobé que no se veía, saqué el brazo izquierdo de la manga hasta que agarré el documento y lo guardé en un bolsito que llevaba por dentro. Como la abaya es un vestido suelto nadie vio lo que estaba haciendo: la cobertura que tanto odiaba se había convertido en mi tapadera. Pero aquel hecho,

básicamente robarle a mi hermano algo que le había sido encargado guardar, tuvo un efecto muy potente en mí. El corazón me latía a toda velocidad, pero también me sentía paralizada; por un momento, no pude mover ninguna parte del cuerpo. Casi no me creía lo que acababa de hacer. Al final, me acabé sentando de nuevo y mandé un mensaje a una amiga diciéndole que tenía el pasaporte. No paraba de escribir: «Lo he hecho. Lo he hecho». Pero la sensación de triunfo dio paso, casi inmediatamente, al terror a que alguien de mi familia abriera la guantera y se percatara de que faltaba un documento.

Cuando entramos al restaurante yo estaba rígida de ansiedad, parecía un cadáver: no podía hablar ni reírme con los demás. La espera fue agónica. Como estábamos en un reservado nos podíamos quitar las abayas y los niqabs. Mi familia me estaba viendo la cara, así que intentaba parecer tranquila. Pedimos makbús, un plato a base de pollo especiado y arroz basmati que nos gusta mucho, y té, y me relajé un poco. Pero entonces, mientras comíamos, me empezó a sangrar la nariz. Yo sabía que era porque estaba muy nerviosa, pero no quería decirlo. Así que cuando mi familia me preguntó qué me pasaba, respondí: «No lo sé, creo que estoy cansada», y deseé con todas mis fuerzas que nadie sacara ninguna conclusión de aquel incidente. Sangraba mucho y, por si eso fuera poco, estaba nerviosa y sudaba mucho. Me sequé la nariz y le dije a mi familia que iba al baño a limpiarme, con la esperanza de tener algo de tiempo para tranquilizarme. Una vez allí, empecé a sangrar aún más y me puse a vomitar. Después de un rato, cuando estuve segura de que la hemorragia nasal y mis nervios estaban bajo control, regresé con mi familia e intenté comportarme con normalidad; les dije que estaba un poco mareada y me obligué a participar en la conversación. Cuando salimos del restaurante, nos montamos en el coche e intenté que siguiéramos charlando para distraerlos y que a nadie se le ocurriera abrir la guantera; seguí hablando con mi hermano para distraer su atención hasta que llegamos al hotel, donde nos duchamos y nos preparamos para cenar con la hermana de mi padre.

Cuando íbamos de camino en coche a casa de mi tía, a una ciudad a una hora de distancia de Kuwait, comenté que sería mejor que nadie tomara cafeína y que la cosa no se alargara demasiado, porque al día siguiente teníamos un trayecto muy largo en coche para volver a casa. Era nuestra última noche fuera y no quería que nadie tuviera insomnio; necesitaba que se durmieran pronto y profundamente para poder escapar.

En la cena había mucha gente: primos y amigos de mi tía. Miré a mi alrededor y decidí que con tanta gente, más de veinte, apretados en la casa, y con todo el mundo charlando y mi madre y mis hermanos pensando que me estaba divirtiendo con las chicas en la otra habitación, era mi oportunidad para irme. Busqué en Google el número de teléfono de un taxi y mandé un mensaje para que viniera a recogerme y me llevara al aeropuerto al cabo de dos horas. El conductor me respondió que no podía venir; estaba en una zona aislada a la que los taxis no llegaban. Me molestó, pero no me preocupó demasiado. Nuestro hotel en Kuwait, aunque no estaba en el centro, sí quedaba dentro de los límites de la ciudad. Pensé que Kuwait era un lugar grande y ruidoso, un sitio donde una chica joven podía desaparecer, así que volví a escribir al taxista para decirle que si no podía venir a casa de mi tía, me recogiera en el hotel a las siete de la mañana para llevarme al aeropuerto. Para entonces ya eran las once de la noche. Aunque solíamos quedarnos en las fiestas hasta tarde, convencí a mi familia de que debíamos regresar al hotel y dormir un poco. Por fin, nos despedimos.

De vuelta al hotel, esperaba que todo el mundo se metiera inmediatamente en la cama, pero mi madre y mis hermanos se quedaron charlando en el salón. No me atreví a unirme a ellos, y me quedé esperando a que se acostaran. Llamé a mi hermana pequeña para jugar y hablar con ella, pero se durmió enseguida. La puerta estaba entornada, así que veía lo que pasaba en el salón. El resto de mi familia siguió charlando tres horas más. Yo estaba muerta de preocupación. Era mi última oportunidad. Entonces, uno a uno, se fueron yendo, primero un hermano, después el otro y por último el pequeño, y entonces mi madre apagó la luz. Mi hermana

y yo estábamos solas en la habitación. Ella estaba profundamente dormida, y mi madre no tardó. A las cuatro de la madrugada compré un billete de Kuwait Airways para ir desde Kuwait a Tailandia. Sabía que una vez comprendieran que me había escapado, mis padres intentarían saber adónde había ido y consultarían mi cuenta corriente con una aplicación que los hombres de Arabia Saudí usan para controlar a sus mujeres. Esta aplicación, proporcionada por el Ministerio del Interior saudí y que se puede descargar en Google Play y la App Store de Apple, avisa al hombre si una mujer usa su propio teléfono, pasaporte o tarjetas de crédito. Yo sabía que tenía que deshacerme de la tarjeta SIM de mi teléfono y cambiar de aerolínea una vez en Bangkok para que no pudieran encontrarme. Reservé noches de hotel en Bangkok.

El vuelo salía de Kuwait a las nueve de la mañana. El taxi tenía que llegar a las siete. Puse mis cosas en la maleta de mi hermana, porque era más pequeña que la mía y más fácil de manejar. Metí en ella mi neceser, la minifalda y también mi rímel y lencería. En mi mochila puse una muda completa, mis papeles, dinero y el carné de estudiante, así como el pasaporte y algo de efectivo y extractos bancarios. La habitación estaba en silencio con las luces muy tenues; afuera aún era de noche. Cuando acabé con la maleta, me senté en la cama y miré a mi hermana, que estaba dormida. Quería despedirme y darle un abrazo, pero la habría despertado. En lugar de eso, me quedé mirando a aquella niñita a la que tanto quería, memorizando cada uno de sus rasgos antes de irme: sus preciosas y largas pestañas, la manchita azul de su nariz, su piel suave, sus labios y sus manos. Mientras la oía roncar con suavidad, intentaba tomar una fotografía mental de cómo dormía, enroscada como un bebé, con las manitas bajo los mofletes.

Joud solo tenía doce años. Era tan pequeña, tan inocente; me daba miedo lo que pudieran hacerle, las mismas cosas horribles que me habían hecho a mí. Quería recordar aquella preciosa cara porque sabía que no volvería a verla en mucho tiempo. Mientras la miraba, me pregunté si me odiaría por haberme ido. Y me pregunté si le dolería que la hubiera abandonado. Empecé a llorar y a dudar: ¿debía irme y empezar una nueva vida o quedarme con

mi hermana pequeña? Tomar la decisión fue muy difícil. Pero sabía que tenía que irme, aprovechar la oportunidad y lo que podía traer el mañana. Acabé de hacer la maleta, la cerré rápidamente y dejé atrás el resto de mis cosas. Era hora de irse. Saqué la tarjeta SIM del teléfono, la tiré al inodoro y vacié la cisterna. Después, me eché la mochila al hombro, sostuve la maleta con ruedas sobre mi pecho para que no hiciera ruido contra el suelo, y con mucho cuidado, salí de puntillas de la habitación y pasé al lado de mi madre, que dormía en el sofá del salón. Temblaba de nervios, pero al mirarla y oírla roncar me convencí de que estaba dormida, lo que me dio seguridad. Con muchísimo cuidado agarré el picaporte y abrí la puerta que daba al pasillo. El leve crujido que emitió volvió a tensarme, así que decidí dejarla entreabierta para evitar que el sonido de cerrarla la despertara. Salí descalza, con la maleta y los zapatos en la mano, y corrí hacia el ascensor. En el pasillo se oían voces, y entonces me dio miedo que estas se colaran en la suite y despertaran a mi madre.

Por fin, entré en el ascensor; ya estaba un paso más cerca de la libertad. Me puse los zapatos y, cuando se paró en la planta baja, salí y caí en la cuenta de que no sabía dónde estaría el taxista y de que no podía llamarle porque, en el mejor de los casos, la tarjeta SIM del teléfono estaría empapada y destruida en un desagüe. Debería haberla conservado hasta llegar al aeropuerto, porque ahora estaba atrapada, sin teléfono y sin poder ponerme en contacto con el taxi para asegurarme de que venía de camino. Intenté actuar como si supiera exactamente adónde iba para evitar que los trabajadores del hotel me hicieran preguntas. Era una chica joven merodeando a las 6:45 de la mañana sin abaya. ¿Qué pensarían? ¿Podían detenerme? Seguí caminando hacia la puerta trasera del hotel, porque parecía que estaba menos transitada. Y entonces, con toda la confianza de alguien que usa la puerta trasera a diario, la abrí y salí.

Me detuve al instante, me quedé completamente quieta y sentí el viento suave sobre mi nuca desnuda: era una sensación de libertad, una libertad de la que no gozaba desde los nueve años, cuando me dijeron que tenía que empezar a llevar hiyab. A los

doce años perdí la libertad de sentir el aire fresco sobre el rostro, porque tuve que empezar a usar niqab. Me encantó sentir la brisa sobre la piel y me dieron ganas de gritar y reír; el viento me acariciaba la cara y el cuello, y era fantástico, como un abrazo espontáneo por parte del mundo. En ese momento, pensé que era capaz de volar, y me dije: «Esto es solo el principio de la libertad: lo mejor está por llegar». Caminé a lo largo de la carretera de detrás del hotel para evitar la entrada principal, porque estaba en una calle con tiendas y gente. Seguí caminando hasta llegar a la calle principal. Una vez allí, busqué una cafetería con wifi para ver dónde estaba y ponerme en contacto con el taxista, pero no había ninguna. Por suerte, me encontré con un joven y le pedí su teléfono; él me lo prestó, se ofreció a ayudarme con la maleta y a acompañarme mientras esperaba. Me preguntó adónde iba. Le dije que a Tailandia. Entonces él dijo: «¿De dónde eres?». Yo respondí: «Arabia Saudí». Él me preguntó entonces por qué no llevaba la abaya ni el niqab y yo le dije: «Mis padres son progresistas».

Por fin llegó el taxi. Le pedí al taxista que me llevara al aeropuerto y luego me conecté a internet con su conexión. Usé distintas aplicaciones para mandar mensajes a mis amigos e incluso los llamé. No estaba asustada. Una de mis amigas huidas, que vive en Sídney, Australia, me estaba contando qué hacer una vez llegara al aeropuerto. Incluso hice una videollamada desde el taxi en la que no paraba de decir: «Lo he hecho, lo he hecho». También me hice una foto y se la mandé a mis amigos. La mayoría de los taxistas de Kuwait, como los de Arabia Saudí, son de la India o de Afganistán, así que hablan urdu o darí. Sabía que el conductor no entendía el árabe, así que podía hablar tranquilamente con mis amigas. Me sentí victoriosa.

Tras llegar al aeropuerto, fui al mostrador de información a preguntar por mi vuelo. La azafata me dijo que no estaba en la terminal correcta, que aquella era la de vuelos domésticos y que mi avión salía de la internacional. Aquella noticia me sacudió y me hizo comprender que no lo había tenido todo en cuenta. Pedí hablar con su supervisor y le expliqué que no sabía cómo llegar a la otra terminal. Él vio que estaba preocupada y me ayudó mucho.

Me explicó que había un autobús que iba hasta la terminal internacional, me dijo dónde cogerlo, que era gratis y que aún estaba a tiempo de llegar. Tomé el autobús y me senté mientras intentaba convencerme de que solo serían unos minutos y que todo iría bien.

Al llegar, me puse en la cola de facturación, pero cuando le di el pasaporte y la maleta al agente del mostrador, él tardó mucho tiempo en registrarme, más que a quienes habían pasado antes de mí. Mi corazón volvió a acelerarse. Tenía miedo y le pregunté si pasaba algo. «No puede ir», me dijo. Casi no podía creer lo que estaba oyendo. Me vine abajo. Pensé que debía de haber una alerta sobre mi huida, que él la había visto y que aquel era el punto final de mi vida. «Debe de haber llamado a las autoridades; ellas habrán llamado a mi padre y ahora él está viniendo a por mí.» Mi vida había terminado. Intenté recomponerme y pregunté con toda la convicción: «¿Por qué no?». Él respondió: «No puede ir a Bangkok porque no tiene un billete de vuelta». Yo intenté convencerle de que eso daba igual, porque en realidad yo iba a Sídney después de Bangkok, pero él me dijo que era imposible. Me explicó que tenía que ir a otro mostrador y comprar un billete de vuelta a Kuwait, porque las autoridades de Tailandia exigen a los ciudadanos saudís abandonar el país al cabo de quince días, a no ser que cuenten con un visado. Fui rápidamente al mostrador y expliqué que necesitaba un billete; el agente me dijo el precio y las horas de salida. Yo estaba tan nerviosa que me estaba costando convertir la moneda, intentaba convertir los riyales saudís en dinares kuwaitís. Él se apiadó de mí y comprendió que mi hora de embarque se aproximaba. «Muy bien —dijo—, yo se lo reservo. Ya lo pagará al llegar a Bangkok.» Me dio una copia del billete y me dijo que lo recogiera y lo pagara en Bangkok, también me dijo que solo con mostrar la reserva ya me darían el visado.

Mientras me alejaba del mostrador pensé que hasta entonces había tenido muchísima suerte. Todo el mundo había sido amable y me había ayudado; nadie había sospechado que me estaba escapando, que estaba llevando a cabo la huida de mi vida. Mi mayor terror era que me negaran el acceso o me detuvieran para

interrogarme, que alguien me preguntara: «¿Dónde está su guardián? ¿Adónde va?». Yo sabía que esto les había pasado a algunas mujeres saudís en aeropuertos extranjeros de Dubái, Egipto y Jordania. Pero nadie me detuvo. Lo mejor fue oír por los altavoces la llamada para el embarque. Supe que lo había conseguido; había logrado escapar antes de que se percataran de mi ausencia. Aunque estuvieran en el aeropuerto, ya no podrían pillarme.

Una vez dentro del avión, me senté en el asiento central entre dos mujeres tailandesas y, aunque el viaje duró seis horas, yo las pasé con los ojos como platos observando a las azafatas, mirando por la ventana como la tierra que estaba dejando se iba haciendo más y más pequeña. Hacía un día entero que no dormía y los días de vacaciones familiares no había descansado mucho, pero ahora no quería dormirme. Estaba demasiado nerviosa y emocionada. Quería saborear aquel momento de libertad. Quería contemplar el cielo y el sol de la mañana, mirar a las personas que me rodeaban dentro del avión y examinar el mapa de la pantalla que tenía delante y que mostraba el trayecto que seguíamos. El avión estaba lleno, la mayoría del pasaje eran tailandeses y había unos pocos kuwaitís. Había unos jóvenes de Kuwait en los tres asientos centrales del avión, al otro lado del pasillo, que me preguntaron por qué iba a Bangkok. «A divertirme», respondí con total confianza. Uno de ellos me dio su número de teléfono y me dijo: «Llámanos. Quedaremos y nos divertiremos».

Yo sabía que el clima sería distinto cuando llegáramos a Bangkok, haría calor como en verano, así que cuando estábamos a punto de aterrizar fui al baño y me puse una camiseta de verano con mis vaqueros. Era la primera vez que dejaba los brazos al descubierto, pero no me puse escote. El protocolo de vestimenta estaba tan profundamente arraigado en mí que, aunque había escapado, seguía comprobando que la camiseta que llevaba era lo suficientemente alta como para cubrir mi pecho.

Cuando el avión aterrizó en Bangkok, estaba a punto de estallar de nervios y me moría de ganas de desembarcar. Seguí al resto de los pasajeros dentro del aeropuerto sin saber muy bien qué

hacer. Lo único que sabía era que necesitaba el visado, así que, cuando vi el mostrador, me acerqué a él pensando en lo bien que lo estaba gestionando todo. Entonces vi a un hombre con un cartel con mi nombre. Mi cerebro me avisó: «Cuidado, cuidado, cuidado», pero el hombre parecía muy amable y me dijo: «He venido a extenderle un visado y ayudarla a llegar a Bangkok». Pensé que era raro, pero confiaba en que, dado que ya había volado, estaba a salvo de cualquiera que intentara detenerme. A pesar de los mensajes muy claros que mi cerebro me estaba enviando, confié en aquel hombre que decía que me iba a ayudar a conseguir el visado. Pensé que la oficina del aeropuerto debía de haber mandado a alguien para ayudar a los recién llegados. Me pidió todos los documentos oficiales: el billete de vuelta, el pasaporte y la reserva del hotel, todo lo necesario para extender el visado. Se lo di. Me dijo: «Acompáñeme». Fuimos a una ventanilla y él habló más de diez minutos con aquella mujer. Me volvieron a saltar todas las alarmas. La mujer parecía desconcertada, como si él le estuviera pidiendo que hiciera algo que no quería hacer. Yo necesitaba desesperadamente saber qué estaba pasando, y les pedí, con el tono de voz más serio que pude emitir, que hablaran en inglés y que me contaran qué se habían dicho. No me hicieron caso y dejaron de hablar. Unos minutos después, me dijeron que no podía entrar en Bangkok porque no podían darme el visado. Cuando respondí que cumplía con todos los requisitos para obtenerlo la mujer apartó la vista: no podía mirarme a la cara. Comprendí que habían llegado a algún tipo de acuerdo.

Y entonces supe que había caído en una trampa.

2

Niña

Tengo un recuerdo imborrable que dio forma a mis primeros años de vida, una imagen congelada en el tiempo, como un sueño, que me acompaña mientras intento construir una nueva vida; que me sostiene y confirma mi certeza de que la inocencia y la compasión también formaron parte de mi educación. Hablo de los años anteriores a ir al colegio. Lo que recuerdo, como una fotografía desenfocada con los colores apagados, es una sala llena de niños jugando, riendo, cantando y gastando bromas. Aún hoy sigo oyendo ese sonido, como un eco, una melodía lejana que me corta la respiración cada vez que resuena en mi mente. Estamos juntos: mis dos hermanas mayores, Lamia y Reem, también mis hermanos Mutlaq y Majed, y yo, los cinco, con nuestra niñera Sarah. Es un recuerdo que atesoro porque explica muy bien la historia de los primeros seis años de mi vida.

La sala de la televisión, situada en el primer piso de nuestra casa, era nuestro lugar de encuentro. No era un espacio demasiado grande para seis personas, unos nueve metros cuadrados, tal vez, y solo había un televisor y cojines en el suelo, pero es donde pasé la mayor parte de mi infancia, y pensaba que era la niña más afortunada del mundo. Mi hermana Joud aún no había nacido. Y mi hermano pequeño Fahad era enfermizo y tenía que quedarse con mi madre en su habitación. Entonces no sabía qué le pasaba, solo que le costaba respirar; no podía correr y ni siquiera caminar deprisa, siempre le faltaba el aliento. Durante sus primeros años no se separaba nunca de nuestra madre. Más tarde supe que tenía asma, pero cuando yo era muy pequeña, solo sabía que estaba

enfermo.

Nuestra niñera, Sarah, era de Indonesia. Siempre tuvimos niñeras, aunque la mayoría solo se quedaban dos años; todas tenían hijos propios en Indonesia y venían a Arabia Saudí para trabajar y ganar dinero para cuidar de su descendencia. Pero algunas, como Sarah, se quedaron más tiempo. Creo que ella estuvo cuatro o cinco años en mi casa, desde luego mientras yo fui pequeña. Sarah era como una madre para nosotros: era alta, gorda y divertida. Yo la adoraba. Hacía muecas: cerraba un ojo, sacaba la lengua y hacía ruiditos graciosos. Imitaba a un gato y nos maullaba, o a un perro y ladraba como un cachorrillo feliz. Nos hacía cosquillas y nos perseguía.

Yo era una niña curiosa y activa. Sarah me animaba a buscar respuestas a mis preguntas y a defenderme sola, ya que era la más pequeña de la habitación. También me envolvía con sus grandes brazos si me caía o me arañaba las rodillas o me peleaba con alguno de mis hermanos o hermanas. En las fiestas familiares, y había muchas porque es como socializan las familias saudís, nos juntábamos con nuestros primos y tías, pero, de un modo u otro, Sarah siempre estaba allí, como una sombra, velando por nosotros. Siempre llevaba chocolate en los bolsillos y, como las niñeras mágicas de la televisión, siempre tenía un dulce a mano para distraernos de cualquier calamidad a la que nos estuviéramos acercando demasiado.

Hasta los siete años, la salita de la tele fue el centro de mi mundo. Lo llevábamos todo allí: mantas, almohadas y sábanas. Aquellos días felices, construíamos fuertes y nos sentábamos dentro jugando a ser príncipes y princesas o simplemente haciendo cosas de críos. A veces, por las noches, apagábamos todas las luces y nos escondíamos mientras uno de nosotros intentaba encontrar a los demás. Mientras escribo esto se me corta la respiración al recordar lo quieta que me quedaba, cómo me hacía un ovillo en un rincón, inmóvil como una estatua, y cómo nos observábamos los unos a los otros, como cachorros de leopardo, hasta que se desataban los berridos cuando uno era descubierto. En aquella sala veíamos la televisión: dibujos animados, películas y series indias. Después

jugábamos a ser los intérpretes y hacíamos nuestros propios programas. A mí me encantaba actuar; de hecho, creo que fue durante aquellos programas que hacíamos de niños cuando decidí que de mayor quería ser actriz.

A veces dormíamos en aquella habitación. Todos, incluso Sarah, dormíamos juntos en el suelo. Sarah nos arrullaba, nos frotaba la espalda y nos contaba cosas antes de partir a la tierra de los sueños. Aunque no teníamos cámara y no nos hacíamos fotografías familiares, la imagen que tengo en la mente de aquellas noches lejanas es la de una colección de niños agotados, apoyados los unos en los otros en ángulos extraños, acurrucados y plácidamente dormidos.

Aunque la mayor parte del tiempo jugábamos y nos contábamos historias en aquella habitación, algunos días, cuando no hacía mucho calor, también salíamos al pequeño jardín de detrás de casa. Allí desenterrábamos gusanos y nos amenazábamos mutuamente con ellos; hacíamos peleas de barro y jugábamos al escondite y construíamos más fuertes y alimentábamos nuestra imaginación en lo que era un espacio bastante pequeño pero que a nosotros nos parecía todo un reino. Conocíamos cada grieta y cada rincón del patio. Lo revisábamos meticulosamente para saber quién o qué había pasado por allí la noche anterior: jerbos, que son como ratoncillos, pero sobre todo gatos callejeros cuyas huellas nos gustaba imaginar que pertenecían a zorros. Y siempre hacíamos un programa, una obra en la que participábamos todos, que iba de cinco niños aventureros.

Tengo otro recuerdo que me llega al alma cuando pienso en mi vida en aquella casa con mi familia. Es el dulce y potente aroma de lo que denominamos *bakhoor*. Era a lo que olía mi casa. El *bakhoor* se hace con astillas impregnadas con aceites esenciales de almizcle y sándalo que se queman en un incensario tradicional llamado *mabkhara*. La madera generaba un humo denso, espeso, que crecía y se extendía por toda la casa. En Arabia Saudí nadie lleva perfume, está prohibido. Pero todas las casas huelen a *bakhoor*. El humo impregna las paredes, los cojines, la ropa y el pelo. Para mí, es el aroma de mi hogar. Aunque estuvo prendiendo

en mi casa durante los dieciocho años que pasé en ella, hoy en día, lejos de allí, el aroma del *bakhoor* me remite específicamente a los años en la sala de la tele, y a la sensación de paz y unidad que se generaba allí.

Durante aquellos primeros años no recuerdo ver demasiado a mi madre ni a mi padre. Nuestro padre tenía su propia habitación en el otro extremo de la casa con un baño y un despacho solo para él. Pero normalmente estaba en Al Sulaimi, de donde era gobernador. Allí vivía en una casa tan grande como un palacio, con un jardín delantero enorme, un gran recibidor, distintos salones y una terraza en la parte trasera que daba a una zona recogida con unas vistas preciosas. Nosotros íbamos allí a veces; tenía una decena de habitaciones más: dos cocinas, dormitorios y salitas. Pero normalmente él estaba allí sin nosotros.

En nuestra casa de Hail lo veíamos los fines de semana y en ocasiones especiales, como fiestas con nuestros familiares, y también nos íbamos juntos de vacaciones, a la montaña en invierno o al desierto en verano. Todos mis primos y amigos decían lo mismo de sus padres: estaban muy ausentes durante nuestros primeros años de vida. De pequeña no lo cuestionaba. Mi madre tampoco pasaba mucho tiempo con nosotros. Era profesora de ciencias en un colegio pequeño a unos quince minutos en coche de nuestra casa. Así que nuestra niñera Sarah era nuestra madre, nuestro padre y nuestra guardiana.

Pero en 2007 todo cambió. Fue como si alguien cerrara una cortina sobre mi vida, quién era, lo que decía y lo que podía hacer. Tenía siete años. Si tuviera que hacer una línea temporal con los acontecimientos de mi existencia, diría que aquel fue el momento en el que pasé de ser una niña despreocupada a una que había dejado de entender su papel en la familia, que se preguntaba por qué la trataban de una forma tan distinta, que se preguntaba qué tenía de malo ser una niña.

A tan tierna edad, mi madre me sentó y me contó que el comportamiento más prohibido del mundo para una niña era gritar, hacer ruido, subir el tono de voz por encima del de los demás. Mi madre me contó que la voz de una mujer era *awra,* que

es la palabra que se usa para denominar las partes íntimas del cuerpo de una mujer, que no deben mostrarse. Hay quien describe el *awra* como «la parte oscura y sucia de las mujeres». De repente, mis hermanos empezaron a hacerse los chulos conmigo y a amenazarme con los puños cuando gritaba o me reía fuerte. En aquella época, me preocupaba más esquivar sus puñetazos que dejar de reír. Sin embargo, hoy en día me pregunto sobre el efecto que esa represión tiene en el crecimiento de los niños: que te castiguen por reír; si pareces triste y alicaída serás recompensada por ser una buena niña.

Yo estaba profundamente perpleja. Nunca me habían dejado salir a jugar a la parte delantera de la casa. Pero ahora veía que mis hermanos salían con sus amigos cuando querían, montaban en bicicleta y pasaban el rato en un parque enorme que había en nuestra calle. Había hasta una barbacoa y, mientras los chicos cocinaban y chismorreaban, las chicas tenían que quedarse en casa. Yo quería una bicicleta, pero a mi madre le sorprendió mucho aquella petición. Me dijo: «Las niñas no montan en bicicleta. Si lo hicieras, perderías la virginidad y, aún peor, te convertirías en un chicazo o en lesbiana». Yo solía abrir la puerta de casa solo un poquito, lo justo para mirar a la calle con un ojo y ver qué sucedía. Me pasaba cuatro o cinco minutos pegada a aquella rendija, a pesar de que si me pillaban haciéndolo me castigarían con dureza. Al principio, ver a los chicos divirtiéndose fuera me hacía sonreír e incluso reír; su felicidad parecía contagiosa. Pero después empezó a enfadarme, estaba celosa por no poder hacerlo yo también. Dentro de casa, mis hermanos jugaban a videojuegos, pero eso también estaba prohibido a las chicas. Yo quería ir a clases de natación como mis hermanos, pero me dijeron que, por supuesto, no eran para niñas. Cuando empecé a ir al colegio, ya sabía que los chicos podían jugar fuera, cocinar en el parque, montar en bici y aprender a nadar, y que las chicas tenían que apartarse. Le pregunté a mi madre por qué no podía jugar fuera de casa. Y por qué las niñas mayores y las mujeres llevaban hiyab. Pero ella solo decía: «Si eres una niña te tienes que comportar como una niña. Las niñas buenas aprenden a cuidar de la casa para su marido;

llevan hiyab para mostrar que son buenas. No hacen lo que hacen los niños». Era evidente que no. Los chicos vestían vaqueros y camisetas, las niñas pequeñas llevaban *galabiya,* que es un vestido largo y sin forma que cubre todo el cuerpo y puede ser de distintos colores.

Vivíamos en una calle muy tranquila, llena de casas grandes, pero yo nunca podía ir a jugar a casa de los vecinos. Mi hermano solía decir que si salía sola alguien me violaría. A veces me invitaban a ir a casa de los vecinos a jugar con una de sus hijas, pero tenía que acompañarme mi hermano: solo tenía que cruzar la calle y pasar por un par de casas. Cuando venían nuestros primos, los chicos jugaban fuera, pero las chicas teníamos que quedarnos dentro. Cuando pensábamos que nadie nos veía, corríamos por toda la casa y nos escondíamos en las cortinas mientras nos llamábamos a gritos. Mi madre nos decía: «No hagáis ruido, no quiero que los vecinos sepan que estáis jugando». Estos comentarios no hacían más que reforzar mi sensación de que, por un lado, éramos niñas normales a las que les gustaba jugar, pero por el otro, había algo malo en nosotras que nos obligaba a esconder nuestros deseos. ¿O era mi madre quien promovía aquella dicotomía?

A veces me preguntaba si mi madre era distinta a las demás. Era la única chica de su familia, lo que tal vez le había generado más presión para encajar y cumplir las normas. Pero todas sus amigas se habían casado jóvenes, mientras que ella estudió en la universidad para ser profesora y no se casó hasta los veinticinco. Además, era dos años mayor que mi padre, mientras que la mayoría de las esposas eran más jóvenes que sus maridos. Fue un matrimonio acordado, por supuesto, todos lo son, pero mi madre me contó que sus padres le habían permitido decidir si quería casarse o no con la persona que le habían elegido. Era una mujer guapa, siempre lo ha sido. Y era muy cuidadosa con su aspecto; por ejemplo, tiene un ojo azul y uno marrón. Ella lo odiaba y llevaba una lentilla marrón para ocultar su ojo azul.

Tenía muchos amigos y, a diferencia de otras mujeres de nuestra familia, a las que no se les permitía socializar, mi padre la

dejaba salir e ir de visita, de modo que pasábamos mucho tiempo con otras personas. Pero las rígidas normas para las niñas siempre se aplicaban. Ya estuviéramos en nuestra casa o de visita en otra, las mujeres y las niñas teníamos que sentarnos en el suelo de los *majlis,* los salones, sobre lo que llamamos sofás de cojines a beber té y charlar mientras los chicos sí podían salir a jugar. Lo que yo debía aprender, y así lo entendí, era esto: las niñas no pueden salir nunca, tienen que estar tranquilas y desechar la idea de que pueden participar en juegos activos. Aunque se presentaba como buena educación, en realidad era una norma muy estricta que afirmaba que las niñas no deben jugar y que la sumisión es lo correcto. Yo empecé a rebelarme contra ese mantra ya desde los siete años. Aquellas costumbres y tradiciones siguen conmigo hoy en día, siguen afectándome en mi nueva vida, siguen diciéndome que la gente que juega y se ríe es mala.

Había otras costumbres que empecé a cuestionar a medida que se definían los roles de los chicos y las chicas. Durante sus primeros años de matrimonio y antes de que mi padre trabajara para la familia real como gobernador de Al Sulaimi, era mi madre quien pagaba todas las facturas. Con el dinero que ganaba como profesora, fue quien compró nuestra casa y quien se encargaba de pagar los créditos de los coches que compraba mi padre. Hubo un periodo de tiempo, cuando yo tenía entre siete y ocho años, durante el que mi padre se fue a Egipto a estudiar. No estaba fuera todo el tiempo, era una escuela a distancia, pero sí que se pasaba allí semanas, a veces meses. Durante ese periodo, aunque teníamos niñeras que, básicamente, llevaban la casa, mi madre se encargaba de la mayoría de las cosas: gestionar el cuidado de los hijos, cocinar para la familia, atender a los familiares de visita, contratar a especialistas en mantenimiento y limpieza para la casa. Ella nos contó que nuestro padre se había ido porque quería tener un título universitario que le sirviera en el trabajo que estaba haciendo como gobernador.

La mayoría de las amigas de mi madre no trabajaban fuera de casa como ella. Cuando yo era pequeña, el único trabajo que podían desempeñar las mujeres en mi región era el de maestras,

porque implicaba trabajar con niñas y otras mujeres de forma separada a los hombres. Aun así, mi madre me parecía una contradicción: era independiente, tenía su propio dinero y un trabajo como profesora, pero también era religiosa y conservadora, y se pasaba el día preocupándose por tonterías relacionadas con las niñas de la familia; me acusaba de *awra* si me atrevía a reír fuerte, y se aseguraba de que fuéramos piadosas y dóciles. Pero, al mismo tiempo, siempre dejaba hacer a mis hermanos lo que les diera la gana.

Antes incluso de ir al colegio, ya me percaté de que aquello la conflictuaba. No tenía nada que ver con las diferencias entre una hija y su madre, era algo más profundo, como si hubiera sacrificado a la mujer que ella había deseado ser y ahora insistiera en que yo hiciera lo mismo. Sentía que, de alguna manera, ella estaba pagando un precio por su obediencia, pero, de pequeña, no era capaz de captar aquellos matices en su comportamiento; yo solo consideraba que sus exigencias eran injustas y miserables con respecto a mí. No me dejaba ir a casa de otras niñas de mi calle como sí hacían mis hermanos. No podía llevar vaqueros como ellos. No podía hablar de lo que quería ser cuando fuera mayor, aunque yo sí oía hablar a los chicos como lo hacen los niños sobre lo que serían de mayores.

A los siete años, mi mundo se encogía: dónde jugara y con quién definía toda mi vida. Mis primas y yo jugábamos a las «casitas», ordenando los cojines del suelo como si fuéramos madres con hijos y nos visitáramos. Nos poníamos trozos de tela sobre la cabeza como si lleváramos hiyab y jugábamos a ser madres. Como nuestra religión nos prohibía tener muñecas, retorcíamos los cojines y los sosteníamos como si fueran bebés.

El mantra de «esto está prohibido a las chicas» empezó a calar en mi alma como una mancha. Para entonces, aquella habitación que había estado llena de risas infantiles se había vaciado. Sarah había regresado a su casa en Indonesia. Mutlaq y Majed, que tenían diez y ocho años, tenían su propia habitación y empezaron a comportarse como si no quisieran estar conmigo y tuvieran derecho a mandarme. Cuando yo cumplí siete años y empecé a ir al

colegio, mis hermanas Lamia y Reem tenían trece y doce; también tenían su propio cuarto y, aunque me vigilaban y protegían, como las hermanas mayores que eran, se comportaban como se supone que deben comportarse las niñas: siempre estaban limpiando la casa, aprendiendo a cocinar y haciendo tareas que complacían a mi madre. Yo intenté librarme de hacer esas cosas. Pero sentí que había perdido a mis mejores amigos: mis hermanos y hermanas habían madurado sin mí. En aquella época tan temprana de mi vida, me sentí muy sola. Entonces nació mi hermana Joud. Aunque ella era un bebé y tenía que estar con mi madre en su habitación, me alegró tener una nueva hermana con la que jugar. Y mi hermanito Fahad, que tenía cinco años, dejó la habitación de mi madre y se trasladó a la mía. Él era especial para mí, quizá porque todo le costaba o quizá porque aún era pequeño y no me veía como una niña que no merecía su compañía, como les pasaba ahora a mis hermanos mayores. Fuera lo que fuera, Fahad se convirtió en mi mejor amigo, y muy pronto Joud se convirtió en mi querida hermanita.

Recuerdo mi primer día de colegio; me llevó nuestro chófer. Todas las niñas iban en coche al colegio. No nos permitían ir a pie porque existía un miedo, del que no se hablaba, a que nos secuestraran hombres con la intención de practicar sexo con nosotras. Yo no entendía de qué iba la cosa, pero sí sentía la tensión y el hecho de que, por lo que fuera, tenía que esconderme solo porque era una niña. Algunas compañeras se sentían especiales. Yo no. Yo me sentía negada. Y no me gustaba.

Pero, dejando todo eso de lado, ir al colegio era como embarcarse en una nueva aventura que me abría toda clase de puertas: por ejemplo, conocer a veinte personas nuevas en mi clase. Hasta el uniforme que teníamos que llevar, un vestido largo y recto de color rosa y una blusa blanca, hacía que me sintiera parte de un club importante, uno cuyos miembros se convertirían en «alguien». Para mí aquel uniforme era como una seña de identidad. Llevábamos nuestra propia comida al colegio, por lo

general falafeles y chocolatinas, y después de comer jugábamos fuera, lo que para mí era un delicioso momento de libertad. El colegio estaba rodeado por una verja alta que nos ocultaba de ojos curiosos y nos permitía jugar a juegos como el escondite. Me entusiasmaba aquella espontaneidad: correr, esconderme, calcular mi posición y procurar que no me pillaran; hacía que me sintiera menos encerrada y alimentaba mi necesidad de huir, de ser creativa y más lista que los demás. Pero el exterior, la sensación del viento en la cara y la libertad de los juegos no era lo que más me entusiasmaba. El colegio era un lugar donde aprender, y yo estaba sedienta de conocimientos. Quería saber cómo funcionaban las cosas, por qué las normas eran como eran, quién lo decidía. Mi madre fue mi maestra los dos primeros años. Yo notaba que me miraba, le contaba a todo el mundo que yo era su hija y eso me gustaba mucho. Al venir de una familia con siete hijos, no se reconocía mi individualidad muy a menudo, y aún menos siendo una niña. Pero en el colegio ella hacía que me sintiera especial. Todas las niñas la querían. A veces me preguntaba por qué era liberal en el colegio y más conservadora, convencida de que debía ser dura, en casa.

Las clases durante los primeros seis años de colegio incluían leer, escribir, estudiar el Corán y mi favorita absoluta: dibujo. Me encanta dibujar. Se me da bien. Soy buena, eso lo sabe todo el mundo. Pero incluso para eso había normas que yo me cuestionaba. No podía dibujar humanos. Una vez, cuando era más mayor, empecé a dibujar cuerpos de mujeres. Cuando se enteró mi madre se enfadó muchísimo, fue como si me hubiera hecho terrorista. Dibujar humanos estaba prohibido. Como el osito de peluche que me quitaron cuando era pequeña, el islam no lo permite. Así que dibujaba ojos y manos; mientras no estuvieran unidos a un cuerpo, no era *haram*. También dibujaba fondos y comida, como plátanos. Y pintaba. Cuando lo hacía, me escapaba a otro mundo. Hacer algo bello, diseñar algo distinto me proporcionaba una gran sensación de placer, así como un chute de autoestima, porque a todo el mundo le encantaban mis dibujos. Recuerdo que una vez discutí con mi madre porque ella no quería

comprarme una bicicleta. Cuando me puse a llorar, ella se fue de casa y regresó con pinturas, papel y lápices de colores.

Aunque nunca entendí la norma de no dibujar personas y no tener ositos, la seguí. Más tarde, cuando dejé Arabia Saudí, aprendí que había más prohibiciones en mi día a día de las que nunca había oído hablar. Por ejemplo, una amiga de Canadá me preguntó una vez cómo celebraba mi cumpleaños en Arabia Saudí. Se preguntaba si los niños y las niñas iban juntos a la fiesta, si nos poníamos nuestros mejores «trajes y zapatos de fiesta», si tomábamos dulces y helado, si soplábamos las velas del pastel. Me preguntó qué regalos hacían los demás niños a la cumpleañera. Y me preguntó cómo era el «Cumpleaños feliz» en árabe. Me quedé a cuadros. Nunca había oído nada de todo eso. ¡Allí no existen las fiestas de cumpleaños! Serían como dibujar a un ser humano o tener un oso de peluche: va en contra del islam. Yo solo sabía que había nacido en invierno. Ni siquiera supe mi fecha de nacimiento hasta los nueve años, y eso en el calendario islámico, que es un calendario lunar de doce meses y 354 o 355 días. Escribo estas líneas en 2020 según el calendario gregoriano; el año islámico es 1439. No supe mi fecha de nacimiento en el calendario gregoriano hasta los catorce años; estábamos de viaje y la vi en el pasaporte. Es el 11 de marzo de 2000. Conocer mi fecha de nacimiento fue muy importante para mí, pero nunca había oído hablar de fiestas de cumpleaños, así que no me planteaba tener una.

Creo que si pudiera haber sustituido el no por el sí gran parte de mi infancia habría sido muy distinta. Por ejemplo, el verano de mis ocho años, mi padre compró una piscina. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Eran las tres de la tarde de un día cálido y bochornoso durante el cual apenas se podía pisar la calle por la intensidad del sol. Mi padre estaba llenando la piscina para que nos pudiéramos bañar. Yo estaba de pie junto a él sonriendo y tocando el agua, observando las bonitas formas que se creaban cuando yo movía los dedos. Cuando estuvo llena, él me sonrió y me recordó antes de irse que tuviera cuidado en el agua. Yo sabía que había gente que tenía piscinas, pero en mi casa no habíamos tenido nunca. Fui adentro, llamé a mis hermanos y les dije que la

piscina estaba lista para bañarse. Ellos salieron corriendo de casa entusiasmados, se quitaron la ropa y saltaron a la piscina solo con su ropa interior. Yo no sabía qué hacer: llevar la *jalabiya* dentro de la piscina no parecía buena idea, pero sabía que no me la podía quitar. No tenía nada más, así que me agarré a la piscina y pasé la pierna por encima de la pared para entrar en el agua con el vestido. Bueno, de repente parecía que había estallado una bomba en el jardín. Mis hermanos empezaron a gritar como si sus vidas estuvieran en peligro: no mi vida, ¡las suyas! Insistieron en que saliera del agua y me metiera en casa. Me mostraban los puños y parecía que se habían vuelto locos. Yo no dije nada; sus amenazas me asustaron y me fui adentro. Nunca más volví a acercarme a una piscina.

Lo que más recuerdo fue la sonrisa de mi padre al recordarme que tuviera cuidado en el agua. Él me habría dejado bañarme. Y, por supuesto, tenía más poder que mis hermanos. Pero por extraño que suene, nunca me atreví a hablar de estas cosas con mi padre. Siempre tuve la sensación de que si le hubiera pedido una bici, él me la habría comprado; que si le hubiera pedido ir a natación como mis hermanos, él me habría apuntado. Pero nunca se lo pedí. Era uno de esos tabús de los que no se hablaba: nunca le pidas ni le preguntes nada a tu padre. Ninguno de nosotros lo hacía. Yo nunca oí a mis primos pedirles nada a sus padres; era algo que no se hacía, sin más. Quizá por eso siempre pensé que me habría permitido hacer las cosas que quería hacer. Pero nunca puse a prueba aquella teoría.

Muy pronto, mis hermanos mayores se nombraron a sí mismos guardianes; empezaron a controlarme, a vigilar cada uno de mis pasos. A los nueve años ya se habían empezado a filtrar nuevas normas en mi vida que estaban borrando la niña que yo creía ser. Ya no podía sentarme con mis hermanos. No podía tumbarme si mis hermanos estaban en la misma habitación. No podía separar nunca las piernas y tenía que sentarme siempre con la espalda recta y las piernas cruzadas. Y aprendí que no podía abrazar a

Fahad porque eso podría interpretarse como un acto sexual. Las niñas pueden besar a sus hermanos en el pelo o cerca del borde de este, y los hermanos pueden besar a las hermanas en la frente. Puedes besar a tu padre en la mejilla, pero ahora que ya tienes nueve años no puedes sentarte en su regazo. Y no puedes sentarte fuera. Nunca. No puedes abrir las ventanas, ni siquiera las de tu habitación. Las cortinas tienen que estar echadas; la luz del sol jamás tocó las paredes de mi cuarto. Si llaman a la puerta no puedes responder, no puedes decir: «¿Quién es?». Nadie puede oír la voz de una niña. Me dijeron que no podía caminar en público y que, si tenía que trabajar, solo podía ser maestra en un colegio para niñas.

Mi madre y mis hermanos me repetían estos mensajes durante todo el día cuando tenía nueve años. Intentaron hacerme sentir que era inferior a los chicos. No me gustaba y nunca creí que fuera cierto, pero no sabía cómo acabar con aquello. Nunca hablé de esto con mis hermanas mayores porque sentía que nuestra diferencia de edad había creado una barrera entre nosotras; ellas parecían maduras y, para ellas, yo era la hermana pequeña consentida. Sobre todo, de pequeña, me sentía sola: siempre pensando, planteándome las cosas, cuestionándolas, pero en silencio. Me preocupaba que el problema fuera yo y me preguntaba por qué no encajaba. Mi vida era como un puzle, pero, a esa edad, era incapaz de juntar las piezas. Seguí examinando la forma en que nos educaban a las niñas: mi madre y mis hermanos nos gritaban y nos castigaban, pero nunca les pasaba nada a los niños. Si yo preguntaba por qué, ella decía: «Tú eres una niña, tienes que hacerlo», como si debiera sentir vergüenza por preguntar. Pero a mí no me avergonzaba; yo pensaba que no tenían razón.

Fue más o menos entonces cuando empecé a darme cuenta de que había más cosas que me diferenciaban de mi familia, aparte de mi carácter. Era la única con el pelo rizado. Era la única con la piel marrón. Mis hermanas tenían la piel clara y el pelo suave y liso. Y estaba gorda, lo que me convertía en una diana para mis hermanos. Se reían de mí y me llamaban cosas desagradables que ahora intento no recordar. Hasta mi madre decía cosas

desagradables sobre mi figura. Pensaban que era gracioso, pero lo único que consiguieron fue que odiara mi cuerpo.

En la zona donde vivía en Arabia Saudí, a los nueve años, se dice a las niñas que ha llegado el momento de cubrirse, de empezar a llevar la abaya y el hiyab. Nadie te dice por qué; nadie te explica que tienes que esconderte para que no te vean los hombres. Para mí, la abaya era un aburrido saco negro y el hiyab una molestia que no dejaba de resbalarse hacia atrás, pero empecé a usarlos inmediatamente. Los miembros de mi familia, que me consideraban una rebelde, estaban encantados de que hubiera visto la luz y me hubiera convertido en una niña buena, calmada y religiosa, pero eso no fue lo que pasó. Para mí, la abaya era una forma de cubrir mi cuerpo, de esconder mi gordura. A veces, al salir, mi madre me decía: «No hace falta que te pongas la abaya», pero yo tenía una misión: estaba decidida a cubrirme y a acabar con las bromas crueles.

Toda mi infancia estuvo plagada de mensajes contradictorios. Por ejemplo, veíamos películas en la tele, no estadounidenses (esas las vi sola en mi ordenador de más mayor), sino muchas historias de amor y dramas familiares egipcios e indios. Sin embargo, no se nos permitía hacer nada de lo que veíamos en televisión: hombres y mujeres compartiendo espacios, flirteando y enamorándose. Me preguntaba por qué mamá y papá no se comportaban así. Le pregunté a mi madre por qué no besaba a mi padre y ella se echó a reír. Nunca se mostraban afecto. Hablaban entre ellos, claro está, compartían anécdotas del día a día e incluso nos contaban historias. Muy de vez en cuando nos contaban historias de amor, a veces sobre cómo se conocieron pero, sobre todo, de amantes desdichados. Pero nunca los vi besarse. Por lo que sé, mi padre nunca rodeó a mi madre con el brazo ni se refirió a ella con apelativos cariñosos como cielo, mi vida y otras cosas que yo había oído en las películas. Su relación era algo que yo no entendía.

Mi padre no controlaba a mi madre: ella seguía las normas para las mujeres más por presión social que por la de mi padre, pero se peleaban mucho y, a ojos de la niña que yo era, no constituían un gran ejemplo de matrimonio que se quiere. Donde sí

se respiraba amor verdadero y apoyo incondicional en abundancia era en casa de mi querida abuela, la madre de mi madre, a quien llamábamos Mamá Nourah. Ella fue mi refugio seguro durante todos esos años. Aunque tenía más de veinte nietos, siempre me decía que yo era su favorita; teníamos una relación magnífica. A veces ella venía a nuestra casa, a veces yo iba a la suya. Me encantaba estar con ella, escuchar historias de su vida y cuidarla con todo mi corazón. Me abrazaba y me escuchaba, y siempre hacía muchos aspavientos cuando yo volvía a casa del colegio, como si le hiciera mucha ilusión verme. Me daba de comer lo que estuviera tomando, siempre con las manos, que era la forma habitual de comer de la gente mayor. Hasta dormía a su lado y recuerdo que me besaba la frente cuando me estaba quedando dormida. Si me despertaba en mitad de la noche para ir al baño, ella me acompañaba y esperaba en la puerta para que no pasara miedo. Tenía mucha intuición para saber cuándo yo estaba enfadada, y siempre le contaba mis cuitas de niña. Ella me entendía y me decía: «Algún día serás una gran maestra. Ganarás dinero, harás lo que quieras». Ella me dejó muy claro que yo podría hacer lo que quisiera. Me hizo creer en mí misma. Yo me aferraba a sus mensajes como si me los enviara Alá. Hasta cuando mi madre se quejaba de mí a Mamá Nourah, mi abuela decía: «Deja en paz a Rahaf».

Una vez me hice una foto con una cámara que había comprado mi hermano, porque se iba de viaje y, para él, la cámara era *halal.* Pero yo, desde luego, no podía usarla. Mi madre estaba horrorizada y, como sabía que me llevaba muy bien con Mamá Nourah, le explicó lo que había hecho con la esperanza de que me regañara. No lo hizo. En lugar de eso, le dijo a mi madre: «Deja que Rahaf viva su vida». Siempre pensé que Mamá Nourah tenía una mente abierta y sospechaba que intentaba darme ejemplo, mostrarme que yo también podía tenerla si elegía cuidadosamente mis palabras y acciones. Ella se benefició de algunos de los cambios que hubo para las mujeres durante las últimas décadas (las niñas empezaron a ir al colegio en 1955 y a la universidad en 1970), pero, en general, las normas para las mujeres habían sido

tan opresivas para ella como lo eran para mí. Creo que ella fue una de las que saben aprovecharse del sistema, y yo sentía que me estaba enseñando a hacer lo mismo. Me veía distinta y me hacía sentir que serlo era ser especial. Mi madre me hacía sentir que ser distinta estaba mal. Yo solía pensar, tal vez fantaseaba, que si mi padre hubiera pasado más tiempo con nosotros él también me habría visto distinta, que me habría visto como me veía Mamá Nourah y no habría permitido a mis hermanos controlarme. Pero esa fantasía no se materializó jamás. Desde que dejé Arabia Saudí he consultado las publicaciones en redes sociales de mi familia para ver qué dicen de Mamá Nourah; si le pasara alguna cosa, mi familia lo publicaría, y a pesar de estar tan lejos yo sé que lloraría solo con pensar en no estar a su lado si se pone enferma o le pasa algo.

Como yo, todas mis amigas y primas estaban controladas por sus hermanos. Así es como eran las cosas. En casa, yo sabía que tenía que obedecer cualquier cosa que dijeran mis hermanos si no quería ser castigada. Me obligaban a llevarles comida, porque decían que era mi obligación como chica. Hasta me decían cómo peinarme o qué palabras usar al hablar. Tenía que aceptar sus abusos y humillaciones porque no podía hacer nada para detenerlos.

Mi hermano Majed era el más duro; sus opiniones sobre las chicas eran muy rotundas: su aspecto y su comportamiento solían hacerlo enfadar, y nunca se cortó a la hora de verbalizarlo. Pensaba que todas las mujeres eran, básicamente, malas y que solo había que encontrar esa maldad. Me hizo quitarme un lazo del pelo. Cuando veíamos la televisión solía decir cosas como «esa chica de la tele es mala; seguramente engaña a su marido. Seguro que fuma y bebe». Si una actriz llevaba un vestido corto, alzaba el puño amenazador frente a la tele y gritaba: «¿Dónde está su familia?».

Una vez les pregunté a mis hermanos por qué tenía que cubrirme y por qué no podía hacer las mismas cosas que ellos y lo único que obtuve fueron amenazas. Me dijeron que si alguna vez me atrevía a pronunciar esas preguntas en público me meterían en

la cárcel. Intentaron asustarme y amilanarme diciendo que la mutawa vendría a por mí. Llegados a este punto, debo decir que yo nunca vi a la policía religiosa, pero me hablaron mucho de ella: era el escuadrón del vicio y la virtud que iba de un lado a otro haciendo cumplir las normas religiosas, como que las mujeres se cubrieran o que hombres y mujeres permanecieran separados. Ellos afirman que lo hacen para proteger la moralidad pública y que tienen derecho a intervenir cuando un musulmán se comporta de forma inadecuada. Usan una frase, que yo oí mucho durante toda mi infancia, que es: «Exigir lo bueno y prohibir lo malo». Siempre me pregunté qué tenía de bueno pegar a una niña que se estuviera riendo o por qué era malo que las niñas fueran en bici. Nunca vi a ningún mutawa en mi colegio, pero sí sabía que daban dinero a cualquiera que denunciara a quienes no estuvieran «exigiendo lo bueno y prohibiendo lo malo».

A pesar de lo mucho que critico mi educación, hay una parte de mi infancia que fue maravillosa, como los días felices en la sala de la tele con nuestra niñera Sarah. Las excursiones a las montañas o al desierto me mostraron con claridad cómo puede ser una familia mientras íbamos a hacer senderismo a Aja, la montaña más cercana a Hail, y hacíamos barbacoas de cordero, con deliciosas ensaladas, y devorábamos dulces. Pero aquellas excursiones tenían aún algo más: recogíamos flores silvestres y, como no había nadie cerca y nos habíamos quitado las abayas, nos las poníamos en el pelo. Siempre íbamos a las montañas en invierno, porque el calor abrasador del verano hacía muy complicado llegar a pie a donde queríamos ir. Recogíamos *hamadai,* hojitas verdes, y nos las comíamos. Cuando éramos pequeños, nuestro padre nos acompañaba. Nos contaba historias de miedo cuando se hacía de noche y nos quedábamos despiertos hasta la una o las dos de la madrugada. Tengo recuerdos muy felices de aquellos días; aún puedo oler la madera del fuego y saborear las hojas de *hamadai.* Mi madre llevaba una chaqueta muy grande llamada *farwa*; nos metía a mí debajo de uno de sus brazos y a Joud y Fahad debajo del otro

y nos cantaba canciones. El cielo estaba lleno de estrellas y casi siempre íbamos cuando había luna llena, que iluminaba a mi familia con su resplandor. Mi hermano Mutlaq llevaba una pistola para proteger a la familia de los animales que se acercaran a nuestro fuego.

Y cada año nos íbamos de vacaciones en familia. Viajábamos en coche: siete niños y dos adultos muy apretados. Los más pequeños siempre se sentaban sobre el regazo de mi madre en el asiento delantero —entonces no teníamos cinturones de seguridad —, pero el resto, a pesar de las peleas y las rígidas normas para las niñas, íbamos todos detrás. A veces nos pasábamos diez horas al día allí, conduciendo desde nuestra casa en el norte hacia dondequiera que fuésemos. Y nos divertíamos. No parábamos de hablar, contar chistes, jugar y cantar canciones tradicionales de nuestra tribu, como esta:

عجلوا إلى المجد والسمو
سبحوا خالق السموات
وطن الشجعان وطن الأوطان
للسعودية نحيي روحك
إلى الوطن أنت مخلص دائما
حمل العلم الأخضر

Que dice:

Avanza hacia la gloria y la supremacía.
Glorifica al creador de los cielos.
El hogar de los valientes, el hogar de todos los hogares.
A los saudís, saludamos vuestras almas.
A la patria, siempre eres sincera.
Con la bandera verde.

Y:

انا بدوي من السعودية
أنقذ أعز دولتي.
انا بدوي من السعودية
أنا مشهور باللون الأسود.

Que dice:

Soy un beduino de Arabia Saudí,
salvo a mi queridísimo país.
Soy un beduino de Arabia Saudí,
soy famoso por mi color negro.

Y:

الله أكبر!
يا بلدي! بلدي ،
عش فخر المسلمين!
يعيش الملك
للعلم. والوطن!

Que dice:

¡Alá es grande!
¡Oh, mi país! Mi país.
¡Vive como el orgullo de los musulmanes!
Larga vida al rey.
¡La patria! ¡Por la bandera!

Por algún motivo que sigo sin entender, no nos comportábamos así entre nosotros cuando estábamos en casa. Excepto aquellos primeros años cuando nos juntábamos con

nuestra niñera Sarah en la sala de la tele, nunca teníamos tanta intimidad. No compartíamos secretos. Nadie hablaba de cómo se sentía, de lo que odiaba, de lo que amaba. Pero de alguna manera teníamos un vínculo que solo existía durante esas vacaciones. Fue entonces cuando más aprendí sobre mi familia y su personalidad: que Lamia tenía cambios de humor muy bruscos; que a Majed le gustaba dar consejos; que Fahad sabía escuchar; y que una vez que Joud empezó a hablar ya no paró. Reem y Mutlaq eran silenciosos, no hablaban mucho y les encantaba comer, y aprendí que mis padres no se parecían mucho el uno al otro. Mi padre acostumbraba a ser una persona tranquila, relajada, sonriente, pero mi madre era todo lo contrario. Siempre estaba preocupada, ansiosa, en guardia, como si la estuvieran juzgando.

Parábamos el coche en mitad del desierto para rezar, y mi madre extendía un gran mantel sobre la arena y montaba un pícnic que era un festín: platos de pollo y arroz, dulces y fruta; todas las comidas de las vacaciones eran como una celebración. Mi padre nos contaba historias sobre todas las ciudades por las que pasábamos, su historia y por qué era conocido aquel lugar: una ciudad tenía diamantes enterrados; otra era conocida como una ciudad fantasma que daba miedo porque allí no vivía nadie; y otra era conocida porque los lobos rodeaban su perímetro. Tanto a mi padre como a mi madre les encantaban las historias, siempre sobre dos personas que se enamoraban pero morían porque su amor era un crimen o que no se podían casar porque pertenecían a tribus distintas. Este tipo de historias no suelen contarse en las familias saudís. Yo me preguntaba si el coche era un lugar seguro donde hacerlo o si era una forma de recordarnos que no nos dejáramos arrastrar por ideas románticas. Recuerdo una vez que íbamos a Riad, la capital de Arabia Saudí, un viaje de seis horas en coche desde casa. Nos contaron la historia de un príncipe que violó y mató a una mujer y después tiró su cuerpo a la calle. Les preguntamos a nuestros padres si el Gobierno lo castigaría o si sería perdonado por ser un príncipe. No nos contestaron. Al ser pequeños, nos daba miedo, porque íbamos a la capital, que es donde vive la mayoría de los príncipes, y nos aterrorizaba que nos

sucediera algo malo como a aquella mujer.

De pequeña sabía que mi familia era rica; nuestra casa era más grande que la de mis primos, viajábamos más que los demás y teníamos cosas que otros no, como bicicletas y televisores grandes. También sabía que mis padres se tomaban en serio las obligaciones del islam, no solo lo de separar a los niños y las niñas, sino también lo que nosotros llamamos *azaque*, es decir, la «caridad». Hail, mi ciudad, es famosa por la generosidad de su gente, porque es donde nació el poeta Hatem at-Tay, conocido a lo largo de la historia por sus extraordinarios actos de generosidad. Nuestros padres nos contaban historias sobre él; se menciona en algunos hadiz del Profeta y es uno de los personajes de *Las mil y una noches,* la recopilación de folklore de Oriente Medio que data de la Edad de Oro del Islam, entre el 800 y el 1258 d. C. Por eso nuestra casa solía estar abierta para venir a comer o a tomar café. Venía gente a menudo, personas que no tenían suficiente comida. Llamaban a nuestra puerta, nunca en grupo, de una en una, y mi madre les daba ropa, comida y dinero. Lo metía en bolsas como si fueran regalos; a mí me encantaba que me dejaran dar aquellas bolsas a desconocidos. Pero me preguntaba por qué podía abrir la puerta para el *azaque* pero no para dar la bienvenida a mis familiares.

Cuando tenía diez años tenía un teléfono pero, aunque fuera mío, eran mis hermanos quienes decidían si podía usarlo, a quién podía llamar y durante cuánto rato. Me lo miraban para ver si había llamado a alguien sin su permiso. Nadie se atrevía a hacerlo. Como ser una niña implica estar siempre a examen, tu hermano te llama para ver si contestas. Si no lo haces, dice: «Vale, es una buena chica». Y si te suena el teléfono, contesta él y decide si puedes hablar con quien haya llamado. Enseguida aprendí a esconder el teléfono cuando mi padre o mis hermanos andaban cerca para que no pudieran interferir en mis llamadas. Estas normas implicaban todo lo que hacía. Por ejemplo, por raro que suene, no podía levantarme de la mesa cuando acababa de comer hasta que me daban permiso. Mis hermanos se levantaban cuando querían, hubieran o no acabado lo que tuvieran en el plato. Se iban

fuera a jugar al fútbol, cosa que yo no podía hacer para no convertirme en un chicazo ¡o en lesbiana!

Más adelante, mi madre me dijo que no quería que yo estuviera con mis hermanos bajo ningún concepto porque, según ella, pronto sería una mujer. Yo tenía entonces diez años. En adelante, se aseguró de que mis hermanos y yo estuviéramos siempre separados y que no nos sentáramos juntos. Éramos hermanos; ¿qué pensaba que sucedería si lo hacíamos?

Fue entonces cuando aprendí el significado de la palabra «honor». Mi madre me sentó a su lado, encendió una cerilla y acercó la llama a mi cuerpo. Me dijo: «Tu cuerpo arderá en vida y también en el más allá si mancillas tu honor o el de tu familia». Yo no sabía a qué se refería con lo de «mancillar» el honor de la familia, pero me aterrorizó aquella amenaza desconocida llamada honor, como si fuera un monstruo que fuera a torturar mi alma y devorarla.

Recuerdo aquel día con total claridad. Mi madre me agarró la cabeza con las dos manos, me obligó a bajar la mirada y me dijo: «Así es como tienes que ir, con los ojos fijos en el suelo, si te cruzas con un hombre en un lugar público». Después me apretó los dedos y me dijo que las serpientes se los comerían si los movía entre mis piernas y me tocaba. Después me soltó los dedos, acercó su rostro al mío y dijo con voz amenazadora: «Tienes algo que solo debes dar a tu marido, ya sabrás lo que es cuando crezcas». Yo estaba profundamente perpleja. ¿Qué era ese «algo» que no podía saber? Me pregunté si había tenido la misma conversación con mis hermanas mayores cuando tenían mi edad y si Joud, que solo tenía tres años, sería sometida a la misma lección cuando cumpliera los diez. También me pregunté qué les habría dicho mi madre a mis hermanos sobre el honor, o si estos mensajes eran solo para las chicas. Me pregunté si los chicos no tenían que preocuparse por esa cosa llamada honor porque las chicas cargaban ellas solas con él.

Después de aquello, empezaron a regañarme a todas horas, me recordaban que debía preservar mi honor, que debía tener cuidado porque lo puedes perder si no te sientas correctamente, si no juntas con fuerza las rodillas. Las maestras del colegio

reforzaban aquellas enseñanzas: que el honor de las niñas lo es todo y que, si lo pierden, más les valdría estar muertas. Yo tenía muchas preguntas, pero no las formulaba por miedo a que me señalaran como deshonrada. Estas fueron mis primeras lecciones sobre el honor, pero no serían las últimas. Mi madre decía que eso era porque estaba a punto de convertirme en una mujer. Yo no quería convertirme en mujer; yo quería ser una niña.

Un día vino a visitarnos mi tío paterno cuando ni mi padre ni mis hermanos estaban en casa. Yo le vi acercarse y fui a abrir la puerta para saludarlo. Mi madre estaba literalmente jadeando cuando me agarró y gritó: «¡Espera! Tu tío es un hombre adulto y soltero, no permitiré que estés con él a solas». ¿Mi tío? ¿Qué iba a hacerme el hermano de mi padre? ¿Por qué no podía acercárseme? Ya había oído todos los discursos sobre el honor y sospeché que aquello estaba relacionado, así que me aparté y me escondí. Sus palabras no me sorprendieron; ya había aprendido que todas las prohibiciones tienen su origen en los hombres.

A pesar de los intentos para mantenerme en una etapa infantil, yo me convertí en una niña de once años con la misma curiosidad insaciable que había arrastrado durante toda mi infancia. Pero aquel año no se pareció a ningún otro, con una sucesión de acontecimientos convulsos que nunca olvidaré. En primer lugar, me contaron que mi abuela paterna había muerto. Yo no estaba muy unida a ella, así que perderla no fue muy doloroso, pero ver la reacción de mi padre ante su muerte fue tan desconcertante que me impactó. Nunca lo había visto llorar. Estaba terriblemente triste. A mí me confundió que mostrara sus emociones, era algo que no había visto en toda mi vida. Entonces, aún afectada por eso, diagnosticaron diabetes a Joud, que solo tenía cuatro años. Mientras escribo esto muchos años después, sigo reviviendo la angustia que sentí al saber que mi preciosa e inocente hermanita estaba enferma. Recuerdo que lloré por miedo a perderla. Mi madre no dejaba de llorar y repetía que Joud nunca dejaría de tener diabetes. Después de aquello, me dediqué a ella en cuerpo y alma, le hacía compañía, jugaba con ella y la hacía reír. Aunque había una criada que la cuidaba, yo me convertí en su

guardiana y juré que la protegería y que nunca permitiría que mis hermanos le hicieran sentirse como a mí.

Pero el año aún no había acabado. Meses después del diagnóstico de Joud, mi hermano Mutlaq hizo un descubrimiento sorprendente. Acudió a nuestra madre aterrorizado y le dijo que el armario donde mi padre guardaba su pistola estaba abierto y que el arma no estaba. Toda la familia quiso saber qué había sucedido. Todos excepto Reem. No hubo manera de encontrarla. Así que enseguida supusimos que había cogido la pistola y que iba a hacerse daño a sí misma o a otra persona.

Mi hermana Reem era una de las alumnas más listas de su escuela, todo el mundo la quería mucho y nosotros la considerábamos una segunda madre cuando éramos pequeños. Cuidaba de todos. Nos daba de comer, cocinaba para nosotros y nos ayudaba con las tareas. Pasaba horas limpiando los zapatos de mi padre y lavando sus calcetines antes de que se fuera de viaje de negocios y cuando volvía. Siempre estaba poniendo paz, secando lágrimas y asegurándose de que todo el mundo estuviera feliz, pero aquel año cambió por completo. Se había vuelto retraída, había dejado el cuarto que compartía con Lamia y prefería estar sola en el suyo. Dejó de comer con nosotros y ya no quería ir a clase.

Cuando Mutlaq nos dijo que el arma no estaba fuimos apresuradamente a su habitación. Yo estaba detrás de mi madre cuando ella entró corriendo en el cuarto de Reem preguntando dónde estaba la pistola. Estaba a su lado. Mi madre se lanzó a la cama y agarró a Reem mientras Mutlaq cogía el arma y se la llevaba. Yo apenas podía creer lo que vi: Reem iba vestida de hombre, en la maleta llevaba algo de ropa y a su lado había un papel con su plan de huida detallado. Parecía muerta de miedo. Yo me había escondido detrás de una de las cortinas porque quería quedarme, para ver qué le iba a pasar a Reem, y estaba segura de que me iban a decir que me fuera. Observé lo que pasó a continuación, pero en mi escondite pensaba: «¿Por qué quiere escaparse Reem?». ¿Qué podría haber pasado para que una chica de quince años quisiera irse de casa? Parecía muy asustada. Sollozaba y le temblaban las manos cuando dijo: «No puedo seguir

viviendo en esta casa». Mi madre no se separó de ella, pero llamó por teléfono a mi hermano, mi padre y mi tío paterno. Vinieron todos y, con todos los demás en la habitación mirando, le dieron una paliza. Le propinaron puñetazos, bofetadas, patadas y la dejaron inconsciente. Era una escena casi incomprensible: Reem intentaba huir mientras ellos la agarraban y le volvían a pegar. Ella estaba sangrando, gritando y les suplicaba que pararan. Entonces, cuando decidieron que la habían subyugado, ella se lanzó hacia la puerta y llegó hasta la calle antes de que la volvieran a prender y la redujeran a golpes. Su cuerpo estaba apalizado pero su voz sonó fuerte cuando esquivó un golpe de mi padre y gritó: «Tú no eres mi padre. No puedes serlo. Tú sabes lo que me has hecho». Parecía que estaba soltando una locura. Mi padre dijo que había que llevarla a una institución mental. Yo no estaba segura de qué quería decir eso, pero nadie salió de casa aquella noche. Yo volví a mi habitación y hablé con Fahad; nos daba miedo lo que pudiera pasarle a Reem.

El día siguiente, Reem se lo pasó llorando. Nos dijeron que la vigiláramos a todas horas. Todas las puertas estaban cerradas con llave. Yo entendí que Reem había hecho algo malo al robar el arma de nuestro padre. Pero ¿qué le había pasado? Yo solo sabía que Reem, la hermana que nos había ayudado a todos, necesitaba ayuda. El nerviosismo era palpable en toda la casa, como una cuerda tensa que podía saltar en cualquier momento. Todo el mundo murmuraba y caminaba de puntillas, como si hubiera que guardar un gran secreto.

Durante los siguientes días, mi padre estuvo casi todo el tiempo en casa con mi madre, paseando de un lado a otro, hablando en susurros. Parecía que nos hubieran sitiado. Después, mis hermanos y yo volvimos del colegio y nos encontramos con nuestra madre sentada y muy preocupada. No había rastro de Reem ni de nuestro padre, así que preguntamos qué había pasado. Ella nos dijo: «Se han llevado a Reem a una institución mental». Aunque yo aún no sabía qué era una institución mental, sus palabras me asustaron. Me quedé en el vestíbulo delantero esperando que mi hermana protectora volviera a casa, y cuando se

abrió la puerta y vi que medio la arrastraban medio la conducían, se me rompió el corazón. Parecía que la hubieran cambiado por otra persona. Tenía el rostro pálido, estaba completamente en silencio y no miró a nadie. Mantuvo la mirada baja y se fue a su habitación donde cayó profundamente dormida. Unas personas vestidas de blanco, como si fueran médicos, seguían a Reem y a mi padre y se quedaron en casa para ponerle inyecciones cada pocas horas para que no se despertara. Como es normal, yo hice preguntas. «¿Qué le están dando? ¿Por qué no la dejan despertarse? ¿Cuándo se levantará y volverá a ser Reem?» Y por supuesto me dijeron que me callara, que no era asunto mío. Yo no sabía el secreto de mi hermana Reem. Yo solo sabía que estaba sufriendo, que no se sentía a salvo y que por eso había intentado escapar. Y me preguntaba por qué.

Después de aquello, mi madre se encargó de la vigilancia y se sentó hora tras hora en el salón observando a Reem e intentando calmarla cuando se alteraba. Yo sabía que mi madre tenía miedo. Intenté ser una buena hija, estar con ella para que no se sintiera sola allí sentada todo el día. Le dije que podía ayudarla; que podía vigilar a Reem para que ella pudiera descansar. Yo lo vi como una oportunidad para acercarme a mi madre. Como es obvio, Reem no podía ir a visitar a nuestros parientes: estaba aturdida, nerviosa, no era funcional. El resto de la familia se fue, pero yo me quedé con mi madre para hacerle compañía. Con el tiempo, Reem empezó a estar mejor y nos sentábamos las tres juntas a contarnos historias. Me gustaba cuidar de ellas. Me hacía sentir que encajaba, y no me sentía tan sola. Me acerqué más a mi madre y a Reem, que es lo que quería, porque sentía que las ayudaba, pero que ellas también me ayudaban a mí.

Nada permanece, nunca. Reem se convirtió en una chica que necesitaba cuidados constantes, alguien que no podía funcionar por su cuenta. Yo no sabía por qué, y me preguntaba por las inyecciones que le ponían. ¿Acaso aquellos medicamentos le nublaban la memoria? ¿La hacían tan dependiente de mis padres que ya no podía hablar con voz propia? No obtuve respuestas. Pero sí sé que, como familia, seguimos adelante, sin cambiar. Si tuvo

lugar una catástrofe con mi hermana mayor, nadie aprendió nada de ella.

Un día, cuando yo casi tenía doce años, mi hermana mayor, Lamia, quiso salir a comprar maquillaje y me pidió que la acompañara. Yo me apunté enseguida. Por supuesto, nos tenía que acompañar Majed. Me puse la abaya y el hiyab y me subí en el coche con ellos. De repente, Majed me miró y me dijo: «A partir de ahora, no saldrás de casa sin cubrirte la cara con el niqab». Subió el tono de voz y me escupió aquella orden como si fuera un príncipe de la realeza. Había una mezcla de arrogancia y orgullo en su forma de hablar, como si controlarme lo convirtiera en un hombre de éxito. De hecho, mi vida estaba en sus manos; su autoridad era la esencia de mi ser. No tenía otra opción que aceptar aquella realidad, así que me compré un niqab y me lo puse. En cuanto me cubrí con él, sentí que había dejado de existir. Íbamos por una calle llena de gente y sentía que era invisible; yo veía a todo el mundo pero nadie me veía a mí. Nadie sabía si sonreía o lloraba. No era Rahaf sino una mujer que, como todas las mujeres vestidas de negro, no era nadie. Las chicas, ¿o eran mujeres?, que caminaban delante de mí no podían volverse y ver mi rostro. Yo no podía ver lo suyos. Todas habíamos sido borradas. Bajo aquella tela que me cubría hacía calor, era claustrofóbico. Respiraba contra un trozo de tela que empezaba a humedecerse y que me daba la sensación de estar respirando un aire viciado. Me pregunté si me iba a ahogar. Me daba miedo no poder respirar, pero no me atreví a decírselo a Majed. Lamia supo instintivamente en qué estaba pensando, se inclinó hacia mí y me dijo: «No tengas miedo, te acostumbrarás».

Había muchas cosas a las que me estaba costando acostumbrarme. Aquello parecía un juego de hombres contra mujeres; había unas reglas no escritas, pero al parecer todo el mundo sabía instintivamente cómo jugar. Si por casualidad tú no sabías o te negabas a ese subterfugio, había consecuencias en forma de exclusión. Ostracismo quizá es una forma demasiado dura de describirlo, porque como sucedía con las normas no escritas del

juego, nunca era del todo obvio que no las estabas siguiendo, como tampoco lo era cuando te censuraban.

Yo había crecido en una familia en la que las cosas no se hablaban, donde no nos aceptábamos fácilmente, una familia en la que el amor era condicional. Ahora se suponía que debía acostumbrarme a ser invisible. Y me preguntaba qué sería lo siguiente.

3

Mandamientos sagrados

Cuando tenía trece años y me matricularon en un colegio nuevo después de las vacaciones de verano mi vida había cambiado. Ahora era oficialmente una mujer, envuelta en una abaya de adulta, lo que significaba que era tan grande que habríamos cabido dos personas dentro. No solo eso, sino que la abaya tenía una parte integrada que cubría la cabeza, así que iba tapada de arriba abajo. Entre eso y el niqab para cubrir mi rostro parecía un bulto ambulante. Cumplir trece años comportó algunas ventajas. Me había cambiado a una habitación más grande con televisor propio (aunque con un número restringido de canales) y tenía algo más de control sobre mi teléfono. Mis hermanos podían seguir revisándolo cuando quisieran, pero yo también podía llamar a quien quisiera. Lo mejor de todo era que ahora iba a la escuela media, lo que me daba cierto espacio con respecto a mi familia, que estaba en otras escuelas. Tenía muchas amigas que iban a ir al mismo centro; nos conocíamos bien, pero yo tenía fama de traviesa.

En aquel momento fue cuando el énfasis sobre nuestro rol en la sociedad saudí empezó a pasar de «hija hacendosa» a «futura esposa». El mensaje en el aula estaba claro: las mujeres eran inferiores a los hombres y habían sido creadas para obedecerlos, cuidar de ellos y proporcionarles gratificación sexual. Empecé a examinar las leyes islámicas de mi país, leyes que permiten al estado controlar a las personas en nombre de la religión. Como niña de doce años, sabía que no existía una edad mínima para el matrimonio; de hecho, los hombres podían casarse hasta con niñas de cinco años. Y todas conocíamos los famosos festivales de

camellos, que tenían lugar cada septiembre en Taif, a unas ocho horas en coche de Hail, y sobre la práctica que se llevaba a cabo allí, denominada *akheth* (que significa «rapto»), que consiste en entregar como regalos, durante unos cuantos días o semanas, a niñas de entre catorce y dieciséis años a los miembros de más edad de la familia real. También sabíamos que el matrimonio infantil era muy común y que la mayoría de las niñas de mi región se casaban, o al menos se prometían, con doce años. Me hizo preguntarme qué valor tiene una niña más allá de ser la posesión de alguien.

Cada día empezábamos las clases leyendo oraciones del Corán y cantando el himno nacional. Justo después, mientras nosotras seguíamos de pie, las maestras comprobaban nuestra apariencia: si la falda era lo suficientemente larga, que no lleváramos el pelo corto (en clase no llevábamos ni la abaya ni el niqab). De las chicas más mayores comprobaban que no llevaran joyas ni maquillaje, que estaban prohibidos. Incluso los bolsos debían ser lisos, sin estampados.

Después empezaban las clases y, aunque estudiábamos geografía, historia, costura y labores del hogar, la religión era la asignatura más importante; su influencia afectaba a todo lo demás. El islam es la religión oficial de Arabia Saudí. El libro sagrado llamado Corán es la constitución del país. La *sharía,* que significa «el camino» y procede del Corán y los hadices, que son las enseñanzas del Profeta, son las leyes que lo gobiernan todo, desde los rituales religiosos a la vida cotidiana. Y la policía estatal conocida como la mutawa son quienes se encargan de aplicarla.

Arabia Saudí, o «el reino», como lo llaman muchos, es el hogar oficial del islam; las dos ciudades santas del mundo islámico, La Meca y Medina, están situadas aquí, y es donde vivió y murió el profeta Mahoma. De hecho, el rey de Arabia Saudí tiene un título adicional; también es conocido como el custodio de dos mezquitas, la Gran Mezquita de La Meca y la Mezquita del Profeta de Medina. Como el sistema legal se basa en la religión, los líderes de Arabia Saudí gobiernan con lo que ellos denominan la guía divina. Esto convierte el país en una teocracia en lugar de una democracia.

Resumiendo, el islam consiste en: una religión monoteísta abrahámica que enseña que solo existe un dios, Alá, y que Mahoma es su profeta. Tiene más de 1.800 millones de seguidores, lo que equivale al 24,1 % de la población mundial. Las creencias de esta religión fueron reveladas mediante profetas, incluidos Adán, Abraham, Moisés y Jesús. Al igual que el cristianismo y el judaísmo, el islam enseña que existe un día del juicio final donde los justos serán recompensados con el paraíso y los malvados serán castigados en el infierno. Los musulmanes pueden ser suníes (mayoritarios en Arabia Saudí) o chiíes (minoritarios).

La religión tiene cinco pilares. Estos difieren entre suníes y chiíes, pero nosotros somos suníes así que estos son los pilares que nos enseñan: *shahada,* que proclama la fe y dice que solo existe un dios llamado Alá y Mahoma es su profeta; *salat,* que significa rezar, una obligación que se lleva a cabo cinco veces al día; *azaque*, que significa caridad y declara que los musulmanes deben dar limosna a los pobres; *sawn,* que es el ayuno que se lleva a cabo desde la salida del sol hasta el ocaso durante el mes santo del ramadán; y *hach,* que significa peregrinar a La Meca una vez en la vida.

La versión mayoritaria del islam, especialmente en mi región, se conoce como wahabismo, que es un movimiento islámico fundado por un imán llamado Muhammad ibn Abd-al-Wahhab. El gran muftí de Arabia Saudí es descendiente del fundador y tiene lazos estrechos con la familia real. Su nombre, Abdul-Aziz ibn Abdullah Al-Sheikh, es tan largo que parece una URL. Estudioso del islam, es un hombre de aspecto siniestro que vive en La Meca y controla todo el país en lo relativo a religión y justicia. Recuerdo que cuando el rey Abdalá dijo que estaba considerando conceder el derecho a voto a las mujeres en las elecciones de 2015, el gran muftí saltó inmediatamente para decir que la implicación de las mujeres en la política sería como «abrir la puerta al mal».

Yo aún estaba en la escuela primaria cuando se lio gorda porque salió por la televisión diciendo que el ajedrez era *haram.* Aunque yo no sabía jugar al ajedrez y ninguna de las mujeres de mi familia jugaba, la mayoría de los hombres de nuestra tribu sí lo hacían habitualmente. Es un juego muy popular en Arabia Saudí.

Pero el gran muftí consideraba que no debía ser así: «El ajedrez es una pérdida de tiempo y una oportunidad para despilfarrar el dinero. Da pie a la enemistad y el odio entre las personas». Fue un mensaje muy potente para los hombres del reino. Muchos siguieron jugando, pero con la preocupación de que su amado pasatiempo fuera prohibido próximamente. Cuando oí aquellas palabras enojadas, como el resto de mi familia, me sonaron como un extraño ejemplo de norma sin sentido. El ajedrez te hace odiar a tu oponente. ¿De verdad? Como joven adolescente yo sabía que eso era ridículo y me preguntaba por qué los demás no lo veían igual que yo.

Cuando estudiaba, solo nos enseñaron la versión wahabista del islam, una doctrina estricta, dura, implacable y represiva que funciona mediante la coerción y el miedo. Por ejemplo: ya de niña, sabía que habían sido los líderes del wahabismo quienes habían destruido los templos, mausoleos y otros enclaves históricos, tanto musulmanes como no musulmanes, de mi país que deberían haberse preservado. Ya con doce años pensé que la educación que estaba recibiendo era sobre todo propaganda religiosa que promovía el odio a los no musulmanes y a cualquiera que no siguiera el wahabismo.

Lo que tiene estudiar religión desde el primer año de colegio, como hacemos nosotros, es que solo nos hablan de una religión y desde el punto de vista de un imán. No hay discusión, no se cuestiona nada, solo se memoriza y se repiten constantemente fragmentos del Corán. Aunque somos todos musulmanes, no nos enseñan nada sobre los cristianos, los judíos o los hinduistas; solo nos hablan del islam. Hasta que fui más mayor no descubrí que hay muchas interpretaciones del islam, desde las más conservadoras, con las que convivimos en Hail, hasta las más liberales en otros lugares. Descubrí que la mayoría de los musulmanes suníes y chiíes de todo el mundo están en desacuerdo con la interpretación del wahabismo, y que muchos musulmanes lo denuncian; algunos incluso afirman que el wahabismo es uno de los orígenes del terrorismo global. Pero en mi colegio y en mi casa en Hail nos enseñaban que la única interpretación aceptable del islam era el

wahabismo. Todas las demás se consideraban malas, pecaminosas e incluso merecedoras de una condena a muerte.

A veces pensaba que el wahabismo debería denominarse la religión *la-la,* que significa «no-no». No, no puedes hacer esto. No, no puedes hacer aquello. La lista de normas que nos enseñaban en el colegio era avasalladora, especialmente para los jóvenes ansiosos de aprender cosas sobre el mundo. No se podía tocar ni escuchar música que no encajara estrictamente con los estilos permitidos (como cantar el himno nacional y, por supuesto, las canciones que mi madre nos cantaba de pequeños; tenían que ser *halal)*. Y aun así, podrías acabar siendo arrastrado a músicas consideradas *haram.* Nada de bailar, ni de ir a videntes, ni de llevar amuletos, que algunos árabes lucen a menudo para protegerse del maligno. Solo se permitían programas de televisión religiosos, aunque nosotros veíamos la tele a todas horas y no era el caso, pero nunca lo dije en el colegio. Las listas eran largas: nada de fumar, ni de jugar al *backgammon*, ni al ajedrez ni a las cartas; nada de dibujar figuras humanas o animales. Se consideraban ídolos, pero eso lo aprendí de muy pequeña, cuando el dibujo se convirtió en mi pasión. Nada de actuar (lo hacíamos en la sala de la tele con Sarah y nadie nos dijo nada al respecto) ni de escribir ficción: ambas cosas se consideran formas de mentir. Nada de escuchar música grabada en el teléfono, ni de enviar flores a amigos o familiares ingresados en el hospital. Lo creas o no, el wahabismo llega incluso a afirmar que silbar es pecado.

Yo sabía que había muchas prácticas que otros musulmanes sí llevaban a cabo, como celebrar el cumpleaños del Profeta y decorar las mezquitas, pero nuestra interpretación del Corán prohibía esas actividades. Más no-no, pensaba yo. Las mujeres podían conducir coches en otros países pero no en Arabia Saudí cuando yo era pequeña. La interpretación de los sueños se consideraba un pecado. Nuestras maestras nos contaban que diseccionar cadáveres, incluso durante investigaciones criminales o para estudios médicos, estaba prohibido. Pero a mí en ese momento no me interesaba diseccionar cadáveres, así que taché aquel no-no de mi lista por ser algo que no me urgía hacer.

También nos enseñaron a evitar trabar amistad con no musulmanes o adquirir las prácticas culturales de los extranjeros, como el día de san Valentín, el día de la madre, los cumpleaños o tener perros como mascotas. Incluso nos enseñaron a no felicitar sus festividades a los no musulmanes. Más no-no. Nos dijeron que el islam prohíbe a las mujeres viajar o trabajar fuera de casa sin el permiso del marido. Las relaciones sexuales fuera del matrimonio podían castigarse con la decapitación, y la mezcla entre hombres y mujeres estaba prohibida, como la de musulmanes y no musulmanes. El islam considera herejes a los ateos, que pueden ser castigados con la muerte.

Pero a medida que observaba a mi alrededor y formulaba preguntas, siempre había excepciones a estas normas. Mi madre era maestra, pero no creo que tuviera que pedir permiso a mi padre para salir y enseñar en el colegio. Y en la Universidad Rey Abdalá de Ciencia y Tecnología se mezclaban los musulmanes con los no musulmanes.

Sin duda, que las mujeres contravengan su código de vestimenta es un no-no. Los hombres deben llevar thobe, que es una túnica larga de color blanco, y un pañuelo de cuadros blancos y rojos llamado kufiyya, pero la mayoría de los hombres solo visten así en ocasiones especiales; normalmente llevan ropa occidental como trajes o vaqueros. Para las mujeres no hay excepciones: a los nueve años, una abaya negra que te cubre todo el cuerpo excepto las manos; a los doce, el niqab que cubre tu rostro es absolutamente necesario. Desobedecer implica ganarse un castigo muy duro.

Algunos hombres de Arabia Saudí siguen pensando que educar a las niñas debería ser otro no-no. Utilizan un dicho: «Dejar a una niña ir al colegio es como permitir que un camello meta el morro en la tienda: acabará metiendo todo el cuerpo y quedándose con todo el espacio».

Además de la educación religiosa, el colegio también era el lugar donde oías detalles sueltos sobre Occidente: que la vida allí era buena, que sus gentes tenían libertad, que allí no matan a las niñas por hacer cosas que están mal. Me quedé muy sorprendida

cuando oí que las niñas tenían novios, que todo el mundo lo sabía y que salían a pasear juntos y de la mano.

Aprendí muy pronto a guardar secretos, y a mentir si era necesario, para evitar castigos, e incluso la muerte. Por ejemplo, cuando estaba a punto de cumplir doce años, me pasó algo que me cambió la mente y la vida. Me empezó a gustar una niña. Al principio, noté que me pasaba algo raro. A mis hermanas y a todas mis primas les gustaban los chicos, aunque siempre estuviéramos separadas de ellos, pero a mí me gustaba una chica. Aquel sentimiento formaba parte de mí, no podía eliminarlo. Recuerdo un día que estábamos jugando solas en su habitación. Yo me acerqué a ella y la besé. Ella me besó también y después mantuvimos sexo, como los adultos. Fue la primera experiencia de ambas. Después de aquello yo no dejaba de pensar en chicas y no me imaginaba a mí misma con un chico. Cuando veía la televisión nunca veía a dos chicas enamoradas entre sí; y empecé a preguntarme por qué solo se juntaban los chicos con las chicas. Es una pregunta que no me atreví a hacer en voz alta. Si me hubieran pillado con aquella chica, las consecuencias habrían sido importantes; tanto en casa como en el colegio todo el mundo hablaba del honor, y no dejaban de recordarnos que éramos «personas puras».

El honor, tenerlo, mantenerlo, protegerlo o perderlo, era el trasfondo de todos los aspectos de nuestras vidas. Yo sabía que mi familia me mataría para proteger su honor, para eliminar la vergüenza. Todas las sofocantes limitaciones para las mujeres y las niñas, estuvieran donde estuvieran, en casa, en el colegio, visitando a familiares o de compras, eran por temas de honor. Y esa carga recaía exclusivamente sobre los hombros de niñas y mujeres. Así que tener relaciones sexuales con una chica se habría considerado el *summum* del deshonor y el escándalo. Si me hubieran pillado, seguramente mi familia habría tenido que matarme, alegando que había avergonzado a la familia, o quizá me habrían casado inmediatamente con un viejo que habría tenido un control total sobre mí. Por suerte, esa vez no me pillaron.

Pero yo desarrollé un nuevo radar para inspeccionar mi

entorno. Después del terrible incidente con mi hermana Reem, no me sentía segura en casa. No tenía claro qué le había pasado, pero tenía la sensación de que podía pasarme a mí también. Aquel presagio me acompañaba como una neblina, sentía que me rodeaba, pero nunca tuve claro si era una advertencia o las consecuencias emocionales de haber sido testigo de lo que le había pasado a ella. Sentía que había una amenaza velada y que si cometía un error podría acabar en la institución mental a la que mi padre había llevado a Reem o algo peor. Tenía tanto miedo que empecé a tener pesadillas en las que mi familia entraba en mi habitación, veía maletas detrás de la puerta, saltaba sobre mí y se me llevaba. En la pesadilla yo gritaba. Cuando desperté, saqué todas las maletas de mi cuarto. Hasta las mochilas y los bolsos, cualquier cosa que pudiera usarse para viajar. Me aterrorizaba que mis padres pudieran pensar que un día huiría como Reem había intentado hacer. En ese momento de mi vida, huir ni siquiera era una opción.

En aquel momento empecé a ser mucho más consciente del rol de las mujeres en la sociedad y no me gustó lo que vi. Por mucho que observara y escuchara, no podía entender por qué los hombres siempre recibían atenciones y las mujeres siempre las prestaban; cuando los hombres llegaban a casa, las mujeres se convertían en seres silenciosos y serviles. Las obligaciones y normas que me enseñaban eran humillantes. No entendía por qué todo el mundo las aceptaba. Por ejemplo, en las fiestas o reuniones familiares, las mujeres, yo incluida, ahora que ya tenía trece años, preparaban la comida y hacían el almuerzo o la cena para los hombres y, después, ni siquiera comían con ellos. Los hombres comían lo que querían y se iban. Las mujeres comían las sobras. Esta es una práctica aceptada por la mayoría de las tribus y aún vigente. Pero a mí me enervaba porque reforzaba la idea de que las mujeres están por debajo de los hombres, que las mujeres no tienen siquiera derecho a comer comida recién hecha. Y eso no es todo. Hasta en los coches, las mujeres siempre tenían que ir detrás. Aunque cuando éramos pequeños y nos íbamos de vacaciones, mi madre se sentaba delante con mi padre, en cuanto los chicos

fueron lo suficientemente mayores, quedó relegada al asiento de atrás. Las mujeres sufren este trato de segunda incluso de forma discreta, quizá anecdótica. En los *majlis,* que son nuestros salones, hay sofás apoyados en las paredes para los hombres y cojines en el suelo para las mujeres. El mensaje se repite en todos los aspectos de nuestras vidas: eres menos. Menos valiosa, menos importante, menos útil, fácilmente eliminable.

Cuando era pequeña, pensaba que la mayor diferencia entre chicos y chicas era que los chicos podían jugar fuera y las chicas no, pero a medida que crecí aprendí que el estatus inferior de la mujer lo abarcaba todo: afectaba a cuanto hacíamos, desde la ropa que llevábamos hasta nuestra forma de hablar. Recuerdo un día que Fahad estaba con su iPad y yo empecé a molestarlo, diciéndole las típicas cosas que se dicen los hermanos. Le decía que era tonto, débil y miedica. Él y yo siempre estábamos chinchándonos. Incluso nos decíamos insultos que nos habrían dado problemas si alguien nos hubiera oído. Cuanto más ridículo era lo que decíamos, más nos reíamos; cuanto más desagradable fuera el insulto, mejor. Bueno, pues aquel día nos oyó mi madre. Parecía que estaba amenazando de muerte a Fahad. Mi madre estaba furiosa y empezó a darme un sermón que nunca olvidaré y que afirmaba que nunca más debía hablarle así, que eso podría herir su *alrujula,* que significa «virilidad» en árabe. Me dijo que nunca debía insultar ni infligir violencia sobre un chico, porque los volvía débiles. Entonces, como para compensar a Fahad, me dijo que yo era idiota, que no valía para nada y que mi lugar era la calle. Sus palabras me rompieron el corazón. Aún hoy siento dolor al recordar el sonido de su voz, lleno de odio hacia mí. Yo estaba tan enfadada que le contesté: «No mereces hijos, ni marido ni una gran familia como nosotros». Mi reacción fue tan potente que hasta sentí resentimiento hacia mi hermano pequeño, al que adoraba. Comprendí que aquel resentimiento no le correspondía a él. Yo no estaba enfadada con Fahad; yo estaba enfadada porque mi madre me estaba dejando muy claro que Fahad era más importante que yo, que lo favorecía y lo protegía porque era un niño. Me estaba diciendo que las niñas tienen que oír palabras como las que ella

grabó a fuego en mi corazón porque hay que romperlas, que la debilidad y la sumisión es lo que las hace bellas. Nunca olvidaré aquella pelea. Está grabada en mi recuerdo como una cicatriz.

En clase, en la escuela media, me relacionaba con otras adolescentes y lo disfrutaba mucho, pero en las reuniones familiares me gustaba estar con las mujeres maduras. La mayoría eran décadas mayores que yo, y se reunían en una sala aparte de las adolescentes. Me gustaba escuchar sus conversaciones, y aprendí mucho de nuestra sociedad con sus relatos, compartiendo sus secretos y gracias a sus consejos de supervivencia. Por ejemplo, hablaban de qué hacer cuando tu marido te grita: «Bajas la vista y te quedas callada para que él vea que eres una buena mujer». O qué hacer cuando visitas a su familia: «Cuando te obliga a cocinar y a limpiar para ellos, lo haces». Y cuando vuelve a casa del trabajo: «Le masajeas y le lavas los pies». Yo absorbía aquellos relatos como un medicamento amargo. Los hombres no hacen nada de eso por sus esposas. No hay placer, ni romanticismo ni amor en esos actos; solo servidumbre. Y a mis ojos jóvenes aquello se reducía a las mujeres interpretando su papel de estúpidas y débiles, porque es lo que los hombres quieren, lo que mi madre me dijo que yo tenía que ser.

También hablaban de sexo, sobre todo de cómo asegurarte de que tu marido no se casa otra vez. Yo siempre había pensado que hablar de sexo estaba prohibido, pero no era así entre mujeres casadas. Hablaban mucho sobre su vida sexual: lo que estaba bien y lo que no en la cama. Algunas reían y les contaban a las demás lo que les gustaba del sexo; otras se quejaban de tener que practicarlo cuando no les apetecía; y otras les decían inmediatamente a las que se quejaban que debían obligarse a hacerlo, que debían fingir disfrutar para que sus maridos no las engañaran y se casaran de nuevo.

Como estudiantes, solíamos cuchichear sobre sexo y sobre una organización denominada el Club de las Esposas Obedientes, cuyo papel era el de enseñar a las mujeres a ser sumisas ante sus

maridos. No creo que tenga miembros en Arabia Saudí, pero su libro, titulado *Sexo islámico,* explica a las esposas como ser «putas de primera» para evitar que sus maridos las dejen. Una de sus miembros afirma que «un hombre casado con una mujer que es tan buena o mejor que una prostituta en la cama no tiene motivos para dejarla. En lugar de hacer que él peque, una mujer debe hacer todo lo posible para hacer realidad sus deseos». Algunos de los rumores decían que las Mujeres Obedientes promovían el sexo en grupo entre un hombre y todas sus esposas. El libro estaba prohibido en todas partes, pero todas lo conocíamos.

A mí me gustaban los cotilleos en el colegio así como los de mi madre y sus amigas sobre sexo, pero hacían que examinara las contradicciones y la confusión en nuestras vidas. ¿Por qué estaba permitido que las mujeres casadas disfrutaran y rieran hablando de sexo cuando a las chicas se nos prohibía incluso pensar en ello? No solo eso, en aquellas reuniones familiares siempre se cotilleaba sobre mujeres o chicas que eran malas, malas porque se negaban a cocinar a diario para sus esposos, malas porque tenían un trabajo y viajaban a otras ciudades para trabajar, malas por llamar la atención y malas porque habían rechazado un matrimonio concertado. Recuerdo una vez que la conversación versaba sobre las demandas incipientes de las mujeres que querían conducir y mi madre dijo: «Las mujeres que quieren conducir un coche son putas».

En el colegio intercambiábamos estas historias, incluida una sobre un profesor llamado Kamal Subhi que afirmaba que permitir conducir a las mujeres causaría «el fin de la virginidad» en el reino. Me pregunté qué quería decir. ¿Cómo podía el hecho de conducir arrebatarte tu virginidad? La cosa siempre iba de las mujeres y las niñas siendo malas y los hombres y los niños no haciendo nunca nada mal.

Ya estuviéramos visitando a Mamá Nourah o a cualquier otra persona, teníamos que estar segregados; los niños y las niñas se separaban en casa de los parientes, en los colegios, en los lugares públicos e incluso en nuestra propia casa si había visitas. Era nuestro estilo de vida, nos gustara o no, y se nos enseñaba a estar

incómodas en compañía de los chicos, incluso de nuestros propios primos. Como la mayoría de las chicas de Arabia Saudí, empecé a tener miedo de mis hermanos y de mi padre. Sabía que tenían poder sobre mí. No me gustaba, pero cada año, a medida que me hacía mayor, entendía mejor las consecuencias de desobedecerlos, interponerme en su camino o convertirme en objeto de su ira.

El doble rasero para hombres y mujeres (o chicos y chicas) en cuanto a relaciones, y las estrictas normas que teníamos nosotras para todo, desde hablar flojito a actuar como si cocinar y limpiar fueran las cosas más placenteras que podía hacer una chica, me resultaban cada vez más sorprendentes. A veces las normas parecían simplemente estúpidas. Por ejemplo, mis primos venían muy a menudo a casa, pero jugábamos en habitaciones distintas; las chicas jugaban juntas y los chicos estaban en otra sala. Recuerdo que dos de mis primos se querían mucho; por aquel entonces tenían nueve años. El chico le dijo a su madre que quería casarse con aquella chica, pero, por supuesto, eso no le permitía estar en la misma habitación que ella. Nosotros pensábamos que eran muy monos cuando estaban juntos, así que los escondíamos detrás de los muebles o distraíamos a los adultos para que no se dieran cuenta de que habíamos logrado que aquellos dos niños de nueve años estuvieran juntos. Convertimos las estúpidas normas en un juego para ver si éramos lo bastante listos como para hacer creer a los adultos que estábamos siguiendo sus tonterías.

De niña, nunca pude ir a lugares públicos con mis amigas, pero una vez cumplí trece años, se me permitió ir a casa de familiares si me llevaba a Fahad y a Joud. Así fue como pude ir a sitios emocionantes como el zoco, que es nuestro mercado, sin que lo supieran mis padres. Las niñas de casa de mis parientes podían salir, pero no decíamos adónde íbamos. El sabor de la libertad alimentaba mi alma y mi gusto por la aventura. Caminar por el parque o sentarnos juntas en un banco hacía que me sintiera parte del mundo en lugar de encerrada en una casa. En el zoco había de todo: comida y bebida, actividades y tiendas. Recuerdo que una vez cenamos en un restaurante y fuimos a un parque de atracciones cubierto donde jugamos a hacer volar cometas, que implicaba

correr mucho, gritar y reír a carcajadas, que son cosas prohibidas para las chicas de mi familia. Algunas personas mayores se enfadaron con nosotras y nos dijeron que no teníamos que reírnos ni gritar delante de hombres, pero no les hicimos caso. Suena inocente, pero era tan *haram* que aún hoy en día recuerdo el placer de incumplir aquellas normas.

Aunque es cierto que alguna vez estuvimos a punto de tener problemas durante nuestras travesuras. Una tarde, mientras dábamos vueltas por el zoco, vimos a un amigo de Majed que pareció que nos miraba directamente. Yo me preocupé por si había reconocido a Joud, que no llevaba la cara tapada porque era pequeña, y pensé que podría haber extrapolado que yo era una de las siete adolescentes que iban solas por allí. Contuve la respiración cuando pasamos por su lado, a sabiendas de que si me había visto iría a contárselo a mis hermanos. Otra vez, nos topamos con la policía religiosa, que nos llamó sucias por estar en la calle sin un hombre vigilándonos. En Arabia Saudí llamar a alguien extranjero es un insulto muy grave, así que la policía nos acusó de parecer extranjeras que no tienen a un hombre en casa que eduque como es debido a sus hijas. Nos amenazaron con llevarnos a la cárcel si no nos íbamos a casa y nos dijeron, literalmente: «Sacad vuestros asquerosos cuerpos de la calle». Los hombres del zoco también nos acosaban, nos agarraban por detrás y me tiraban del niqab y el hiyab para dejar al descubierto mi rostro y mi cabeza. Un grupo de chicos se restregaron con nosotras, apretando sus cuerpos contra los nuestros. Nos llamaron putas y nos invitaron a pasar la noche con ellos; llegaron a sacarse dinero de los bolsillos y a decir que pagarían por pasar un rato con unas chicas malas. Un chico llegó a pegar a una chica porque ella llevaba tacones.

Es un comportamiento muy habitual cuando los chicos se encuentran con chicas que van solas. Tiene que ver con la justicia saudí: si rompes la norma de ser invisible, pagas el precio de tu delito. Ellos creen que tienen todo el derecho de acosarnos verbal y físicamente y que nos merecemos que sean maleducados y brutales porque nos hemos atrevido a salir de los confines de nuestro hogar, que es donde tendríamos que estar. En nuestra sociedad no existe

protección contra el abuso ni el acoso sexual a mujeres y chicas. De hecho, se da la situación contraria: las regulaciones draconianas que perpetúan el dominio sobre las mujeres se aplican de forma rigurosa. Las mujeres intentan obtener justicia denunciando en Twitter a los hombres que las acosan con el hashtag #افضح_متحرش, que significa #denunciaalacosador, pero invariablemente las respuestas se llenan de acusaciones que afirman que la culpa es de ellas: «Te lo mereces por no cubrirte», o «Eso te pasa por ir sola», o «Si hubieras estado en casa, no te habría pasado».

Todo esto se hace en nombre de la religión, que es la auténtica ley en Arabia Saudí: compórtate como te decimos o Alá, el Gobierno, la policía, tu familia e incluso los fanáticos que van por la calle te castigarán. Aquello no impidió que me escapara con mis amigas, porque estar en lugares públicos con mis hermanos, que era la única forma aceptable para mí de salir a la calle, me convertía en un robot; no podía hablar, ni escuchar y ni siquiera pensar. En el zoco, no podía hablar con el vendedor; si tenía alguna pregunta, se la tenía que susurrar a mi hermano al oído y entonces él la formulaba por mí. No podía darle dinero al vendedor ni cogerle la bolsa con lo que hubiera comprado. Hasta en las visitas médicas, cuando el doctor me preguntaba por qué había ido o qué me pasaba, mi padre (o mi hermano) era quien contestaba y le explicaba cómo me encontraba. La conversación iba más o menos así:

MÉDICO: Hola, Rahaf. ¿Cómo estás? ¿Qué te pasa?
MI PADRE: Le duele el estómago y ha vomitado esta mañana.
MÉDICO: ¿Desde cuándo te encuentras mal?

Si mi padre no lo sabía, me miraba. Yo le daba la respuesta y él se lo decía al médico. Esto puede parecer difícil de creer, pero es la realidad para las niñas de Arabia Saudí. Y si el médico tenía que examinarme, una enfermera me acompañaba mientras él me rodeaba con una cortina y pasaba el estetoscopio por debajo para auscultarme, y siempre ante la mirada de mi guardián. ¿A que es ridículo?

Fueron este tipo de cosas las que me hicieron pensar que estaba atrapada en una pesadilla. Es decir, ¿quién puede pensar que es razonable que una niña no le cuente sus síntomas a su médico, sino que tenga que responder a su padre las preguntas de este, que está ahí escuchando, claro está, y que entonces su padre se convierta en su voz? Cuando pasaban estas cosas yo me quedaba allí sentada preguntándome: ¿quién es el loco, ellos o yo? Este tipo de comportamiento inexplicable en todos los ámbitos de la vida no dejaba de repetirme que yo no existía, que solo había venido a este mundo a servir a un hombre, lavarle los pies, hacerle la comida y ser su esclava sexual y máquina de generar bebés. ¿Por qué lo aceptaban otras chicas y mujeres? ¿Cómo podía pensar Lamia, mi querida hermana mayor, que aquello estaba bien? ¿Y qué pasaba con mi madre? Una mujer fuerte, aparentemente independiente, con un trabajo, que ganaba su propio dinero, ¿cómo era posible que se rebajara a participar en lo que yo consideraba una mascarada? ¿Qué pensaban que sucedería los padres, hermanos, el Gobierno y los líderes religiosos? ¿De verdad pensaba mi padre que el médico me agrediría sexualmente? ¿O pensaba que una chica joven como yo saltaría en brazos de un médico de mediana edad si no estaba él allí vigilándonos? Daba igual dónde estuviera, en el ambulatorio, en un restaurante o en una tienda, yo no podía usar mi voz.

Y te advierto de que tenía que usarla para defenderme muy a menudo. Un día, una alumna de mi colegio les dijo a los profesores que yo había besado a una chica y tenía relaciones con otras. La historia se extendió como la pólvora por todo el centro. Sabía que tendría problemas, aunque no de qué tipo. Me llamaron al despacho de la directora y me encontré con las chicas con las que me había liado. Nos interrogaron, nos riñeron y nos dijeron cosas como «sucias bolleras». Entonces la directora escribió un informe en el que afirmaba que habíamos reconocido nuestro error y nos dijo que desapareciéramos de su vista. Así que me convertí en una paria para las profesoras, que me llevaban aparte y me decían que era una deshonra, que tenía que rezar a Alá para que me perdonara y empezar a llevar una vida pura. Aunque la reacción de mis

compañeras no fue tan mala, porque la mayoría también tenían relaciones con otras chicas, la respuesta de las maestras fue feroz. A mí y a otras nos señalaron, mientras que el resto de las chicas se aseguraron de que sus relaciones quedaran en secreto.

La cosa empeoró. Después de que la directora y la mayoría de las maestras nos castigaran, la profesora de mates nos hizo sentarnos a mí y a las demás frente a toda la clase, de cara a ellas, y nos gritó y nos describió como homosexuales cuyos cuerpos arderían en el infierno. Y no se acabó ahí. Nos hizo ver un vídeo en su ordenador sobre la condenación y el fuego eterno. Es la cosa que más miedo me ha dado en toda mi vida, con escenas de gente gritando de dolor, con las llamas devorándolos y su cuerpo convirtiéndose en ceniza. La profesora no dejaba de decir: «Arderéis como ellos». Yo estaba tan alterada que empecé a llorar sin parar. Aunque intentaba dejar de sollozar y temblar, y recomponerme, vi que ella disfrutaba de mi desolación, de verme muerta de miedo. Era tan horrible que aquellas imágenes aún me persiguen, y muchos años después aún siento un escalofrío de terror cuando recuerdo aquel vídeo.

Pero yo sabía que lo peor aún estaba por llegar. El terror real llegó cuando la directora me dijo con una mueca malvada en el rostro que había informado a mi madre, que me estaba esperando en casa. Aquel día deseé que las clases no se acabaran nunca. Estaba allí sentada con ganas de vomitar; la idea de enfrentarme a mi madre me generaba tal malestar que no podía ni hablar. Cuando nos fuimos a casa al acabar el colegio, mis amigas me rodearon para intentar darme ánimos. Me dijeron que lo negara todo y que argumentara que las profesoras se lo habían inventado porque me tenían manía.

Al llegar a casa no había nadie, así que me fui directamente a mi habitación y cerré con pestillo, con la esperanza de una prórroga, de que surgiera algún otro problema en mi familia y que mi madre se olvidara de mí. No fue más que una ilusión. Al cabo de poco estaba ante mi puerta, golpeándola como si quisiera echarla abajo. La abrí sollozando. Me agarró y empezó a ahogarme, llamándome infiel y deshonra de hija. Estaba muy

enfadada, me tiró del pelo, me dio puñetazos, hasta me mordió. Comprendí que, por mi propia seguridad, tenía que tranquilizarla, pero cuanto más intentaba razonar con ella más fuertes eran los golpes que recibía. Finalmente me soltó, pero solo porque empezó a agarrar objetos de la habitación para lanzármelos. En ese momento, con ella gritando y yo berreando, intenté esconderme bajo la cama. Ella seguía chillando cosas sobre su reputación y la de la familia. Comprendí que lo único importante era que no se supiera, que pudiéramos guardar las apariencias. Si nadie sabe de tu supuesto crimen, puedes librarte o acabar con un castigo pequeño. Pero si los demás se enteran, que el cielo te ampare. Tu vida puede convertirse en la herramienta para silenciar los cotilleos y recuperar la reputación de tu familia. El honor interfiere con la justicia. Mi objetivo, desde debajo de la cama, era distraerla para que pasara de la acción al diálogo, suplicarle que me perdonara y evitar que hiciera una auténtica locura. Se acercó al borde de mi cama y masculló: «Puede que el final de tu vida esté cerca, pide a Alá que te perdone». Después se fue y se llevó la llave. Yo estaba tan agotada que cuando salí de debajo de la cama y me tumbé me quedé dormida inmediatamente. Me desperté con una almohada sobre el rostro. Era mi madre quien la sostenía. ¿Intentaba matarme o solo asustarme? No lo sabía, pero sí supe que estaba en peligro. Cuando me revolví y empecé a llorar, ella se echó atrás bruscamente y se fue de la habitación.

Yo no salí de ella durante el resto del día, ni siquiera para cenar. La mañana siguiente nadie me dijo nada de ir a clase, así que supe que el control sobre mi vida había avanzado otro paso. Mi madre me anunció que me había sacado del colegio. Así empezó un juego de adivinanzas muy traicionero, en el que mi vida se convirtió en la moneda de cambio y la ira de mi madre era lo que hacía avanzar los acontecimientos. Una vez, cuando me estaba yendo a dormir, ella entró en mi habitación, vino a mi cama y me puso el filo de unas tijeras contra el cuello diciendo: «Despierta, homosexual». Yo di un respingo y le arrojé una almohada. Su rostro estaba congestionado y escupía ira con tal fuerza que me asusté lo bastante como para implorarle que me

perdonara. Le prometí que nunca más volvería a hacerla enfadar y que cargaría durante el resto de mi vida con el dolor que le había causado. Al parecer, aquello tuvo cierto efecto, porque apartó las tijeras y dijo sin ninguna emoción: «No vas a volver al colegio, te quedarás en casa hasta que un hombre se case contigo». Yo respondí: «Acepto tu decisión», y decidí que, al final, aquello me había salido barato.

Estuve dos semanas en casa. A mis hermanos les dijeron que mis notas eran tan malas que no volvería al colegio. Mi madre y yo no nos hablábamos. Pero mi victoria particular fue que mi madre no le contó a mi padre mi transgresión. Una tarde, la vi sentada a solas y le pregunté si podíamos hablar. Para entonces, su rechazo me superaba, así como el terror y el arrepentimiento, y quería regresar desesperadamente a la situación anterior. Deseaba el perdón de mi madre. Me senté a su lado, admití mi error y lloré para que me perdonara. De repente, extendió los brazos y me rodeó con ellos. Me hizo apoyar la cabeza en su pecho, me acarició el pelo y me dijo que me perdonaba porque era joven y había cometido un error. Después me dijo que volvería al colegio, pero a otro, lejos de las chicas que me habían llevado por el mal camino. Me quedé con ella el resto del día. A pesar de que mi madre me perdonó en aquella ocasión, yo había perdido su confianza, y sabía que ella había decidido que yo ya no era lo que se diría una buena chica.

El nuevo colegio era pequeño, en mi clase éramos solo trece niñas. Hice amigas rápidamente y me juré a mí misma y a mi madre que me mantendría alejada de las chicas que tuvieran relaciones homosexuales. Mi madre empezó a ser más estricta y mandó a mis hermanos que se mantuvieran alerta y me castigaran si me pasaba de la raya. Lo hicieron. Rezaba las cinco veces diarias obligatorias, pero si me retrasaba un minuto ellos amenazaban con pegarme. Tenía obligaciones en casa, pero se daba por sobreentendido que si no cumplía con ellas tendría que enfrentarme a las consecuencias. Yo decidí limpiar el jardín y el patio, porque solo consistía en regar

un poco y me permitía estar fuera.

Las broncas, los golpes y la violencia que me rodeaban no eran algo excepcional. Todas las chicas estaban sometidas a una disciplina parecida. Aunque el teléfono era supuestamente de mi propiedad, después del incidente en el colegio mi madre y mis hermanos me lo cogían cuando querían y comprobaban qué había hecho con él. Una vez, mi madre estaba revisándolo y se encontró con una película porno que me había descargado y que mostraba sexo entre dos chicas. Su silencio e inacción me dejaron petrificada. Sabía lo que iba a pasar, se lo iba a contar a mi padre. Él nunca nos castigaba, a no ser que la cosa fuera muy grave, como cuando Reem le cogió la pistola para escaparse. Así que pensé que mi primera paliza estaba a punto de llegar. Pero no fue así. Su mirada estaba cargada de una profunda decepción. Después se quedó con mi teléfono, me dijo que ya pensaría cuándo me lo iba a devolver y se fue.

Dos meses después me lo devolvió, porque nos íbamos de vacaciones a Dubái. Yo estaba cumpliendo con todas aquellas estrictas normas, así que mi familia estaba muy tranquila conmigo. Mutlaq, que se había convertido en alguien exageradamente religioso y, por lo tanto, excesivamente duro, decidió no acompañarnos porque en Dubái había muchas mujeres que vestían a la occidental y pensó que no debía verse expuesto a tantos cuerpos desnudos. Mi madre decidió quedarse en casa para cuidar de Joud y Reem, ambas con problemas de salud. Así que Lamia, Majed, Fahad y yo misma nos fuimos con mi padre. Yo estaba deseando empezar aquellas vacaciones maravillosas. En aquel viaje fue cuando tuve en mis manos por primera vez mi pasaporte; cuando descubrí la fecha de mi cumpleaños en el calendario gregoriano. En cierto sentido, saber algo así de mí misma me empoderó.

Dubái me sorprendió mucho: había muchos pubs, se servía alcohol (que en Arabia Saudí está prohibido) y había mujeres extranjeras por todas partes, vestidas con minifaldas y tacones altísimos. A pesar de que aquellas mujeres debían provocarme asco, yo, en realidad, les tenía envidia. Nunca había pensado en

dejar de usar la abaya, pero al ver a aquellas mujeres maquilladas y con ropa bonita, con el viento agitando su pelo, empecé a hacerlo. Parecían tan confiadas, se reían con ganas y se llamaban entre ellas como si aquel lugar les perteneciera y no estuvieran haciendo nada malo. Yo las veía por la pequeña ranura de mi niqab. Si ellas me hubieran mirado, apenas habrían podido ver mis ojos. Yo me percaté de que mi padre y mis hermanos no dejaban de mirar a aquellas mujeres, sus cuerpos y sus pechos. Me pregunté en qué pensaba Lamia. ¿Quería quitarse el saco negro que la cubría y mostrar su identidad? ¿Vestir como ellas? ¿Quería mostrar el maquillaje de su precioso rostro? ¿O yo era la única que lo pensaba? Decidí que era mejor no preguntar. ¿Y qué pasaba con las mujeres de allí, que iban envueltas, como yo, en sus abayas pero veían a aquellas extranjeras todos los días? Me pregunté cómo debía de ser eso. ¿Se preguntaban «por qué ella y no yo, quién ha decidido que ella sea libre y yo invisible»?

Aparte del tiempo que pasaba rellenando mi cuaderno mental con más pruebas sobre la discriminación en contra de las chicas como yo, nos lo pasamos muy bien en aquellas vacaciones. Pero de vuelta a casa me pregunté qué pensaban mi padre y mis hermanos cuando miraban los pechos de aquellas mujeres. Vi sus expresiones cuando miraban aquellos cuerpos, y esta idea me acompañó en la vuelta a casa. Había muchas cosas que considerar.

Estaba intentando entender todo esto, y cómo encajaba yo tanto en mi familia como en el mundo, cuando mi padre volvió a casarse y mi familia, básicamente, implosionó.

La noticia nos llegó en forma de gritos desgarradores que partían de la zona delantera de la casa unos días después de que regresáramos de las vacaciones. Todos salimos corriendo de nuestras habitaciones para ver qué estaba pasando. Mi madre estaba tirada en el suelo. Lloraba, golpeaba la alfombra con los puños e insultaba a mi padre. Después se puso de pie e intentó pegarle. Él esquivó fácilmente los golpes, se echó a reír ante su apasionada reacción y le dijo que se calmara. Nosotros pensamos que había tenido una reacción muy dramática después de alguna bronca. Cuando mi padre vio que estábamos todos allí dio media

vuelta y se fue diciendo: «Calmad a la loca de vuestra madre». Ella seguía llorando desconsoladamente cuando nos miró y nos dijo: «Vuestro padre va a tener una segunda esposa. Se casarán dentro de poco».

Tener más de una esposa, cuatro, para ser exactos, está permitido en Arabia Saudí porque está contemplado en la *sharía,* la ley islámica. Esto procede de una antigua interpretación del Corán, que fue escrito en una época de muchas guerras y, por lo tanto, en la que había muchas viudas. Su intención era proporcionar la protección del matrimonio a las mujeres que habían perdido a sus esposos. De modo que, al parecer, el Profeta dijo que los hombres podían casarse con más de una mujer, y hasta cuatro, para que ellas no quedaran desamparadas. El versículo que nos enseñaron en el colegio es del Corán. Dice: «Cásate con las mujeres que elijas, dos o tres o cuatro, pero si crees que no podrás mantenerlas de forma justa, solo con una».

Se advierte al marido de que debe tratarlas a todas por igual y compartir su riqueza con todas las esposas que tenga. Puede sonar bien, pero no es el caso. La mayoría de los hombres de mi familia tienen más de una esposa. Lo visten, y lo ven como un derecho, como una forma de servir al islam, lo que en mi opinión no tiene sentido. Y creo que todas las mujeres lo odian. Piénsalo: te casas con una persona (alguien que otros han elegido para ti), das a luz a sus hijos, le llevas la casa y, entonces, se busca a otra. Se va a vivir con ella y se supone que tú tienes que aceptarlo y decir que no pasa nada. Pero sí pasa. La segunda esposa (o la tercera o la cuarta) es invariablemente más joven y aporta todo su entorno al matrimonio: su familia y, enseguida, bebés que se supone que los demás debemos recibir con alegría e incluir como nuevos miembros de nuestra familia.

Mis hermanas y yo nos indignamos y nos pusimos de parte de nuestra pobre madre, pero mis hermanos creían en el derecho religioso de los hombres de casarse por segunda vez y nos dijeron que nos calláramos y obedeciéramos la *sharía.* Fueron a la boda de mi padre a pesar de las lágrimas de mi madre y sus ruegos para que nos pusiéramos de su lado. Yo pensé que mi padre era egoísta

por dejar a mi madre e irse con otra mujer, pero había algunas señales que yo ya había detectado antes; por ejemplo, en su forma de comportarse entre ellos cuando estaban juntos. Nunca mostraban ninguna emoción, se trataban con respeto, pero no con amor. Durante mucho tiempo pensé que eso era lo normal en mi tribu, que así era como se comportaban las personas casadas. Mi madre se mostraba tímida ante mi padre; no se sentaba a su lado. Pero, al mismo tiempo, veía a mujeres más mayores de mi familia que se cubrían el rostro ante sus esposos, así que una parte de mí decidió que aquello también debía de ser normal. Mi madre también aceptó normas que yo consideraba muy dañinas para las mujeres. Por ejemplo, cuando las mujeres empezaron a pedir el derecho a conducir, ella atacaba a cualquier chica de la familia que hablara sobre el tema. Era como si estuviera intentando demostrar a mi padre que era una buena esposa. Ahora empezaba a pensar que aquellas señales implicaban que algo no iba bien en su relación. Pero ¿por qué ahora? Quizá mi padre quería una esposa más joven. La segunda esposa que eligió tenía veintiocho años, y él cuarenta y cinco. O tal vez pensaba que mi madre estaba demasiado centrada en Reem, que precisaba muchos cuidados.

Lo que siguió fue una serie de peleas terroríficas entre nuestros padres, y acusaciones presentadas a voz en grito por mi madre, sobre lo que consideraba una traición. Ella le recordó a mi padre que, en los primeros años de su matrimonio había sido ella quien había pagado la casa y los préstamos para sus coches, y que había aceptado su ausencia cuando él se había ido a estudiar a Egipto. Ahora había descubierto que él había puesto la casa y los coches a su nombre y que ella no tenía nada. Le decía: «Lo hacía todo por ti, cocinaba y entretenía a las visitas incluso cuando estaba embarazada, y así es como me lo pagas».

Mis hermanas y yo considerábamos que un segundo matrimonio no era distinto a ser infiel a nuestra madre. Muchas mujeres se manifiestan en contra de que los hombres se casen dos, tres o cuatro veces, pero no pueden hacer nada para cambiarlo. Algunas mujeres de mi familia incluso pidieron el divorcio cuando sus maridos se casaron con otras mujeres, y mi madre también

quiso divorciarse en aquel momento. Pero él no lo permitió y ella no podía obtener el divorcio por su cuenta.

A medida que avanzaban los acontecimientos y los implicados se cargaban de heridas y resentimiento, nuestra vida familiar se convirtió en una tragedia tan dramática como una obra de teatro. Mi padre hablaba ante nosotras sobre su nueva esposa cuando nos venía a visitar una vez por semana. Nos decía lo guapa que era, aunque nosotras opinábamos que no le llegaba a la suela del zapato a nuestra madre, y nos contaba que la llevaba de tiendas y a restaurantes, como si fuera una especie de trofeo. Él pensaba que así conseguiría que nos enterneciéramos. Claramente, no entendía que lo único que hacía era avivar el fuego del odio que albergábamos hacia ella. Mis hermanos los visitaron en su nuevo hogar, lo que generó aún más tensión en el nuestro. Y ahora que ellos eran los hombres de la casa, empezaron a controlar a nuestra madre, diciendo que estaba demasiado inestable para salir.

En aquella época fue cuando mi madre me dio un consejo que no he olvidado nunca. Me dijo que me asegurara de disponer siempre de dinero propio, que me protegiera para no tener que pedirle nada a mi marido. Me dijo que nunca confiara en un marido, porque daba igual cómo empezara el matrimonio, al final él acabaría casándose otra vez, y quizá lo haría hasta tres o cuatro veces, y entonces no podría mantenerme a mí. Nos aconsejó a mis hermanas y a mí que siguiéramos estudiando e intentáramos ser económicamente independientes «porque es vuestra única arma de cara al futuro; los hombres no benefician a las mujeres». Yo creí sus palabras y me las tomé en serio mientras empezaba a navegar por mi vida y a establecer mis propias relaciones.

Mientras tanto, su vida era una lección en sí misma sobre lo que suponía la traición y la infidelidad. Yo era testigo de su crisis, del dolor en sus ojos. Intentaba consolarla cuando lloraba y entenderla cuando estaba muy enfadada. Se convirtió en alguien impaciente, de mecha corta y, al final, acabó sumida en una depresión. Es lo que pasa cuando te rechazan. Te hace sentir como alguien indeseable, una esposa vieja y usada que ha visto cómo sus propios hijos daban la bienvenida a esa otra mujer (lo que para mí

era una evidencia más de la doble moral en la que vivíamos) e ir a la casa que mi padre le había comprado para pasar tiempo con ellos.

Aunque los segundos, terceros y cuartos matrimonios no son un tema del que muchas mujeres hablen públicamente, es ciertamente muy popular entre los religiosos lunáticos que usan sus arengas violentas para reforzar el estatus inferior de las mujeres. Hay uno llamado Abdullah al-Mutlaq que suele abundar regularmente en las bondades de los hombres y la estupidez de las mujeres. Afirma que si una mujer se enfada porque su marido tiene una segunda, tercera o cuarta esposas, en realidad está cometiendo un pecado contra Alá, lo que supone una acusación muy grave en mi país. Es más, llega a afirmar que lo que debería hacer esa mujer es rezar por su marido y su nueva esposa. Una vez dijo en un programa de televisión: «Siempre oímos hablar de mujeres que descubren que sus maridos se han casado y se han vuelto locas. Psicóticas. Eso, hermanos, es *haram*». Entonces añadió, como si aquellas coletillas sagradas sirvieran de algo: «Si te causa problemas, divórciate. A los hombres les encanta la paz».

Este tipo de sentimientos muestran de forma aún más evidente que los hombres saudís controlan todos los aspectos de la vida de las mujeres desde que nacen hasta que mueren. Mi padre y después mis hermanos, cuando tuvieron la edad suficiente, eran en realidad mis guardianes, y tenían el poder de decidir sobre cualquier aspecto de mi vida. Siempre seré una niña a sus ojos. Y, al parecer, mi madre también. Aun siendo una profesional que se ganaba la vida la podían humillar y aislar, sin posibilidad de protesta. Yo siempre había pensado que ella había logrado esquivar su propio destino. Pero al final resultó que no.

Yo tenía catorce años y tenía que enfrentarme a algunas verdades incómodas. Me sentía vulnerable, sola. No sabía qué hacer. Así que recurrí a Alá. Me convertí en una persona religiosa. Y, como en todos los aspectos de mi vida, cuando me lanzo a algo, lo hago a lo grande. Yo nunca me había tomado en serio los mandatos religiosos con los que convivíamos, porque no estaba de acuerdo con ellos. Pero ahora necesitaba que alguien me

entendiera. Así que empecé a rezar las cinco veces al día y castigaba a los miembros de mi familia si no se inclinaban conmigo hacia el este para rezar. Leía el Corán para encontrar respuestas a mis preguntas sobre el amor conyugal y las promesas rotas, y les dije a mis hermanos y hermanas que teníamos que acercarnos a Alá y pedirle perdón por nuestros pecados y aquellos de quienes nos rodeaban. Empecé a hablar con Alá, entre sollozos, con la esperanza de encontrar la salvación. Admito que confesar mis enormes preocupaciones a Alá resultaba muy reconfortante. Y también debo decir que mi familia empezó a confiar más en mí y a admirarme cuando les conté que era hija de Alá. Era tan exageradamente religiosa, que mis hermanos pequeños acudían a mí con sus problemas para que los ayudara.

Pasé meses así, implorando a Alá que cambiara nuestra vida y que lo arreglara todo, pero no sucedió nada. Al contrario, todo empeoró. Mis sollozos se convirtieron en ira y, muy pronto, mis plegarias mutaron en una letanía de preguntas acusadoras: ¿por qué Alá prefiere los hombres a las mujeres tanto en esta vida como en la otra? ¿Por qué los hombres tienen derecho a casarse con cuatro mujeres mientras que las mujeres solo pueden casarse con un hombre? ¿Por qué las mujeres deben vestir de negro y cubrirse por completo cuando los hombres pueden vestir como prefieran? ¿Por qué el sexo es *muharram* (muy prohibido, más que *haram*) a menos que estés casada? ¿Y por qué la religión considera impuros a los perros? Incluso me indignaba que los tatuajes, depilarse las cejas y hasta ponerse extensiones en el pelo se considerara *makruh* (odiado) por la religión. ¿Qué obtiene Alá de prohibir cosas que no hacen daño a nadie? Descubrí que estas preguntas no tienen respuestas en el Corán. Es más, yo quería preguntar a Alá sobre el odio y la crueldad que imperaban en mi familia. Mis invocaciones pasaron de confesiones a demandas para entender por qué el misericordioso Alá permitía a los niños de mi familia sufrir tanto. No tardé en dejar de rezar y perder la esperanza en las capacidades de Alá.

Durante mi último año en la escuela media conocí a un chico de mi ciudad en una red social. Empezamos a hablar de arte y música por internet y, pasado un tiempo, empezamos a charlar por teléfono y a compartir pensamientos y secretos. Empecé a sentir algo muy intenso por él, sobre todo porque podía contarle cosas que no podía mencionar a mi familia. Por ejemplo, la idea del matrimonio concertado, de tener que casarme con un hombre antes de poder conocerlo y, seguramente, de enamorarme de él, me daba asco. Compartía mis opiniones sobre el matrimonio tradicional (como yo lo entendía) con este nuevo amigo, la ira que me causaba que aquel fuera mi destino, y lo abominable que me parecía que mi hipotético esposo se casara con otra mujer. Él coincidía conmigo. Estábamos tan en sintonía que empecé a pensar que tal vez sí podría sentirme atraída por un futuro marido y estar cómoda con él, como me estaba pasando con ese chico. Aquella conexión total era muy reconfortante y agradable. Aunque tenía que asegurarme de que mis hermanos no sospecharan con quién hablaba por teléfono, lo que me preocupaba mucho, mi corazón latía con fuerza con la idea de recibir sus llamadas, y miraba el reloj esperando la hora en que podríamos hablar e intercambiar nuestras historias.

Nuestros mensajes y llamadas se convirtieron en una relación intelectual y espiritual que fue creciendo con el tiempo. Empecé a preguntarme cómo sería el sexo con él. Se lo dije. Yo quería saber cómo sería entregarme a un hombre que me gustaba, a quien admiraba y por quién sentía aquella atracción, porque estaba segura de que jamás sentiría lo mismo por un hombre que me eligieran para el matrimonio acordado que sabía que me esperaba. Él se sorprendió un poco ante mi idea, pero accedió a venir a mi habitación.

Como nuestra casa es inmensa, tiene muchas habitaciones que no se usan nunca, así que una noche encontré la forma de hacerlo entrar y lo conduje a una habitación oscura donde podríamos estar a solas. No hubo flirteo, ni preámbulos, ni comentarios. Nos pusimos directamente manos a la obra en el suelo, tras un sofá. Él me penetró. Me gustó. Después, cuando salimos a hurtadillas para no ser descubiertos, lo acompañé hasta la puerta y la cerré

cuidadosamente tras él. No me arrepentía de nada, pero supe que, aunque había tenido relaciones con chicas y pensaba que era lesbiana, de hecho, soy bisexual.

Seguimos viéndonos, pero no en mi casa. Yo me escapaba cuando todo el mundo dormía, me llevaba la llave y me aseguraba de regresar antes de que mis hermanos se despertaran para acudir a la oración de la mañana en la mezquita. Uno de los problemas a los que se enfrentaban todas las chicas que tenían relaciones con chicos era el chantaje. Era una pesadilla recurrente. Conozco a una chica que huyó a Francia porque rompió con el chico con quien mantenía relaciones y él la amenazó con contárselo a sus padres y colgar en internet fotos comprometedoras. En mi caso, el chico lo sabía todo sobre mí y mi familia, hasta dónde vivíamos. Así que podría haberme pasado. Pero él era un buen chico y, con el tiempo, acabamos dejándolo.

A pesar de que mis escarceos no me estaban suponiendo ningún problema aparente, yo sabía que caminaba por el filo de la navaja. Si alguien se enteraba de mi relación con aquel chico, mi destino sería la muerte. A pesar de que el sexo fuera del matrimonio está rigurosamente prohibido por la religión, y, por tanto, por la sociedad saudí, todos sabemos lo que sucede en la intimidad de los hogares. Pero también todo el mundo ha oído historias de personas que se han enfrentado a la muerte al ser descubiertas. Se trata de un tema de honor: la chica y el chico mueren para limpiar la reputación de su familia. Si la familia de la chica es misericordiosa y decide que su castigo no debe ser la muerte, la mandan a una de esas cárceles llamadas Dar Al-Reaya, el peor lugar del mundo.

Las Dar Al-Reaya, a veces denominadas «Casas de acogida», encierran a niñas y mujeres jóvenes de entre siete y treinta años por delitos de desobediencia, por ejemplo, desafiar el código de vestimenta, una orientación sexual inaceptable o rechazar casarse con el hombre que ha elegido su familia. Todo el mundo conoce estas cárceles para niñas, pero casi nadie habla de ellas. Están diseminadas por toda Arabia Saudí y son básicamente un vertedero

donde las familias dejan a sus hijas con la excusa de que los han avergonzado, a menudo por una ofensa relacionada con el sexo, porque los delitos sexuales siempre atraen mayor atención y se castigan con mayor dureza. Pero la mayoría de las chicas que están en esos centros son, en realidad, víctimas de violaciones y abusos por parte de los guardianes hombres de la familia, o bien activistas que reclaman cambios.

Hay muchos rumores sobre lo que sucede allí dentro: niñas de nueve años encerradas en minúsculas celdas llenas de suciedad e infestadas de ratas a quienes se les niega la comida como forma de castigo y se confinan en aislamiento para que reflexionen sobre su rebeldía. Y después están los infames «latigazos de los jueves». Dependiendo de tu delito, el juez te azota con el látigo un mínimo de cuarenta veces. Todas las semanas. El mayor terror sobre las internas es que mantengan relaciones sexuales entre sí, de forma que si las descubren tocándose o, incluso, mirándose, se las etiqueta inmediatamente como homosexuales, se las obliga a llevar una capucha y reciben latigazos adicionales o, incluso, las matan.

Salir de un Dar Al-Reaya depende de tus padres. Si quieren que vuelvas, pueden sacarte, normalmente con el pacto de que desistirás en tus afirmaciones sobre que has sufrido abusos físicos o sexuales por parte de tu padre, madre o hermanos, tu promesa de cambiar, y la amenaza de que volverás a ser enviada a aquel horrible lugar si vuelves a desobedecer. Si tus padres no quieren que salgas, te quedarás allí hasta que los responsables de la prisión te casen con un hombre horrible que no encontraría esposa de otro modo, te maten por cometer un delito (como practicar sexo con otra interna) o te transfieran a la prisión de mujeres, que es igual de horrible, al cumplir los treinta.

Hay muchas chicas en esos lugares profundamente trastornadas, que necesitan ayuda, personas que precisan terapia pero nadie se la proporciona. Siempre corren nuevas historias por los colegios que demuestran que esos dars son hervideros de enfermas mentales y rebeldes furiosas, y sobre chicas que lloran y gritan como animales en sus celdas, suplicando que alguien las ayude. Estos rumores corren sin problema por toda Arabia Saudí,

pero las estudiantes solo nos atrevíamos a hablar de esos lugares entre susurros. Nadie se atreve a mencionarlos por miedo a ser detenidas por la policía religiosa y acabar allí, o a que tu familia, que quiere librarse de una hija rebelde, te lleve a uno de ellos.

4

La cruda realidad

La emoción era palpable: era el último día de clase en la escuela media. La promesa de un «mañana» flotaba en el ambiente; la sensación de haber completado los primeros pasos y de que la salida al mundo era inminente porque habíamos alcanzado un punto de inflexión llamado instituto. Cuando me dejaron ese día en el colegio, estaba muy impaciente ante el acontecimiento que marcaría el fin de una época confusa y, a menudo, dolorosa de mi vida.

En cuanto finalizaron las clases, nos reunimos en el jardín para la fiesta de graduación. Llevábamos los uniformes escolares, pero las maestras nos habían puesto a todas un collar de flores. Delante de un escenario improvisado, se instalaron filas de sillas. Había unas cortinas a lado y lado para que parecieran el telón de un teatro de verdad. Había mesas llenas de comida y dulces, y los árboles habían sido decorados. Cuando abrieron las puertas para que entraran las madres el sol lucía con fuerza y hacía calor. Todos los ojos estaban fijos en ellas, que llegaban al jardín con regalos y flores, y se oían gritos de alegría cuando alguna niña veía a la suya y corría a saludarla. Algunas madres lloraban de orgullo al abrazar a sus hijas. Yo tenía la mirada fija en la puerta. ¿Dónde estaba? «Seguramente llega tarde», pensé. Al fin y al cabo, era la única madre que trabajaba. «No tardará», me dije a mí misma para tranquilizarme. Maniobré hacia el final del grupo para asegurarme una mejor perspectiva, por si acaso mi madre se había colado sin que yo la hubiera visto. Las niñas abrían sus regalos, pulseras, pendientes y anillos de oro y maquillaje para celebrar aquel

momento tan especial. Cuando la directora empezó a hacer señas para que todo el mundo se sentara, lo que significaba que la ceremonia estaba a punto de empezar, pensé: «Un momento, ¿a qué viene tanta prisa? Mi madre aún no ha llegado». Y entonces, como el sonido de un trueno en la lejanía, mi estómago empezó a decirme que mi madre no estaba en un atasco ni se había entretenido en el trabajo ni ninguna otra de las elaboradas excusas que había estado construyendo en mi mente sin dejar de mirar hacia la puerta esperando a verla cruzar el umbral. No iba a venir a mi graduación. Sentí la punzada de las lágrimas en los ojos, un creciente nudo en la garganta, y el dolor del abandono empezó a superarme. Era la única niña cuya madre no había acudido. Lo sentí como un castigo, como un anuncio, hecho frente a toda la clase y el claustro, de que no me valoraba y no me quería, de que era la hija de una mujer que estaba avergonzada de mí y no deseaba ser vista en mi compañía. Tuve que emplear toda mi cabezonería y fuerza de voluntad para contener las lágrimas e ir a sentarme a las sillas correspondientes con mis compañeras.

Se empezaron a entregar los diplomas y la directora empezó a conceder premios. Bajo la mirada de las maestras y las alumnas de séptimo a noveno, y todas sus madres y hermanas, oí mi nombre y el anuncio de que había obtenido el premio a las mejores calificaciones. No había nadie de mi familia allí para verme caminar hacia el escenario y darle las gracias a la directora. Nadie. Estaba sola. Más tarde, empecé a dar vueltas por la fiesta, dando la enhorabuena a mis compañeras y asegurándome de que no supieran lo destrozada que estaba o que me preocupaba que mi madre no se hubiera presentado. Intentar ocultar mi dolor fue difícil.

Cuando volví a casa y mi madre me preguntó por la fiesta yo rompí a llorar y le pedí una explicación. Le pregunté cómo podía haberse perdido aquel acontecimiento, cómo pensaba que me había sentado ser la única niña del colegio que no había tenido a nadie en su graduación, nadie que estuviera orgulloso de ella, que le mostrara su amor. Ella me dijo que no había podido escaparse del trabajo e, inmediatamente, me abrazó y me dijo: «Te lo

compensaré. Lo celebraremos juntas». Al día siguiente, vino a casa con un pastel y me sorprendió con un regalo: un teléfono nuevo. Aquellas atenciones lograron ganarme con facilidad, pero el recuerdo de ser la única niña sin su madre en la graduación me acompañó como una herida que tardó en desaparecer.

Dos semanas después, mi hermano mayor llamó a la puerta de mi habitación. Cuando la abrí, empezó a darme un discurso sobre que me había graduado de la escuela media y que ya era una mujer madura. Era muy poco habitual que me dijera cosas tan agradables. Le di las gracias y me pregunté si eso querría decir que a partir de ahora seríamos más un hermano y una hermana que un guardián y una niña. Entonces él dijo: «Ya sé que mamá te ha comprado un teléfono nuevo como regalo de graduación. Dámelo para que lo vea y pueda hacer comprobaciones». Yo estaba acostumbrada a que mis hermanos me registraran el teléfono, por lo que siempre borraba todo lo que no quería que vieran. Pero ese día, la situación me pilló por sorpresa. No había borrado la conversación que había tenido con el chico con quien me estaba acostando, y tenía fotografías de mí misma en la memoria, lo que es completamente *haram.* Sentí que mi rostro se acaloraba y piel de gallina en todo el cráneo. Intenté mostrarme tranquila, a sabiendas de que él me mataría si encontraba eso en mi teléfono, mientras intentaba frenéticamente encontrar una razón para no dárselo.

«Un momento, tengo que cargarlo», exclamé. No funcionó. Me ordenó que le diera el teléfono y extendió la mano. Yo me sentí atrapada, como un animal acorralado, de modo que ataqué por instinto. Me lancé sobre él con tanta velocidad y fuerza que lo pillé desprevenido, hasta yo misma me sorprendí, y con la potencia que nace del terror más atroz, logré empujarlo fuera de mi cuarto y cerrar con llave. Yo supuse que él echaría la puerta abajo, lo que apenas me daría tiempo, pero albergaba la esperanza de haber conseguido los minutos que necesitaba para borrarlo todo. Con un fondo de gritos e insultos (me llamaba prostituta) y el sonido sordo de sus puñetazos, limpié todo el material ofensivo del teléfono.

Después, para mi sorpresa, se hizo el silencio en el pasillo. Me acerqué a la puerta sin hacer ruido y me puse a escuchar atenta a su respiración, sus pasos, lo que fuera. Estaba segura de que aquello era un truco para que abriera la puerta, que estaba escondido tendiéndome una trampa. Lo que no sabía era que había ido a la cocina a por un cuchillo de carnicero. Al poco, estaba rompiendo la puerta de madera de mi habitación. Por suerte para mí, mi hermana mayor Lamia oyó el escándalo y vino a ver qué sucedía. Supo inmediatamente que yo estaba en peligro y, como nuestra madre no estaba en casa y nuestro padre no estaba en la ciudad, llamó al hermano de mi madre, que vive en el barrio, y le dijo que estábamos en peligro. Después, le dijo a mi hermano que sería mejor que se tranquilizara, porque nuestro tío estaba de camino.

Minutos después, tuvo lugar la conversación más rara del mundo, conmigo a un lado de la puerta y mi hermano, mi tío y mi hermana al otro. Mi hermano les dijo que yo ocultaba algo en el teléfono, que le había atacado y me había encerrado en la habitación, lo que demostraba que era culpable. Entonces llegó mi madre y se unió a los inquisidores de mi puerta. Con una voz tan suave y dulce que apenas la reconocí, le oí decir: «Rahaf, cariño, no tengas miedo. Dinos qué tienes en el teléfono». Yo solo respondí: «Si Mutlaq me mata por no darle el teléfono, habrá matado a una inocente». En realidad, al otro lado de la puerta, yo estaba tan asustada que temblaba y sudaba, pero sabía que debía ocultar mi terror, así que decidí alzar la voz y comunicar mis demandas. «Desde el día en que me diste este teléfono, he sido sometida a vuestra terrible vigilancia.» Con la esperanza de provocar en ellos una brizna de arrepentimiento, seguí con mi diatriba. «Para mí es muy doloroso y me causa una gran vergüenza que estéis siempre invadiendo mis pertenencias personales.» Les rogué que pensaran en cómo se sentirían si alguien les agarrara el teléfono y lo registrara, lo humillante que es, la falta de confianza que denota. Nadie respondió. El silencio era muy estresante. Entonces la voz de mi madre rompió aquel silencio terrorífico. Empezó a calmar a todo el mundo, a recordarles que todos tenían

cosas que hacer, que aquella discusión había terminado y que sería mejor que se fueran. Milagrosamente, aquel fue el punto final de todo.

Con el tiempo, logré encontrar las fuerzas para usar el teléfono no solo como herramienta de interacción social, sino también para buscar respuestas a las preguntas que me había estado planteando: sobre las normas, la política o el trato a las mujeres en mi país, y para las que no obtenía respuestas.

Las vacaciones de verano casi habían terminado y las clases en el instituto, que llevaba tiempo esperando con impaciencia, estaban a punto de empezar cuando mi madre y Lamia me sentaron para explicarme que, en aquella etapa, se observa a las niñas para ver si ya están listas para casarse. Me contaron que tenía que llamar la atención de otras madres, que me verían como una posible novia para sus hijos. De hecho, el objetivo era que distintas madres se fijaran en mí. Eso, me dijeron, requiere belleza. Me anunciaron que iríamos a una peluquería a alisarme el pelo y cambiarlo de color, a un tono de negro más claro. De ahí, fuimos a una esteticien, que me maquilló de una forma que, supuestamente, me favorecía, me enseñó a hacerlo yo y me mandó a casa con lo que denominó un «aspecto hermoso y maduro». Me encantó recibir aquellas atenciones, me gustó cómo me dejaron el pelo y también el hecho de que ahora el maquillaje fuera *halal,* pero me pasé todo el tiempo preguntándome a qué venía todo aquello. Incluso nuestra apariencia debe cambiar para adaptarse a los estándares que reclama esta sociedad, de modo que no somos ni lo que mostramos al exterior ni lo que sentimos en nuestro interior. Como ya me había sucedido antes, pensé que nuestras costumbres eran una farsa.

El instituto que mi familia había elegido para mí era una escuela pública a unos cinco minutos a pie de nuestra casa y que contaba con todos los cursos: parvulario, primaria, media y secundaria. Después de veinte años como profesora de ciencias, mi madre había empezado a ser maestra de parvulario en 2013.

Estaría allí, al igual que mi hermana pequeña, que hacía primaria. Sentí cierta solidaridad familiar cuando mi hermano nos dejó a las tres el primer día del nuevo curso. La mayoría de mis amigas de la escuela media también estudiarían en aquel centro, y pensé que era una suerte que todas coincidiéramos en la misma clase. Éramos treinta. Las profesoras nos llamaban «las malcriadas» porque todas veníamos de la misma escuela privada.

Las normas de los colegios públicos eran más estrictas; mis amigas y yo éramos más rebeldes que las demás estudiantes, pero era una nueva aventura y yo estaba emocionada. Cuando acabó el día, volví a casa a pie. Mi madre y mi hermana habían regresado caminando a casa, porque estaba muy cerca, y yo sabía que Lamia solía regresar de clase a pie, por lo que ni siquiera me lo pensé. Pero cuando entré en casa y empecé a contarle a mi madre y a mi hermana cómo me había ido el día y qué tal el cole nuevo, noté una sorprendente falta de interés en mis palabras. Mi madre estaba preocupada, como si quisiera que dejara de hablar. Entonces me dijo: «Tu hermano Majed te está buscando». El terror invadió mi cuerpo inmediatamente. Le pregunté qué quería decir, y mi madre me respondió que había llamado y estaba muy enfadado porque no me había encontrado en el colegio cuando había ido a buscarme. Yo intenté reducir la tensión diciendo que no debía preocuparse, que estaba en casa sana y salva. Pero noté la ansiedad en el rostro de mi madre y supe que iba a tener problemas.

De repente, apareció mi hermano fuera de control gritando mi nombre. Pensé que el problema era que me había atrevido a volver sola a casa caminando, pero como sentía que no había hecho nada malo, fui directa hacia él simulando sorpresa y desconcierto y le pregunté dónde diablos estaba el problema. Él me abofeteó con tanta fuerza que casi me caigo al suelo. Por supuesto, había decidido que, en lugar de volver a casa, yo me había ido a algún sitio después del colegio y asumió que había estado fornicando con un desconocido. Yo intenté explicarle que había sido un trayecto de cinco minutos, que nuestras madre y hermana habían vuelto a pie y que no pensaba seguir con aquella discusión. Me dio un puñetazo en la boca. En aquella época yo llevaba ortodoncia, y el

golpe fue tan fuerte que me cortó los labios y me hizo sangrar. Cuando acabó conmigo, yo tenía un ojo morado y él un mechón de mi pelo en su mano. Apalizarme no bastó: agarró todas mis posesiones más preciadas: el ordenador, la PlayStation, el teléfono e incluso la llave de mi cuarto. Mi madre fue testigo de todo, pero no le dijo ni una palabra a Majed. Para mí, aquella fue la traición definitiva de mi madre.

Más tarde, me dijo que lo sentía por mí y que mandaría un mensaje a Majed con una reprimenda por lo que había hecho, diciéndole que se equivocaba y que regresar a pie del colegio a casa no era un crimen. Pero, siempre madre de sus hijos, más tarde me contó que le había dicho que yo quería disculparme, porque había comprendido que él no quería que caminara sola. Desde que mi padre se había ido de casa, mis hermanos mayores habían tomado el control, e incluso le decían a mi madre qué hacer y cómo comportarse. Yo sabía que ahora estaba intentando pactar con el diablo: poniéndose de mi parte, pero diciéndole a Majed que me disculparía. A menudo me preguntaba por qué él era tan duro conmigo y pensaba que tal vez era porque solo tenía dieciocho meses más que yo, lo que le empujaba a ejercer su derecho a controlarme. Pero dado que mi madre le había permitido pegarme en la boca hasta hacerme sangrar y no había intervenido hasta que él me había quitado mis cosas y se las había llevado, pensé que la única forma de recuperarlas era disculparme.

Recuperé mis pertenencias, pero Majed ganó la batalla, porque yo tuve que prometer que esperaría todos los días en el colegio hasta que viniera a buscarme. No confiaba ni en las mujeres ni en las chicas, especialmente en las adolescentes. Daba por hecho que éramos todas inmorales, incluidas su madre y sus hermanas. Siempre sospechaba, pensaba que ocultábamos algo, de modo que nos vigilaba como si fuera un agente de los servicios secretos. Y a pesar de que solo tenía diecisiete años, era capaz de controlar a todos los de la casa. ¿Por qué? Porque Majed interpretaba el rol que la sociedad exigía: era el hombre de la casa y su trabajo era mandarnos a todos, infligir castigos y, en general, convertirse en el rey de nuestro pequeño feudo. Desde fuera,

alguien podría pensar que aquella farsa era divertida, pero vivir en ella no tenía nada de gracioso. Que tu guardián te obligue a transitar por caminos falaces es terrorífico y opresivo.

Durante aquellos años, la política de mi país me dio avisos. Nos habían contado que nuestra patria era tan magnífica como un paraíso. Sabíamos que era una monarquía absolutista, que significa que el rey tiene poder sobre el Estado y el Gobierno; en otras palabras, que ejerce control sobre la constitución y las leyes, sobre todas las cosas, y no tiene que rendir cuentas a nadie. Me preguntaba por qué eso era bueno. También aprendí —de hecho, tuve que memorizarlo— que este es uno de los países más jóvenes del mundo, fundado en 1932 por la Casa de Saúd, un conjunto de poderosos jefes tribales descendientes de Muhammad bin Saúd, fundador del emirato de Diriyah en 1744, que también unificó muchos Estados de la península arábiga para liberarlos del Gobierno otomano.

Yo quería saber más sobre cómo vivíamos, así que empecé a buscar por internet libros y artículos prohibidos, y descubrí que mi país ocupaba la posición 141 de 149 en el Índice Global de Brecha de Género. Tenemos los peores informes del mundo sobre derechos humanos y las normas más draconianas para las mujeres. Mientras el rey y los príncipes aparecen constantemente en los periódicos y en la televisión al lado de presidentes y primeros ministros, las mujeres y las niñas del país viven amenazadas durante toda su vida. Lo que leí fue que el reino se creó sin prestar ninguna atención a los modelos de mujer anteriores, como la esposa del Profeta, por ejemplo, que tenía sus propios negocios. En lugar de esto, se adoptó una forma puritana del islam suní, el wahabismo.

Aunque esas normas están siendo ahora desafiadas por mujeres que están liderando una reforma, cualquier progreso es agónico porque las leyes no están codificadas y la jurisprudencia se maneja según las opiniones personales y los caprichos de los hombres. Lapidaciones, amputaciones y latigazos se emplean como castigo para todo, desde un asesinato o la brujería al flirteo o los

hurtos. Las conductas homosexuales se castigan con la muerte. El ojo por ojo se sigue practicando: se extrae quirúrgicamente al culpable. En los juicios no hay jurado y, a menudo, tampoco abogado. La presunción de culpabilidad implica que se tortura a quien no confiese.

Cuando estaba en el instituto se hablaba mucho de reformas, y el país tenía mucho que hacer: aunque permitían a las niñas ir al colegio y a la universidad (a diferencia de lo que les había sucedido a algunas de nuestras madres y abuelas), seguíamos teniendo guardianes: un padre, un marido, un hermano o un hijo que controlaba todos nuestros movimientos. El reino afirma que está reduciendo las restricciones a las mujeres: el matrimonio forzoso fue ilegalizado en 2005, una mujer se incorporó al Gobierno como ministra en 2009, las mujeres saudís pudieron competir en los Juegos Olímpicos a partir de 2012 y obtuvimos el derecho a voto en 2015.

El currículum de mi colegio incluía matemáticas, biología, química, física y jurisprudencia islámica, lo que significaba que teníamos que estudiar las interpretaciones del Corán. Dichas interpretaciones insistían invariablemente en cómo deberían comportarse las mujeres. Cuando la maestra dijo: «Nunca digas no a tu marido», yo pregunté: «¿Por qué no?». Su respuesta fue montar una obra de teatro sobre cómo vestirte: la chica buena se ocultaba bajo ropa sin formas, la otra llevaba vaqueros y una camiseta y se describía como una chica mala que intentaba seducir a los hombres. Yo pregunté por qué los hombres no tenían que llevar hiyab ni cubrirse. Nunca nos animaban a examinar ni analizar nada. La maestra me dijo que dejara de pensar tanto en las normas, que Alá lo sabe todo. Y me advirtió de que ese tipo de preguntas conducían al ateísmo, un delito que me llevaría a la cárcel. Para que me quedara más claro, me dijo que quienes predican el ateísmo acaban muertos. Pero yo no podía evitarlo: las normas nunca se ajustaban a la realidad. Ten en cuenta que ir al cine estaba prohibido, pero yo veía Netflix en mi ordenador, donde devoraba las películas y el estilo de vida estadounidense y deseaba que mi vida fuera así.

Mis lecturas ilegales en internet también me condujeron a la Casa de Saúd. El rey es Mohammed bin Salman bin Abdulaziz Al Saúd. Tiene un patrimonio de 17.000 millones de dólares. La familia real tiene quince mil miembros de los cuales unos dos mil ocupan puestos claves. Se dice que su patrimonio es de 1,4 billones de dólares, lo que los convierte en la familia más rica del mundo. Los miembros directos de la familia real tienen el título de «príncipe» o «princesa»; los miembros inferiores, el tratamiento de «alteza real».

Siempre cotilleábamos sobre ellos en el colegio. La mayoría de los miembros de la familia real tienen cuatro esposas, pero pueden divorciarse cuando quieran, y lo hacen, de modo que los nombres de las esposas varían. Intentábamos adivinar quién estaba ganando poder y quién iba a ser expulsado, encarcelado o incluso asesinado. Y también cotilleábamos sobre dónde iban de compras sus esposas y qué adquirían. Su estilo de vida es fastuoso: palacios de mármol con millones de dólares en obras de arte compradas en subastas; sillas de oro y yates; propiedades en todo el país así como casas en el Reino Unido, castillos en Francia y palacetes en Suiza y Marruecos. Pero como todo en mi país, aquellos privilegios eran solo para los hombres. A las esposas, madres, hermanas, hijas y amantes no les va tan bien. Las mismas normas que me oprimían a mí, una alumna de instituto, aplicaban también a ellas. Las mujeres saudís no pueden hacer nada sin permiso de un guardián masculino. Esto incluye, entre otras muchas cosas: solicitar el pasaporte, viajar al extranjero, casarse, abrir una cuenta en un banco, crear una empresa o someterse a una cirugía que no sea de vida o muerte. Leí que este sistema de tutela es lo que ha creado en Oriente Medio el país del mundo con más desigualdad entre géneros. Ni siquiera puedes usar las redes sociales sin permiso. Desobedecer es morir. Los asesinatos por honor forman parte del código religioso.

La aplicación Absher es una de las piezas de lo que los hombres denominan tutela. Yo lo llamo abuso. Por supuesto, aprendimos a usar nombres falsos en internet e imaginábamos fórmulas complejas para escaparnos de casa o, en mi caso, para

permitir entrar a alguien.

Yo solía mirar fotografías de las princesas reales relacionándose con extranjeros en las cenas de Estado; mientras que las mujeres extranjeras estaban espectaculares con sus bellos vestidos, las mujeres saudís lucían abayas. Solo podían pasearse con sus magníficos armarios fuera del país. Me preguntaba cómo debía de ser eso de mirar y no tocar, de desear pero no tener, de admirar desde la distancia. Las princesas no se atrevían a replicar aquel estilo de vida en su hogar. Si lo hubieran hecho las habrían considerado desobedientes, un crimen que se castiga enviándote a la terrible prisión para chicas Dar Al-Reaya.

Riad y Jeddah son muy distintas de Hail, donde yo vivía. Las mujeres han empezado a llevar abayas de colores y se oye salir música de algunas cafeterías. No hay tanta mutawa en las calles. En Hail nunca íbamos al cine, pero en Riad tanto los hombres como las mujeres van al cine; una amiga mía estaba allí y vio la película estadounidense *Black Panther*.

Aun así, ni siquiera en la capital te puedes atrever a criticar al Gobierno ni cuestiones relacionadas con la ausencia de derechos humanos. Los restaurantes siguen siendo segregados, pero hay conciertos de rap a los que acuden hombres y mujeres, siempre que se mantengan a un metro de distancia. Está claro que las mujeres tienen más libertad. Algunas incluso tienen sus propios negocios. Pero cuando yo estaba en el instituto, ninguna de esas reformas estaba teniendo lugar donde yo vivía.

Las vacaciones de verano después de mi primer año en el instituto estuvieron plagadas de bodas y reuniones familiares y con los vecinos, lo normal. Yo pasaba mucho tiempo sola en mi habitación, como cualquier otra adolescente en busca de respuestas, sumergiéndome en las redes sociales con mi teléfono, buscando redes nuevas y conociendo a gente por internet. Aunque la mayoría habían vivido siempre en Arabia Saudí, eran personas a las que no conocía y que tenían ideas que nunca había imaginado. En estos sitios de internet había muchas conversaciones sobre alcohol, drogas y sexo entre chicos y chicas. Las chicas en internet llevaban ropa sexy, minifaldas, blusas con transparencias: casi no

podía creer lo que veía. Me sorprendió, pero respondió a algunas de mis preguntas: al parecer yo no era la única que ocultaba sus prácticas sexuales. Empecé a preguntarme cuántos saudís eran en realidad como los que yo veía en internet, y si preferían esconder su comportamiento o si solo lo hacían a causa de las normas con las que convivíamos. Todo esto me hizo volver a pensar en la delicada red de mentiras que envuelve nuestra sociedad, y a suponer que, seguramente, la mayoría de las personas hacen lo que les apetece siempre que lo mantengan en secreto.

Navegando por la red me encontré con una entrada de alguien que había hecho una lista con títulos de libros prohibidos en Arabia Saudí, así como en la mayoría de los países de Oriente Medio. La publicación decía que algunos de los autores habían sido asesinados por lo que habían escrito, ya que sus opiniones eran contrarias al Estado y la religión. El Gobierno saudí bloquea muchas páginas web, películas y libros en internet, así que yo empecé a buscar maneras de desbloquearlas. Cuando lo logré, fui inmediatamente a por los libros. Aunque al final me pudo la curiosidad, reconozco que dudé un poco sobre si sumergirme o no en aquel material. ¿Y si mis opiniones cambiaban radicalmente? ¿Y si me convertía en uno de esos escritores que expresaban las mismas posturas que yo, empezaba a compartir mis opiniones y me censuraban o me hacían desaparecer? Como mujeres, nos han condicionado a pensar todas igual, a no cuestionar la autoridad, a obedecer las normas de la tradición y la religión. Abrir la puerta a nuevas ideas, nuevas formas de pensar, me daba un poco de miedo. Pero estaba desesperada por abrir mi mente y encontrar respuestas a las preguntas que me habían acompañado desde la infancia. Así que empecé a descargarme los libros y las películas prohibidas, y a explorar páginas web que el Gobierno saudí bloquea.

Uno de los libros prohibidos que leí fue *The Absent Truth* [La verdad ausente] de Farag Foda. El autor explica que la mayoría de las costumbres que mantenemos hoy en día se basan en relatos históricos que derivan de la tradición oral. En otras palabras, que están tan distorsionados y distanciados de la actualidad que deben ser cuestionados. También me atrajeron mucho sus comentarios

sobre el uso de la intimidación y la distorsión por parte de los islamistas (personas con ideas extremistas que creen que el islam debería influir en la política) para ejercer su poder sobre la gente. Dice: «Quieren el poder político, no buscan el paraíso ni la salvación espiritual».

Llega a decir que: «Como musulmanes, no deberían aterrorizarnos representantes autodesignados del islam. El islam no concede la santidad a nadie aparte del Profeta». Foda acaba su introducción a *The Absent Truth* diciendo que los islamistas violentos deberían saber que el «futuro solo puede hacerse con la pluma, no con la espada, mediante el trabajo y no la rendición, mediante la razón y no la vida de Darwish, mediante la lógica y no las balas, y lo más importante, tienen que saber que se les escapa una verdad, que no están solos [...] en la comunidad musulmana».

Después leí que, en junio de 1992, dos miembros de la Yihad Islámica mataron a tiros a Farag Foda cuando iba camino de la oficina con su hijo de quince años. Él tenía cuarenta y siete. Lo único que hacía era expresar sus opiniones. Comprendí que el mal iba ganando.

Recuerdo el día que descubrí en internet otro libro prohibido que empecé a leer una y otra vez: L*a cara oculta de Eva: las mujeres en el mundo árabe*, de Nawal el Saadawi. Ella dice:

> Todas las criaturas que nacen sanas y normales sienten que son seres humanos completos. Esto, sin embargo, no sucede en el caso de las niñas.
>
> Desde el momento en que nacen, e incluso antes de aprender a pronunciar una palabra, la forma en que las miran, la expresión en sus ojos y sus miradas les indican que, de algún modo, nacieron «incompletas» o que «les falta algo». Desde el día de su nacimiento hasta el momento de su muerte, las perseguirá siempre una pregunta: «¿Por qué?». ¿Por qué se le da preferencia a su hermano, a pesar de que son iguales o, incluso, ella es superior a él en muchos aspectos o, al menos, en algunos?
>
> La primera agresión que experimentan las niñas en sociedad es la sensación de que la gente no les da la bienvenida a su llegada al mundo. En algunas familias, y especialmente en las zonas rurales, esta frialdad puede ir más lejos y convertirse en una atmósfera depresiva y triste, o incluso conducir al castigo de la madre con

insultos, golpes y hasta el divorcio.

Sentí que me hablaba directamente a mí. Había capturado mis ideas y sensaciones, la realidad de mi vida. Leí más y empecé a entender que la forma en que me habían criado era grotescamente errónea. Ella dice: «Todas somos el producto de nuestra vida económica, social y política y nuestra educación». Y añade: «Actualmente, el feminismo está sufriendo un retroceso en todo el mundo a causa del renacimiento de las religiones [...] Ha habido un movimiento fundamentalista religioso global».

Otro libro suyo titulado *Women and Sex* [Mujeres y sexo] me introdujo en la misoginia, una palabra que no había oído nunca. Básicamente, significa odio hacia las mujeres. Cuanto más leía sobre esto en internet, más claro tenía que las armas religiosas y políticas con las que convivía se basaban en la idea de que las mujeres y las niñas debían ser controladas de forma estricta para evitar que su auténtico yo se saliera de los límites de la abaya y el niqab y molestara la sensibilidad egoísta de los hombres y los niños. ¿Qué son los asesinatos por honor sino misoginia? ¿Qué es el matrimonio infantil? ¿Qué es negar a las niñas el derecho a dirigirse a los hombres sino rabia contenida ante lo que podrían llegar a hacer las niñas si expresaran sus opiniones? ¿Y qué hay de que los hombres tengan cuatro esposas pero las mujeres solo un marido, qué es eso sino una condena a las mujeres perfectamente aceptada?

Nawal el Saadawi también escribió sobre la mutilación genital femenina. Es un tema del que yo sabía muy poco. De todas las cosas terribles que se hacen a las niñas en mi país en nombre de la religión y la tradición, yo me libré de esa horrenda práctica. Pero no todas tienen tanta suerte: algunas tribus del sur de Arabia Saudí practican la mutilación femenina. Casi nunca hablábamos de ello, pero sabíamos que se llevaba a cabo como «rito de paso» para las niñas; que les cortaban los genitales externos con una cuchilla cuando tenían unos cinco años y les decían que ya eran mujeres. Si no morían desangradas durante el procedimiento, o más tarde, a causa del shock o una infección, se enfrentaban a toda una vida de

problemas médicos causados directamente por este acto de barbarie. Hay quien dice que es una obligación religiosa, pero no es así. En Arabia Saudí es ilegal, pero todos sabemos que sucede porque hay quien considera que es lo que hay que hacer con las niñas. De hecho, un día, en mi colegio, una niña estaba diciendo que se preguntaba cómo sería besar a un chico y otra niña dijo: «Ojalá tu familia te hiciera la circuncisión femenina, guarra».

Nawal el Saadawi entrelaza en sus libros religión, sexo y política de forma tan eficaz que empecé a verlos como una triple amenaza: una combinación que se convierte en un único ataque contra mujeres y niñas, y que me hizo cambiar la forma en que lo observaba todo en mi vida. También me enseñó que alzar la voz y pedir cambios tenía un precio. Saadawi perdió su trabajo e incluso fue encarcelada por sus textos. Hay una historia personal suya que siempre me acompaña. Cuando estaba en la cárcel, usó un lápiz de cejas y un rollo de papel higiénico para escribir su terrible experiencia y publicar el resultado en otro libro titulado *Memoirs from the Women's Prison* [Memorias desde la cárcel de mujeres]. Al final tuvo que huir de su Egipto natal a Estados Unidos, porque su vida corría peligro. Yo admiraba su valentía y me preguntaba si podría seguir sus pasos.

No era la única que pensaba así entonces. Tenía amigas en las redes sociales que compartían sus opiniones por internet. R era una de ellas. Su sueño era vivir en Gran Bretaña con su amante libanés, lo que era un plan imposible debido a nuestras costumbres y religión. Ella se quejaba de estas tradiciones injustas y afirmaba que, dado que ella no creía en la existencia de Alá esas normas no deberían aplicársele. En su otra vida, R, la rebelde en internet, era alumna de una escuela religiosa, vestía de negro y se pasaba el día dando charlas y clases sobre islamismo a niñas. Era la imagen misma de la devoción. Nadie de su familia ni amigos sabía que su niqab era en realidad una máscara que escondía quién era en realidad. Una vez más, pensé, ¿cuántas personas hay que, como R, esconden quienes son en realidad? ¿Cuántos religiosos son un fraude? ¿Cuántos viven la vida que desean?

En el instituto, volví a salir con chicas, como muchas otras alumnas, y rompí la promesa solemne que le había hecho a mi madre de no volver a hacerlo. No es raro que las adolescentes de Arabia Saudí practiquen sexo con otras chicas. Sea con un chico o con una chica, el sexo puede llevarte a la muerte mediante un asesinato por honor, pero las familias son menos propensas a optar por esta solución tan drástica cuando se trata de dos chicas. Es más probable que sientan lástima por ellas y las castiguen de otra forma.

Me gané mala reputación en el instituto porque en un momento dado salí con muchas chicas, pero no me arrepentía de nada. Mis amigas y yo hablábamos abiertamente de temas prohibidos. Éramos sorprendentemente sinceras al respecto de librarnos del velo, ir a fiestas, viajar, practicar sexo. La diferencia entre ellas y yo era que ellas estaban atrapadas por las costumbres y la religión a pesar de sus deseos, pero yo perseguía lo que buscaba y solía encontrarlo en internet.

Cada día hacíamos siete clases de cuarenta y cinco minutos. Las normas del instituto respecto al uniforme, falda larga y una blusa ancha, poco maquillaje, pelo largo y abaya negra, eran a menudo mi objetivo en cuanto a transgresiones. La directora era estricta. Cuando alguna chica desobedecía una norma o llegaba tarde, la castigaban, lo que implicaba pasar casi una hora al aire libre bajo un sol abrasador o congelándose de frío. Yo me pasé bastante tiempo fuera, de cara a la pared, porque me empeñaba en desafiar las normas, seguía pidiendo explicaciones, pero nunca me las daban.

El problema era que siempre que me veía implicada en un altercado o acto de desobediencia, la directora llamaba a mi madre. Esto la avergonzaba mucho, sobre todo porque todo el mundo la consideraba una buena maestra, muy estricta en temas de disciplina. Por si eso fuera poco, mi hermana mayor, Lamia, había ido al mismo colegio, y las maestras no dejaban de compararnos: el ángel y la macarra. Lamia nunca se saltaba las normas ni se peleaba con maestras y alumnas como yo. Aunque yo

pedí que dejaran de compararnos, porque éramos dos personas distintas, las maestras siempre me contestaban lo mismo: «Venís de la misma casa, os han criado igual, ¿cómo podéis ser tan distintas?». Yo no contestaba. Prefería mantenerme en silencio. Lo cierto era que Lamia y yo no solo teníamos distintas personalidades, también pensábamos, deseábamos y creíamos en cosas distintas. Ya con siete años, aquellas diferencias me hicieron creer que estaba sola, que nadie me apoyaba.

Aquellos intentos de cuestionar las normas me empujaron a un nuevo conflicto con mi madre. Ella respondía a mis preguntas y comentarios diciendo cosas como: «Tus hermanas no preguntan esas cosas. ¿Qué problema tienes tú?». Si le pedía dinero para comprarme algo, ella me decía: «Te lo daré cuando seas normal». Entonces se lo pedía a mi padre y él me lo daba sin más. Pero incluso mis amigas empezaron a alejarse de mí cuando insistía en preguntar sobre amor, sexo, mujeres y religión, porque todo eso era *haram,* y creo que les daba miedo que les hiciera cambiar de opinión. Así que se mantenían al margen de mis críticas constantes sobre la vida que vivíamos.

Nawal el Saadawi ponía palabras a mis sentimientos. «De niña, notaba que el mundo que me rodeaba estaba mal: mi familia, el colegio, las calles. También notaba que la forma en que me trataba la sociedad no estaba bien.» Y admite haberse puesto furiosa cuando su abuela dijo: «Un chico vale tanto como quince chicas, como mínimo, porque las chicas son una desgracia». Yo me identificaba con cada una de sus palabras.

Mis investigaciones también me demostraron que no hay ningún país que tenga normas tan estrictas como Arabia Saudí en cuanto a la libertad de las mujeres para viajar u obtener un pasaporte. Y en otros países no hay ninguna ley que diga que debes tener a un hombre como guardián, que lo controla todo, desde adónde vas hasta con quién te vas a casar. En mi país, esto convierte la violencia contra las mujeres en deporte nacional. Y las visitas al médico son una farsa, ya que es tu padre quien habla por ti.

Es más, descubrí que a causa de la *sharía,* que lo regula todo

en nuestro país, no tenemos lo que se conoce como juzgados de familia, por lo que el derecho a divorciarse de las mujeres está más restringido que el de los hombres. Los divorcios son muy raros excepto en la familia real, donde son muy habituales, pero para las demás mujeres es mucho más difícil y caro obtener un divorcio. Tienen que devolver la dote que recibieron al casarse y demostrar que han sido maltratadas, un requisito muy complicado dado que los hombres están a cargo de todo. No solo eso, las mujeres no tienen derecho a conservar la patria potestad de sus hijos. Al principio, puede que tengan la custodia, pero, al cumplir los siete años, las chicas pasan a la custodia del padre y a los nueve, los niños pueden decidir con cuál de sus progenitores quieren vivir. Y si hablamos de herencias, las mujeres solo pueden obtener la mitad de lo que obtienen los herederos hombres.

Las normas no se acaban nunca. Una mujer de mi distrito no puede ir a estudiar al extranjero sin un guardián que la acompañe para monitorizarla. Si está en la cárcel, al acabar la condena debe ser entregada a un guardián, y si él decide que no la quiere, no la sueltan.

En febrero de 2016, mientras navegaba por las redes sociales, me encontré con una cuenta de Path (una aplicación que usamos que es como Facebook) que me llamó la atención. La foto de la chica me resultó familiar, vivía en la misma ciudad que yo y, aunque en realidad no la conocía, me interesó enseguida. Hice clic en su foto y esperé que aceptara mi solicitud de amistad. Lo hizo al día siguiente. En las conversaciones posteriores nos dimos detalles de nuestras vidas respectivas, y descubrí que las dos íbamos al mismo colegio. Nos intercambiamos los números de teléfono y empezamos a chatear. Después de un tiempo, empecé a insinuarle la posibilidad de tener relaciones sexuales, quería saber si estaba dispuesta a establecer una relación lésbica. En ese momento, no le estaba pidiendo que fuera mi novia, solo quería saber qué opinaba al respecto. Bueno, me dijo que se inclinaba más por las chicas que por los chicos, pero también me dejó muy claro que su

comportamiento público era el opuesto. Llegué a conocerla en el colegio y descubrí que era tímida y silenciosa, de las que no se saltan las normas. Seguimos hablando durante todo el trimestre como amigas, no como amantes. En julio de 2016 me dijo que quería ser mi novia. Yo ya tenía novia, pero aquella amiga nueva tenía algo que me empujaba a convertir aquella relación en especial: no quería perderla. A pesar de que yo había tenido muchas relaciones homosexuales, al final, siempre estaba la triste verdad de que tendría que casarme siguiendo la tradición y olvidar a las chicas con las que había salido. Aquella vez era distinto. Empecé a pensar en cómo esquivar las obligaciones y las leyes de este país.

En eso pensaba cuando llegó el final de curso. Ya en casa, durante las vacaciones de verano, empecé a fijarme en mi madre, que parecía haber abandonado su parte más autoritaria y se había convertido en alguien patéticamente vulnerable después de que mi padre nos dejara para irse a vivir con su segunda esposa. Incluso intentaba modificar mi comportamiento en el colegio malcriándome con regalos, dulces y muestras de cariño. Por primera vez, vi la vergüenza en su rostro cuando llamaron del colegio para decirle que me había peleado con una maestra o una alumna, o que me había saltado una clase o incumplido una norma (como, por ejemplo, arremangarme la falda para hacerla más corta). Yo sabía que ella tenía que pedir disculpas a todo el mundo en mi nombre, y ver su vergüenza por mi causa me dolía. Y aunque entendía que mi comportamiento era el habitual en los adolescentes rebeldes, también empecé a comprender que el precio que estaba pagando mi madre por mis acciones era demasiado alto teniendo en cuenta la tristeza que le había causado mi padre.

Aquel verano, nuestro viaje familiar fue a La Meca para hacer el *hach.* Se trata de un peregrinaje religioso ordenado por el Profeta, que dice que todo aquel musulmán no incapacitado físicamente y que pueda permitírselo está obligado a hacer el *hach* al menos una vez en la vida. Tiene lugar entre los días ocho y doce del último mes del año islámico. El *umrah,* que es una versión abreviada del *hach,* se puede llevar a cabo en cualquier momento

del año y se puede hacer en unas horas en lugar de en unos días. Ya sea *hach* o *umrah,* el objetivo de la peregrinación es demostrar que te sometes a Dios, Alá, mostrar solidaridad entre quienes siguen la fe musulmana y limpiar tu alma de los pecados cometidos en el pasado.

A pesar del hecho de que para entonces yo ya sabía que era atea y no tenía nada de fe, pensé que no podía negarme al viaje en familia. Los rituales, una vez llegamos a La Meca, incluían lavar todo el cuerpo, cortarse las uñas y el pelo y entrar descalzos en la mezquita sagrada de Másyid al-Haram. Yo ya lo había hecho antes, pero en aquella ocasión, como no creyente, me resultó muy raro constatar que la mente puede tanto creer ciegamente como observar de forma analítica aquel cubo conocido como kaaba, que es la casa de Alá. Solo tienes que suspender tu incredulidad ante lo sagrado. Allí acuden millones de personas de todo el mundo para tocar y besar esa caja negra. Empezamos a caminar como está indicado, dando siete vueltas a la kaaba. Esto representa la historia de cómo la esposa del Profeta transitó siete veces por un camino entre las montañas, bajo un calor abrasador, para buscar agua para su bebé mientras su marido estaba lejos, sirviendo a Alá. El hadiz dice que mientras el bebé Ismail lloraba y restregaba sus pies en el suelo, el agua brotó de la montaña, y lo seguirá haciendo hasta el día del Juicio. Completar el circuito, caminando y rezando, lleva unas tres horas. Pensé que era una buena forma de hacer ejercicio.

Después, descansamos en el hotel de La Meca y más tarde seguimos hasta Yeda para pasar el resto de las vacaciones.

Una vez finalizadas, convencí a la familia para que tuviéramos un gato. Nunca habíamos tenido una mascota, y a pesar de que los perros no están permitidos (son *haram*) pensé que sí podría convencerlos de tener un gato. Mi padre estaba de visita cuando lancé la idea y él estuvo de acuerdo en acompañarnos a Lamia y a mí al refugio de animales. Creo que Lamia vino a supervisar, le daba miedo que yo eligiera un gato demasiado grande, salvaje o que diera miedo. En cuanto entramos, los tres nos fijamos en el mismo: un gato precioso, tranquilo y amable de pelo suave de color caramelo. Lo llamé Sasha. Todo el mundo se

enamoró del gato.

Aquel verano había habido una campaña en Twitter para que el Gobierno retirara las normas de tutela. La acción dio lugar a un eslogan: #yomeguardosola, que era muy popular entre las mujeres saudís. Yo al principio no me uní, pero sí observé y escuché sus demandas. Más de dos mil quinientas mujeres mandaron peticiones al rey solicitando que se acabara con la figura de los guardianes. La petición en sí recibió 14.682 firmas en Twitter. La llamada era a «tratar a las mujeres como ciudadanas de pleno derecho». A mí me daba miedo firmar por si mis hermanos veían mi nombre, pero quería formar parte de aquello, así que, al final, en la tercera semana de la campaña, usé un pseudónimo y una cuenta de correo distinta a la habitual para sumar mi voto. Sentí una oleada de empoderamiento al darle al botón de enviar, porque por fin estaba haciendo algo para cambiar las leyes injustas que odiaba de mi país.

Como muchas jóvenes saudís, mi novia se fue de vacaciones de verano con su familia; estaba estudiando, pero yo sabía que volvería a tiempo para empezar el año escolar. Mi relación con ella fue distinta que con las demás. Con ella podía relajarme, nunca me juzgó y siempre me aceptó tal y como era. Ella me confesó que, al igual que a mí, no le gustaba rezar, y que cuando estaba con su familia, tenía que fingir. Yo hacía lo mismo. Dudaba si confesarle que era atea, pero cuando le pregunté si creía en la existencia de Dios, ella me dijo que no creía mucho en la religión. Yo empecé a mandarle información que encontraba por internet. Hablábamos mucho sobre la oración y todas las obligaciones que nos habían inculcado, y estuvimos de acuerdo en que no eran cosas en que ninguna de las dos pudiéramos creer.

Yo cada vez era más y más dependiente de aquella relación. No quería perderla, pero no estaba totalmente comprometida con ella. Tener a alguien en mi vida a quien le gustaba a pesar de conocer mi verdad era un regalo desconocido hasta entonces. No quería decirle que yo pensaba en vivir fuera de Arabia Saudí, pero

ella había ido a Norteamérica y yo quería saber qué había descubierto, cómo era vivir allí. Le pregunté sobre sus leyes y el estilo de vida. Ella me enseñó sus fotos y me dejó leer su diario. A pesar de estar en Norteamérica, su familia la obligó a llevar la abaya y el niqab y no podía salir sin ellos.

Aunque Arabia Saudí asegura que el racismo es ilegal, se trata de algo muy habitual en el lugar de trabajo, en las tiendas y hasta en los colegios. El antisemitismo se percibe incluso en los medios de comunicación. En cuanto a los árabes negros y los africanos que trabajan en Arabia Saudí es muy común dirigirse a ellos con lenguaje despectivo o, directamente, burlas. Las personas negras o africanas son tratadas con un desprecio evidente. Las comedias televisivas emplean el *blackface* a voluntad y retratan a las personas negras como perezosas, tontas y practicantes de brujería. En Arabia Saudí se juzga con mucha dureza quién es tu familia, de qué color es tu piel, cómo llevas el pelo. Muchas de mis compañeras de clase eran culpables de lanzar insultos raciales o religiosos. Eso me hizo preguntarme quién sería yo si no encajara en su descripción de «buena», «guapa» y «exitosa». Un día de febrero de 2017, me estaba duchando y mirándome en el espejo, y me pregunté en quién me convertiría si me cortaba mi larga melena. ¿Seguiría gustando a mi familia, a mis compañeras de clase, a la sociedad? Sin pensármelo dos veces, agarré un par de tijeras y empecé a cortar. A medida que los largos mechones caían sobre el lavamanos, fui envalentonándome y cortando más y más hasta que el pelo quedó corto. Sentí una oleada de libertad. «¡Esta soy yo! Esta es quien quiero ser. No soy un ejemplo superficial de mi sociedad. ¡Soy Rahaf!»

Tengo que admitir que mi nueva imagen era sorprendente, y que el resultado no era demasiado bueno. Convencí a Fahad de que me hiciera de guardián y me acompañara a la peluquería, donde me dejaron el pelo aún más corto para igualarlo. Yo sabía que tendría que enfrentarme a los demás, pero como eran los meses fríos, decidí ponerme un sombrero que me cubriera la cabeza por completo.

En aquella época, mi familia estaba muy ocupada con la

preparación de la boda de Lamia, así que, durante un tiempo, escapé a su escrutinio. Iba a casarse con el hijo de una familia de nuestra ciudad; mis hermanos eran amigos de sus hermanos pequeños. Lamia no le conocía, pero accedió al matrimonio, que fue acordado por nuestro padre. Las dos familias fuimos a una finca muy popular de las afueras de Hail, llamada The Farm, para reunirnos y conocernos. Íbamos a pasar la noche allí; yo quería decirle a Lamia que me había cortado el pelo, pero no encontraba el momento. Finalmente, en aquella escapada la hice venir a mi habitación y le conté lo que había hecho. Aunque mis palabras fueron sencillas, «me he cortado el pelo», ella no podía comprender un acto así y me pidió que le enseñara de qué estaba hablando. Yo me quité el sombrero y empecé a llorar. Entonces ella me abofeteó, me arañó el cuello y gritó para que viniera mi madre. Por supuesto, mi madre me pegó. ¿Por qué? Porque a ambas les aterrorizaba que mi pelo corto pusiera en peligro el matrimonio. Yo seguía intentando convencerlas de que mi pelo crecería, de que aquello no era el final de nada. Ellas me dieron un turbante para que me lo pusiera y me prohibieron quitármelo.

Pero el drama con mi pelo corto no se limitó a la planificación de la fiesta de la boda. Era como si estuviera en arresto domiciliario: no podía ir al colegio, ni siquiera salir a pasear por nuestro jardín, tenía que quedarme en mi habitación para que nadie pudiera verme, especialmente mis hermanos, que se habrían vuelto locos si llegan a enterarse de lo que había hecho. Se suponía que debía ocultarme hasta que me creciera el pelo. Desesperada por salir de casa y volver al colegio, convencí a mi madre de que mi reputación allí ya estaba dañada a causa de las peleas en las que me había metido, así que tener el pelo corto seguramente no empeoraría las cosas. A ella se le ocurrió un plan, un plan genial, en mi opinión. Podría volver al colegio siempre y cuando dijera que había sido un accidente, que se me había quemado el pelo y me lo habían tenido que cortar. Me pareció un sacrificio muy pequeño. Así que lo hice.

La mañana siguiente, mientras cantábamos el himno nacional, la directora me vio con el pelo corto y me llamó a su oficina.

Quería una explicación. Le expliqué que se me había quemado el pelo. No me creyó. «¿Sabes que cortarte el pelo es una falta que me permite expulsarte del colegio y que arruinará tu expediente académico, lo que significa que ninguna escuela te aceptará y que acabarás en tu casa sin ningún certificado?» No me sorprendió aquel discurso, pero sí reforzó mis ideas sobre cuánto valíamos las chicas en aquel lugar. Le dije a la directora que no era justo destruir el futuro de una chica por llevar el pelo corto. Ella me respondió inmediatamente que: «No es normal que una chica se comporte como un chico».

Yo supuse que podría haberlo dejado pasar y asumir su amenaza como mi castigo, pero siempre me rebelo ante las injusticias, y aquella vez también lo hice: «¿Me está diciendo que me comporto como un chico por mi corte de pelo?». Ella me dijo que saliera de su despacho y me amenazó con multarme si no volvía a llevar el pelo de un largo adecuado. De camino a la puerta respondí: «Es la mayor tontería que he oído nunca. ¿Y qué pasa si no me crece el pelo? No es culpa mía». Entonces me dijo que llamaría a mi madre. Una vez más, no iba a permitirle decir la última palabra, así que al cerrar la puerta le dije: «Ni se atreva a meter a mi madre en esto por sus ridículas normas».

No acabó allí. Cuando les conté a mis compañeras lo que había pasado, su respuesta fue: «Las normas son las normas y no hay que saltárselas». Mi pelo se había convertido en un crimen. Toda la escuela hablaba de él. Este fue el inicio de un descenso en espiral que acabó hundiéndome en una depresión. Empecé a ver a quienes me rodeaban como maldiciones para mi vida. Comprendí que no podía vivir así y le conté a mi novia mi deseo secreto de irme, de vivir en otro país. Al principio le sorprendió un poco y me preguntó si lo decía en serio. Pero cuando le expliqué que quería huir de todas las prohibiciones, le gustó la idea y me recordó que incluso nuestra relación era *haram* y que podrían asesinarnos por su causa. Así fue como empezamos a soñar con escapar juntas. Rompí mi amistad con el resto de las chicas del colegio y empecé a pasar todo el tiempo con mi novia mientras planeábamos cómo huir. Durante todo ese tiempo yo sabía que si tardábamos mucho

mi familia me casaría y que ya no podría huir con aquella chica de quien, ahora lo sabía, me había enamorado.

Y, como si fuera a propósito, mientras yo me enfrentaba a mis problemas, mi padre llegó una noche y nos contó que iba a volver a casarse. Estábamos toda la familia en casa. Primero se lo contó a nuestra madre y después nos reunió a todos en el comedor para compartir la noticia. Su voz sonaba triunfal cuando dijo: «Voy a tener una tercera esposa». Mi pobre madre, devastada por la noticia, intentaba no mirarlo ni a él ni a nosotros. Mutlaq y Majed se lanzaron en brazos de nuestro padre para felicitarlo, como si hubiera obtenido una gran victoria. Fahad se quedó en silencio. Eso era lo que me gustaba de mi hermano pequeño; que era observador y podía guardar silencio mientras estudiaba las consecuencias de las injusticias. Lamia fue corriendo con nuestra madre para intentar consolarla mientras ella sollozaba y nos daba la espalda a propósito. Era una estampa asquerosa, la guerrera herida y el conquistador, las consecuencias de un sistema mezquino y asimétrico. Mi padre se fue con sus dos hijos mayores; mi madre nos pidió que la dejáramos a solas.

La chica con la que se casó mi padre rondaba los treinta años, era lo bastante joven como para ser la hermana mayor de mi casa. Aunque en Arabia Saudí es habitual que los hombres tengan más de una esposa, hay zonas del país donde se empieza a imponer la monogamia debido a la reducción de ingresos y a la irrupción de la idea occidental de compatibilidad entre marido y esposa. Pero ese no era el caso en Hail, donde yo vivía. Los matrimonios siempre son concertados y, a menudo, entre primos. Si una mujer se divorcia, no puede volver a casarse. Los hombres, en cambio, lo hacen tantas veces como deseen.

Aunque mis padres no estaban divorciados, mi madre no quería que él volviera a vivir en nuestra casa después de su tercer matrimonio. Solo lo consiguió en parte. Mi padre ya no dormía en casa, pero afirmaba que la parte que era solo para los hombres, la sala de estar, seguía siendo su territorio privado, e invitaba allí a sus amigos para verse cuando le apetecía. La parte principal de la casa estaba separada de aquella sala de estar por una puerta que se

cerraba con llave, así que daba la sensación de que estaba en otra casa, pero todos sabíamos que él hacía su vida mientras nuestra madre estaba al otro lado de la puerta llorando. Cuando venía a vernos, tenía que entrar por la puerta principal. Era una situación complicada y, a menudo, incómoda.

Mientras mi madre estaba destrozada y con la confianza nuevamente dañada, el matrimonio de mi padre me afectó personalmente y me hizo plantearme cómo eran los hombres de mi familia y cuáles eran sus valores. De las decenas de padres y hermanos de mi clan solo había dos, los hermanos de mi madre, que yo consideraba decentes. Mamá Nourah había criado a hombres buenos. Uno de ellos siempre fue como un padre para mí, me trataba como si yo fuera su propia hija. Recuerdo una vez que estaba enferma de pequeña y él me llevó todo el día sobre sus hombros. Era invierno y hacía un frío inusual, él me puso su enorme y cálido abrigo sobre los hombros e intentó convencerme de que él no tenía frío, aunque la temblaban las manos. Cuando era más mayor y quería ir de compras, mi hermano me decía a menudo que no le apetecía acompañarme, pero mi tío siempre venía y me protegía como si yo fuera algo preciado, me llevaba del brazo para cruzar la calle y siempre me sonreía, me animaba y me daba confianza en mí misma. Mi relación con mi tío era maravillosa; no conozco a otro hombre igual en mi país.

Para entonces mi padre tenía dos esposas más, un bebé de su segunda esposa y una primera esposa con depresión en un hogar donde nadie sabía a ciencia cierta quién estaba al mando. Un día llegué del colegio con marcas de besos en el cuello que se me había olvidado cubrir. Mientras hablaba con mi hermana mayor, ella las vio, se acercó para asegurarse y, de repente, empezó a gritar a mi madre que viniera, como si aquello fuera una emergencia. Mi madre cruzó la habitación corriendo y, al ver la supuesta crisis, no reaccionó de ninguna manera. Solo le dijo a mi hermana: «No es la primera vez y yo no sé cómo controlarla». Y se fue. Lamia debió de pensar que ahora era su responsabilidad el atormentarme, así que empezó a abroncarme y a llamarme puta.

A partir de entonces, Lamia se dedicó a entrar a mi habitación

sin avisar para controlar qué estaba haciendo e insultarme para que yo supiera que no aprobaba lo que hacía. Le dijo al conductor que debía recogerme en el colegio porque mi hermano solía llegar tarde y no quería que yo pudiera estar con las demás chicas. Yo sentí que mi espacio empequeñecía. No había ningún lugar seguro donde estar sola.

En marzo, una amiga me hizo un regalo de cumpleaños. Nosotros no los celebramos, y hacer regalos es tabú en nuestra cultura, pero la guitarra que me compró me hizo muy feliz. Por supuesto, aquello era *haram,* así que decidí esconderla en mi habitación y aprender a tocarla cuando no hubiera nadie merodeando. Y, claro está, me pillaron. Todos los de la casa hurgaban entre mis cosas en busca de motivos para castigarme. Aquella vez fue Majed. Me estaba esperando cuando volví del colegio y me acompañó a mi habitación. La guitarra estaba en el suelo; Majed la señaló y me preguntó de dónde la había sacado. Después, me echó a un lado y me golpeó la cabeza contra la pared, pidiéndome que le diera el nombre del chico que me había dado la guitarra. No dejó de golpearme hasta que le di el nombre de aquel chico fantasma. Joud vino a la habitación y, en un intento por defenderme, dijo: «Yo vi venir a su amiga a dársela. No fue un chico». Él pareció tranquilizarse, pero insistió en que le dijera el nombre de la chica que me había dado la guitarra. Yo se lo dije. Después, agarró la guitarra y la rompió en mi cabeza. El golpe fue tan doloroso que me pregunté qué se había roto: mi cráneo, la guitarra o ambos. Yo quería recordarle que él había encontrado la guitarra porque estaba invadiendo mi espacio personal y que debería darle vergüenza, pero decidí que ya me dolía bastante la cabeza. Me callé.

Mientras tanto, mi novia y yo seguíamos haciendo planes para escapar de Arabia Saudí. No sabíamos qué país nos convenía, así que empezamos a buscar y a informarnos. También descubrí el término «refugiada» y busqué qué quería decir y si podía aplicarse a nuestro caso. Había mucho que investigar: los preparativos del viaje, cómo obtener un visado, los trámites para obtener el estatus de refugiado.

Estaba empezando a acumular información y a planear aquel gran éxodo cuando mi cuerpo empezó a detenerse, a ir más lento, como si fuera de plomo. La presión que sentía por parte de mi familia, el colegio y la sociedad en general empezó a hacer mella y yo me sentía incapaz de gestionarla. Aunque estaba planeando escapar, aquel escrutinio constante empezó a superarme: las amenazas de mi madre y mi hermana y las cosas que pasaban en casa, como la enfermedad mental de Reem y la forma dominante y violenta en que Majed nos trataba a mi madre y a mí. No era capaz de ser yo y empecé a sentir que no quería seguir viviendo así. Me quedaba en mi cuarto, tumbada en la cama mirando al techo. Solo Sasha, la gata, me hacía compañía. Frotaba su cabeza contra mi rostro, como pidiéndome que me levantara. Parecía saber que yo no estaba bien e incluso lamía mis lágrimas cuando yo lloraba. Pero la mayor parte del tiempo se tumbaba sobre mi pecho y me observaba.

Yo estaba muy deprimida y no sabía qué hacer. Cada día iba a peor. Entonces, Mutlaq vino a mi cuarto. Ni siquiera tenía fuerzas para tenerle miedo. Me preguntó por qué estaba en la cama y yo le dije que necesitaba ayuda, que necesitaba ver a un psicólogo. Él dudó, porque en nuestra sociedad pedir ese tipo de ayuda se considera un signo de debilidad inaceptable. Además, en Hail no hay muchas clínicas, y las que hay están muy lejos. Pero él sabía que yo tenía problemas y me dijo que intentaría que pudiera hablar por teléfono con un terapeuta. Yo estuve de acuerdo. Él no quería que mis padres ni mis hermanos supieran lo que pasaba, así que pagó de su bolsillo las sesiones con el psicólogo. Era raro en él ayudarme, y yo no estaba segura de entender por qué lo hacía, pero necesitaba aquella ayuda, así que la acepté sin hacer preguntas. El terapeuta me habló de medicamentos sin receta que podrían ayudarme, así que mi hermano los compró y yo los tomé durante meses sin que nadie de mi familia lo supiera.

La boda de Lamia se acercaba y toda mi familia quedó absorbida por los preparativos. Lamia era una novia preciosa con un

deslumbrante vestido blanco y joyas de oro y plata. La ceremonia contó con más de cuatrocientos invitados, empezó a las ocho de la tarde y se alargó hasta las cuatro de la madrugada. La decoración del salón era preciosa y las mesas rebosaban de carne y dulces. Lujo al máximo. Como marca la tradición, hombres y mujeres estaban en salas separadas, tanto para comer como para bailar.

La dote que pagó el novio por mi hermana fue de 150.000 riyales (unos 35.000 euros). La dote es un derecho religioso llamado *mahar,* y el importe depende de la capacidad económica del hombre y el estatus de la mujer. Si ella es viuda o divorciada, vale menos. Yo vi la alegría en el rostro de Lamia y le pregunté si de verdad estaba contenta por el precio que habían pagado por ella. Ella respondió: «Pues claro que sí, no hay nada malo en esto, es mi derecho».

Yo no dije nada para no molestarla pero pensé que el *mahar* es muy insultante: un hombre al que ella no conocía había pagado una cantidad calculada por mi padre por comprarla, como si fuera un vehículo o una casa. Yo había leído comentarios sobre el *mahar* en redes sociales que decían que la novia se convierte en propiedad del novio, y que entonces él tiene todo el derecho a hacer con ella lo que quiera, incluso violarla, porque la ha comprado.

Yo tuve que ponerme peluca en la boda para que nadie viera que mi pelo seguía siendo corto. Mi hermana, con su precioso y caro vestido, tuvo que estar sola en una habitación, como marca la tradición. Si se mostraba o alguien veía su felicidad se habría arriesgado a que la llamaran desvergonzada. En algunas ciudades, el novio y la novia se juntan al final de la fiesta. Pero en Hail no. Cuando se fueron los invitados, mis hermanos llevaron a Lamia con su esposo y la nueva pareja se fue a un hotel.

Mi vida volvió a basarse en mirar al techo de mi habitación con Sasha a mi lado jugando con mis dedos como diciendo: «Vamos, muévete». Se me había acabado la medicación. Yo estaba tan triste y abatida que había perdido peso, lo que normalmente me habría puesto de buen humor, pero ahora estaba tan letárgica y pálida que apenas notaba los cambios en mi cuerpo. Me pregunté si volvería a estar bien alguna vez. No quería salir de mi

habitación, pero sabía que necesitaba más medicación, así que usé el teléfono para llamar a mi madre y pedirle que viniera. Ella lo hizo y, cuando le di la caja de pastillas vacía y le pedí que me la rellenara me dijo: «¿Qué pasa? ¿Que ahora te drogas?». Yo respondí: «No, no es lo que tú crees. Es un tratamiento para la depresión y mi hermano lo sabe». La expresión de su rostro pasó del asco a la sorpresa y me dijo: «Si me hubieras dicho que eras drogadicta habría sido más fácil que saber que estás loca y que el mundo te rechazará por tu enfermedad». Salió de mi habitación y le contó a todos los de la casa que yo estaba loca y que ya no encontrarían a ningún hombre para casarme.

Unos días después, mi padre vino a mi habitación. Me encontró con un turbante para ocultar mi pelo corto que era lo menos favorecedor que puedas imaginar, demacrada y desmoralizada. Se sentó a un lado de la cama, me tomó de la mano y me dijo que sabía que yo tenía depresión. Me preguntó si había sido por culpa de alguien, si sentía apego por alguna persona que hubiera herido mis sentimientos. Él quería que le abriera mi corazón, pero yo no pensaba hacerlo. Le confesé que era incapaz de sentir ningún tipo de alegría y que quería dejar esta vida. Él empezó a llorar y, con lágrimas en el rostro, aquel hombre que nos había dejado de lado, no por una, sino por dos esposas, me abrazó y empezó a asegurarme que todo iría bien. Me dijo que me traería vitaminas para curarme la depresión y que debería dejar de tomar aquellos medicamentos. Yo accedí a hacerlo por él, pero sabía que mi depresión estaba empeorando y que nadie de mi casa me apoyaba.

Un día que me sentía especialmente mal, vi a mi madre sentada en la puerta de mi habitación charlando por teléfono con una amiga mientras me vigilaba. Yo agarré un cuchillo, puse la hoja sobre mi muñeca y dije en voz alta: «Voy a acabar con mi vida ahora». Ella dejó el teléfono, me miró muy seria y me dijo: «Estás loca. Acaba con tu vida. Irás al infierno por suicidarte. Alá no estará contento contigo así que, ¿cómo puedo estarlo yo?». Al clavar el cuchillo, la sangre empezó a salir a borbotones, salpicándolo todo, y yo empecé a marearme. Lo único que hizo mi

madre fue llamar a mi hermana pequeña y decirle: «Dale unas vendas a la loca de tu hermana». Joud me trajo toallas, alcohol y vendas y se sentó conmigo hasta que me calmé. Fue la última vez que intenté llamar la atención de mi madre.

Con el tiempo, empecé a recuperarme y volví a mis viejas costumbres: escaparme de casa y juntarme con amigos, chicos y chicas, que conocía en las redes sociales. Aquella gente era distinta. Mis amigas del colegio no los conocían y nunca habrían hecho esas cosas. Pero incluso al principio de juntarme con aquellos rebeldes como yo, fui muy cuidadosa a la hora de compartir ideas con ellos; hacían fiestas secretas y, aunque yo acudía, pensaba que daban mucho miedo, que eran demasiado para mí. Era un mundo secreto en Arabia Saudí, un mundo habitado por chicas menores y hombres mayores que repartían drogas y cannabis gratis para todos. El Gobierno sabía de la existencia de aquellas fiestas, así que les habría resultado sencillo hacer una redada y detenernos, pero no lo hacían. En aquellas fiestas vi a personas que trabajaban en la policía religiosa y también a famosos de las redes sociales que se dedicaban a hablar sobre honor y religión, todos ellos tonteando en secreto con chicas menores. Yo no estaba dispuesta a arriesgarme tanto, así que dejé de ir a las fiestas. Aquello no iba de transgredir normas con las que no estaba de acuerdo, sino de desdeñarlas y comportarse de una forma igual de despreciable. Era hipocresía y, en mi opinión, alimentaba aquella doble moral que yo tanto despreciaba. Así que dejé de lado a aquel grupo, pero fue una experiencia que no olvidaré nunca.

Hay una historia que todos conocíamos, pero que procurábamos no comentar. Una historia que ilustraba la enormidad de la doble moral en nuestro país. Yo solo tenía dos años cuando se produjo un incendio en un internado para niñas en La Meca, pero las consecuencias de aquella catástrofe se ajustan a nuestras vidas como una parábola. Tuvo lugar el 11 de marzo de 2002. Se dijo que el fuego había empezado en la planta superior del Makkah

Intermediate School número 31 sobre las ocho de la mañana. Los bomberos afirmaron que lo había originado «un cigarrillo mal apagado». En el colegio había matriculadas ochocientas niñas, la mayoría de Arabia Saudí pero también de otros países como Egipto, Chad, Guinea, Níger y Nigeria. La ocupación del colegio superaba su capacidad y no tenía los elementos ni el equipo de seguridad necesarios, como salidas de emergencia, extintores y alarmas. Las llamas se extendieron rápidamente y todo el colegio se llenó de humo. Las niñas, la mayoría de las cuales estaban en sus habitaciones vistiéndose para desayunar y empezar las clases, echaron a correr hacia las salidas, pero los guardias que las custodiaban se negaron a abrir las puertas y dejarlas salir. ¿Por qué? Con las prisas por escapar de un edificio en llamas, las niñas no se habían vestido adecuadamente, no llevaban los pañuelos para tapar el pelo, y no tenían a familiares masculinos en la calle para recogerlas. Las niñas gritaban que las dejaran salir, y algunos transeúntes se detuvieron a ayudar mientras el colegio se transformaba en un infierno.

Entonces apareció la mutawa y golpearon a la multitud recordándoles que las niñas cometerían un pecado si salían del colegio sin cubrirse la cabeza. Según el relato de testigos, dijeron a una multitud incrédula, que para entonces ya incluía a los padres de algunas de las niñas, que ellos (la policía religiosa) no querían que hubiera contacto físico entre las niñas y los bomberos, por temor a las tentaciones de la carne. Algunos periodistas afirmaron que las pocas niñas que lograron salir fueron empujadas de nuevo dentro del edificio en llamas por los guardias y los mutawa. Cuando los bomberos entraron a rescatar a las niñas, fueron también reprendidos por la policía religiosa.

Catorce niñas murieron en aquel incendio y más de cincuenta resultaron heridas. Cada vez que recuerdo esa terrible historia me recorre un escalofrío y me pregunto a qué tipo de barbarie nos enfrentamos cuando se prohíbe a unas niñas inocentes escapar de un edificio en llamas.

Todo en nombre del honor. Es la forma de silenciar cualquier conversación. La frase «somos gente pura» es tan habitual como

decir buenos días. La sociedad saudí está obsesionada con el honor, en cualquiera de sus retorcidas acepciones que sirva para esconder el comportamiento desigual e inaceptable de quienes desempeñan el poder. Me da asco pensar que catorce niñas murieron de forma horrible y cincuenta resultaron heridas de forma grave, con quemaduras y huesos rotos, a causa de eso que llaman honor. Pero para mi familia y para todas las del reino, el honor lo es todo. La población de Arabia Saudí mataría, más bien asesinaría, por honor.

Esas tensiones se filtran en nuestros huesos a medida que crecemos como niñas en este país. Cuando tenía dieciséis años supe que el camino que había emprendido, cambiar el rumbo de mi vida y aceptar mi identidad como feminista y atea que se opone a las leyes de un Estado que priva a sus ciudadanos del derecho a la libertad de expresión y de elección de estilo de vida, era el camino correcto. Mi sueño era vivir en un país lejos de Oriente Medio, que creyera en la igualdad entre géneros y los derechos humanos. Pero no era capaz ni de convencer a mi familia de que me dejara ir al instituto en otra ciudad de Arabia Saudí. Recuerdo el día que pregunté a mi madre y a mi hermano si podría ir al instituto a Riad. Mi hermano se rio en mi cara y me dijo: «¿Lo dices en serio?», y mi madre acabó la discusión y la conversación con un: «En esta casa no se permite que las niñas estudien lejos de su familia». No discutí con ellos porque sabía que jamás tendrían en cuenta mi opinión. Tendría que ser yo quien encontrara la forma de cambiar.

5

Códigos secretos

Durante mi último año en el instituto empecé a alejarme emocionalmente de las personas, costumbres y leyes que primero me habían confundido y más tarde indignado, a medida que fui tomando perspectiva de las dimensiones del castigo que se aplica a las niñas por serlo y que me impedía tener una serie de oportunidades justas e, incluso, ponía en peligro mi vida. Esta separación llevó su tiempo. Como un barco que atraca en el puerto y abre sus compuertas, yo estaba unida a mi familia, a mi país e incluso a muchas de sus costumbres, como mi cercanía con mis primos y tíos. Pero igual que los barcos levan anclas y empiezan a alejarse de puerto de forma lenta pero segura, yo también había cortado amarras con básicamente todo cuanto conocía.

Era una carga enorme y complicada para una chica de diecisiete años. No solo eso, sino que a medida que examinaba mis condiciones vitales, que ya había determinado que eran intolerables, no podía decir nada al respecto porque hablar implicaba arriesgarse a sufrir no solo la ira de mi familia sino, incluso, la del Gobierno de Arabia Saudí. Su respuesta a mi decisión de rechazar lo que ellos defendían podía ir desde los insultos y el ostracismo a mi encarcelamiento o, incluso, mi muerte. Criticar la religión, el Gobierno y las ridículas costumbres ancestrales no resulta aceptable en Arabia Saudí. Así que aunque era doloroso esconder lo que sentía, por miedo a este castigo, mi silencio fue la protección que necesitaba. Pero eso no frenó mi curiosidad, que fue lo que me llevó de vuelta a internet y a las páginas ilegales que proporcionaban respuestas a las preguntas que

me había planteado durante gran parte de mi vida.

Seguía buscando información en línea sobre personas que estuvieran en una posición parecida: ateos, críticos, feministas, homosexuales y opositores al Gobierno. Estaban perplejos, contrariados y, como yo, habían intentado sin éxito cambiar las leyes que permiten a las familias asesinar a sus hijas, a la policía amenazar y acosar a quienes les parezca y al Gobierno rechazar el respeto a los derechos humanos. Por mucho que conocer a personas así en internet fuera liberador y refrescante, aquella fue también una época de gran sufrimiento psicológico. Yo intentaba aceptar una vida que me obligaba a hacer lo que los demás me exigían, una vida en la que las personas que supuestamente debían quererme me pegaban y me oprimían, una vida en la que las maestras que me educaban creían que poseían mi cuerpo y mi mente.

Aquel era el estado en el que estaba cuando di con una conexión a internet que me condujo al extraordinario submundo de la red de mujeres saudís que han huido. Era la hora de ir a dormir. Estaba navegando por distintos sitios cuando, gracias a una maravillosa coincidencia, me encontré con la cuenta de Twitter de una mujer que vivía en Canadá. Le mandé un mensaje y le pregunté cómo había conseguido llegar hasta allí y qué había hecho para obtener el visado. Ella me contestó inmediatamente y me dijo exactamente lo que había hecho. Su información era fácil de entender. Le volví a escribir y, tras unos cuantos mensajes muy útiles más, me sentí lo suficientemente segura como para explicarle mi historia. Confié en ella lo bastante para admitir que quería huir. Compartí con ella mi plan preliminar y le dije que me preocupaba que no funcionara. Para entonces, yo estaba sentada en el borde de mi cama, con la vista fija en el teléfono como si en lugar de sostenerlo estuviera dándole la mano a mi rescatadora. No podía creer que estuviera teniendo aquella conversación con una mujer al otro lado del mundo, en Canadá, una mujer que parecía saber todo lo que yo necesitaba para escapar. Me hizo algunas preguntas para asegurarse de que yo estaba decidida. Después me dijo que había un grupo en una red social que tenía los mismos planes e ideas, y

sabían cómo ayudarse entre sí. Me contó que eran todo chicas, la mayoría de las cuales usaba pseudónimos y que nunca compartían información personal.

Me proporcionó el código secreto para acceder a aquella página que ayudaba a chicas a escapar y me dijo que me creara un alias. Me sentí como si me hubieran dado las llaves de mi propio reino cuando entré mi alias, Sasha, como la gata a la que adoraba, y conocí a las personas de aquella página secreta que me abrieron todo un mundo y se convirtieron en mi salvavidas. Sin ellas, nunca habría llegado a Canadá. Una vez entré en aquella página clandestina, me enganché, pasaba allí todas mis horas libres, aprendiendo, examinando, probando y, finalmente, dando forma a mi plan de huida.

Era una red de mujeres jóvenes, una sala de chat privada, con ideas similares sobre el estatus de las mujeres y las niñas en lugares como Arabia Saudí. Todas las chicas que conocí allí compartían los mismos problemas y el mismo deseo o bien de cambiar el país en el que vivían o bien de abandonarlo. Existían subgrupos donde también había hombres que estaban interesados en escapar y vivir en otro país. Yo me sentía a salvo en el grupo de chicas. Aunque ocultaban sus identidades, se convirtieron rápidamente en mi familia. Intercambiábamos información, hacíamos planes juntas y nos cuidábamos. Cuando una de las chicas nos contaba que su padre le había pegado y negado todos sus derechos humanos uno por uno, la ira compartida era palpable. Todas nos uníamos a la conversación con consejos sobre la necesidad de conservar la esperanza y qué hacer para conseguir cambios en la vida. Compartíamos tantas ideas y nos apoyábamos tanto que yo sentí una gran sensación de pertenencia. Por ejemplo, todas tenían consejos sobre cómo obtener un permiso para viajar sin pedírselo a tu guardián, que jamás aprobaría algo así. Aquellas mujeres sabían cómo salirse de Absher, la aplicación que permite a los guardianes controlar los movimientos de las mujeres de su vida, y obtener un permiso de viaje en secreto. Era un procedimiento complicado, y también peligroso, porque el Gobierno saudí perseguía a cualquier ciudadano que intentara huir. Las chicas proporcionaban consejos

excelentes para engañar al Gobierno y conseguir los papeles, para saber cuándo había llegado el momento de arriesgarse y cuándo había que usar un nombre falso para cubrir tus huellas a la hora de crear tu plan de huida.

Para mí fue como volver a casa: dejé de ser la rara del grupo, con mis ideas que desafiaban el *statu quo*. La gente que conocí en aquel chat era sobre todo de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, pero también de otros países que usan guardias masculinos para controlar las vidas de mujeres y niñas. Algunas eran exmusulmanas; otras ya habían huido. Pero todas las de la red estábamos unidas por lazos de solidaridad y secreto. Todas estaban en contra de la ley de tutela y, aunque algunas tenían pensado quedarse en sus países y luchar por el cambio, otras buscaban una salida de aquellos Estados que ordenaban que sus vidas fueran duramente reprimidas. La mayoría no se conocían entre sí, excepto por las reuniones en línea, pero el vínculo que habían creado era obvio y la confianza un factor potente y útil. Era un grupo de apoyo que funcionaba para ayudar a todo el mundo que se unía a él, fuera cual fuera su momento vital. Con nadie más a quien recurrir en busca de consejo e información, investigaban en línea como supersabuesos y compartían su conocimiento, consejos y apoyo. Ellas me mantuvieron a flote y me hicieron sentir que mi sueño era factible, que no todo estaba perdido.

Las historias que contaban eran inspiradoras y alentadoras. Una de ellas decía que había tenido que irse el día antes de su último examen universitario porque estaba a punto de perder su ventana de oportunidad. Su amiga, que también planeaba huir, fue detenida. Le daba miedo quedarse ni un día más, lo que significó abandonar la carrera a la que se había dedicado durante los últimos cuatro años. Otra describió numerosos planes de huida meticulosamente preparados que tuvo que abandonar en el último momento por un imprevisto. Y una chica que escapó seguía llevando una ortodoncia; tendría que pedir que se la retiraran una vez le concedieran el asilo. Las que ya habían escapado contaban historias muy vívidas sobre los imprevistos en sus planes y los peligros a los que se habían enfrentado. Así fue como descubrí que

los guardias de frontera de Australia podían pedir hablar con mi padre a mi llegada. La chica de la red que había huido a Australia me dijo que pactara con un chico que respondiera a la llamada y hablara como si fuera mi padre. Aquellas mujeres de la red habían planeado y asistido a muchas huidas y tenían todo tipo de consejos muy útiles, como ganar algo de tiempo en la primera fase de la huida quitando la tarjeta SIM del teléfono y confiando en la wifi de aeropuertos y cafeterías para que nadie pudiera rastrearte.

Hasta que conocí a las demás, pensaba que Arabia Saudí era el único país que trataba así a sus mujeres. De hecho, siempre pensé que lugares como Emiratos Árabes Unidos y Kuwait eran mucho más progresistas, donde los derechos de las mujeres habían avanzado a pasos agigantados. Pero las familias ultraconservadoras, los abusos contra mujeres y niñas y los Gobiernos que ceden el control de estas a guardianes masculinos también son habituales en esos países.

Había mucho que aprender: cómo reservar un billete de avión y pedir un visado por internet sin que nadie se enterara; cuánto dinero ahorrar y cómo meterlo en una cuenta secreta para que nadie supiera que existía. La huida en sí es el paso más difícil, pero no el único por el que hay que preocuparse. Una vez llegara sana y salva a otro país, tenía que saber cómo pedir asilo y cómo proseguir con mi educación o buscarme un trabajo para mantenerme cuando se me acabaran los ahorros. Todos estos también son pasos muy importantes. La red tiene esa información y la distribuye en línea como si fuera un cursillo: primero se hace esto, luego lo otro. Me enseñaron casi todo lo que necesitaba saber. Pero aparte de ser una guía digital sobre cómo escapar, esa organización alimentó la confianza en mí misma y se aseguró de que mi decisión de abandonar todo lo que había conocido era la correcta. Y todas explicaban los peligros que implicaba eludir a mi familia y las autoridades a la hora de reservar un viaje en secreto y decidir cuidadosamente cuándo huir y adónde. Las autoridades de Arabia Saudí tienden a sospechar y siempre andan a la caza de chicas que se salen de la norma bajo la cual fueron criadas. Aquellas mujeres sabían que lo que llaman honor era una soga que

rodeaba nuestro cuello.

A medida que pasó el tiempo, me involucré en la huida de unas cuantas chicas. Creo que puedo decir que juntas compartíamos el agotamiento y la presión psicológica cuando un plan de huida fallaba. Pero el grupo estaba decidido a ayudar a todas las chicas en cada paso del camino: ya fuera robar el teléfono de tu padre para acceder a tu información personal o encontrar ayuda en el país de asilo. Aunque no seas una ciudadana conocida, la embajada de Arabia Saudí en el país que elijas se pondrá en contacto contigo, intentará convencerte para que regreses y, en última instancia, intentará detenerte. Tres de las mujeres del grupo se convirtieron en mi círculo de confianza cuando empecé a aproximarme a la ejecución de mi plan. Son a quienes mandaba mensajes desde el coche en Kuwait y desde el aeropuerto antes de partir hacia Bangkok. Nos habíamos convertido en mejores amigas.

Algunos de los datos que guardé procedían de una página web. Es un sitio que visitan sobre todo mujeres como las de la red donde acabé yo; tienen entre dieciocho y treinta años y están desesperadas por dejar atrás los abusos a los que son sometidas y empezar de cero en un país seguro para mujeres y niñas. La mayoría de la información de esa página web procede de demandantes de asilo político; explica cómo dirigirse a las autoridades y formas de obtener tus documentos identificativos (como el pasaporte) y cómo avanzar en cada paso de la huida. Sus autoras entienden el miedo que causa un viaje así a chicas de dieciocho años que nunca han viajado solas y nunca han hablado con un hombre que no fuera de su familia, imagínate con un agente de aduanas que te hace preguntas difíciles. Las chicas como yo, a las que nos han llevado al colegio en coche toda la vida y no solo hemos ido siempre de compras acompañadas, sino que ni siquiera se nos ha permitido darle el dinero al tendero, tenemos que procesar muchas cosas. En la sala de chat, las chicas de la red intentan enseñarte e incluso practican contigo para que sepas cómo desenvolverte al encontrarte con desconocidos o, Dios no lo permita, si te pillan y te llevan a un centro de detención. Te

recuerdan que, aunque tú consideres tal o cual país un refugio, tienes que seguir alerta porque criminales hay en todas partes. Esta red, al igual que la página clandestina que visitaba, era otra extensión de la familia de activistas, las personas que se preocupan por tu seguridad, tu futuro y tu felicidad.

Si tuviera que nombrar un solo tema que nos aleje a las mujeres de nuestros países y nos una bajo la bandera de las atormentadas, serían las leyes de tutela masculina. Es la piedra angular de todas las discriminaciones y violaciones contra las mujeres, y los abusos consiguientes en contra de los derechos humanos. En estos chats descubrí que aunque las mujeres saudís siempre han tenido menos visibilidad que los hombres, estas leyes draconianas no han estado siempre vigentes. Hasta 1977, las mujeres podían viajar sin la tutela de un hombre. Pero entonces, una princesa llamada Mishaal Fahd al Saúd cometió el error de enamorarse. Era la hija del príncipe Fahd bin Muhammad bin Abdulaziz al-Saúd y la nieta del príncipe Muhammad bin Abdulaziz, que era el hermano mayor del rey Khalid. Debido a todas sus conexiones con príncipes y reyes, el Gobierno la asesinó por el crimen de amar a un hombre de su elección. Y entonces promulgaron una ley para asegurarse de que ninguna otra chica pudiera estar sin la compañía de un guardián y, por lo tanto, pudiera cometer el crimen de enamorarse.

La princesa había ido a estudiar al Líbano. Durante una reunión de cortesía con Ali Hassan al-Shaer, el embajador saudí en el Líbano, conoció a Khaled al-Sha'er Mulhallal, el sobrino del embajador. La historia empieza como cualquier otra de chica conoce chico. Pero esta es una historia saudí, así que no tiene nada de normal. Empezaron a salir, se veían en secreto y acabaron teniendo una historia. En el Líbano estaban seguros gracias a un dicho que siempre funciona: ojos que no ven, corazón que no siente. El honor de la familia está ligado a que el ojo público lo «vea» y en el Líbano no lo vio nadie. Pero cuando ella regresó a Arabia Saudí los rumores corrieron como la pólvora y entonces la vergüenza se transformó en herida y la muerte de la joven Mishaal

de diecinueve años fue el bálsamo para calmar a la familia y acabar con las habladurías. Así es como funciona. Ella intentó escapar. Incluso fingió su muerte, hizo ver que se había ahogado y se disfrazó de hombre; logró llegar al aeropuerto antes de que un agente del control de pasaportes se percatara de todo e hiciera sonar la alarma. La devolvieron inmediatamente con su familia, que quería sangre. Y, por supuesto, la obtuvieron siguiendo la doble moral habitual en el país. Utilizaron la legislación de la *sharía* para asesinar a su hija. Dio igual que la *sharía* requiera el testimonio de cuatro hombres adultos que afirmen haber presenciado el acto sexual o una confesión de culpabilidad por parte de la víctima (que debe afirmar «He cometido adulterio» tres veces ante el tribunal). Los informes dicen que su familia le dijo que no confesara, sino que jurara no volver a ver a su novio nunca más. Dicen que ella se alzó durante el juicio y dijo: «He cometido adulterio. He cometido adulterio. He cometido adulterio». Por supuesto, no existe ningún informe ni del juicio ni de su confesión.

Tanto Mishaal como el hombre al que amaba fueron ejecutados en un acto de venganza por el deshonor que ella había volcado sobre su tribu: a ella la fusilaron, a él lo decapitaron. Pero la historia no acaba ahí. Como todo en mi país, hay dos versiones, y ninguna fuente para conocer la verdad. La versión sobre la que hablábamos en nuestros chats salió a la luz tres años después, cuando un equipo cinematográfico investigó la historia de amor y rodó una película titulada *Death of a Princess*. Los cineastas afirmaron que ni siquiera la ejecución de la pareja se llevó a cabo siguiendo el proceso legal tribal ni religioso, pero lo que pasó a continuación demostró lo lejos que puede llegar Arabia Saudí para silenciar sus actos delictivos. Al parecer, la película se emitió en Gran Bretaña en la ITN y en Estados Unidos en la PBS. Pero los productores fueron víctimas de violentas protestas que amenazaban con penalizaciones diplomáticas, políticas y económicas si la película no se cancelaba. Se ha dicho que el rey Khalid ofreció 11 millones de dólares como soborno para frenar la emisión de la película. Se emitió, pero esto tuvo repercusiones. El embajador británico en Arabia Saudí fue expulsado, y la petrolera

Mobil, uno de los mayores patrocinadores de la PBS, compró una página entera de publicidad en el *New York Times* para decir que *Death of a Princess* dañaría las relaciones entre Estados Unidos y Arabia Saudí. El anuncio decía, entre otras cosas: «Según Arabia Saudí, la película no es un buen retrato de su sistema social, religioso y judicial y, en realidad, es un insulto a todo un pueblo y a su herencia islámica. [...] Esperamos que la dirección del Public Broadcasting Service revise su decisión de emitir esta película y lleve a cabo una reflexión responsable teniendo en cuenta los intereses de Estados Unidos».

En el canal de chat también hablábamos sobre la gran cantidad de mujeres saudís que estaban escondidas, encarceladas o que habían sido asesinadas por sus guardianes, y sobre las que cometían suicidio. Los nombres de Hanan al-Shehri, Khadijah al-Dhafiri, Amna Al Juaid y, por supuesto, Dina Ali nos acompañaban. Hanan al-Shehri, de veinticinco años, se suicidó, pero su hermana Aisha afirma que un familiar la estuvo golpeando y amenazando el día en que murió. Ella había llamado a la policía, pero estos insistieron en que necesitaba documentos médicos que probaran que estaba siendo víctima de abusos por parte de ese familiar. Después murió en un incendio que tuvo lugar en el patio. Su hermana también dice que no fue Hanan quien lo inició. Nadie que la conocía cree que se suicidara. Pero la policía opina que sí. Nosotras no lo creemos.

Amna Al Juaid es otra chica saudí que huyó de casa de su padre hace dos años después de afirmar que él la golpeaba y la amenazaba con prohibirle ir a la universidad porque ella se negaba a casarse con su primo. Se fue a vivir con una familia extranjera, encontró trabajo y empezó a vivir de forma independiente. Pero entonces su padre descubrió dónde estaba y empezó a negociar con ella su regreso. Le dijo que le devolvería el pasaporte si regresaba. Ella grabó su historia y pidió a sus amigos que la publicaran si desaparecía. La han publicado. Human Rights Watch instó a investigar a las autoridades saudís. Nadie ha vuelto a oír de ella.

Khadijah al-Dhafiri murió a los veinte años. Había sufrido abusos terribles por parte de su marido y acabó saltando desde un

tercer piso para huir de él. Sobrevivió a la caída, pero las heridas fueron tan graves que le provocaron una parálisis y acabó muriendo en el hospital tras un ataque al corazón. Básicamente, su marido es el responsable de lo que le sucedió. Sin embargo, él solo estuvo cuatro días en prisión y lo soltaron porque la que saltó fue ella.

Estas son algunas de las historias de las muchas mujeres que sufrieron a manos de sus guardianes en un país que ejecuta a activistas y libera a criminales.

Yo absorbía como una esponja los datos de ese grupo. Todo aquello encajaba con mis sospechas, reforzaba mi creencia de que era necesario un cambio en este país. Y subrayaba mi dilema: yo era una extraña en mi país, una infiel a mis costumbres y una indeseable para mi familia.

Mientras tanto, mi vida en casa y en el instituto seguía como si nada raro ocupara mi mente todas las horas del día. Mis hermanos iban a colegios privados y yo iba al instituto público. Sus vidas eran tan distintas de la mía que era como si viviéramos en dos planetas distintos. No era solo la libertad que tenían de poder salir con sus amigos, o el derecho a abofetearme solo para demostrarme quién mandaba, o las libertades que se tomaban con nuestra madre, a la que mandaban callar, o que se calmara, que se quedara en casa cuando empezó a ser vulnerable; era todo eso y mucho más. Mis hermanos podían viajar. Podían cruzar el ancho mundo, ver lugares lejanos, probar sus sabores, descubrir quiénes vivían allí y qué pensaban. ¡Yo deseaba poder hacer lo mismo! Estaba hambrienta de conocimiento. Después de descubrir aquellas páginas ilegales y de haber visto a la gente vivir sus vidas y hablar de temas prohibidos, que sus acciones estaban alineadas con sus creencias, sentía un gran asombro y desasosiego. Quería formar parte del mundo. Quería ir ahí fuera y hacer preguntas, compartir mis opiniones y divertirme en lugar de ser permanentemente silenciada, sometida y reprendida con frases como «las chicas no hacen eso».

Mis hermanos conducían sus propios coches; de hecho, aprendieron a conducir a los trece años. Mutlaq iba a la universidad, a una muy religiosa, en otra ciudad. Pero en casa todo seguía igual. A los diecisiete años yo apenas interactuaba con ellos, pero sí tenía mucha relación con mis hermanos pequeños, Fahad y Joud. Aunque la cosa no era tan sencilla: Fahad se había convertido en un hijo que controla a las mujeres de la familia en cuanto entra en la adolescencia, pero él ejercía ese derecho con Joud y no conmigo. Él y yo siempre habíamos sido mejores amigos, quizá porque él de pequeño siempre estaba muy enfermo y no podía salir a jugar con los demás. Tenía que quedarse en casa conmigo y crecimos viendo juntos la televisión, jugando a nuestros juegos, dibujando y comparando nuestros resultados; básicamente, siendo simpáticos el uno con el otro, lo cual era algo bastante inusual en nuestra casa. Lo de jugar juntos se acabó cuando nos hicimos más mayores, porque lo habrían ridiculizado por pasar tanto tiempo con una chica, pero yo siempre podía contar con Fahad para que me ayudara a salir de casa. Él me acompañaba como guardián y nos íbamos a comer a restaurantes o de compras al zoco o simplemente nos sentábamos en el parque a charlar durante horas. Él era dos años menor que yo, pero tenía coche, así que lo cogíamos e íbamos a donde queríamos escuchando música, riéndonos a carcajadas y haciendo lo que se supone que hace la gente de nuestra edad. A mí me encantaba estar con él y yo siempre me planteaba las diferencias entre la relación que tenía con él y la que tenía con mis hermanos mayores. Yo sabía que los hermanos tienen que cuidarse, apoyarse y forjar bonitos recuerdos juntos. Y eso lo tenía con Fahad. Pero nunca lo tuve con Mutlaq o Majed.

Curiosamente, o tal vez no tanto, a mi madre no le gustaba la relación que tenía con Fahad. Ella insinuó más de una vez que mi hermano y yo podríamos tener relaciones sexuales. Entraba sin avisar en la habitación donde estuviésemos hablando o abría la puerta de golpe para sorprendernos mientras veíamos la televisión. Para mí, sus acciones solo reforzaban la idea de que hay que desconfiar de las chicas, que el hecho de ver a una chica feliz y

mostrando afecto por sus hermanos no era la norma. Al final, como si mi madre hubiera leído la mente del chico, Fahad empezó a tocarme de forma inapropiada. La primera vez que pasó yo me quedé petrificada. No sabía qué hacer y me quedé allí sentada y perpleja, mirándolo y preguntándome qué iba a suceder después. Él vio mi expresión y yo asumí que él entendió que me horrorizaba que mi dulce y amable hermano intentara aprovecharse de mí solo porque él era un chico y yo una chica. Unos días después, cuando estábamos solos, volvió a hacerlo, y esta vez no solo me tocó los pechos sino también otras partes del cuerpo. Se lo dije a mi madre. Su mensaje fue claro: mantente alejada de él y viste de forma más conservadora. Me preguntó: «¿Solo te ha tocado o te ha hecho algo más?». Estos eran los parámetros de mi madre en lo relativo al abuso sexual: Fahad podía tocarme pero no tener relaciones sexuales conmigo sin mi permiso.

Por muy sorprendida que estuviera por los avances de Fahad, lo que no me sorprendió fue la reacción de mi madre ante lo sucedido. ¡Me culpó a mí! Dijo que debía de haberlo provocado, que seguro que lo deseaba, había actuado como una puta y lo había confundido. Se convirtió en una inspectora que me analizaba a mí. En realidad, lo que hacía era espiar, y no solo a mí, sino también a mi hermanita Joud, para que no hubiera ninguna evidencia de que Fahad nos tocara a ninguna de las dos. Yo creo que lo hacía para proteger la reputación de Fahad, no la mía. Si esos incidentes se hacían públicos, serían una vergüenza para él y, a su vez, para nuestra familia, no por su mal comportamiento, por tocarme, sino por lo que fuera que yo hubiera hecho para tentarlo. Afortunadamente, Fahad captó el mensaje y dio marcha atrás. Nuestra amistad volvió a ser lo que era, pero la experiencia se convirtió en un aviso para mí.

Aunque yo estaba contenta por haber recuperado a mi hermanito, nunca compartí con él mi mayor secreto: que cada noche, cuando la familia se acostaba yo pulsaba un código en mi teléfono y me reunía con mi nueva familia clandestina. Yo guardaba mi secreto como un saquito de piedras preciosas, acumulando mis nuevos conocimientos, reuniendo lo que

necesitaba saber y esperando mi momento.

Para entonces, Lamia se había casado y se había ido de casa. Pero Reem seguía allí e iba al mismo instituto que yo. Desde el incidente en su habitación, cuando había robado la pistola de mi padre y había intentado huir, no había vuelto a ser la misma. Antes era una alumna magnífica, pero ahora le costaban las clases. Había sido extravertida y popular; pero ahora era tímida y retraída, y necesitaba que el resto de la familia cuidara de ella.

Yo sabía, por lo que había leído en internet, que las familias de otros países no viven así, que las hijas no son tratadas como vergonzosas cargas, que las chicas tienen derecho a vivir sus vidas como los chicos. Como adolescente en Arabia Saudí se suponía que tenía que pasar todo el tiempo en casa. Aunque yo me escapaba, no tenía permitido salir ni divertirme. No había actividades para chicas; ni siquiera sabíamos qué *hobbies* podrían gustarnos, porque nunca probábamos nada. Cada día, todos los días, me lo repetían una y otra vez tanto mi familia, como mis profesoras como, incluso, mis amigas: las chicas donde tienen que estar es en casa.

La vida para una adolescente en Arabia Saudí está determinada por una serie de normas estrictas. No puedo dejar la casa en la que me crie hasta que me case y me vaya a la casa de otro hombre, que me controlará como lo han hecho mi padre y mis hermanos en mi hogar. Como mujer joven, no podía ni siquiera abrir una cuenta bancaria sin el permiso de mi guardián. Al ir de compras, no podía probarme la ropa, ni siquiera en los cambiadores. ¿Qué tiene eso de pecaminoso? Pregunto. Y, en mi país, los rostros de las mujeres de los anuncios están difuminados, los de los hombres, no. Es un mensaje constante. Repite conmigo: «Eres una mujer. Eres invisible. No vales nada». Tenía que pedir permiso para ir al médico. Conocía a compañeras de colegio que querían ser médicos o abrir sus propios negocios, pero tenían que seguir obedeciendo a sus hermanos pequeños. Hay historias de mujeres que han estudiado medicina en Estados Unidos que siguen siendo mangoneadas en casa por sus guardianes analfabetos.

Yo vivía en una sociedad que me prohibía decir lo que pensaba y consideraba que mis ideas sobre cambiar las normas

eran actos criminales. Era una forma de estar presa, porque tu auténtico yo está encerrado en tu interior. No odiaba a mi familia, nunca los vi como a mis enemigos, pero eran los arquitectos de mi futuro, que estaba previsto que fuera deprimente y no me permitiría satisfacer mis sueños y deseos. Yo sentía que un hogar debería ser un lugar donde sentirse segura y poder hablar, debatir y expresar opiniones. Eso no lo iba a encontrar en aquella casa; para entonces, ya sabía que quedarme allí no era mi futuro.

En todo el país hay muchas pruebas de que manifestarte a favor del cambio te arruinará la vida. Raif Badawi es un escritor, bloguero y activista que saltó a los titulares cuando colgó un mensaje en línea que decía: «Para mí, liberalismo significa, sencillamente, vive y deja vivir». En Arabia Saudí es peligroso hablar de liberalismo, pero eso no lo detuvo. También hacía hincapié en los problemas de las mujeres, y cuestionaba que ellas necesiten un guardián masculino para salir a la calle o que les resulte extremadamente difícil acceder al mercado de trabajo y obtener un empleo.

Raif fue detenido en 2012 por «insultos al islam», un cargo que puede conllevar una condena a muerte. Finalmente lo sentenciaron a siete años de cárcel y seiscientos latigazos. En 2014, la sentencia fue modificada a diez años de cárcel y mil latigazos, así como una multa. Tras los primeros cincuenta latigazos, la siguiente sesión se pospuso por motivos de salud. Su esposa, Ensaf Haidar, que se refugió en Canadá con sus dos hijos, dijo que su esposo no sobreviviría a más latigazos porque tiene hipertensión. El mundo estaba observando este caso. Sigue haciéndolo. Sin embargo, Raif Badawi continúa en la cárcel por hablar sobre equidad y justicia. Todo el mundo lo sabe, pero ¿qué país está dispuesto a romper lazos con Arabia Saudí para denunciar estos abusos?

Las mujeres saudís aprenden a subvertir estas estrictas normas para poder sobrevivir y mantenerse cuerdas. Muchas tienen apartamentos secretos que alquilan a agencias que hacen la vista gorda al tema de la tutela; son lugares donde sentirse libres. Algunas chicas van a clases de conducción clandestinas a la espera

de que se levante la prohibición de conducir a las mujeres. Incluso hay ligas de fútbol femeninas secretas. Una vez le pedí a una maestra que me explicara la prohibición de practicar deporte a las mujeres. Mi madre había insinuado que hacer deporte de forma activa podría destruir mi virginidad. Yo me preguntaba si la inactividad destruiría mi salud (la obesidad es un problema grave en Arabia Saudí). Pero solo obtuve la misma respuesta tediosa de siempre: «Eres una chica. Cállate. Obedece. No hagas tantas preguntas». En algunos campos de fútbol se ha empezado a permitir la entrada de mujeres como espectadoras, siempre y cuando se sienten en un rincón aparte de las gradas llamado «zona familiar». Nada de eso ha sucedido en Hail.

Pero en otras zonas del país hay pruebas del cambio. El año que yo tenía diecisiete, la princesa Reema bin Bandar, que era la directora de la federación saudí de deportes comunitarios dijo: «He animado a las mujeres a salir a las calles y a los parques públicos a hacer ejercicio. Les he dicho a las mujeres que no necesitan pedir permiso para hacer ejercicio en público ni para activar su propio programa deportivo. Y lo están haciendo cada vez más». Quizá esto fue en respuesta a un incidente el año anterior cuando Malak al-Shehri tuiteó una foto de sí misma sin pañuelo y fue detenida. No solo eso, sino que hubo un clamor público para que fuera ejecutada. Que estas reformas que permiten a las mujeres jugar al fútbol, conducir o estar en la calle calen es otro problema, porque la mayoría de las reformas dependen del capricho del príncipe Mohammed bin Salman, más conocido como MBS. Él se presenta como el gran reformista que permitió a las mujeres conducir, pero también es el responsable de encarcelar a las activistas que hicieron campaña en favor de ello.

El fondo de la cuestión es el siguiente: en Arabia Saudí, la mujer no vale nada legalmente. Puede votar, pero en los juicios, su testimonio queda por debajo del de los hombres, porque en los tribunales de la *sharía* el testimonio de un hombre equivale al de dos mujeres. Intenta sacar adelante un caso de abuso o agresión en un tribunal así. Y si no eres musulmán, olvídate: en Arabia Saudí no tienes ningún derecho ante un tribunal.

Hay ejemplos a lo largo de la corta historia de este feroz lugar de que la vida de una chica se ve o bien como herramienta de reproducción o bien como moneda de cambio. Por ejemplo, el rey Abdullah bin Abdulaziz, que tuvo treinta esposas y unos treinta y cinco hijos antes de morir en 2015, llevaba a cabo sus responsabilidades reales con aplomo, pero trataba a las mujeres como objetos de usar y tirar. Una de sus esposas, la princesa Alanoud Al Fayez se casó con el príncipe de cuarenta y ocho años cuando ella tenía solo quince, sin haberlo conocido siquiera. Dio a luz a cuatro hijas, pero a ningún hijo, y su vida se convirtió en un drama. Retenida como si formara parte de una colección, se encontró en la larga fila de esposas con quienes debía competir y, al final, decidió que su vida sería más plena en otro lugar. Se divorció del rey y huyó al Reino Unido. Para castigarla por no haberle dado un hijo y por escapar a Occidente, el rey puso a sus cuatro hijas bajo arresto domiciliario durante más de una década y les negó el permiso a salir del país.

Para ser justos, el rey Abdulaziz también es conocido por su filantropía; ha donado 500 millones de dólares al Programa Mundial de Alimentos y 300 millones de dólares para la reconstrucción de un instituto en Nueva Orleans tras el impacto del huracán Katrina. Pero su capacidad para alterar las vidas y la existencia de sus hijas porque está enfadado con su madre es una fábula tan imperecedera como la arena de Arabia Saudí.

Mi vida en el instituto siguió como siempre, pero durante mi duodécimo curso, el último año de instituto, tuve una maestra que me dejó una profunda huella. Vio que yo era diferente a las demás. Era algo que ya me habían dicho. Mi madre no dejaba de decirme que ojalá no fuera tan distinta de mis hermanas, y mis hermanos insistían en que tenía que dejar de ser tan distinta y me castigaban duramente por no ser como las demás chicas. Solo Mamá Nourah me decía que era diferente de una forma que me hacía sentir bien. Ahora esta maestra estaba haciendo lo mismo. Yo sabía que era diferente, pero incluso con todas las críticas que recibía de mi

familia, siempre pensé que ser diferente me convertía en especial, no en defectuosa. Aquella maestra reforzó esta idea. Ella consideraba mi comportamiento una prueba de que necesitaba más atención que las demás. Me dijo que intentaba entender por qué yo rompía las normas y no tenía miedo a nada. Una vez me dijo que tenía la sensación de que yo mostraba un exceso de energía en el instituto porque no podía ser quien yo quería en casa. Y era cierto. En casa, nunca podía expresarme como yo quería. Pero en las aulas encontré una voz a la que me aferré. Sus clases eran divertidas, nos asignaba tareas que implicaban que nos describiéramos y pensáramos en quiénes éramos. Fue la primera vez que pude decir en voz alta lo que pensaba sin meterme en problemas. Nos hacía preguntas que nos obligaban a exponer nuestras opiniones. Por ejemplo: «¿Os gusta llevar uniforme?». Cuando respondí y expresé mis sentimientos e ideas al respecto (yo odiaba los uniformes porque todas teníamos el mismo aspecto y nadie podía vestir como quisiera) aquel debate nos permitió a todas mostrar nuestra personalidad. Y dio pie a otros debates en los que me apetecía participar, en lugar de clases aburridas, que yo prefería ignorar. Revisaba mis trabajos con interés y me daba buenos consejos, y me permitía hablar y compartir mis respuestas frente a todo el mundo. Al final de la clase yo solía pensar maravillada: «De verdad le intereso como persona, como alguien que tiene algo que decir». A mí me encantaban sus clases.

Ser feliz en el instituto me abrió otras puertas. Me dio confianza para convertirme en una líder en lugar de en alguien problemático. Una vez nos pidieron que diseñáramos un proyecto. El encargo consistía en describir los motivos por los que habíamos elegido aquel proyecto en concreto, el proceso paso a paso y los resultados que esperábamos. Yo me sumergí gustosa en aquello y elegí crear una institución caritativa para proporcionar ropa de invierno a las personas sin recursos. Era sencillo explicar las motivaciones para aquel proyecto y yo sabía sin duda qué tenía que hacer: buscar a las personas que se beneficiarían de la acción, recaudar el dinero para comprar la ropa que necesitaran y dar las prendas a cada familia. Después vería los resultados cuando estas

lucieran ropa más cálida y adecuada durante los meses de invierno e informaría a la maestra sobre el número de familias a las que había ayudado. Me sorprendió la cantidad de compañeras que quisieron ayudarme. Empezamos juntas la campaña y me pidieron que yo liderara el equipo. Todas las personas de la clase querían donar para esta causa, así que teníamos mucho dinero para comprar lo necesario. Fue una de las pocas veces en las que me sentí orgullosa de mí misma.

Aunque te advierto que mi educación, especialmente durante el último año de instituto, iba también muy aliñada de adoctrinamiento. Yo lo llamo la historia de la «buena esposa». Las maestras nos enseñaban todo el tiempo que una buena esposa se queda en casa y limpia para su esposo, y que Alá y los ángeles nos maldecirían si nos negábamos a practicar sexo con nuestros maridos. Este tipo de clases eran más de lo que yo podía soportar, así que invariablemente formulaba preguntas como: «¿Por qué Alá insiste en que tengamos sexo por la fuerza? Eso es violación». La maestra decía: «No, Rahaf. ¡No es violación si es entre marido y mujer!». Después, como para reforzar la enseñanza, me repetía que no podía negarme a practicar sexo con mi marido porque, primero, él está en su derecho y, segundo, porque será infiel si yo me niego. «¿Y qué pasa con mis derechos?», quería saber yo. Las chicas de mi clase bajaban la mirada cuando yo hacía estas preguntas. Yo no entendía por qué. ¿Les daba vergüenza o tenían miedo de lo que nos contaba la maestra? ¿O miraban hacia otro lado porque estaban de acuerdo con ella?

Las maestras también nos enseñaban que los maridos tienen derecho a pegar a sus mujeres siempre que no les hagan mucho daño. Citaban el Corán (4:34), que dice: «Pero aquellas [esposas] cuya rebeldía temáis, [primero] amonestadlas, [si insisten] no os acostéis con ellas, [y por último] pegadles; pero si os obedecen, no busquéis ningún medio contra ellas».

*S*er una buena chica, una buena esposa, fue el mantra que aprendí en el colegio año tras año. La advertencia siempre era que protegiéramos nuestra reputación para que una buena familia nos eligiera como novias. La maestra nos decía: «Si arruináis vuestra

reputación haciendo algo *haram*, la familia del hombre se enterará cuando venga al instituto para preguntar por vuestro comportamiento. Si habéis arruinado vuestra reputación, nadie os querrá como esposas». Oí aquella amenaza *ad nauseam* a lo largo de mis tres años en el instituto, porque la mayoría de las maestras opinaban que yo era una chica mala.

Mi familia pensaba igual, porque nunca dejé de desafiar la idea de que las chicas valían menos que los chicos. Aquello significaba que mi vida en casa seguía conllevando todo el estrés que implican las relaciones infelices. Mi padre seguía viajando casi doscientos kilómetros hasta Al Sulaimi todas las semanas y regresando a Hail los fines de semana. Sus tres esposas vivían en Hail. Yo solía preguntarme cómo decidía con qué esposa quedarse cuando regresaba. ¿Había turnos? ¿Había una de las esposas que ofrecía algo que las demás no? Debía de haber algún patrón, o quizá solo era un capricho que mi padre decidía mientras conducía de vuelta a Hail. El proceso me fascinaba, pero jamás me habría atrevido a plantear aquellas preguntas ni a mi padre ni a nadie. Quizá había un plan maestro, porque nos incluía a todos. A veces lo veía una vez por semana, a veces muchas veces por semana y otras apenas lo veía. Una vez más, yo no sabía nada sobre sus planes ni sus ideas sobre cómo repartirse entre tanta gente.

Cuando estaba en mi último año de instituto, la segunda esposa tuvo una hija y la tercera, una hija y un hijo. Mis hermanos los inundaron de amor, atenciones y afecto, los iban a visitar todos los días que estaban en casa y los llevaban a pasear en coche, al parque o a comer helado. Yo asistía a aquello con una mezcla de diversión y asco. ¿Es así como funciona? ¿Fuera lo viejo y viva lo nuevo? ¿Apalizarían a aquella niñita hasta dejarla inconsciente como hicieron conmigo cuando sea lo bastante mayor para convertirse en motivo de vergüenza y desconfianza? ¿Pondrían al nuevo hijo bajo su ala y le mostrarían cómo es el mundo enseñándole a invadir la habitación de su hermana, confiscar sus cosas y castigarla por tener algo tan peligroso para su salud y su futuro como una guitarra? Me preguntaba qué sentirían con respecto a su propia madre, la mujer que los había parido y les

había permitido convertirse en los amos del hogar. ¿Era asco lo que veía en sus rostros cuando miraban a nuestra madre? ¿O era lástima? Tal vez estaban haciendo la transición para convertirse en maridos y padres, y su rostro tenso daría paso con el tiempo a la expresión complaciente y satisfecha que exhibía mi padre. A medida que pasaba el tiempo, cada vez estaba más convencida de que el estatus de hombres y mujeres en mi país estaba terriblemente equivocado. Mi sensación durante el último curso de instituto era que aquello no era sostenible. Había demasiadas personas en mi país que sentían repulsión y asco por el *statu quo*.

Desde luego, a mi madre no le gustaba nada la nueva situación que, como buena esposa saudí, se suponía que tenía que considerar como parte de la familia, y no podía dejar de pensar en ello. Se pasaba todo el día machacando sobre el tema, bien gritando a mis hermanos por su traición al visitar a las demás familias, bien suplicándoles que rehuyeran a las recién llegadas y le mostraran lealtad. Era una tragedia sin fin. Para mí, el tema no era quién era culpable sino quién inocente. Yo era de la opinión de que los niños eran inocentes: no era culpa suya que mi padre se hubiera casado con sus madres. No los veía a menudo, pero cuando lo hacía, sentía ganas de abrazarlos y jugar con ellos. Eran pequeños y encantadores, como todos los niños. Mis hermanas no querían saber nada de ellos, ni de los niños ni de sus madres. Su lealtad hacia nuestra madre era inquebrantable. Yo sumaba puntos con mi padre y mis hermanos por la atención que prestaba a la nueva familia, pero no era algo que quisiera compartir con mi madre. Esperaba que ella no lo supiera. Pero se enteró. En mi casa todo el mundo tenía secretos, pero nadie callaba los del resto. Nunca fuimos una de esas familias que protegen la intimidad de los demás. Mi madre estaba dolida por mis acciones y me lo dijo. Yo intenté explicarle que aquellos niños no tenían nada que ver con nuestra riña familiar. Ni siquiera estaba segura de creerlo yo misma, pero me sentía culpable de fraternizar con el enemigo, por decirlo de alguna manera, especialmente cuando ella me acusó de ser una vendida. Su dolor era tan real que casi lo podías tocar. Había sido desechada. Lloraba a todas horas, no quería hablar y se

pasaba la mayor parte del tiempo sola.

Yo estaba sumida en mi propia misión y, sinceramente, no tenía tiempo para la ira de mi madre mientras abandonaba mi religión y trazaba un plan para huir del país. Si echo la vista atrás creo que fui egoísta, ella estaba muy mal y no tenía a nadie más que a mis dos hermanas mayores. El resto de los familiares, tías, tíos y primos, tenían que apoyar a mi padre porque es lo que hacen las familias. Que te den de lado no tiene por qué suponer un sufrimiento. ¡Forma parte del ciclo de la vida de la buena esposa islámica!

Para mí es importante que se entienda lo insidiosa que puede ser la religión sobre los individuos. Una cosa es rechazarla, como hice yo; otra es creer y practicar la fe y otra más es fingir ser creyente, como hacen muchos, y llevar la farsa adelante. Pero convertirse en un fanático es algo completamente distinto, y hay muchísimos ejemplos de eso en Arabia Saudí. Mi hermano Mutlaq es uno de ellos. Hasta mis padres tuvieron problemas a causa de su devoción ciega. Yo no sé qué es lo que se adueña de esas personas y les hace pensar que todo es una conspiración en contra del islam. Ellos describen a Alá como alguien controlador, lleno de odio, retorcido y castigador. Los devotos musulmanes no creen eso, pero los fanáticos sí. Buscan a personas a quienes culpar de sus problemas y ven a los apóstatas o a los que no encajan como una amenaza de muerte para los saudís. ¿Por qué la gente no puede elegir su fe? ¿Por qué puede el Gobierno decirte qué tienes que creer?

Yo seguía debatiéndome con la paradoja que era mi vida, y luchando con la depresión incapacitante que me había consumido el año anterior y que seguía acechándome. Hay un dicho en árabe que podría traducirse como: «Es doloroso que todos a tu alrededor crean que duermes... Pero tu almohada es la única que sabe la verdad». Lo que quiere decir es que lo que muestras a la gente es lo contrario a lo que habita en tu interior. Aquello fue una constante en mi vida durante el último año de instituto.

Sasha, mi dulce gato de color caramelo, se escapó aquel año. Para entonces teníamos tres más, Leo, Kato y Lusi, así que adopté a

Leo para tener a alguien cerca. Por supuesto, no podía ir a ningún sitio. Por ser una chica estaba atrapada en casa y, al estar deprimida, me aislaba y evitaba cualquier contacto. Así que empecé a escaparme para volver a encontrarme con mis amigos en cafeterías. Aunque era algo que ya había hecho antes, ahora era aún más audaz, porque me deslizaba por los pasillos, salía por la puerta y me apresuraba de camino a la cafetería. A menudo me reía al pensar en lo buena que era desapareciendo sin dejar rastro, como si fuera una detective. Tengo que reconocer que el propio hecho de poder escaparme me intrigaba. Nadie miraba, y poder estar con mis amigos era una gran recompensa. No tenía que preocuparme por que me pillaran en las cafeterías, porque todos los trabajadores eran indios. No hablan nuestro idioma y, presumiblemente, les dan igual nuestras rígidas normas. Pero conocía bien las consecuencias si me pillaban. Aunque a estas alturas mi madre se limitaba básicamente a ignorarme y mis hermanos estaban estudiando fuera y solo traían a casa sus actitudes insoportablemente opresivas los fines de semana, yo sabía que les complacería mucho la idea de apalizarme, porque alimentaba la hombría de los hombres saudís. Y me preguntaba cómo de hombre hay que ser para apalizar a una chica.

Durante el último trimestre de instituto antes de ir a la universidad, decidí apuntarme a un gimnasio para ponerme en forma. Majed reaccionó a la noticia como si hubiera planeado un asesinato. Fue presa de la ira y me prohibió ir al gimnasio. Muchos hombres no aceptan la idea de que las mujeres practiquen deporte y muchos religiosos han negado también el derecho a las mujeres a participar en distintas actividades. Yo sabía a qué arma recurrir para conseguirlo: mi madre. Si alguien podía convencer a mi hermano de que me dejase ir al gimnasio era ella. Funcionó. Pero había una condición: mi hermano le pidió a mi madre que me acompañara y me esperara mientras yo hacía mis ejercicios. Cada día se sentaba en el suelo en la puerta del gimnasio a esperar hasta que acababa. Al principio me emocionaba y me hacía feliz que estuviera allí por mí, como si el hecho de que yo me ejercitara en el gimnasio mejorara su opinión sobre mí. Pero ver a mi madre

sentada en el suelo esperando era doloroso; era como si no confiara en mí y tuviera que emplear su tiempo en vigilarme, como si yo fuera una hija díscola. En esta época, mi novia rompió conmigo, así que yo sentí que todo se venía abajo. Yo quería que mi madre confiara en mí, pero ella no lo hacía; yo quería que mi novia me quisiera, pero me dejó; yo quería irme de Arabia Saudí y hacer mi vida en otro lugar, pero no conseguía trazar un plan.

Esto pasó en 2018, y se empezaba a hablar de una nueva serie de reformas. El Gobierno insinuó que se aligerarían, que se relajarían, algunas de las normas más rígidas, incluso que se darían algunos derechos a las mujeres. Yo me mostré escéptica desde el principio. Los gobernantes del país confían en una monarquía absoluta para mantenerse en el poder; es una dictadura hereditaria, regida por la norma islámica, que nunca se ha planteado aceptar cosas como la declaración universal de derechos humanos de Naciones Unidas, sobre la que yo había leído en las páginas ilegales de internet. Aquellas nuevas normas más livianas quizá se aplicarían en sitios como Riad, pero estaba claro que no se adoptarían donde yo vivía, en la zona más conservadora del país. En realidad, yo ni siquiera creía que las cosas cambiarían en Riad. Había visto las consecuencias del pensamiento liberal en mi país mientras navegaba por internet. Muchos pensadores liberales habían muerto porque los habían considerado secularizados. Yo tenía dieciocho años y en mi último año de instituto supe que habían colgado a cuarenta personas porque los habían oído opinar sobre el islam. Como alumnas, nos mandábamos mensajes secretos entre nosotras para compartir detalles de lo ocurrido y maldecir la falta de libertad de expresión.

Admito que mi último año de instituto había sido un reto porque me costaba reprimir mis opiniones sobre todo, desde mis compañeras a la normativa de la escuela. Hasta cambié de centro para empezar de cero. Pero la curiosidad y las preguntas me invadían. Un día les dije a mis amigas del instituto que tenía pensado huir; ellas opinaron que era una idea ridícula y me

dijeron: «Te encontrarás a tu padre esperándote en la puerta del aeropuerto con una pistola». Sentí que se alzaba un muro entre nosotras, como me había pasado en el otro colegio.

Mi tolerancia hacia las críticas de algunas maestras que me consideraban problemática también iba en descenso. Hablaban como si las buenas mujeres estuvieran infatuadas por sus maridos, como si su papel en la vida fuera obedecerlos, afirmaban que Alá consideraba una aberración a las mujeres que abandonaban su hogar. Yo no podía tragarme nada de eso y sentía que esquivaban la realidad de nuestras vidas. Nuestras maestras nunca hablaban de la guerra de Arabia Saudí en Yemen, que estaba costando muchas vidas inocentes. Nunca mencionaban los crímenes de algunos príncipes saudís sobre los que todo el mundo murmuraba. Y no se decía ni una palabra sobre el ISIS, el estado islámico de Iraq y Siria (también conocido como ISIL, estado islámico de Iraq y levante). Este grupo terrorista estaba en la mente de muchos jóvenes de Arabia Saudí, porque algunos religiosos los instaban a unirse a la yihad, que implica luchar contra los enemigos del islam. Así que fuera del colegio se hablaba mucho sobre todo aquello, pero dentro solo se lanzaban amonestaciones piadosas sobre el largo de las faldas y el color de la parte interior de nuestros hiyabs. O, en mi caso, sobre el largo del pelo, que seguía siendo demasiado corto para el gusto de la directora. Un día una maestra me tomó de la mano y me llevó a un lado del pasillo para decirme que empezara a ponerme ropa de color rosa o rojo, como la mayoría de las chicas, y que dejara de llevar prendas que parecían de hombre. Le dije que me dejara en paz, pero aquello dio pie a otro enfrentamiento con la directora y una reprimenda frente a las demás. Mi posición era clara: yo soy una chica, no me siento como un chico, digáis lo que digáis sobre el color de mi ropa, y no he hecho nada malo. Los estándares de belleza y femineidad no van conmigo.

Yo aguantaba el acoso porque necesitaba mantener la paz en casa y en el colegio mientras pasaba las noches compartiendo mis historias en el grupo de internet y absorbiendo todos los detalles fascinantes que me proporcionaban sobre cómo escapar. Mis notas

en el colegio eran buenas, y eso me facilitó la vida en casa. Pero había una pieza que faltaba en mi nueva vida secreta: mi exnovia. Finalmente, le mandé una carta para saber cómo le había ido desde que habíamos roto. Como me había cambiado de instituto, le había perdido la pista. Ella me respondió inmediatamente y empezamos a hablar y a reír y retomamos la relación. Fue entonces cuando empezamos a trazar de verdad un plan para huir de Arabia Saudí.

Tuve una idea. No era sencilla y requería paciencia, pero pensaba que podía funcionar. Tenía que convencer a mi familia de ir al extranjero para huir y buscar asilo desde allí. La familia de mi novia viajaba al extranjero, así que pensé que ella podría escapar en uno de sus viajes. El primer obstáculo al que me enfrentaba era que mi familia no viajaba a países occidentales; solo a países árabes. Pero tenía un plan para solucionar eso. Tendría que plantar mi idea como una semilla, darle tiempo para germinar y después regarla con cuidado y constancia hasta que floreciera. Lamia y su marido habían ido a Europa de luna de miel. Yo empecé mi plan preguntando a Lamia sobre lo que había visto y si le había gustado. Ella nos habló de los paisajes, lo verde que era todo en comparación con nuestra tierra desértica. Nos habló sobre la comida deliciosa y la buena gente que conoció en Bosnia. Y nos contó historias divertidas sobre el frío que hacía allí y lo que hacían para entrar en calor. Mi madre la escuchaba con fruición, estaba funcionando. Pero aunque era obvio que mi madre quería ir, tenía miedo de estar en un país con costumbres tan distintas a las nuestras. Cuando sugerí que podríamos ir allí de vacaciones ella respondió: «¡Me da miedo por ti! ¡Tu hermano Majed no aceptará la idea por miedo a que un occidental borracho te viole! Si pasa algo así, Majed te matará a ti y al hombre y después tendrá que suicidarse». Menuda diatriba como respuesta a la idea de visitar un sitio nuevo. Su falta de entusiasmo me hizo pensar que mis planes de huida estaban en peligro, así que sugerí cambiar el destino a Turquía. Empecé a imaginar estar en una bonita ciudad, a la orilla del mar, sin niqab ni abaya. Mi madre interrumpió mis fantasías y dijo: «Bueno, déjame que hable con tu hermano Mutlaq. A lo mejor acepta».

Durante unos días me preocupó que mi madre no cumpliera con su palabra, pero sí lo hizo, le dijo a Mutlaq que queríamos visitar un país extranjero. Y para mi absoluta sorpresa, él accedió y empezó a trazar un plan. Incluso nos dijo que él asumiría la mitad de los gastos del viaje.

Ahora yo debía ajustar mis tiempos. El ramadán estaba a punto de empezar, a finales de mayo, y eso tenía preferencia sobre cualquier otra cosa. Aquel era el tercer o cuarto ramadán que yo no cumplía con la obligación islámica del ayuno (no se puede comer desde el amanecer hasta el ocaso). Por supuesto, no ayunar podía hacer que me apalizaran, pero la violencia se había convertido en norma en mi vida, y ya nadie le prestaba demasiada atención. Sin embargo, esta vez fingí que sí ayunaba, porque quería evitar que nada se interpusiera en mi plan para convencer a mi familia de irnos de viaje. A pesar de tener tanto cuidado en mantener tranquila a mi familia, mi hermano Fahad se olvidó de rezar y no fue a la mezquita y acabó recibiendo una paliza tan brutal por parte de Majed, que pensé que tendría que ir al hospital. Majed arremetió contra él con una barra de hierro y le golpeó en la cara hasta que empezó a sangrar y perdió la capacidad de hablar. Parecía que quisiera matarlo. Hasta mi madre se asustó ante aquel acto bestial. La religión es un arma muy potente para los saudís, especialmente para mis hermanos mayores. Yo lo veo más como un peligro para nuestras vidas que como un servicio a Alá.

Durante aquel ramadán hice todo lo posible para ganarme el favor de mi familia. Traté a todo el mundo con la más absoluta amabilidad, cociné sus platos preferidos para romper el ayuno por la noche y los serví con cariño. Yo pensaba que aquel sería mi último ramadán y quería que estuviera lleno de bondad y amabilidad. Quería que mi familia me recordara como una hija cariñosa.

Eid al-Fitr vino justo después del ramadán. Es la fiesta de final de ayuno y mi favorita de todo el año. Todo el mundo se junta por la mañana para rezar las oraciones eid que limpian los pecados de todos los que han seguido el ayuno. Después, todas las mujeres y hombres del barrio van a la misma mezquita a rezar. Aunque yo

hacía mucho tiempo que ya no creía, me encantaba aquella tradición, porque todo el mundo sonríe y se lanza bendiciones ya sean desconocidos, viejos amigos o familia. Después nos reunimos con nuestros vecinos, normalmente en casa y allí celebramos el banquete de eid, en el que las mesas rebosan de platos exquisitos.

Poco después del eid, mientras yo seguía animando poco a poco a mi madre para llevar adelante el plan de irnos de vacaciones, me fijé en que mi hermana Lamia había empezado a vestir de forma distinta. Ella siempre había sido la más aficionada a la moda, de hecho, había logrado forzar las conservadoras normas familiares en materia de vestimenta, más que el resto de nosotras. Yo pensaba que por ser la mayor y tener buena relación con nuestra madre. Pero ahora había empezado a llevar ropa muy aburrida, faldas y blusas de tonos apagados, y nos contó que su marido había empezado a controlar cómo se vestía. Nadie le dijo nada, pero a mí me partió el corazón ver a una chica feliz y con estilo perder su autoimagen por culpa de un hombre. Aunque sentía mucha lástima por ella, deseé con todas mis fuerzas que aquel no fuera mi destino.

Por fin, Mutlaq anunció en el mes de julio que iríamos a Turquía de vacaciones en avión. También dijo que solo iríamos cuatro personas: Joud, mi madre, Mutlaq y yo. Me pregunté si aquella podría ser mi oportunidad para huir y decidí poner a prueba mi plan una vez allí.

Los problemas empezaron en cuanto llegamos a Trebisonda, Turquía, en mitad de la noche. Al entrar en el aeropuerto con el niqab, un agente nos pidió a mi madre y a mí que nos lo quitáramos para vernos el rostro. Yo sabía que a mi hermano le indignaría mucho esto y contuve la respiración a la espera de ver qué sucedía. Mutlaq se puso tan amenazador que el hombre empezó a tartamudear y a sudar, pero se aferró a la normativa y dijo que si queríamos entrar al país teníamos que descubrirnos el rostro. Yo lo consideré una victoria deliciosa y sentí cierto placer al ver a Mutlaq achantarse ante una persona con más autoridad que él.

Después del altercado, fuimos a buscar un coche de alquiler y

condujimos hasta el hotel. Todo me resultaba muy emocionante: la preciosa ciudad, el lujoso hotel, la excitación de estar en un lugar extraño. Nuestras habitaciones estaban en zonas separadas del hotel: mi hermano estaba en un ala y mi hermana, mi madre y yo en otra. Cuando mi madre y mi hermana se durmieran, me escaparía sin la abaya y el niqab y caminaría un rato por la calle. ¡Menuda aventura!: hablé con desconocidos, me tomé un café en una cafetería y me sentí muy a gusto con todos los que me encontré. También empecé a pensar que tal vez aquel era el momento de irme, huir a Georgia, un país al noreste de Turquía. Había comentado este plan con mi grupo de internet antes de partir, me habían propuesto que cruzara la frontera y pidiera asilo en la embajada francesa. Una de mis amigas había hecho exactamente eso, había ido a la capital, Tiflis y había pedido asilo en la embajada francesa, así que pensé que yo podría hacer lo mismo.

Mientras paseaba de noche, me dediqué a mirar mapas y buscar horarios de autobuses a la frontera preguntándome cómo podría sacar mi pasaporte de la bolsa de mi hermano. Las personas con las que hablé me dijeron que la ruta hasta Georgia era precaria, y que era conocida por el gran número de criminales y secuestros de coches. Además, atravesaba las montañas y quedaba muy aislada. Cuanto más me contaban, menos segura estaba de irme. Al final, asumí que aquel no era mi momento. No me desesperó haber perdido una oportunidad, sentí que había aprendido mucho, que había puesto a prueba mis alas, lo que me había preparado mejor para la próxima vez. Al menos había convencido a mi familia de viajar a un país extranjero. En el futuro, esa parte sería más sencilla.

En cuanto llegamos a casa empecé a preguntar cuándo volveríamos a irnos y recordé a todo el mundo lo bien que nos lo habíamos pasado. Mi esperanza se truncó cuando mi madre y mi hermano coincidieron en que tendrían que pasar dos o tres años antes de poder hacer otro viaje así. Me sumí en un largo silencio preguntándome qué hacer y si debería haber aprovechado la oportunidad mientras estaba en Turquía. Me sentía frustrada y

apática y seguí así hasta el inicio de las clases en la Universidad de Hail en septiembre.

Yo había suplicado a mis padres que me permitieran asistir a la universidad en otra ciudad, con suerte Riad o Yeda, donde las normas eran algo menos conservadoras, chicos y chicas hablaban entre ellos y podría estar lejos de mi familia y cambiar de vida, pero ellos se negaron en redondo. Así que me matriculé en la Universidad de Hail en otoño de 2018. Una vez dentro del campus podíamos quitarnos las abayas, pero lo que llevábamos debajo no es que fuera precisamente provocativo: faldas largas, blusas de manga larga y nada de maquillaje. Si llevabas el pelo largo, podías quitarte el hiyab; si lo llevabas corto, no.

Ni siquiera pude elegir qué asignaturas estudiar, y eso me enfurecía. Mi madre y Majed solían hablar delante de mí sobre qué debía estudiar yo en la universidad. Era como si yo no tuviera voz ni derecho a tomar decisiones sobre mis estudios, como si estuvieran hablando de otra persona, no de la hija, hermana, humana sentada en la misma habitación que ellos. Aquel ostracismo alimentaba mis planes de huida. Tenía que averiguar muchas cosas y planificar cuidadosamente. Mi mayor temor en aquel momento era envejecer allí, no ser nunca libre, no poder hacer realidad mis sueños.

A pesar de todo, yo no perdí la esperanza. Empecé a ir a clase y me mostré como alguien nuevo, una chica callada a la que no le gustaba mezclarse con los demás. Durante el primer semestre llegué incluso a acercarme más a mi familia; era como si intentara despedirme de todo el mundo. Estaba segura de que aquel sería el año en que yo empezaría una nueva vida lejos de Arabia Saudí, daba igual lo difícil que fuera, el coste que tuviera.

Entonces mi atención se centró en Majed, que estaba convencido de que yo abandonaría mis estudios universitarios y empezó a boicotearme siempre que tenía ocasión. Por suerte, mi madre se implicó y se puso de mi lado. Estaba indignada, lo que me alegró, y dijo delante de todo el mundo: «Cuando deje este mundo lo único que quiero es que mis hijas tengan un título universitario y un trabajo». Después me dijo: «Los hombres están

celosos de las mujeres y no quieren que tengan más éxito que ellos».

Yo me fui a clase con aquella mezcla de mensajes en la mente. Al menos, mi madre me animaba a perseguir mi sueño, pero mi sueño era huir de Arabia Saudí, y yo pasaba todo mi tiempo libre buscando la llave de la salida.

Mi novia fue a estudiar fuera cuando yo empecé la universidad y tuvimos que acostumbrarnos, por decirlo de alguna manera. La Universidad de Hail era como una ciudad pequeña, tenía decenas de edificios y bellos jardines, así como mujeres responsables de la seguridad en todas las puertas para registrar a las alumnas, revisar nuestros bolsos y evitar que saliéramos del campus en horario lectivo. Las normas eran muy estrictas y exigían que las chicas pasáramos toda la mañana en el campus, aunque nuestras clases empezaran a mediodía. Pero mi promoción tuvo suerte porque, el año que yo empecé, el sistema cambió y yo podía salir del campus siempre que mostrara mi horario en la puerta para demostrar que no me estaba saltando ninguna clase. Falsificarlo era sencillo, así que pensé que era una buena forma de escapar un rato y ser libre. Siempre que podía, salía con mis amigas o me iba a comer con alguna compañera que también hubiera engañado a la guardiana de la puerta. Pero la mayoría de las veces me iba sola para sentir la luz del sol y el aire en mi rostro. Me quitaba el niqab y hacía cosas normales como sentarme en el parque, comprar un helado en un puesto ambulante, leer libros de la biblioteca o, a veces, caminar y explorar las calles y tiendas de la zona.

No era normal ni aceptable para la gente de mi ciudad ver a una chica sin niqab, así que siempre que cogía un coche para que me llevara a donde quería ir, el conductor me preguntaba si era saudí. Cuando contestaba que sí, y que además era de Hail, empezaba a pegarme y a decirme que mi aspecto era distinto al de las chicas de la ciudad. Nadie quiere que las chicas vayan por la calle. Igual que me había pasado antes cuando me había aventurado a salir sin guardián, había abusones e imbéciles que me

decían que me tapara la cara y hombres que soltaban obscenidades sobre el hecho de que fuera sola y con el rostro descubierto.

En octubre de 2018 salí del campus para ir a una librería de la ciudad a por unos libros de texto que necesitaba. Mi siguiente clase era a las once y me preocupaba no llegar a tiempo, así que pedí un coche para que me llevara de vuelta al campus. Yo iba en el asiento de atrás de camino a la facultad; él estaba callado, no decía nada, pero no dejaba de mirarme por el retrovisor. Entonces se volvió a mirarme, como si no estuviera seguro de lo que había visto por el espejo. Obviamente, le había sorprendido que no llevara el rostro tapado. Empezó a hacerme preguntas personales sobre si estaba casada o si tenía novio. Yo no respondí, pero sí que me reí con ironía. Hail está rodeada de salidas al desierto y las montañas; en cuestión de minutos puedes pasar de una calle ajetreada a una carretera aislada. El conductor no dejaba de mirarme y entonces, de repente, estábamos en una carretera saliendo de la ciudad de camino a las montañas. Él no dejaba de decir: «Dos minutos, solo dos minutos». Yo empecé a asustarme y a gritar con todas mis fuerzas, pero para entonces el coche ya había salido de la ciudad, él había echado el freno y estaba pasando al asiento de atrás mientras me inmovilizaba. Yo le supliqué que me dejara ir. Él me respondió: «Aquí no hay nadie. No puedes ir a ningún sitio». Entonces me violó. Yo no era lo bastante fuerte para resistirme. Él se pasó todo el tiempo diciendo que me tranquilizara. Cuando acabó, se limitó a volver al asiento delantero y condujo hasta la universidad sin decir ni una palabra. Yo usé el teléfono para mandar un mensaje a una amiga por si el monstruo que dirigía el volante me dejaba tirada a medio camino. Cuando el coche se detuvo en la facultad, ella me estaba esperando para sacarme del asiento trasero. Ambas llorábamos mientras ella me echaba la bronca por ir por ahí sola y sin cubrirme el rostro. Yo estaba enfadada de verdad. Empezamos a gritarnos la una a la otra tan fuerte que otra chica se acercó a decirnos: «Tened cuidado, la gente os está oyendo y va a empezar a cotillear sobre el tema». Mi amiga también me recordó que mi familia podría enterarse si no mantenía la boca cerrada. Y añadió: «Todo el mundo conoce a tu

padre». Que era una forma de decir: «Te estás jugando la vida».

Estaban ahí, ante mis ojos, todas las pruebas que yo podría necesitar para entender la postura de las chicas en Arabia Saudí. El conductor que me violó se fue tranquilamente; sabía que nunca nadie le responsabilizaría por aquel crimen. Mi amiga de la universidad quería asegurarse de que yo guardara silencio para que mi conocido padre y su familia no lo averiguaran nunca. ¿Por qué? Porque si alguien supiera que yo había sido mancillada me habrían matado, habría sido el típico caso de crimen de honor. Y, evidentemente, el conductor lo sabía. Y, claro está, a mi amiga le daba más miedo que me matara mi familia a que lo hiciera el violador. Yo solo era una chica que quería sentir el viento en su cara. Era objetivo de la violencia masculina por parte de un desconocido y, tal vez, de mi propio padre.

Cuando llegué a casa me sentí débil, me daba asco mi cuerpo y estaba llena de odio hacia todos los que me habían hecho daño o no me habían ayudado. Pensé en el plan de huida que no había llegado a activar en Turquía y empecé a culparme por todo lo que me sucedía: las palizas, la ridiculización, la violación, los rechazos, tantos, que no era capaz de llevar la cuenta.

No encontré el apoyo que necesitaba para recuperar mi espíritu de lucha hasta que esa noche me conecté a la red secreta. Una de las chicas, a quien yo tenía mucho cariño, nos contó que había sido violada. Sus palabras y las mías nos recordaron a todas que nuestro objetivo era huir de una vida que trata así a las chicas. Aquel mismo mes mi mejor amiga de internet logró huir a Australia. Cuando vi que ella estaba a salvo allí, recuperé mi sueño de dejar Arabia Saudí y empezar una nueva vida en Australia. Leí mucho sobre el país y pensé que era el lugar ideal para mí. Le conté el plan a mi novia y ella me dijo que estaba lista para dejarlo todo y encontrarse conmigo en Australia. La idea de sentarme con ella en una cafetería allí, ir a playas y nadar en el mar en bañador y vivir en un sitio donde las chicas fueran iguales que los chicos era tan alegre que yo apenas podía esperar a que sucediera. Estaba decidida a hacer realidad mi sueño, a acabar mis estudios en Australia, a convertirme en actriz. Me descargué aplicaciones y

empecé a pensar dónde me gustaría vivir de Melbourne, y en una de ellas hice nuevos amigos para hablar de cómo es vivir en Australia y les dije que tenía pensado mudarme allí pronto. Era como tejer un tapiz con todas las hebras de una buena vida.

Lo siguiente que tenía que hacer era trabajar en una salida. Empecé charlando con mi madre sobre lo bonito que sería visitar a nuestros familiares de Kuwait a principios del nuevo año. Mientras ella se lo pensaba, yo puse en práctica un consejo de mis amigas de internet de conectarme a la cuenta bancaria de un amigo, meter en ella mi dinero y usarla siempre que necesitara comprar algo para la huida. Los estudiantes en Arabia Saudí reciben un salario mensual por parte del Gobierno. Yo había empezado a ahorrar ese dinero y ahora lo ingresaba en mi cuenta. También les pedí a mis padres, por separado, dinero para distintas cosas que les dije que necesitaba. Lo ahorré todo. Y mi madre me daba una cantidad mensual que yo también sumaba al conjunto. La cuenta crecía poco a poco. Eso también me empoderaba, llevar a cabo acciones para avanzar en mi camino. Cuando tuve suficiente dinero, pedí un visado a Australia por internet y lo pagué en cuanto me lo concedieron. Yo tachaba ítems de la lista, y cada elemento tachado me acercaba un poco más a mi huida. También constaté que tenía que aplacar mis instintos de saltarme clases, salir de casa a escondidas y reunirme con amigos en cafeterías prohibidas. Nada debía interferir en mis planes. No podía permitirme meterme en un lío que acabara conmigo castigada sin salir de casa o expulsada del colegio. Necesitaba ceñirme a las normas saudís por primera vez en mi vida.

En medio de toda mi planificación clandestina, mi hermana Lamia dio a luz a su primer hijo: una preciosa niña que se ganó inmediatamente mi corazón. Cada vez que la cogía en brazos y la miraba a los ojos, me preguntaba qué le diría su madre sobre mí cuando yo me fuera. Cuando cumpliera dieciocho, ¿le dirían que me escapé o le esconderían la verdad y le dirían que su tía Rahaf murió?

A finales de noviembre, una pelea con mi hermano Majed me sacó del ensimismamiento en el que me había sumido el

nacimiento de mi sobrina. Fue a causa de una cita con el dentista. Fue él quien me llevó. Yo conocía al dentista, así que entré, él me visitó y salí para regresar con mi hermano. Cuando nos alejamos un poco de la clínica, Majed me agarró y empezó a estrangularme. Estaba furioso, gritaba: «¿Por qué has entrado antes que yo y has saludado al médico, un extraño, como si no hubiera un hombre contigo?». Yo no dejaba de repetirme que debía calmarme, encajar los golpes y salir de aquella pelea sin complicarme mucho la vida. Pero él estaba haciendo la cosa que más odiaba de mi vida en Arabia Saudí, estaba actuando como si yo fuera un objeto inanimado o una persona invisible, solo por ser una mujer. Recuerdo que aquel día me mordí la lengua pero me prometí que me vengaría de mi hermano y de toda mi familia por hacerme sentir que no valgo nada por ser una mujer.

En diciembre, mientras estudiaba para mis exámenes finales de la universidad, mi familia empezó a hablar de irse de vacaciones a principios de enero. Yo contuve la respiración mientras los planes avanzaban, retrocedían y volvían a avanzar. Las decisiones cambiaban todas las semanas. ¿Quién iba a ir? Reem no, no estaba lo bastante bien para viajar. Por supuesto, Lamia debía quedarse con su bebé y su esposo. Todos mis hermanos dijeron que irían. Eso me daba miedo, porque complicaría mi huida. Por fin se decidió: nos iríamos el 31 de diciembre. Solo faltaban unas semanas.

No me costó decidirlo. Era hora de irse. Entré en la red secreta, les expliqué mi decisión y les pedí que me ayudaran a sacar adelante la fase final de mi plan de huida. Las vacaciones familiares a Kuwait eran una realidad. Ahora tenía que pulir los detalles, las herramientas precisas que necesitaba para huir. Discutir el plan con la red me ayudó a saber qué tenía que hacer. Después, con mucho cuidado, convertí cada pieza del plan en un plano. Cada uno de los pasos requería confiar en la red, un poco de suerte por mi parte y más paciencia de la que había tenido en toda mi vida. Pero paso a paso, con diligencia y precisión, el plan empezó a tomar forma. Tenía el visado y el dinero de la cuenta secreta, suficiente para comprar un billete de avión y mantenerme

durante lo que podían ser varios días de eludir y esconderse de las autoridades.

Estaba lista.

6

Escapar

Bangkok: aeropuerto de Suvarnabhumi,
sábado 5 de enero, 21:00 horas

Cuando constaté que había caído en una trampa mi sensación de alivio y libertad se desvaneció. La realidad hizo pedazos mi sueño feliz de escapar de los abusos de mi familia, de la injusticia de mi país y de un futuro que implicaba atarse en matrimonio a un viejo que tendría control absoluto sobre mi vida hasta el día de mi muerte. Que mi padre y mis hermanos me asesinaran por intentar escapar era otra realidad a la que sabía que tenía que enfrentarme. ¿Cómo si no podía explicar el haber salido tan pronto del hotel de Kuwait mientras mi familia dormía, o el billete que había comprado para el vuelo Kuwait-Bangkok, o el visado de turista para Australia que tenía en el teléfono? Mi plan había sido preparado meticulosamente: pasaría unos días en un hotel de Bangkok que ya había reservado y después volaría a Melbourne, donde me recibiría otra fugitiva saudí. Pediría asilo en cuanto atravesara la zona de llegadas, y empezaría mi nueva vida.

En lugar de eso, había quedado atrapada en el aeropuerto. Mi miedo era como una luz blanca y cálida explotando en mi cerebro. Estaba temblando y sudando; veía cómo se iba a desarrollar mi futuro, cómo iba a acabar mi vida. Las personas que tenía delante, el hombre que había supuesto tontamente que estaba siendo amable conmigo, la mujer que no se atrevía a mirar a una chica aterrorizada, quedaron congeladas como una película de terror mientas mi cerebro se movía a cámara lenta con el pasado y el

presente en colisión. Aunque me sentía como un animal paralizado por la luz de unos faros, la superviviente que hay en mí sabía que debía estar tranquila y pensar en el siguiente paso. Estaba casi segura de que me iban a detener y a mandar de vuelta. Tenía que pensar cómo impedirlo.

El tailandés que resultó ser un agente de la embajada saudí y a quien ahora consideraba mi enemigo me dijo que me sentara en una silla cerca del mostrador del control de pasaportes. Él tenía el mío en la mano. Yo intentaba decidir si rogarle que me ayudara o atacarlo y echar a correr hacia la zona principal del aeropuerto. Me clavó los dedos en el brazo y me dirigió a la silla donde estuve sentada quince minutos que me parecieron quince horas. Yo escaneaba la sala, preguntándome quién me ayudaría. Allí sentada, me vino a la mente el rostro de Dina Ali. Era una chica saudí que había huido, igual que yo. Había intentado llegar a Australia pero había sido detenida en Filipinas, igual que yo ahora. El agente le había requisado el pasaporte y el teléfono, que era donde tenía el billete. Ella había hablado con otra mujer del aeropuerto, una turista canadiense, le había dicho que estaba en peligro, que su familia la mataría y le preguntó si podía usar su teléfono. Entre las dos, se pusieron en contacto con todas las organizaciones que se les ocurrieron, de derechos humanos, humanitarias, la policía y los periódicos de Manila, pero no consiguieron nada. Los agentes del aeropuerto dijeron que habían recibido una llamada de una persona muy importante de Arabia Saudí que les había dicho que le requisaran los documentos y que no le dejaran irse. Ella colgó un mensaje en internet que decía:

> Me llamo Dina Ali y soy una mujer saudí que ha huido de Arabia Saudí a Australia en busca de asilo. Hice escala en Filipinas. Me han quitado el pasaporte y me han encerrado durante trece horas solo por ser una mujer saudí. Con la colaboración de la embajada saudí, si viene mi familia, me matarán. Si regreso a Arabia Saudí moriré. Por favor, ayúdenme, estoy grabando esto para pedir ayuda y que se sepa que soy real y que estoy aquí.

Los agentes del aeropuerto de Filipinas dijeron que habían llamado a su familia, y efectivamente aparecieron dos hombres en

el aeropuerto diciendo que eran sus tíos y que se harían cargo de ella. Ella se puso a gritar y a decir que el hombre que estaba insistiendo a los agentes que era de su familia y que había ido a buscarla para llevarla a casa no era su padre; y se puso a rogar a los agentes del aeropuerto y a los turistas que la ayudaran. Pero nadie lo hizo. Los tíos se fueron y llegó un abogado aparentemente afín que le dijo que no se preocupara, que él conseguiría que le devolvieran el pasaporte y sus documentos y que debería acompañarlo. La mujer canadiense que había estado con ella todo aquel tiempo pensó que Dina estaba a salvo y se despidió de ella. Pero aquello no era más que un truco. El supuesto abogado resultó ser un agente saudí. Lo increíble es que no hay nadie en esos aeropuertos que entienda el peligro en el que se encuentra una chica que huye de Arabia Saudí. Todo el mundo sabe que las vidas de las niñas y mujeres de Arabia Saudí corren peligro. La comunidad internacional sabe lo que pasa, he leído sus informes en páginas de internet ilegales. Los jefes de Estado también lo saben. Entonces ¿por qué no hay un número de teléfono de emergencia al que llamar? ¿Por qué los agentes del aeropuerto tienen el poder de entregar a una chica a una muerte segura? Yo había visto las imágenes de lo que le había pasado a Dina Ali cuando aún estaba en mi casa, en Hail, a través de las redes sociales. Un pasajero de la zona de salidas grabó el impactante secuestro de una mujer inocente. Le ataron los tobillos con cinta aislante, la amordazaron con la misma cinta, la ataron a una silla de ruedas y la cubrieron con una manta mientras ella se resistía e intentaba liberarse, y la llevaron hasta un avión saudí. Hasta hoy nadie ha vuelto a saber nada de ella y se desconoce dónde está.

Pensé que estaba a punto de pasarme lo mismo. Me senté en la silla preguntándome qué sucedería a continuación y qué podría hacer para salvarme. Entonces vi a un grupo de hombres avanzando hacia mí. El tailandés, cinco guardias de seguridad y otro hombre de aspecto árabe se acercaban como una banda de sicarios. Incluso antes de llegar hasta mí supe qué había sucedido: mi familia se había despertado, habían entendido que yo había huido, habían llamado a mi padre que había usado sus influencias

para avisar a las autoridades del aeropuerto y les había ordenado que me tendieran una trampa. Pensé: «Hasta aquí he llegado, mi vida va a acabar, me van a esposar y se me van a llevar».

Caminaban hacia donde yo estaba sentada, me puse de pie y di un paso atrás. No abrí la boca, pero estoy segura de que en mi rostro se veía el terror casi paralizante que sentía mientras me alejaba de ellos aún intentando buscar una forma de huir. Fue entonces cuando me contaron la verdad: la embajada saudí había lanzado una alerta sobre mí a petición de mi familia. El tailandés me dijo que estaba allí como mediador de la embajada saudí y que su tarea era llevarme de vuelta a casa. El hombre de aspecto árabe, que era kuwaití, dijo que trabajaba en la compañía aérea kuwaití. Supe al momento que tenía que delatarlos; que quería que alguien supiera lo que estaba pasando, porque aquello era inhumano. Una chica joven, obviamente aterrorizada, estaba a punto de ser detenida por siete hombres. Sentí que había caído en manos de la mafia.

También recordaba lo que los saudís habían hecho con Jamal Khashoggi. Un disidente de Arabia Saudí que se había atrevido a manifestarse en contra del príncipe y el rey sobre las violaciones de los derechos humanos en el país. Seguí la historia en las páginas ilegales donde me informaba sobre todo lo relativo a mi país. Khashoggi había criticado insistentemente a Arabia Saudí en su columna del *Washington Post* y en sus apariciones regulares en el canal de noticias Al-Arab, y había tenido que dejar su tierra natal temiendo por su vida el año antes de mi huida. Se iba a casar y necesitaba unos documentos para la ceremonia, así que fue a buscarlos a la embajada saudí en Estambul. Nadie lo volvió a ver. Más tarde quedó probado que había sido asesinado dentro de la embajada, su cuerpo fue desmembrado y sacado del edificio por un equipo de élite que había volado desde Arabia Saudí a Estambul para asesinarlo. Un año después, solo seis semanas antes de mi huida, leí en redes sociales que aunque la familia real había admitido su asesinato, nadie había sido considerado responsable. Recuerdo ver su rostro sonriente en mi teléfono y pensar que parecía un hombre amigable, también había fotos de la mujer con

la que se iba a casar; ella se quedó fuera de la embajada, esperando pacientemente al hombre que amaba y que no volvió a cruzar aquella puerta. Aquella foto, captada por la cámara de seguridad, me impactó. Parecía tan sola, seguramente feliz y con muchísimos planes de futuro al principio, pero después... Me pregunté cuánto tiempo esperó antes de hacer sonar las alarmas. Vi la foto cuando leí sobre el asesinato y pensé: «Han arruinado su felicidad». Pero la preocupación que debió de sentir no fue nada comparada con la terrible realidad que conoció más adelante.

Allí de pie, observando a la panda de matones que tenía delante, me pregunté si acabaría como Jamal Khashoggi o Dina Ali, secuestrada y muerta o desaparecida.

Los hombres se quedaron allí de pie juntos, observándome, hablando entre ellos cubriéndose la boca con las manos. No oía lo que decían, pero decidí grabarlos mientras yo misma decía: «La embajada me ha detenido». Mandé el vídeo a una amiga. Aunque no tenía tiempo para colgarlo todo en internet, al menos pude mandar eso a alguien que sabría dónde estaba y qué había pasado. Yo intentaba mostrarme confiada ante aquellos hombres, pero lo cierto es que tenía los nervios al límite. No sabía qué hacer. A pesar de toda mi meticulosa planificación, no había previsto algo así. Pensé en salir corriendo, saltar la barrera de la aduana, donde estaba mi silla, y llegar hasta la parte principal del aeropuerto para pedir ayuda a la tripulación de alguna aerolínea extranjera, occidental, con la idea de que ellos me ayudarían. ¿Qué debía hacer? ¿De verdad no podía hacer nada para cambiar mi futuro? Someterme a ellos no parecía buena idea. No había podido recoger mi maleta. El tailandés tenía mi pasaporte. Yo tenía mi mochila. Decidí echar a correr. No tenía ni idea de adónde iba, pero esperaba encontrar una salida y llegar a la ciudad para desaparecer. El tailandés se acercó a mí. Yo corrí todo lo que pude, le empujé con una mano e intenté agarrar mi pasaporte con la otra. Lo logré. Me lo guardé inmediatamente en los vaqueros y supe que él no se atrevería a tocarme para recuperarlo. Los guardias de seguridad se anticiparon a mis movimientos y saltaron la barrera para cortarme el paso. Me tenían rodeada, así que me detuve. El

agente tailandés parecía nervioso y los otros seis hombres me rodearon en círculo, supe que no podría superarlos.

Una vez rodeada, el kuwaití dijo una cosa que me sorprendió: «No esperaba que llevara esa ropa cuando el avión aterrizara». Así que me había estado buscando, había repasado las cámaras de seguridad de la zona de llegadas en busca de una mujer con abaya y niqab. «Creí que iría vestida como una mujer saudí», dijo. Yo pensé: «¿Por qué estaba mirando las cámaras y a cuántas personas se dedica a seguir?». Entonces me dijo: «Pareces normal. ¿Por qué me ha dicho tu padre que estás enferma y que necesitas tratamiento por una enfermedad mental?». Yo me quedé petrificada, totalmente alterada por aquella afirmación, y le pregunté: «¿Ha dicho eso mi padre?». Él me dijo: «Sí», y me mostró un mensaje de WhatsApp que le había mandado mi padre: era un historial médico falso de un hospital mental que decía que yo estaba enferma. Llevaba una foto, para que me reconocieran fácilmente al llegar al aeropuerto. Me quedé paralizada. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Sentí que todo se oscurecía a mi alrededor, recordé lo que había dicho mi padre sobre mi hermana Reem la noche que ella había intentado escapar. En aquel momento, nadie entendimos de qué estaba acusando a nuestro padre. ¿Cómo podía el padre de una chica cometer semejante atrocidad? Todos coincidimos en que Reem sufría ansiedad, aunque nosotros no lo sabíamos. Los detalles de aquella terrible noche y los días siguientes inundaron mi mente mientras asumía lo que aquel kuwaití me estaba diciendo. Cuando Reem intentó explicar a la familia las cosas terribles que supuestamente le había hecho mi padre, él había dicho que estaba enferma; la había mandado a un hospital psiquiátrico y la había silenciado con medicación que había destrozado su mente. Cuando regresó, era como un zombi. Desde entonces, habíamos tenido que cuidarla. Allí de pie en el aeropuerto, de repente, comprendí lo que había dicho Reem aquella noche. Lo que había hecho mi padre. También creí que al afirmar que ella tenía una enfermedad mental y mandarla al psiquiátrico él la había condenado a una vida de dependencia enganchada a una medicación que le estaba

destruyendo la mente. Incluso empecé a plantearme si quienes se encargaban de sus cuidados habían sido sobornados. Vergüenza, vergüenza, vergüenza para ese hombre que cree en el código de honor.

Me recompuse e intenté convencer al kuwaití de que mi padre era lo suficientemente poderoso como para meterme en un psiquiátrico y arruinarme la vida. Era obvio que aquel hombre estaba de mi parte y yo estaba segura de que no se había creído lo que decía mi padre. Así que no entendí por qué no quería ayudarme. ¿Era otro de esos hombres que piensan que las chicas somos material desechable y que no pueden hacer nada para cambiar ese hecho ancestral? Me sentí indefensa, atrapada por las siniestras manos de gente poderosa y con autoridad. Y en ese momento me rendí y abandoné mi plan de huida; mi sueño de libertad se había hecho pedazos. Me quedé allí de pie y sin fuerzas pensando: «Se acabó, me mandan de vuelta». Me senté en la silla imaginando mi regreso y preparándome para la realidad de que mi vida iba a acabar. Estaba segura de que mi padre me mataría. Me pregunté si lo haría inmediatamente o si me escondería del mundo y nunca nadie volvería a saber de mí ni a verme. Quería llorar pero, por algún motivo, las lágrimas no acudían. No sé cómo logré permanecer tan entera por fuera a pesar de haberme derrumbado por dentro. Mi mente viajaba al futuro en *flashes*, hacia las consecuencias que tendría que pagar por mi intento de huida; estaba allí sentada en el aeropuerto y mi esperanza era que, después de desaparecer, alguien me recordara. Quería que alguien conociera mi historia. Después de un rato, no sé cuánto, dejé de preocuparme por mi plan fallido y me sumí en una neblina. No estaba pensando en nada cuando oí unas palabras que lo cambiaron todo. El tailandés dijo que el viaje de vuelta a Kuwait sería al cabo de dos días y que me llevarían a un hotel del aeropuerto a esperar. ¿Qué? ¿Dos días? ¿Un hotel? Casi no podía creerlo, y pensé: «AÚN HAY ESPERANZA». Estaba segura de que aquello era una señal para seguir luchando por mi vida y mi libertad. En lugar de pensar en el siguiente paso, me entregué a mis instintos y decidí volverlo a intentar. Empecé a correr en todas

direcciones intentando librarme de aquellos hombres y gritando: «Ayuda» a todo el que quisiera escuchar. Encendí mi teléfono y grabé mis súplicas y las respuestas de turistas, vendedores, trabajadores del aeropuerto que me miraban como si estuviera actuando o comportándome como la típica adolescente o como si fuera un problema que es mejor ignorar. Esta es una grabación de uno de los responsables del aeropuerto:

YO: Por favor, ayúdeme.
AGENTE: No se le concede el visado.
YO: Pero estoy en peligro.
AGENTE: Ah, ¿sí? ¿Por qué?
YO: Sí, esto es muy peligroso para mí.
AGENTE: ¿Qué quieres decir con que es muy peligroso para ti?
YO: Arabia Saudí es peligroso para mí, no puedo volver allí.
AGENTE: Tienes que esperar al avión a Kuwait. No va a Arabia Saudí. Has venido en un avión de Kuwait y te irás en un avión de Kuwait. No te puedes quedar.

La conversación era absurda. Pero era una prueba de que, del mismo modo que los agentes del aeropuerto de Filipinas se negaron a ayudar a Dina Ali, aquel tipo no tenía ningún interés en ayudarme.

La conversación acabó allí porque uno de los matones de seguridad me pilló, me empujó con tanta fuerza que me hizo daño en el pecho y después me arrastró de vuelta a donde había estado sentada mientras yo gritaba pidiendo ayuda. La gente me oyó, me miró, pero nadie me ayudó. Nadie. Después me llevaron a un despacho en el piso inferior del aeropuerto. Yo empecé a observarlo todo en busca de una salida. Vi una puerta que llevaba al exterior del aeropuerto, a la calle. Estaba abierta y se veía una acera, asfalto y el cielo. ¿Podría salir por aquella puerta? La miré fijamente, intentando memorizar su posición, grabando imágenes de ambos lados de la puerta, con la esperanza de dar esquinazo a mis captores, regresar allí y echar a correr. El kuwaití me miró y me dijo riendo: «Ni se te ocurra huir. Si pones en ridículo a la

embajada saudí, te arrepentirás». Una amenaza velada. Volví a pensar en Jamal Khashoggi.

Una vez en el despacho del nivel inferior del aeropuerto, cometí un error estratégico. Me pidieron que firmara unos papeles en tailandés y que les mostrara mi pasaporte mientras los firmaba, porque necesitaban información adicional. Quizá fue la fatiga o tal vez la preocupación, pero bajé la guardia y saqué el documento del bolsillo del pantalón. Como una serpiente que ataca, el tailandés saltó hacia mí, me arrancó el pasaporte y se lo guardó en el bolsillo. Su expresión de triunfo me dio pena: un hombre adulto asustando a una chica en un país extranjero y dejándola indefensa. Me confirmó todo lo que sabía sobre los hombres: harán lo que sea para quedar bien, para quedar como ganadores ante los demás hombres cuando, en realidad, han quebrantado las normas básicas de decencia.

Salimos del despacho como un desfile de siete hombres y una chica atravesando los vestíbulos del aeropuerto llenos de tiendas, lavabos y grupos de personas con sus equipajes. Le pedí al tailandés que me devolviera el pasaporte. Él me dijo que me lo daría al cabo de dos días, cuando mi vuelo estuviera listo para despegar y yo en la puerta de embarque. Mientras caminábamos, el kuwaití empezó a comportarse como si fuéramos viejos amigos, a charlar conmigo y a decirme que mi primo era amigo suyo y que ambos trabajaban en el aeropuerto. Yo intentaba ordenar toda esa información y me preguntaba si así era como había ido la cosa: que mi padre había llamado a mi primo y la cadena de peticiones y amenazas había pasado por él, de forma que los trabajadores de Kuwait Airways, temiendo que mi padre se vengara, en lugar de hacer su trabajo y proteger a sus pasajeros, se habían rendido y habían obedecido a mi padre.

Yo seguía intentando ordenar todo aquello cuando él me dijo:

—Tu padre va a llamarme. ¿Quieres hablar con él?

—No, nunca —respondí.

—¿Y con tu hermano mayor?

En ese momento yo estaba llorando y accedí a hablar con

Mutlaq. Cuando oí su voz por teléfono le dije:

—Lo siento. Te juro que yo lo único que quería y había planeado era irme en paz sin que nadie se diera cuenta.

—¿Por qué? —me preguntó.

Yo le dije:

—No te lo puedo explicar porque no vas a entenderme ni a apoyarme. Mi problema es con las leyes y normativas saudís, no con nuestra familia.

—Vale, a partir de ahora vivirás en Kuwait.

—No te creo. Llevo tres años pidiéndoos a ti y a mamá que me dejéis al menos ir a estudiar a otra ciudad y os habéis negado, ¿por qué ibais a dejarme vivir fuera de Arabia Saudí?

Estaba segura de que mentía; mi hermano Mutlaq, que estudia en otra ciudad, seguro que haría cualquier cosa para capturarme y arrastrarme de vuelta a afrontar mi destino. Pero los lazos familiares son potentes. Así que aunque Mutlaq había sido despreciable y miserable conmigo, incluso cruel, oír su voz conocida en el teléfono cuando estaba siendo retenida por desconocidos en una tierra extraña me conmovió. Estaba llorando de forma tan violenta que apenas podía hablar. Mi hermano también parecía emocionado; su voz empezaba a sonar como si también fuera a echarse a llorar. Me prometió que no me pasaría nada y que él mismo estaría esperándome con todos los demás para darme la bienvenida en el aeropuerto de Kuwait cuando aterrizara mi avión.

—¿Quiénes son los demás?

—Tu padre, el embajador saudí y yo.

Pensé que aquello era otra trampa

—¿Bromeas? ¿Por qué va a venir a recibirme el embajador?

—Por tu seguridad.

Cualquier confianza que aún albergara en mi hermano se evaporó al instante. Apagué el teléfono y decidí que no podía confiar en nadie. Para entonces mi inestabilidad emocional era tan intensa que me empezó a sangrar la nariz. Recuerdo las caras de las personas con las que nos cruzábamos: parecían asustadas y evitaban establecer contacto visual conmigo mientras yo seguía

llorando, sorbiéndome los mocos, suspirando y apretándome la nariz con la camiseta para frenar el sangrado. «¿Por qué nadie se para y me pregunta si necesito ayuda? ¿Cómo pueden mirar hacia otro lado? ¿Qué le pasa a la gente? Están tan ocupados con sus cosas que pueden asistir a un secuestro y no hacer nada.» El kuwaití se acercó a mí corriendo y me preguntó por la sangre. Pensó que me había autolesionado. «Solo me sangra la nariz.»

Llegamos al hotel del aeropuerto, que tenía el apropiado nombre de Miracle Transit, tránsito milagroso, y me dijeron que me quedaría hasta mi regreso. El kuwaití señaló a uno de los guardias de seguridad y dijo que él se quedaría en el vestíbulo para asegurarse de que yo no intentaba huir. Con ese aviso me tendió la llave de mi habitación y señaló al pasillo que debía tomar para llegar a ella. Él, el agente tailandés y otro hombre que no reconocí del aeropuerto de Bangkok se quedaron en el vestíbulo observándome mientras yo avanzaba hacia la habitación. Los vi porque yo estaba examinando todos los rincones y todas las grietas, incluso los que estaban a mi espalda, donde se encontraban aquellos hombres, comprobando todas las puertas intentando encontrar una salida por la que echar a correr. Abrí la puerta de la habitación despacio, entré en ella y empecé a intentar averiguar si era o no segura. La pared de cristal iba del suelo al techo; si miraba por ella veía el interior del aeropuerto, pero no el exterior. Pensé que aquel sitio daba mucho miedo, porque sería muy fácil encarcelarme aquí. Me sentí atrapada. Aunque gritara, nadie me oiría. Pensé: «Podría romper el cristal y salir pero, del mismo modo, cualquiera podría romperlo y entrar».

Me senté en la habitación y empecé a tuitear sobre mi situación: «Soy la chica que ha huido desde Kuwait a Tailandia. Mi vida está en juego y corre peligro si me obligan a volver a Arabia Saudí». Al principio, dudé sobre si publicar mi fotografía y mi nombre completo. Estaba tuiteando a mis amigas huidas de Australia, Canadá y Suecia; una de ellas me dijo que debería colgar un vídeo de mí misma y decir mi nombre para que el mundo creyera que esto era real, que estaba sucediendo. Tenía que pensar en las consecuencias de hacer algo así. Me desconecté de internet

durante dos horas. Aunque mi ausencia en Twitter preocupó a todo el mundo, yo necesitaba rehacerme. Tenía que decidir si publicar o no mi fotografía. Era una decisión muy importante. Estaba sentada en el suelo de la habitación del hotel. Mi corazón latía deprisa y mi respiración era acelerada, demasiado, jadeaba, respiraba hondo y temblaba; tenía ganas de llorar. Me daba mucho miedo colgar mi nombre y mi foto; no sabía cómo iban a reaccionar en casa: mi familia, mis amigos, mis vecinos y conocidos. También me daba miedo que, al colgar mi nombre y mi rostro, perdiera mi libertad en otro sentido. Si la gente sabe quién eres, tu vida queda restringida, la gente espera cosas de ti. Yo quería ser libre y estar a salvo.

Muchas personas me ayudaron amplificando mi voz en internet. Mona Eltahawy, una periodista y activista social estadounidense de origen egipcio que vive en Nueva York vio mis tuits en árabe y los tradujo al inglés. Junto con ella, fueron mis tres amigas de la red secreta, que me acompañaron durante todo aquel calvario primero en Kuwait y después en Bangkok, quienes me convencieron de que debía arriesgarme y mostrar mi rostro en las redes sociales. Básicamente me dijeron: «Di tu nombre y muestra tu rostro o vas a morir».

Pensé en las consecuencias y, finalmente, decidí que el mundo tenía que saber que yo existía; si alguien iba a ayudarme, tenía que saber quién era y dónde estaba. Así que tomé la decisión de publicar mi fotografía y nombre completo.

Casi inmediatamente descubrí que mis amigas de la red tenían razón: aquella acción llamó la atención de los medios de comunicación y de grupos en favor de los derechos humanos. Mona Eltahawy siguió traduciendo mis tuits y contó en Twitter el grave problema en el que me encontraba: «El padre de Rahaf es gobernador en #ArabiaSaudí. Es un hombre poderoso. Ella ha pedido asilo y teme por su vida. Ha dicho que teme que su familia la mate si la devuelven a Arabia Saudí».

También colgué un vídeo en Twitter: «Me llamo Rahaf Mohammed. Tengo dieciocho años. No puedo hacer nada porque tienen mi pasaporte y mañana me obligarán a regresar a Kuwait.

[...] Por favor, ayúdenme. Me van a matar».

Twitter se llenó inmediatamente de respuestas de todo el mundo.

Los saudís sí que saben cómo caer realmente bajo. Twitter ha hecho cosas muy buenas esta semana, y llamar la atención sobre tus problemas es una de ellas. Sin tu teléfono, la verdad no habría salido a la luz. Aguanta, Rahaf.

Les da igual. Nunca les ha supuesto ninguna consecuencia y seguramente ahora tampoco las sufrirán. Occidente sigue encantado de armarlos y está enganchado sin remedio a su petróleo. Ningún poder parece dispuesto a enfrentarse a ellos.

Cualquier futura superviviente que intente escapar debe tomar nota y llevar encima más de un teléfono escondido, bajo la ropa o en algún sitio seguro del equipaje...

No, es mejor que haya personas de confianza en las zonas de tránsito de los aeropuertos.

Este tipo de noticias hacen que los ciudadanos pierdan la confianza en las entidades gubernamentales, embajadas y consulados, como si fueran una banda mafiosa que opera en contra de los ciudadanos.

Básicamente, Arabia Saudí es Gilead. Te deseo todo lo mejor y que muchas otras tengan la oportunidad de seguir tus pasos hacia una vida mejor. Habría que colgar a todo el Gobierno del Reino Unido por la vergüenza que supone su apoyo a este régimen.

¿Sabéis que es lo que me molesta?: en el vídeo solo se ven hombres hablando sobre una mujer, diciéndole qué debe hacer.

#SaveRahaf

Esto es horrible, pero estás llamando la atención sobre el terrible comportamiento de otros y arrojando luz para que lo vea todo el mundo. No solo estás cambiando tu vida, sino también las de otras mujeres. Cuídate.

¡Qué lista eres, Rahaf! Sigue sacándoles ventaja... siempre un par de pasos por delante. Espero que consigas otro teléfono móvil. Si no, pídeselo a alguien.

También recibí muchos ataques de gente de Arabia Saudí que me maldijo cuando declaré que abandonaba el islam. Querían detenerme, querían verme muerta. Incluso personas musulmanas del mundo árabe, pero de fuera de Arabia Saudí, amenazaron con matarme porque estaba intentando romper las cadenas de las mujeres que buscan una vida y una sociedad mejores.

Muchos periodistas del *New York Times,* de Sídney, Australia y del Reino Unido se pusieron en contacto conmigo y yo les di detalles sobre mi cautiverio en una habitación de hotel en Bangkok, para que mi situación fuera conocida también en Occidente. Colgué un resumen de mi historia: que me habían encerrado en una habitación, me habían quitado el pasaporte, mi padre me iba a matar, quería escapar. Colgué todo eso y también dije: «Voy a dejar de comer hasta obtener ayuda y que ACNUR [Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados] se persone a ayudarme». Nunca en mi vida había estado tan asustada. Solo podía pensar en si echarían la puerta abajo y entrarían para secuestrarme por lo que estaba colgando en las redes. ¿Qué iba a pasar si mi desfogue en internet, si el no guardar silencio, los enojaba? No solo arremetía contra mi familia sino también contra las autoridades. Eran las personas que podían arruinarme la vida.

Con todas estas ideas cruzando mi mente decidí que tenía que volverlo a intentar: salir de la habitación, pedir ayuda o intentar huir. Salí descalza de la habitación para poder correr más deprisa, fui a la zona del aeropuerto y me encontré con el guardia que tenía que estar vigilándome: estaba dormido. Dejé la mochila en la habitación, pero llevaba mi teléfono. Caminé hasta la zona de llegadas y seguí a los pasajeros, con la esperanza de poder salir del aeropuerto sin tener que atravesar un punto de aduana, de salir sin que nadie me viera. Incluso pensé en romper una ventana para escapar. Pero nada funcionaba, no encontraba la manera. Yo sabía que era una idea loca e imposible, pero tenía que intentar algo, y, presa de la desesperación, volví a encender la cámara de mi teléfono y fui a hablar con distintos agentes uniformados para pedir ayuda; llegué incluso a acercarme a turistas para contarles mi historia y pedir socorro. También hablé con vendedores de las

tiendas, con todo el que me crucé. Yo sabía que nadie tenía autoridad para ayudarme; la mayoría ni siquiera entendían a aquella chica asustada, descalza y empapada en lágrimas que explicaba que iba a morir si la devolvían a Kuwait. La gente ponía excusas. Se alejaban de mí. Encontré a un empleado del aeropuerto, alguien que me entendía; me dijo que debería regresar tal y como me ordenaba mi país. Yo insistí para que llamara a la policía tailandesa. Él se negó y me dijo que volviera a mi habitación a esperar mi vuelo. Todas las personas de aquel aeropuerto conocían lo bastante mi historia como para impedir que obtuviera ayuda. Mis esperanzas menguaban rápidamente. Pensé que a lo mejor podía encontrar un escondite en el aeropuerto para que el avión se fuera sin mí. Merodeé alrededor del hotel mirando a todas partes pero no encontré ninguna salida que no estuviera vigilada. Incluso intenté recordar la localización de aquella sala del nivel inferior, pero todas las imágenes que había intentado memorizar sobre su ubicación se me habían borrado.

Después de un rato, pensé que mi misión prospectiva empezaba a parecerse demasiado a una huida y que estaba atrayendo una atención que no me convenía. Así que decidí volver a la habitación pasando otra vez al lado del guardia dormido. Pero ni siquiera en la habitación me sentía a salvo. Había gente llamando a la puerta diciéndome que debería comer. Aquello no hacía más que alimentar mi terror; pensé: «¿Y si quieren envenenarme?». Decidí colgar los vídeos de mí hablando, suplicando, con las personas del aeropuerto en busca de ayuda, y algunas de sus respuestas desagradables e, incluso, perplejas, y también sus expresiones mientras me escuchaban y, claramente, no querían saber nada del tema y se apresuraban a mirar hacia otro lado. Los golpes en mi puerta no cesaban: nuevas voces que me pedían ir a su oficina para hablar. ¿Cómo podía ser eso y qué querían de mí? ¿Podía confiar en ellos? ¿Intentaban ayudarme? Siempre tuve una brizna de fe, pequeña, pero presente, que me hizo creer que habría buena gente que vendría a rescatarme. Pero no personas de ese hotel. Decidí que quienes llamaban a mi puerta eran mala gente que estaba del mismo lado que la banda de

matones que me había encerrado en aquella habitación, y que yo estaba más a salvo al otro lado de la puerta. Pero los golpes no cesaban y mi terror aumentaba. Aún podía oír la voz del kuwaití diciéndome que si intentaba salir del aeropuerto, la embajada saudí haría que me arrepintiera. Entonces, como si pudiera oír mis pensamientos, el kuwaití se acercó a mi puerta y dijo: «Ábreme, tengo que hablar contigo». Grité sin abrir que se fuera y que dijera a todo el mundo que me dejaran en paz.

Para entonces el agotamiento era físico, además de mental. No había dormido en dos días y no había comido desde que había salido de casa de mi tía en Kuwait. Tenía miedo y me preocupaba que toda aquella fatiga hiciera que me quedara dormida. Pensé que si me dormía, podrían entrar en la habitación, secuestrarme y yo no tendría ni energía ni poder para luchar, defenderme o huir. Estuve horas en aquella habitación, sufriendo el acoso de los golpes en la puerta. Finalmente pararon, y yo pensé que los hombres de fuera se habían ido.

Me resistí con todas mis fuerzas a quedarme dormida: solo faltaban 24 horas para que saliera mi vuelo. Intenté pensar en alguna manera de salvarme, alguna salida o puerta, algún lugar que hubiera pasado por alto, pero cada vez me invadían con más fuerza los pensamientos sobre cómo iba a acabar mi vida. ¿Debía esperar a que vinieran a buscarme o bien suicidarme allí mismo? ¿Romper el espejo del baño y cortarme las venas o incendiar la habitación con mi mechero y que nos devoraran las llamas a todos? No hay palabras para describir la sensación cuando sabes que tu destino está sellado y que tu vida se acaba. Me atormentaba la verdad sobre las vidas de las niñas y las mujeres: somos la mitad de la población mundial, pero no somos nada para quienes controlan el mundo. Yo pensaba que eso solo pasaba en Arabia Saudí y en otros pocos países musulmanes, pero aquí en Tailandia, a los hombres no les importaba en absoluto mi seguridad, mi verdad, mi vida. ¿Por qué por el hecho de ser una chica la gente cree que tiene derecho a controlarte, a hablar por ti, planificar tu vida y golpearte siempre que quiera?

Estaba cada vez más desesperada cuando recibí un mensaje en

WhatsApp de una periodista australiana que había estado siguiendo mis tuits. Se llamaba Sophie McNeill. Me dijo que se había puesto en contacto con Human Rights Watch y Amnistía Internacional en Bangkok y Sídney, les había mandado mis tuits y les había pedido que me ayudaran. También se preguntaba si conocía a alguien más, a lo mejor en Australia, con quien ella pudiera ponerse en contacto para ayudarme. Le tuve que decir que no conocía a nadie. Ella mandó más correos electrónicos a periodistas y a la agencia para los refugiados de Naciones Unidas. Pero cuando obtuvo respuesta del director en Asia de Human Rights Watch, cuya sede está en Bangkok, me dijo que tal vez podrían ayudarme. Y añadió que hablaba tailandés, que conocía a gente de la oficina de ACNUR en Bangkok y que incluso tenía contactos con la oficina del Gobierno tailandés. Enseguida empezó a tuitear sobre mí y a decir que estaba «extremadamente preocupada porque una mujer saudí, Rahaf Mohammed al-Qunun se enfrente a un destino similar [al de Dina Ali] si la obligan a abandonar #Tailandia. Ella quiere pedir asilo, pero ahora está siendo retenida en un hotel del aeropuerto de #Bangkok por representantes de la embajada de #ArabiaSaudí». Sophie pensó que aquello era significativo en mi situación, porque ya no solo tuiteaban sobre mí activistas saudís y amigos. Si a Human Rights Watch le preocupaba lo que me sucediera y hablaba en mi favor públicamente, esto me ayudaría a obtener atención por parte de Naciones Unidas y las embajadas en Tailandia. Entonces Sophie me mandó un mensaje pidiéndome que aguantara: «Voy a Bangkok».

Yo me aferré a esas palabras como a un clavo ardiendo y esperé el resto del día y toda la noche con la esperanza de ser rescatada por fin. ¿Podía creer que alguien iba a viajar desde Australia a Bangkok para conocer mi historia? ¿Podría confiar en ella? Tenía que hacerlo, era mi última esperanza. No me moví de mi habitación hasta que oí su voz cuando llegó a Bangkok a las 4:30 de la madrugada y se puso en contacto conmigo para preguntarme cuál era la mejor manera de vernos sin alertar demasiado a nadie. Quería saber si había alguien apostado fuera de mi habitación. Le di el nombre del hotel y su ubicación en el

aeropuerto y le sugerí que nos viéramos en el vestíbulo, pero era imposible hacerlo sin llamar la atención.

Sophie se quedó en el vestíbulo a vigilar para asegurarse de que nadie se me llevara. Ella me sugirió que durmiera un poco, pero creo que no conseguí hacerlo. Sobre las seis de la mañana, Sophie me informó de que los abogados de derechos humanos le habían dicho que debía solicitar asilo inmediatamente, desde el hotel. Un colega de Sophie que trabajaba para Australian Broadcasting Corporation en Bangkok acudió también y le sugirió que presentara mi solicitud de asilo ante las cámaras.

Me dirigí al vestíbulo intentando mostrarme confiada, muerta de miedo pero con cierta sensación de triunfo, como si se estuviera abriendo una puerta a mi futuro. En cuanto mis ojos se cruzaron con los de Sophie, me sentí a salvo. Incluso empecé a sonreír a pesar de mi estado de agitación, y seguí haciéndolo a medida que me invadía una gran sensación de alivio. Al menos, ahora había alguien de mi lado que sabía lo que me estaba pasando.

Me dirigí a una empleada del hotel y le pedí que llamara a las autoridades para pedir asilo en Tailandia antes de que saliera mi vuelo a Kuwait. No me hizo caso. Como si yo fuera invisible. Lo intenté con otro agente del aeropuerto, que se me quitó de encima de la misma manera. Sophie empezó a tuitear sobre lo que estaba viendo ahora que estaba en el hotel. Colgó un tuit que decía: «Hay guardias en la puerta de la habitación del hotel. Son las 6:20 en Tailandia. La han amenazado con subirla al vuelo de las 11:15 de Kuwait Airways. No le han permitido ponerse en contacto con un abogado. Quiere hablar con ACNUR Tailandia y pedir asilo». Entonces empecé a oír a gente que me decía que me defendiera cojeando, haciéndome la muerta o gritando a todo pulmón y golpeando a todo aquel que se acercara.

Nosotras seguimos a lo nuestro, intentando que alguien me ayudara hasta poco después de las 8.00 cuando apareció un funcionario de inmigración tailandés que no atendió mis demandas de presentar una solicitud. Al final decidí que lo mejor era regresar a mi habitación y echar el cerrojo porque los guardias vendrían a buscarme a las nueve para llevarme a la zona de salidas para el

vuelo de las 11:15.

Poco después, Sophie se coló entre los guardias y entró en mi habitación. Empecé a preocuparme por que las autoridades vinieran a mi habitación y usaran la llave maestra para entrar, así que decidí bloquear la puerta. Sophie estaba grabando mis súplicas de ayuda y lanzando mi voz al mundo, diciendo a la gente que buscaba asilo. También me grabó arrastrando muebles y bloqueando la puerta para que, aunque tuvieran la llave, no pudieran entrar. Primero empujé una mesa de unos dos por tres metros. Pesaba mucho. A pesar de mi agotamiento, seguí empujando hasta ponerla contra la puerta, pero no era gran cosa, que digamos. Me pregunté si aquello funcionaría, si me salvaría. Decidí que la mesa no bastaba, así que despejé la cama, levanté el colchón, lo deslicé de lado hasta la puerta y lo metí entre ella y la mesa. Lo único en lo que podía pensar era en poner la mayor cantidad de trastos en la puerta para que nadie pudiera entrar. Hasta puse una silla sobre la mesa, aunque sabía que eso no cambiaría nada.

A las 9 estaba lista. La puerta estaba bloqueada con una pila de muebles, mi ruego a Naciones Unidas había sido enviado junto con mi nombre, mi rostro y las siguientes palabras: «No saldré de la habitación hasta hablar con ACNUR. Quiero asilo».

Por aterradora que fuera la situación, también tuvo sus momentos cómicos. Un hombre me mandó un tuit diciendo que si le daba 20.000 dólares estadounidenses vendría al aeropuerto a rescatarme. ¿Te imaginas? Pero había problemas cada vez más acuciantes. Como estaba en un hotel dentro del aeropuerto, nadie podía acercarse a mí a menos que comprara un billete de avión, lo que les permitía entrar en la zona de seguridad donde estaba el Miracle Hotel. Pero Sophie me dijo que a medida que mi historia se expandía por el mundo, los medios se estaban interesando y que muchos habían logrado llegar a la zona de salidas. Algunos estaban, incluso, esperando en la puerta de Kuwait Airways, listos para grabar lo que pasara si me metían en aquel avión.

Para entonces había gente colgando información falsa en Twitter. Un programa de televisión llamado Yahala estaba

entrevistando a un representante saudí de la embajada en Bangkok que negaba que me hubieran quitado el pasaporte. Eso era mentira, pero sí que confirmó que la embajada saudí había contactado con las autoridades tailandesas a petición de mi padre después de enterarse de que me había escapado. Después, otra distorsión: el oficial saudí dijo que yo no tenía un visado válido para Australia. Sí que lo tenía. Le conté a Sophie que había recibido un texto amenazante que decía que personas que conocían a mi padre estaban intentando llevarme de vuelta. Yo estaba segura de que mi padre estaba detrás de todo. Él era rico y tenía poder y todos los que lo apoyaban harían lo que él les pidiera. Nunca infravaloré su capacidad para hacerme volver.

La gente empezó a acudir a mi puerta. Lo que pasó después con el kuwaití, el tailandés y una obediente mujer que trajeron a mi puerta podría haber resultado cómico si no hubiera sido mi vida lo que estaba en juego. Alternaban entre la exigencia, el ruego y los camelos. Yo tuiteaba los detalles tan rápido como podía. Sophie lo estaba grabando todo. Resultó que el empleado de Kuwait Airlines había ayudado a la embajada saudí a confiscarme el pasaporte.

El representante de Kuwait dijo: «Abre la puerta. ¿Qué te pasa?». Yo respondí: «No puedo». Él dijo: «Ábrela solo un poco». No respondí. Poco después llamó una mujer y me preguntó si quería desayunar. Ahí entramos en una escena de poli bueno poli malo. Entonces un agente tailandés llamó y dijo: «No tienes asilo en este país. No puedes pedir asilo en Tailandia».

Había hecho todo lo que había podido. Ahora estaban llamando a la puerta otra vez, diciéndome que abriera, que era la hora de mi vuelo. ¿Dónde estaba ACNUR? ¿No era una humana lo suficientemente valiosa como para que me prestaran atención? ¿O acaso creían, como todos los del hotel, que era una adolescente rebelde y que me tenían que mandar a casa? Yo sabía que al otro lado de la puerta estaba o bien mi muerte o bien un nuevo comienzo. Los golpes cesaron. Se hizo un silencio escalofriante. Yo

miraba el reloj del teléfono cada dos o tres minutos. Aún faltaba una hora y cuarenta y cinco minutos para la salida de mi vuelo. ¿Qué estaba pasando? Como en el ajedrez, yo esperaba que moviera la torre. Sophie y yo hablamos de qué podría pasar ahora. Yo leía los tuits, centenares de todo el mundo, que no paraban de llegar a mi teléfono. Las muestras de cariño me hacían saber que había mucha gente ahí fuera animándome, esperando que fuera rescatada. Se dirigían a mí, a Kuwait Airways y a Naciones Unidas. Algunos decían:

> Estamos contigo. ¿De verdad está sucediendo esto?
>
> Sigue luchando por tus derechos y por la libertad.
>
> Aguanta.
>
> Salvad a Rahaf.
>
> No permitan que su aerolínea la deporte.
>
> Se acaba el tiempo.
>
> Esta adolescente está condenada.
>
> Chilla, grita, que todo el mundo sepa que estás AQUÍ.
>
> Su familia la matará, es inevitable.
>
> El mundo entero está preocupado por ella.
>
> Estamos contigo, no vayas a ningún sitio.
>
> Es un caso de vida o muerte.
>
> Aguanta, rezamos para que lleguen noticias.
>
> Espero que todo acabe bien.
>
> Quiere pedir asilo.
>
> Que Dios la bendiga.

> He leído tus tuits y esto es terrible. Lo siento mucho por ti, Rahaf. Me solidarizo contigo.

Yo respondí con otros tuits:

> Según la convención de 1951 y el protocolo de 1967, soy rahaf mohmed [sic], y pido formalmente la condición de refugiada a cualquier país que me proteja de sufrir daño o ser asesinada por el hecho de abandonar mi religión, así como de ser torturada por mi familia.

E insistía:

> Busco protección, especialmente por parte de los siguientes países Canadá/Estados Unidos/Australia/Reino Unido, y solicito a sus representantes que se pongan en contacto conmigo.

Seguía consultando la hora en mi teléfono obsesivamente. Sophie seguía grabando, yo tuiteaba. Ella estaba en contacto con los periodistas de fuera, que monitorizaban el vuelo que, supuestamente, debía tomar. Yo estaba tumbada, completamente exhausta e intentando no quedarme dormida cuando Sophie dijo: «Rahaf, el avión ha despegado». Me senté y le pedí que me lo repitiera. Ella dijo: «Hay otro vuelo a Arabia Saudí dentro de quince minutos, pero el tuyo ya ha despegado». Aquello era una victoria para mí. Sentí un alivio inmediato y me quedé profundamente dormida.

Mientras tanto, un compañero le dijo a Sophie que los representantes de ACNUR llevaban tres horas en el aeropuerto pero que las autoridades tailandesas les habían denegado el acceso. Al poco tiempo, ACNUR lanzó un comunicado que decía: «ACNUR ha estado siguiendo de cerca los acontecimientos e intentando que las autoridades tailandesas les permitan reunirse con la Sra. Mohammed al-Qunun [...] para gestionar su necesidad de protección internacional [...] ACNUR aboga permanentemente para que los refugiados y solicitantes de asilo, que se haya confirmado o se afirme que precisan protección internacional, no puedan ser devueltos a sus países de origen según el principio de no devolución, que evita que los Estados expulsen o devuelvan a las

personas a un territorio donde su vida o su libertad se vean amenazados. Este principio está reconocido por la legislación internacional y ha sido firmado por Tailandia en otros tratados».

Dormí tres horas y, al despertar, me encontré con unas noticias que apenas podía creer. Los contactos de Sophie decían que las autoridades tailandesas estaban tramitando mi petición de asilo. Seguimos esperando en la habitación del Miracle Transit Hotel. Si la esperanza pudiera medirse en latidos, los números decían que mis deseos podían hacerse realidad.

Sobre las cuatro de la tarde una mujer llamó a mi puerta y dijo: «Disculpe, señora, Naciones Unidas está aquí. No la mandaremos de vuelta a su país. No se preocupe». Pero el colega de Sophie que estaba controlando los movimientos desde el vestíbulo tuiteó: «No os lo creáis. Esperad a Naciones Unidas». Yo me conecté a la página web del visado australiano y vi que me lo habían cancelado. Me quedé mirando aquel documento denegado y pensé: «Así es como debe de ser la desesperación».

¿Quién podía haber cancelado mi visado legítimo a Australia? Al principio pensé en lo largos que eran los tentáculos de mi padre. ¿De verdad podía Arabia Saudí pedir a otro país como Australia que cancelara un visado? ¿Qué tipo de pacto con el diablo hacen los representantes de dos países cuando, básicamente, pulsan el botón «sacrificar»? Pero lo pensé mejor y vi que mis conclusiones eran equivocadas. Seguramente no había sido el poder de mi padre lo que había logrado cancelar mi visado. Era más probable que el Gobierno australiano lo hubiera invalidado ahora que sabían que quería pedir asilo. Mis amigas en Australia me habían dicho que así es como tratan a los árabes. De hecho, sabía que algunas habían sido deportadas al llegar al aeropuerto porque los funcionarios no querían tener que gestionar casos de refugiados. En octubre de 2018 trataron muy mal a una amiga mía saudí y le pidieron hablar con su padre para asegurarse de que le había permitido viajar. Así había sido como yo me había enterado de que debía tener el nombre y los datos de un hombre que se hiciera pasar por mi padre en caso de que pidieran llamarlo cuando yo llegara.

Las mujeres huidas con quienes estaba en contacto estaban en

Suecia, el Reino Unido, Alemania, Canadá y Australia. Cuando decidí escapar de Arabia Saudí elegí Australia. Supongo que la cercanía importaba, pero mi elección se basaba sobre todo en las cosas buenas que había oído de ese país. Sabía que era un buen país donde podría estudiar, trabajar y vivir mi vida sin palizas ni miedo. En Australia, las mujeres tienen derechos. Hay leyes que dicen que si pegas a una mujer o a una niña, serás castigado. Tengo una amiga que vive allí y dice que la gente es amable, las playas, preciosas y que se puede hacer todo lo que está prohibido en Arabia Saudí.

Más tarde, apareció un tuit en mi pantalla del director de comunicaciones global de Naciones Unidas para los refugiados que decía: «Querida Rahaf, mis colegas están en el aeropuerto y están intentando verla».

A las 17:57 volvieron a llamar a mi puerta. Crucé mi barricada para mirar por la mirilla. «¿Quién es?», pregunté. «Naciones Unidas», respondieron. «Pruebas, muéstreme una identificación, necesito pruebas», dije. Lo hicieron. Me pasaron una tarjeta de visita por debajo de la puerta. Tenía el logotipo de Naciones Unidas y el nombre de una de las personas que estaba viendo por la mirilla y que pedían entrar. Había un semicírculo de soldados tailandeses y otras personas, seguramente de Naciones Unidas, rodeándolos. Aparté los muebles y abrí la puerta.

La gente de Naciones Unidas dijo inmediatamente que me protegería. También le dijeron a Sophie que tenía que irse, lo que me asustó porque yo confiaba en ella y me hacía sentir segura. Entonces me preguntaron por qué había escapado, sobre mi vida y mi familia. Grabaron todo lo que dije, me hicieron una foto y me dijeron que harían cuanto estuviera en sus manos para asegurarse de que no me sucediera nada. Me dijeron que me iban a llevar a un hotel ubicado en un lugar secreto donde me pondrían protección mientras examinaban qué documentos necesitaba para formalizar mi solicitud como refugiada. Me devolvieron el pasaporte y yo les mostré el visado válido para Australia que tenía en el teléfono y

que había sido cancelado. Enseguida empezaron con los trámites para mi solicitud de asilo permanente.

Después abandonamos la habitación que había sido mi refugio durante los dos días más largos de mi vida.

Mientras nos dirigíamos hacia la salida del aeropuerto que yo no había sido capaz de encontrar, el oficial tailandés que había supervisado mi estatus de inmigración caminaba a mi lado diciendo: «No enviaremos a nadie a morir. No lo haremos. Nos ajustamos a los derechos humanos y al imperio de la ley». Yo pensé: «¿Dónde diablos estaba usted cuando suplicaba ayuda a todas las personas del aeropuerto?». Había un montón de seguridad, representantes de Naciones Unidas, del aeropuerto y periodistas a mi alrededor; era como caminar por una cinta dentro de una crisálida de hombres. Cuando salimos del aeropuerto, a pesar del grupo que me rodeaba, sentí el sol en mi cara y pensé inmediatamente en mi salida del hotel de Kuwait a las 5 de la madrugada dos días antes. La suave brisa y el cálido sol que me acariciaban el rostro y el alma aquella mañana seguían allí, a miles de kilómetros, y me aseguraban que yo también renacería.

Naciones Unidas me llevó al hotel Royal Princess Larn Luang en el centro de Bangkok, donde llegó también mi maleta, que habían recogido en las cintas del aeropuerto. Sophie también estaba allí, aunque no le permitían estar conmigo. Hasta le pedí que me comprara tabaco, pero la gente de Naciones Unidas dijo que no podía darme nada. En la habitación del hotel no había televisor, pero usé el teléfono para mirar las noticias y me sorprendió ver mi historia en todos los telediarios. Mi rostro estaba por todas partes. Llevaba los vaqueros sucios de cuando me había sangrado la nariz, la misma camiseta de manga corta que había llevado todo el tiempo, y una expresión en el rostro que me enseñó una lección: estaba en mitad de lo que se había convertido en una noticia internacional que enfrentaba a Arabia Saudí contra Naciones Unidas, escapando de una trampa mortal, pero mi rostro no mostraba el terror, la ansiedad ni el agotamiento que sentía. En lugar de eso vi el rostro de una chica decidida, con una estrategia y, quizá, algo sorprendida.

Leí un tuit de ACNUR que decía: «Las autoridades tailandesas han permitido a ACNUR reunirse con la saudí Rahaf Mohammed al-Qunun en el aeropuerto de Bangkok para atender su necesidad de protección como refugiada internacional. [...] Por motivos de confidencialidad y seguridad no podemos comentar ningún aspecto de la reunión».

Una vez más, pensé que el drama había acabado. Me di una larga ducha caliente y me preparé para meterme en la cama con la esperanza de dormir tranquilamente sabiendo que me reuniría con personal de Naciones Unidas en el vestíbulo del hotel la mañana siguiente. No tenía ni idea de que el tercer acto de esta escalofriante representación estaba a punto de empezar.

Dos oficiales de Naciones Unidas vinieron a mi habitación antes de que apagara la luz. Me contaron que mi padre y mi hermano mayor, Mutlaq, habían llegado a Bangkok; se habían dirigido a las autoridades tailandesas pidiendo verme pero su petición había sido rechazada. Mi padre llamó a Naciones Unidas y dijo que, si no podía verme, solicitaba el derecho a hablar conmigo por teléfono. El hombre de Naciones Unidas me preguntó si quería hablar con mi padre, pero me recomendó que me negara. Yo respondí: «No hace falta que me lo aconseje. Ni siquiera me plantearía hablar con mi padre». Y les avisé sobre la influencia que tenía él sobre algunas personas y su capacidad para conseguir lo que quería. Para entonces, mi sistema de seguridad volvía a estar a pleno rendimiento.

En realidad, yo estaba segura de que mi padre y mi hermano habían ido allí a matarme. Intenté informar a las personas de Naciones Unidas de mi temor a que alguien los ayudara. Yo sabía cómo funcionaban las cosas en Arabia Saudí, así que aunque había policía delante de mi puerta y en el vestíbulo del hotel, yo seguía sin sentirme del todo segura. Incluso me vi comprobando el cerrojo de la puerta y preguntándome si mi padre y mi hermano podrían acabar entrando en la habitación por la fuerza para secuestrarme. Se me ocurrió que mi padre podría sobornar a aquellos policías para que abrieran y los dejaran entrar. ¿Y qué pasaría si aquellos guardias entraban y me llevaban con ellos? Bloqueé la puerta con

una mesa, como en el aeropuerto. Estaba tan asustada que no me atrevía ni a salir al balcón a fumar, porque pensaba que podría haber alguien apostado para dispararme. No hay límites a lo que pueden hacer cuando alguien mancilla su «honor». Había hombres de Naciones Unidas en la habitación contigua a la mía y también en otras; no recuerdo cuántos eran. Pero eran buenos y me protegieron todo el tiempo.

La mañana siguiente, los hombres de Naciones Unidas me llevaron al hospital para un reconocimiento y me hicieron análisis para asegurarse de que estaba sana y nadie me había hecho daño. Después fuimos a la embajada de Australia para reunirnos con los responsables de inmigración y refugiados. Pero pasé la mayor parte del día en mi habitación, con mi teléfono, viendo cómo se desarrollaba el melodrama de mi vida, interrumpido por anuncios y previsiones meteorológicas. Los periodistas decían que Australia estaba recibiendo presiones para aceptarme. Y todos los canales mostraban la llegada de mi padre y mi hermano y hablaban de cómo era la vida de mujeres y niñas en Arabia Saudí. La mayoría emitía imágenes de la pobre Dina Ali suplicando por su vida en el aeropuerto de Filipinas. Todos hablaban del sistema de tutela en Arabia Saudí que concede al padre, esposo o hijo el derecho a controlar todo lo que haga su madre, hija, esposa o hermana a lo largo de su vida, desde que nacen hasta que mueren. Describían mi vida a la perfección: no se me permite casarme; ni trabajar, salir de casa o viajar a donde sea sin permiso de mi guardián. Las mujeres son tratadas como menores de edad aunque tengan cincuenta o sesenta años. Un adolescente puede apalizar a su abuela por salir al jardín sin su permiso. Yo quería gritar a los vídeos que veía: «Eso es lo que tiene que cambiar en Arabia Saudí. Eso es lo que me hizo marcharme de allí».

Seguí el cambiante estado de mi situación durante todo el día en el canal de noticias Al Jazeera. El representante de ACNUR en Tailandia dijo: «Pueden pasar unos días hasta procesar el caso y determinar los próximos pasos. Damos gracias a las autoridades tailandesas por no dar la espalda a sus peticiones y protegerla». Ah, ¿sí? ¡No me protegieron hasta que apareció ACNUR!

El jefe de policía de inmigración de Tailandia también fue entrevistado. Dijo: «El reino de Arabia Saudí no ha solicitado la extradición». La embajada tuiteó que consideraba todo aquello un «asunto familiar». Entonces ¿por qué mandaron a un representante saudí a fingir que era empleado del aeropuerto y decir que me estaba ayudando cuando aterricé en Bangkok?

Todas las informaciones citaban fuentes que afirmaban que estaban ayudándome. Human Rights Watch solicitó a las autoridades australianas que me dejaran entrar en el país. Su director en Australia dijo que como Australia había expresado anteriormente su preocupación sobre los derechos de las mujeres en Arabia Saudí debía «dar un paso adelante y ofrecer protección a esta joven».

El Gobierno australiano dijo que estaba siguiendo el caso de cerca y que era «muy preocupante» que yo hubiera dicho que me harían daño si regresaba a Arabia Saudí. Un senador solicitó que me expidieran documentos de urgencia para poder viajar a Australia y solicitar asilo.

Al Jazeera dijo: «Esto [...] llega en un momento en el que Riad se enfrenta a una presión creciente por el asesinato del periodista saudí Jamal Khashoggi en su consulado en Estambul en octubre, y por las consecuencias humanitarias de su devastadora guerra en Yemen».

También consulté la web de ACNUR. Decía que normalmente son los Gobiernos quienes conceden el estatus de refugiado, pero ACNUR puede concederlo cuando estos «no pueden o no están dispuestos a hacerlo». También decía que no comentan casos concretos. Una agencia de noticias publicó: «Ahora que la señora Mohammed al-Qunun ha obtenido este estatus, otro país tiene que aceptar acogerla». Pero oí otros comentarios por parte del responsable en Asia de Human Rights Watch que decía estar preocupado por mí. «Ella ha expresado de forma muy clara que sufrió abusos físicos y psicológicos. Dijo que ha tomado la decisión de renunciar al islam. Y supe que, una vez dicho esto, se ha metido en un problema grave.»

Yo colgué un nuevo mensaje en Twitter que decía: «No dejéis

que nadie os corte las alas, sois libres. ¡Luchad por vuestros DERECHOS!».

Uno de los periodistas captó al saudí responsable de asuntos exteriores en Bangkok durante una reunión con los responsables del aeropuerto y Alí, el kuwaití que estaba enganchado como un mosquito a mi caso. El responsable de asuntos exteriores no sabía que el micrófono estaba encendido cuando dijo: «Tendrían que haberle quitado el teléfono en vez del pasaporte». Los hombres de la mesa rieron como compinches. Incluso con la comunidad internacional observando, incluso con el mundo conociendo lo que les sucede a las chicas como yo en Arabia Saudí, ese hombre parecía pensar que yo debería haber sido capturada y devuelta a manos de mi padre y mis hermanos para asumir mi destino. Y los hombres de la mesa o bien coincidían con él o no tenían valor para afearle su desagradable comentario.

A medida que avanzaba el día, mi historia seguía ocupando titulares. Por la tarde, la ministra de asuntos exteriores de Australia llegó desde Sídney y fue rodeada por los periodistas en la escalera de acceso a la embajada australiana. Yo escuchaba con atención cada una de sus palabras, pero para ser sincera, lo único que quería oírle decir era que había viajado hasta aquí para procesar mis papeles de asilo y llevarme a Australia. Error. La forma en que respondió a las preguntas de los periodistas me devolvió de golpe al limbo: «Estoy a salvo, ¿lo lograré? ¿Qué se están diciendo los de Naciones Unidas entre ellos?». La ministra de asuntos exteriores dijo que después de hablar con los responsables tailandeses, estaban confirmando mis argumentos para solicitar el asilo. Entonces añadió: «Hay que seguir una serie de pasos para entrar en el proceso». En ese momento yo estaba tragando saliva presa del pánico. «Dios mío, ¿quiere decir que después de todo lo que ha pasado no me van a admitir?» Cuando los periodistas la presionaron como si hubieran oído mis preguntas, ella respondió: «Como ya he dicho, el proceso tiene una serie de pasos, incluidos unos requisitos para la solicitud que son obligatorios para ser tenida en cuenta y, si se cumplen según el proceso establecido, se resolverá la cuestión». También dijo que no había un plazo

determinado y que no había ninguna posibilidad de que yo la acompañara de vuelta a Australia. Dijo que tendría que ponerme a la cola, como todo el mundo.

Me cuesta describir lo que sentí en ese momento. Quería gritar: «Llevo en la cola toda mi vida, he sido maltratada y golpeada, he sentido que estaba esquivando a la muerte. Lo he arriesgado todo, incluso mi vida, para escapar de la injusticia de un país que odia sin duda a las mujeres. ¿Qué parte de esto no entiendes?».

El largo día dio pie a la noche. Las noticias en la televisión se intensificaron. También mi ansiedad. Lo que no sabía esa noche era lo que estaba haciendo el equipo de ACNUR en la sombra para garantizar mi seguridad. Necesitaban acelerar mi petición de asilo, sobre todo porque la policía tailandesa les había informado de que mi padre y mi hermano estaban en Bangkok buscándome y cada vez les preocupaba más mi seguridad. La mañana siguiente, los hombres de Naciones Unidas vinieron a mi hotel y me llevaron a la embajada canadiense. La reunión fue breve y agradable; el embajador me dijo: «¿Te gustaría vivir en Canadá?». «Sí», respondí. «Tu visado estará listo a las tres en punto de esta noche. Tienes billete para un vuelo a Toronto esta noche.» Con dos breves frases, mi suerte había cambiado. No sabía qué decir. «Gracias» parecía inadecuado. Sentí que las lágrimas inundaban mis ojos mientras intentaba transmitir mi gratitud a aquel hombre y la gente de Naciones Unidas que estaba conmigo.

Después supe que Naciones Unidas había usado lo que se conoce como canales informales durante la noche. Eran de la opinión de que los australianos estaban tardando demasiado en tomar una decisión. También supe que el director de Human Rights Watch en Bangkok había estado «moviendo sus contactos», como dicen ellos, para sacarme de Tailandia con seguridad. Dijo que Canadá ofrecía asilo inmediato, algo a lo que Australia no estaba dispuesta. Sé que dijo: «Tenía que salir de Tailandia enseguida. Su hermano y su padre estaban aquí y ella los temía. El Gobierno tailandés también estaba muy agradecido de que ella se fuera lo antes posible. La sensación era que Arabia Saudí es un Gobierno

muy influyente con mucha capacidad para perseguir personas, especialmente mujeres, que dañarían su imagen si se les permite moverse libremente por el escenario internacional».

Me subí a un vuelo coreano que salía de Bangkok a las 23:37 con destino Canadá.

En cuanto el avión despegó, ACNUR lanzó un comunicado diciendo que me había ido a Canadá. Explicaron que debido a la creciente preocupación por mi seguridad y la falta de concreción en los tiempos proporcionada por el Gobierno australiano al respecto de mi asilo, habían pasado mi caso a Canadá y que el Gobierno canadiense había tramitado mi petición en cuestión de horas.

Al llegar al aeropuerto internacional Pearson de Toronto más que sentir que aterrizaba, sentí que despegaba a una nueva vida. El embajador canadiense en Tailandia me dijo que alguien vendría a recogerme al avión. Quizá también me dijo quién, pero mientras el avión abría sus puertas yo no sabía qué debía hacer. La azafata vino a mi asiento y me dijo que yo saldría la primera. Tres responsables del aeropuerto estaban al final de la rampa y me dijeron que una persona del Gobierno canadiense me esperaba en un despacho cercano. Yo no conocía a nadie del Gobierno de Canadá, pero pronto me di cuenta de que les importaba, puesto que la persona que me esperaba para darme la bienvenida era la ministra de Asuntos Exteriores Chrystia Freeland y su secretaria. Pero, aún más importante, la ministra había venido con su hija, que tiene mi edad, lo que me hizo sentir aún más arropada. Su hija me regaló una sudadera donde decía Canadá. Yo llevaba una gorra de ACNUR, así que ese era mi aspecto cuando salí de la zona de llegadas. Dos mujeres de una organización de ayuda a los refugiados en Canadá se nos unieron minutos después y me explicaron que ellas me ayudarían a encontrar un lugar para vivir, matricularme en la universidad y comprar ropa de abrigo. En Canadá era invierno y yo ya había notado el frío. La ministra me aseguró que pronto haría más calor. Las mujeres también me avisaron de que junto con los periodistas había personas que venían a recibirme; ellas les explicarían que había llegado bien.

Sentí que debía acompañarlas. Cuando las puertas automáticas de salida se abrieron, casi no me lo podía creer: una muchedumbre de periodistas, fotógrafos y equipos de televisión, así como decenas de personas que no conocía se habían congregado en la zona de llegadas. En cuanto nos vieron acercarnos a la puerta empezaron a aplaudir, vitorear y gritar «Bienvenida a Canadá». Casi no podía procesar lo que veía. Después de crecer en un lugar donde las mujeres tienen que ir cubiertas y escondidas, y se consideran invisibles, me estaban recibiendo como a alguien que existía, que tenía derecho a estar allí.

La ministra Freeland pidió a la multitud que guardara silencio y dijo: «Esta es Rahaf al-Qunun, una nueva canadiense muy valiente». Ella tenía su brazo entrelazado con el mío pero me soltó para dar un paso adelante y coger un ramo de rosas que alguien me había traído. Yo intentaba absorber todo aquello: una representante del Gobierno recibiéndome en el avión en lugar de darme de lado y recogiendo un ramo para dármelo. Créeme, esto estaba tan alejado de todo lo que había vivido que yo lo observaba como si me hubiera colado en el decorado de una película. Después, siguió hablando a la multitud: «Es obvio que la opresión de las mujeres no es un problema que se pueda resolver en un día, pero en lugar de maldecir las tinieblas nosotros creemos en encender una sola vela. Si podemos salvar a una sola mujer, a una sola persona, es algo bueno».

Por mucho que me esforzaba, no me podía creer lo que estaba pasando. No podía hablar porque me superaba la sensación de ser libre, de haber renacido; me bañaba como un aura y me hacía sentir mareada de felicidad. Me sentí querida y acogida. Sentí una gran oleada de orgullo y gratitud. Mi voz había sido escuchada. Aquella gente me entendía. La libertad es lo más importante para una persona. Yo lo dejé todo para ser libre.

Cuando salíamos del aeropuerto volví a entrar en Twitter, la red social en la que había confiado a lo largo de toda mi odisea, porque quería dar las gracias a todas las personas que me habían ayudado, habían creído en mí y me habían acompañado en aquel largo y aterrador viaje. Tecleé mi mensaje:

Quiero daros las gracias por apoyarme y salvarme la vida. De verdad que nunca habría soñado con tener tanto amor y apoyo. Sois la chispa que me motivará para ser mejor persona.

Después, me recliné en el coche y me pregunté qué me traería el siguiente capítulo de mi vida.

7

Logros y consecuencias

El primer día de mi nueva vida abrí los ojos muy temprano y me encontré con tres noticias: tenía cien amenazas de muerte en el teléfono, mi padre me había desheredado y una tormenta de nieve estaba a punto de azotar Toronto, la ciudad donde estrenaba mi nuevo yo canadiense. No había llegado tan lejos para que esas barreras me frenaran. Cerré mi cuenta en redes sociales, abandoné mi apellido al-Qunun y me fui a buscar una tienda donde comprarme una parka para el frío.

Las amenazas de muerte habían empezado cuando estaba en Bangkok, publicaciones iracundas de saudís indignados por que me hubiera ido dejando mi religión y a mi familia. La mayoría procedían de mi propia tribu, de gente a la que nunca había conocido, pero que consideraban que había manchado su linaje y profanado su reputación. Y, al más puro estilo saudí, querían venganza. La mayoría exigían que fuera colgada públicamente, algunos proponían la muerte a latigazos. Otras amenazas procedían de musulmanes de países árabes y no árabes, que me advertían de que regresara al islam o que me enfrentara a la muerte a sus manos.

En Twitter leí cosas como:

> Pagaré unos cuantos miles de dólares a alguien para que te mate.
>
> Te seguiremos para matarte.
>
> Juro por Dios que te haré sufrir antes de decapitarte.
>
> Te mereces la muerte y yo seré quien te envíe ante Alá.

Una cosa que noté inmediatamente fue que todas las amenazas, todas y cada una, procedían de hombres. No había ninguna mujer amenazándome. Mientras leía un tuit tras otro, en la seguridad de mi nueva casa, me volví a preguntar qué les pasa a los hombres y a los chicos de Arabia Saudí para pensar con tanto odio. Antes, lo examinaba desde dentro como alguien que temía las consecuencias del escrutinio de un padre o un hermano o, Dios no lo quisiera, de la mutawa. Pero entonces estaba fuera, y mis observaciones como mujer libre eran mucho más problemáticas. Aquello era misoginia, odio a las mujeres, y estaba penado por el Gobierno. ¿Cómo pueden existir? Las leyes de tutela de las mujeres, el terrible *apartheid* de género dentro y fuera de casa, el desprecio por la voz de las mujeres. He llegado a la conclusión de que lo que empuja a esos hombres es el miedo: miedo a las mujeres; de que si les dan los derechos que tienen otros humanos, las saudís serán consideradas por los saudís como competencia a la hora de encontrar trabajo, alcanzar determinado estatus e incluso para la propia virilidad a la que se aferran como a un clavo ardiendo. Me encantaría tener una conversación sincera con un hombre que piensa que a los cincuenta años es correcto casarse con una niña de doce. O con uno que piense que tener cuatro esposas es de verdad, sinceramente, algo que Alá quiere que haga y que no tiene nada que ver con su idea del poder masculino.

Las amenazas de muerte me preocuparon, claro está, pero también me hicieron sentir lástima por mi patria, un país que considera a sus madres, esposas, hermanas e hijas como perversas jezabeles de las que los hombres deben protegerse, aunque con la estúpida premisa de que somos criaturas frágiles que necesitamos su protección.

Después de borrar las amenazas de muerte pasé a las noticias de mi familia, que había publicado una declaración en la que afirmaba haberme repudiado. Decía: «Somos la familia de Mohammed al-Qunun en Arabia Saudí. Repudiamos a la tal “Rahaf al-Qunun”, la hija mentalmente inestable que se ha comportado de manera insultante y deshonrosa». Esas palabras, «mentalmente inestable», me resultaban familiares, porque eran las que había

usado mi padre para describir a Reem después de que ella contara lo que él le había hecho. Me sorprendió lo mucho que me dolió leerlas. Lo que hizo que se me encogiera el corazón no fue lo de enferma mental, sabía que aquello no era más que una treta de mi padre, sino lo de «repudiada». Yo quiero a mi familia, incluso a mis hermanos mayores que me apalizaron; incluso a mi madre, que rara vez se ponía de mi lado pero sí me aconsejó bien para que ningún hombre pudiera controlarme; incluso a mi padre, del que siempre pensé que se pondría de mi lado si alguna vez pasaba suficiente tiempo en casa para saber qué lado era ese. Y pensé en mi querido hermanito, Fahad, y en la adorable Joud y, claro está, en Mamá Nourah. ¿Habían renegado todos de mí? ¿Habían jurado no tener nunca más relación conmigo? La declaración de mi familia, es decir, de mi padre, me hizo llorar, pero no me hizo renunciar a mi sueño ni por un momento. Por eso abandoné el apellido al-Qunun y decidí ser conocida en adelante como Rahaf Mohammed.

Hay unas cuantas personas huidas de Arabia Saudí viviendo en Toronto y, al igual que mi familia en la red, que me ayudó a llegar hasta aquí, se convirtieron en mi guía de supervivencia y me dijeron dónde comprar una parka y unas botas para afrontar aquel alarmante suceso denominado invierno. Veía mi propio aliento cuando salía a pasear, y las aceras estaban resbaladizas a causa de la nieve helada, lo que, al principio, amenazaba con hacerme caer cada vez que daba un paso. Pero los árboles cargados con ligeras capas de nieve eran como una ilustración que hasta entonces solo había podido imaginar. De sus ramas colgaban carámbanos que reflejaban la luz y deslumbraban a mi artista interior y, aunque el aire helado me cortaba el aliento, aquel mundo mágico invernal me gustaba, como si fuera una pionera emprendiendo mi nueva vida. Sin embargo, pese a que acepté los cambios con entusiasmo, al principio, casi a diario, mi lado saudí tiraba de mí con fuerza. Esa capa que los saudís llevamos incrustada como una segunda piel, la que nos dice que las chicas no cuentan y que deben ser

silenciosas e invisibles me golpeaba como los frenos de un coche cuando salía a pasear sola, cuando me encontraba con amigos en las cafeterías, hasta cuando me estaba comprando un par de botas de invierno.

Mis amigos fugados me llevaron a sus cafeterías favoritas y allí charlábamos a menudo sobre las noticias de Arabia Saudí. Por ejemplo, mientras yo huía, la mutawa dio un nuevo golpe, esta vez muy agresivo. Leímos la historia en internet, en el *New Straits Times*, que decía que la policía religiosa había detenido a más de doscientas personas, supuestamente por no cumplir con las normas de decencia en público. Al ver esta noticia desde un lugar distinto y seguro, comprendí aún mejor de qué se trataba: acoso, y su típica tozudería a la hora de culpar a mujeres y niñas, aquella vez por lo que ellos llaman vestimenta inadecuada, y que se traduce en abayas de colores y niqabs menos agobiantes. El *New Straits Times* colgó una foto en la que se veía a una mujer con un pañuelo atado en la frente en forma de banda y una mascarilla. Yo pensé que era una jugada inteligente, pero la mutawa lo consideró un acto pecaminoso porque dejaba demasiado al descubierto sus preciosos ojos. Afirmaron que las personas que vestían así estaban ofendiendo la moral pública. Y esto sucedía justo después de que el príncipe heredero Mohamed bin Salmán prometiera rebajar aquellas ridículas y antiguas restricciones. Se expidieron por primera vez visados a turistas, se alzó la prohibición en contra de los cines y se permitió conducir a las mujeres. Y las que vivían en Riad (no en Hail, desde luego) pudieron empezar a ir a conciertos y acontecimientos deportivos. Sin embargo, fue precisamente en un concierto, el Beast Music Festival en Riad, donde otros ochenta y ocho asistentes fueron detenidos por llevar ropa considerada provocativa (es decir, ajustada o con frases o imágenes consideradas paganas) y también por muestras públicas de afecto. Mis amigos de allí me escribieron para decirme que les daba miedo que la policía religiosa volviera a estar al acecho.

Mis primeros días en Toronto también me sirvieron para comprender mejor lo que había pasado en Bangkok y ver lo afortunada que había sido de poder escapar. Esperar en aquella

habitación de hotel me había parecido una eternidad, los minutos habían pasado mientras yo me concentraba en seguir viva; ahora podía examinar los detalles de todo lo sucedido durante aquellas cuarenta y ocho horas desesperadas. Piensa en la periodista Sophie McNeill comprando un billete de avión para ir de Sídney a Bangkok para conocer mi historia. Es lo que hacen los periodistas, lo sé. Pero también supe que Sophie había insistido en cubrir mi historia porque conocía la de Dina Ali. Ella sabía que tendría que haber algún tipo de protección en los aeropuertos para las chicas como yo o para cualquiera que estuviera en peligro de muerte. Poner a las autoridades del aeropuerto en el foco de la prensa era una forma de pedir justicia. Ella sabía que mi mejor oportunidad era la campaña en Twitter sumada a las organizaciones de derechos humanos que llamaron la atención sobre el caso y asustaron a las autoridades tailandesas para que me dejaran irme. Tuvo que saltar muchos muros para llegar hasta mí, empezando por el vuelo de nueve horas entre Australia y Tailandia, pero estaba decidida a hacerlo.

También supe más cosas sobre lo que la gente de ACNUR y los representantes del Gobierno denominan canales informales. La gente de ACNUR llamó por teléfono a organizaciones de derechos humanos y Gobiernos de todo el mundo intentando construir un plan para llevarme a otro país de forma segura. Mientras estuve en Bangkok, cuando ACNUR me rescató, trabajaron con abogados tailandeses para redactar un requerimiento que evitara mi deportación. También supe que el jefe de la policía de inmigración de Tailandia había admitido que algunas autoridades de su país habían actuado a las órdenes de Arabia Saudí. Hay muchas cosas que yo no supe hasta después, algunas sorprendentes. Supe que la gente de Naciones Unidas estaba preocupada porque mi padre y mis hermanos iban por la ciudad amenazando y usando su poder en Arabia Saudí para lograr lo que querían. No me costó imaginar lo preocupados que debían de estar, porque yo sé de lo que es capaz mi padre. Pero no supe el alcance de su preocupación hasta después. Me dijeron que el motivo por el cual habían hablado con Canadá para que me acogiera fue que Australia estaba tardando

mucho en decidirse y que, con mi padre y mi hermano en la ciudad, dudaban de si podrían protegerme de verdad. También supe que el maldito hombre que fingió que me estaba ayudando cuando me pidió el pasaporte al llegar al aeropuerto era en realidad un agente enviado por la embajada saudí para detenerme. ¿Cómo accede un agente saudí a la zona restringida de un aeropuerto? ¿Y por qué les dijeron a los trabajadores del aeropuerto que llamaran a la puerta de mi hotel y me mintieran? Aún puedo oír la voz de aquella mujer tailandesa diciendo que podía quedarme en Bangkok y que no tenía que preocuparme de nada porque Naciones Unidas estaba allí. ¿Cuántos Gobiernos permiten que sus representantes mientan y finjan ser de Naciones Unidas llevando a cabo actividades delictivas en un aeropuerto lleno de extranjeros?

También supe que el número de personas de Arabia Saudí que buscan asilo se ha cuadruplicado en los últimos cinco años según ACNUR. La mayoría lo hacen en Estados Unidos. Canadá es la segunda opción. Y la web de ayuda dice que ha habido un aumento del número de personas que buscan ayuda en su página desde que mi huida a Canadá ocupó titulares en todo el mundo. Un éxodo. Yo esperaba que aquello avivara el fuego de las protestas en contra de las leyes de custodia a favor de las cuales yo había firmado en secreto.

Pero por mucho que yo pensara en todo esto, me atrapaba más la necesidad de aprender a vivir en un sitio nuevo de una forma completamente distinta. Aunque sentía que había vuelto a nacer, aquellos primeros días no lograba deshacerme del miedo a que mi familia me encontrara, a desaparecer sin que nadie volviera a saber de mí.

Huir no es fácil, especialmente para una chica de mi edad, que no ha vivido casi nada. Tuve que aprender a hacer cosas que la mayoría de las chicas de Canadá hacen sin pensar: ir a una tienda sin supervisión, probarme ropa, pagar mis compras (siempre lo hacía mi hermano). Apenas sabía qué decir y me preocupaba cometer errores. Si nunca has vivido en régimen de tutela, no puedes saber lo limitada que puede estar una persona. En Canadá,

las mujeres jóvenes controlan sus finanzas de forma privada y rutinaria. Yo, no solo desconocía la divisa, sino que no tenía ni idea de cómo funcionaba un cajero automático. Empecé a constatar que Arabia Saudí había arraigado en mi interior y que debía encontrar la manera de romper con las costumbres y obligaciones que me entorpecían a cada paso. Durante los primeros meses me daba miedo disfrutar de mi libertad, me resistía a dar pasos sola, los mismos pasos por los que había huido. Dudaba sobre si ir a tomar un café, así que le pedía al supervisor de bienestar social de la organización de ayuda a los refugiados que me acompañara, lo pidiera e incluso lo pagara. No era porque no conociera la moneda o no supiera lo que quería. Era porque en mi cabeza sonaba la voz de mi hermano. Del mismo modo que no puedes entrar en un edificio en llamas aunque quieras rescatar a alguien, sentía que el control y la censura con la que me habían criado me retenían desde el otro lado del mundo.

Era como si algún tipo de percepción extrasensorial controlara la parte saudí de mi mente; no dejaba de sentirme observada, juzgada, expuesta a que me hicieran daño por hacer cosas prohibidas, aunque en mi casa yo había desafiado a mis hermanos a menudo y sin problemas. Caminar sola por la calle formaba parte de los placeres de ser libre, sentir los rayos de sol sobre mi rostro, el aire en mi pelo, hasta los copos de nieve en mis mejillas constituían una celebración de mi liberación. Pero aquellas leyes saudís estaban estampadas en mi alma, así que, en realidad, tuve que ir acostumbrándome a la libertad. Lo mismo me pasó cuando fui al mercado a comprar comida o al banco a abrir una cuenta o al hospital para una revisión. Era como una niña, sin experiencia en la vida o en hacer cosas por mi cuenta.

Mi vida diaria era tan distinta en Canadá que igual podría haber estado en otro planeta, pero una cosa era cierta: me gustaba este lugar y sabía que me aclimataría rápidamente; estaba encontrando mi voz y aprendiendo a usarla con eficiencia. Con la ayuda de la organización de ayuda a los refugiados, encontré una habitación en casa de una familia judía. Fue una buena decisión, ya que aprendí su modo de vida desde la mesa del comedor,

observando sus idas y venidas por la casa. En Arabia Saudí comemos alrededor de una tela llamada *dastarkhān*, que se pone en el suelo; nos sentamos con las piernas cruzadas y comemos con las manos. Pero esta familia comía con cucharas, tenedores y cuchillos y se sentaban en sillas a la mesa. Tuve que aprender a usar los cubiertos y cómo inclinarme sobre la mesa para poder desarrollar esta nueva habilidad. Al principio me sentía rara, sobre todo porque la familia me miraba como si viniera de otro planeta, pero aprendí a comer como ellos. Vivir con canadienses era la forma más rápida de aclimatarme al nuevo país. Por ejemplo, la familia estaba loca por el *hockey*, al igual que tantos canadienses, como supe más tarde. Veían todos los partidos por televisión y hablaban de los jugadores como si formaran parte de su familia, así como de los complicados sistemas de clasificación de los equipos: si este equipo gana a ese entonces ese se convierte en el enemigo a batir, como si todo fuera una cuestión matemática. No tardé en aprender las reglas de ese deporte que se jugaba sobre hielo a velocidades vertiginosas, y aunque nunca fui a un partido y aún no he aprendido a patinar, me hice aficionada del equipo local: los Toronto Maple Leafs. Fue bueno para mí vivir en aquella casa porque empecé a participar del estilo de vida y las costumbres canadienses, pero me convenía avanzar. Encontré una habitación en un hostal donde había otros refugiados e inmigrantes y di un paso más en mi independencia.

Aunque no fue fácil, una de las cosas que aprendí fue que la libertad hay que trabajársela: implica tomar decisiones, asumir consecuencias, encontrar tu camino y solucionar tus errores. Yo era como una mariposa que acaba de salir de su capullo y agita las alas frenéticamente por primera vez, sin saber cuánto tardará en volar.

Al principio, pasaba mucho tiempo sola en mi habitación intentando poner todo en orden, preguntándome qué me daba miedo y por qué las normas de Arabia Saudí que tanto odiaba seguían entrometiéndose en mis pensamientos. Empecé a comprender que la libertad es algo más que evitar que te den una paliza o poder hacer lo que quieras. Es ser mental y psicológicamente libre, así como físicamente. Fue un salto muy

grande en mi forma de pensar. Me hizo decidir que necesitaba ayuda para esquivar a los demonios del pasado que seguían inmiscuyéndose en mi nueva vida. Si Sophie McNeill tuvo un papel protagonista cuando me ayudó en Bangkok, la gente en quien confiaba en Toronto pertenecía a la organización de ayuda a los refugiados que estuvo a mi lado desde el momento en que llegué a la ciudad, tras ser recibida en el aeropuerto internacional Pearson de Toronto por la ministra de asuntos exteriores y antes de salir y encontrarme con un grupo de personas que me apoyaban y me daban la bienvenida, que me hicieron sentir amada y protegida. Ese equipo tenía ideas, respuestas y consejos que yo no podría haber imaginado. Me ayudaron a encontrar un lugar para vivir y me guiaron a la hora de gestionar mi dinero y hacer las compras necesarias. En cuanto a mi educación, el fundador de un colegio privado se acercó a mí y se convirtió en otro puerto seguro en mitad de la tormenta que atravesaba. Me lo presentó Chrystia Freeland, a quien le preocupaba que yo completara mi educación. Con gran generosidad, me puso bajo su ala y me invitó a asistir a clase en su escuela de Toronto.

Pero por encima de todo, estos asesores comprendieron el trauma y los miedos a los que se enfrentan los recién llegados, incluso quienes, como yo, se han jugado la vida para llegar hasta aquí. Les pregunté cómo lidiar con todo esto y, poco después, empecé a asistir a una terapia centrada en mis ideas como hija de Arabia Saudí y recién llegada a Canadá.

Cuando llevaba unos cuantos meses de terapia llegó el buen tiempo y asistí al renacimiento de la primavera, que los canadienses reciben con alegría después del largo y frío invierno, mientras veía florecer mis propias ideas al mismo ritmo que las flores. Me aventuré por la ciudad, encontré nuevos amigos y aprendí mucho sobre mí misma.

Finalmente, tuve que aceptar que el pasado forma parte de mi futuro, que tengo que encontrar una manera de entrelazar mis recuerdos, también los más horribles, con la nueva vida que he elegido. Muchas cosas me resultaban extrañas: el idioma, los comportamientos, la socialización, hasta las leyes. Absorbía lo

nuevo mientras ordenaba lo viejo. En el proceso, sentía que estaba desarrollando habilidades que ni siquiera sabía que tenía. Al parecer, tengo facilidad para los idiomas, y puedo moverme por el sistema de metro y las rutas de autobús y llegar a los sitios sin que me guíe uno de mis hermanos.

No solo eso, la ciudad no se parecía a ningún sitio en el que hubiera estado. Nunca había imaginado tantas razas y religiones en un mismo sitio, por no hablar del enorme número de inmigrantes y refugiados que hay en Toronto. Es una mezcla inaudita en Arabia Saudí. Aquí lo llaman multiculturalidad, y todo el mundo parece muy orgulloso de que Toronto sea una de las ciudades más multiculturales y multirraciales del mundo. La prueba está vayas donde vayas, el metro o la calle, las tiendas, los restaurantes; he oído que en esta ciudad hay más de 250 etnias y se hablan 170 idiomas. Aproximadamente la mitad de la población forma parte de una minoría visible: asiáticos, negros, latinoamericanos, árabes. Leí en un gráfico que hay dieciséis países con una representación de más de 50.000 personas en la región de Toronto, incluidos 337.000 indios, 300.000 chinos y 200.000 filipinos. Antes de venir no tenía ni idea de que me estaba uniendo a lo que ahora considero un experimento mundial de multiculturalidad, y eso me encantó. En Arabia Saudí la gente frunce el ceño cuando ve otras etnias y culturas; de hecho, las rechazan frontalmente. Somos muy cerrados, quizá porque en el colegio no nos enseñan nada de otros lugares, o tal vez porque el Gobierno de Arabia Saudí no quiere que sus ciudadanos conozcan otras formas de vida. En Toronto la multiculturalidad es una forma de vida; forma parte de todo: la comida, la moda, el arte, la música y los acontecimientos que tienen lugar en la ciudad. Desde el primer momento, me impresionó que la gente de aquí dé todo esto por sentado. Mientras mi cabeza era un torbellino examinando cosas que no había visto nunca o preguntando en los restaurantes sobre comida de la que nunca había oído hablar, sabía que me estaba convirtiendo en parte del tejido multicultural de la ciudad.

Sentía una profunda mezcla de esperanza y miedo, de impaciencia y a veces desesperación, sabía que todo era un

proceso. Por ejemplo, mucha gente me paraba por la calle y me decía: «Tú eres la chica de las noticias». Eso me emocionaba, me reafirmaba y hacía que me sintiera como una famosa, pero también me generaba ansiedad. Implicaba que yo era una anormalidad, que no encajaba, y yo lo único que quería era ser una chica normal que va por la calle pensando en sus cosas, en lugar de un objeto peculiar o inusual que llama la atención. Una vez dicho esto, tengo que añadir una cosa: la gente ha sido muy buena conmigo; no han dudado en decirme que estaban orgullosos de mí, ¡algunos incluso me han querido abrazar! Era muy reconfortante saber que la gente estaba de mi lado en el conflicto que tuve con mi familia, mi país e incluso un país como Tailandia. Es normal buscar aprobación, así que yo disfruté de verdad del regalo de la aceptación y el afecto que me daban. Pero mi objetivo era el anonimato y esperaba que, muy pronto, pasaría a formar parte del paisaje de Toronto, solo una chica más viviendo su vida, y no otra «chica saudí que ha huido».

Al principio, me sentí muy atraída por hacer cosas que estaban prohibidas en Arabia Saudí: beber alcohol, ir a discotecas y llevar pantalones cortos. Recuerdo que el día de mi decimonoveno cumpleaños, dos meses después de llegar, estaba con mis mejores amigos en un restaurante y pedí una copa de vino tinto. De repente, sentí que había cometido un error, que no debería beber vino, a pesar de que todos los demás lo estaban haciendo. Era el terror saudí que aún vive en mi interior.

Toronto es conocida como una ciudad de barrios, así que saber moverse en ella era importante porque tenía amigos en un barrio y eventos a los que quería acudir en otro e iba al colegio en otra zona distinta de la ciudad. De modo que me hice una habitual de lo que todo el mundo llama la TTC, la Comisión del Transporte de Toronto. El intrincado sistema de metro y tranvías se convirtió en mi camino, así como en una forma de conocimiento por sí mismo porque allí veía a la gente que me rodeaba como si paseara por un decorado de película. Muchos rostros distintos, muchos idiomas; los trayectos hasta la escuela eran una fuente sin fin de entretenimiento y me permitieron penetrar como por ósmosis en

las primeras capas de este lugar nuevo y, poco a poco, empezar a sentir que pertenecía a él.

Mientras tanto la guerra sucia desde Arabia Saudí no aflojaba. Hay quien ha dicho que yo estaba triste en Canadá, que añoraba mi país. Otros que trabajaba como camarera en bares de borrachos de Toronto. Los medios saudís me llamaron de todo, desde drogadicta a puta. Pero yo sabía de dónde procedía todo eso. Había quebrantado el código de conducta saudí, pero me había liberado de aquella maldita tutela y ahora podía vivir mi vida. El principal periódico de Riad, llamado *Al Riyadh*, utilizó mi huida para remarcar la necesidad de que las familias protegieran a sus hijas de esas ideas peligrosas y detuvieran el lavado de cerebro al que yo había sido sin duda sometida por un agresor desconocido. La gente que me ayudó, como Mona Eltahawy, fue atacada sin piedad en las redes sociales saudís. No era la primera vez que los hombres que odian a las mujeres le hacían tal cosa. Yo también me estaba inmunizando ante todo aquello.

Descubrí la potencia de las campañas en Twitter, en especial, de la que lideré desde mi habitación de hotel en el aeropuerto de Bangkok, cuando supe que la organización saudí-europea de derechos humanos, que documenta y promociona los derechos humanos en Arabia Saudí, había fichado a un abogado para defenderme en Bangkok en contra de mi deportación a mi país. Él dijo que mis tuits tuvieron un papel imprescindible a la hora de evitarla y que, cuando las autoridades tailandesas comprendieron la fuerza del apoyo internacional que estaban obteniendo mis tuits, su actitud cambió radicalmente.

No sé si las autoridades entendieron la seriedad de la decisión que ya había tomado mientras estuve detenida en el Miracle Transit Hotel del aeropuerto de Bangkok. Decidí que no me enviarían a casa, que antes acabaría con mi vida. Escribí una carta de despedida a mis amigos más cercanos y les dije que la publicaran si me obligaban a regresar a Arabia Saudí. Aún la tengo, para recordarme el nivel de desesperación que viví, pero la he guardado con el resto de los objetos que es mejor dejar en el pasado.

Muy pronto supe que iba ganando en la batalla por obtener el estatus de refugiada, estaba encontrando mi camino, aprendiendo el idioma, entendiendo la moneda, haciendo nuevos amigos, pero daba igual cuánto intentara negar el pasado y cuánto tiempo pasara, yo seguí recibiendo impactos regulares, como relámpagos, procedentes de mi familia, que englobaban todas las emociones: ira, tristeza y preocupación. Por ejemplo, en marzo, llamé a mi madre por WhatsApp para ver cómo estaba. En realidad, quería oír su voz; al fin y al cabo es mi madre. Esperaba que me contara cosas de la familia, incluida mi querida abuela Mamá Nourah, que me tenía preocupada. Esperaba que al acercarme a mi madre se cerraría la herida que había causado mi brusca salida, que le alegraría oírme y querría saber cómo me iba. Quería saber cosas especialmente de Joud, mi hermanita a la que vi por última vez cuando me preparaba para salir de la habitación de hotel de Kuwait. La miré, durmiendo tranquilamente aquella madrugada, e intenté grabar su imagen en el interior de mis párpados, para que me acompañara siempre. Quería a esa niña con todo mi corazón. Mi madre cogió el teléfono y, en cuanto oyó mi voz, empezó a gritar maldiciendo a mis amigos y diciendo que habían sido ellos quienes me habían cambiado y me habían lavado el cerebro inculcándome sus locas ideas. Me dijo que fuera inmediatamente a la embajada de Arabia Saudí en Canadá para entregarme y rogarles que me llevaran de vuelta al país. Intenté ayudarla a entender que vivir en Canadá había sido decisión mía, y que era feliz y esperaba que ella se mantuviera en contacto conmigo y me contara cosas de la familia. Ella colgó e, inmediatamente, me mandó un mensaje con la voz de mi hermana pequeña llorando y diciendo: «Te quiero, Rahaf». Ella sabe que Joud es mi debilidad; estaba usando las lágrimas de esa niña para hacerme regresar a un país donde seguramente me ejecutarían antes de dejarme consolar a Joud. Derramé lágrimas de amargura y me preocupé por cómo estaban usando a Joud para tenderme una trampa para que volviera. Ya sabía todos los problemas que conlleva la libertad, pero también el poder que te otorga. Me sequé las lágrimas y borré el número de mi madre.

Ese mismo mes, mi novia de Arabia Saudí vino a Toronto y nos reunimos. A muchos les pareció el desenlace de una novela romántica: una de esas donde te encuentras con la otra persona en mitad del caos y lejos de un país que nos habría matado a las dos por mantener una relación lésbica. Experimentar la libertad de ir juntas por la calle en Toronto cogidas de la mano en público y poder estar juntas fue como un sueño hecho realidad. Al principio la alegría me inundaba: aquella era la vida que yo quería. Hasta empezamos a planear nuestra boda. Pero a medida que pasaba el tiempo, nuestra relación ilícita se convirtió en cotidiana y nuestro lazo afectivo se fue reduciendo hasta que nuestra historia de amor se convirtió en una amistad. A finales de mayo, nuestros caminos se separaron y, aunque como sucede con tantas historias, intentamos volver a ser pareja durante los meses de verano, la cosa no podía ser. En octubre volvimos a romper, pero seguimos siendo amigas, compañeras de un viaje extraordinario.

En julio, cuando me recuperé por fin de la dura respuesta de mi madre a mi llamada, decidí llamar a mi padre y pedirle hablar con Joud. No pareció sorprendido al oírme, pero tampoco me preguntó nada, ni cómo estaba, ni dónde vivía, nada de lo que esperarías que preocupara a un padre sobre una hija, por descarriada que esté. En lugar de eso, respondió tajante: «Joud está durmiendo». Y así acabó la llamada. Volví a intentarlo unos meses después, cuando una amiga me contó que Joud, a los doce años, iba a contraer matrimonio. Mi amiga no sabía con quién se casaba Joud (en mi cabeza no dejaba de ver a un viejo con mi hermanita), pero sí me dijo que todo el mundo hablaba de ello y suponía que querían casarla para que no pudiera escapar como había hecho yo. Mi padre solo me daba excusas sobre por qué no podía hablar con Joud y no me decía nada sobre ella. Me hizo pensar que mi amiga tenía razón sobre su rápido matrimonio. Pero esto también generó una gran oleada de nostalgia en mí, pensando en la última vez que vi a mis hermanas: Lamia, vestida sin gracia para complacer a su esposo cuando ella siempre había encontrado la manera de dar un toque especial a la ropa que teníamos que llevar; Reem arrastrándose por su vida como si hubiera abandonado todo su

potencial en el hospital psiquiátrico donde la había llevado mi padre o lo hubiera perdido entre las brumas de la medicación que le daban; y ahora Joud, aquel angelito que me quería y me admiraba como a su hermana mayor y valiente. ¿Iban a castigarla con un matrimonio forzoso por mi culpa? Estos pensamientos eran dolorosos y me hicieron replantearme los pasos que había dado. Me pregunté por un momento si debería volver y asumir las consecuencias que sufriría solo por ver a mis hermanas una vez más; solo por librar a Joud del destino que la esperaba.

En otoño de 2019, llamé por teléfono a mi hermano mayor Mutlaq porque volvía a estar hambrienta de noticias de mi familia y esperaba que él me las proporcionara. Él fue razonablemente cordial conmigo al teléfono, me hizo algunas preguntas sobre mi nueva vida y entonces, con una voz dura como el acero, dijo: «No vuelvas nunca». Yo le pregunté si tenía algún tipo de información sobre qué me pasaría si regresaba, pero lo único que me dijo fue: «Olvídate de tu familia. Sigue con tu nueva vida en Canadá».

Volví a intentar ponerme en contacto con él en febrero de 2020, de nuevo con la esperanza de tener noticias sobre Joud, Mamá Nourah y el resto de la familia, pero la conversación giró hacia otros temas que yo también quería compartir, temas sobre los que él, claramente, no quería saber nada. Le conté que me habían violado en el asiento trasero de un taxi mientras estaba en la universidad, y que la bestia que lo hizo sabía que se saldría con la suya porque a mí me acusarían de perder el honor de la familia y que mi vida sería el precio que pagar para restaurarlo. Le pregunté cómo puede una sociedad apoyar esa barbaridad. Él me respondió, como hacen los hombres de Arabia Saudí, que si yo hubiera estado en casa, eso no me habría sucedido. Así que decidí contarle uno de los muchos secretos que tenía sobre la supuesta seguridad de nuestra casa: su amigo había estado meses acosándome antes de que yo me fuera, e intentaba acostarse conmigo mientras venía de visita. Al parecer, aquello fue demasiado para mi estricto y fanático religioso hermano. No dijo nada. Colgó y bloqueó mi número de teléfono para que no pudiera volver a llamarlo nunca más.

Ahora dependo de las redes sociales de Arabia Saudí para obtener información. Si Mamá Nourah muere, lo colgarán en las redes. Si Joud se casa, supongo que también lo veré ahí. A principios de verano de 2020 descubrí que Mutlaq se había casado, aunque no sé con quién, y supe que Majed se había mudado a otra ciudad. Eso es lo único que sé, pero nunca he dejado de pensar en ellos y sigo enganchada a distintas aplicaciones de allí donde invariablemente veo que sigo saliendo en las noticias y en las redes de Arabia Saudí. Los *haters*, como yo los llamo, siguen colgando historias terroríficas sobre mí: la mayoría son mentira y casi siempre acaban pidiendo que me ahorquen. Pero también hay noticias que me permiten saber qué tal van las protestas. Por ejemplo, más o menos por la misma época en que llegué a Canadá, el consejo shura (el consejo legislativo de Arabia Saudí que asesora al rey) prohibió los matrimonios de menores de dieciocho años, pero con una excepción: se permiten los enlaces entre parejas de quince y dieciocho, siempre que sean aprobados por un tribunal. En 2020 los tribunales han prohibido cualquier matrimonio de menores de dieciocho. Así que ha habido progresos. Y espero que eso signifique que Joud está a salvo.

Pero si llegué a pensar que el reino estaba avanzando en cuanto a derechos de las mujeres, muy pronto supe que estaba muy equivocada. Muchos de los cambios, como los del matrimonio infantil, eran más estéticos que otra cosa. El delegado para Oriente Medio de Human Rights Watch colgó un comentario en el blog de la organización: «La valiente búsqueda de la libertad de Rahaf Mohammed ha puesto al descubierto una nueva serie de prácticas y políticas discriminatorias que desempoderan a las mujeres saudís y las convierten en vulnerables ante los abusos». Y sigue: «El príncipe Muhammad bin Salman quiere ser considerado un reformador de los derechos de las mujeres, pero Rahaf ha demostrado lo ridículamente alejado que está esto de la realidad cuando las autoridades tratan de dar caza a las mujeres que huyen, y torturan en sus cárceles a las activistas en favor de los derechos de las mujeres». Por desgracia, yo sabía que eso era cierto. Las organizaciones de derechos humanos han estado informando de

que algunas activistas fueron detenidas y torturadas con descargas eléctricas, latigazos, acoso y abuso sexual en las cárceles.

El reino tenía una nueva legislación, sí, y yo la seguía atentamente: ahora las mujeres pueden abrir un negocio sin permiso de su marido, una mujer fue nombrada directora de la bolsa, y las madres pueden conservar la custodia de sus hijos tras un divorcio. Pero, en cambio, de donde vengo, las mujeres siguen sin ser libres de viajar al extranjero, registrar un divorcio o un matrimonio o solicitar determinados documentos como pasaportes sin la supervisión de un guardián en cada paso del proceso.

Mi decisión drástica de huir sigue comportando peligros y consecuencias. La libertad que buscaba sigue tambaleándose cada vez que resurge mi nombre y todo el mundo reconoce mi cara. A menudo sigo sintiendo que hay un conflicto entre la nueva Rahaf y la antigua. Y sé que incluso dieciocho meses después de mi salida de aquel lugar asfixiante, sus obligaciones y costumbres siguen moldeando mi pensamiento del mismo modo que las tormentas aparecen por el horizonte, descargan y desaparecen. Pero también me siento felizmente libre: nadie puede impedirme hacer nada.

Mi objetivo a la hora de escribir este libro es alertar al mundo de los hechos que rodean la vida de una chica en Arabia Saudí y, aún más importante, lanzar un mensaje de esperanza a todas las mujeres que tienen experiencias similares a la mía. Muchas de ellas lo han dado todo, su familia, su entorno conocido y un cierto nivel de seguridad, aunque indisolublemente unido a abusos, por la incertidumbre, a menudo la pobreza y peligros como ser rechazada por tu país de elección o incluso ser deportada. Las que hemos llegado sanas y salvas a otros países seguimos dependiendo de la red que lanzó nuestra huida, las personas que actuaron como una familia mientras nosotras navegábamos por el miedo, la soledad y los dilemas que suponía crear un hogar nuevo, donde seguimos cuidando las unas de las otras.

Juré usar mi nueva libertad para hacer campaña en favor de los derechos de las mujeres en Arabia Saudí y para pedir el fin de la tutela masculina instaurada por el régimen. No hay duda de que el número de mujeres que huyen de la administración y los abusos

de Arabia Saudí aumentará, sobre todo porque el sistema existente no siempre es capaz de detenerlas. Estoy segura de que mientras escribo esto hay mujeres tecleando un código secreto para entrar en internet y buscar cómo huir de la desgraciada vida que llevan. Espero que mi historia las anime a ser valientes y buscar la libertad. También espero que esto impulse un cambio legislativo en Arabia Saudí, y que en lugar de ser la historia de una huida, este libro se convierta en un agente de cambio en mi país de origen.

Obtener la libertad supuso para mí perder a mi familia. Vivir en Canadá implica estar bastante a salvo pero también saber que mi rostro y mi historia son conocidos, por lo que no estoy segura al cien por cien, pero ¿quién lo está? Mi viaje ha sido agitado, pero me ha permitido crecer, aprender y hacer realidad mis sueños. ¿Regresaré algún día? Lo pensé una vez, cuando temía por mi hermana pequeña, pero ahora ya no: tengo el objetivo de graduarme en la universidad, sueño con convertirme en actriz y quiero ayudar a otras refugiadas a instalarse. Eso es lo que quiero lograr. Tengo lo necesario para tener una buena vida.

Carta a mis hermanas que necesitan huir de las vidas que están viviendo

No estás sola. Mi vida se parece a la de muchas chicas y mujeres de todo el mundo que han vivido la injusticia, los abusos y la negación de los derechos que les corresponden como mujeres. Me apalizaron, me amenazaron, me violó un desconocido y mi familia y el Gobierno de Arabia Saudí me persiguieron como si fuera una criminal cuando decidí huir. Como tantas otras chicas atrapadas en la jaula de la opresión, padecí una depresión tan grave que me sentía muerta por dentro y quise suicidarme. Para recuperarme tuve que encontrar la manera de llevar la vida que yo sentía que merecía, una vida en la que poder hacer realidad mis sueños. Lo dejé todo atrás, mi familia, a la que quiero, y todo cuanto conocía, porque creo que merezco una vida mejor que la que me estaban obligando a vivir.

Tú también mereces la libertad. Tienes derecho a decir no. Tienes derecho a decir sí. No permitas que nadie defina tus derechos. Sigue tus sueños y lucha para cambiar lo que sea que te esté reteniendo. Yo me rendí dos veces, pensando que tenía que entregarme a mi familia y abandonar mis ansias de libertad. Pero después reuní todo mi coraje y volví a luchar. Luché contra las terribles normas y presunciones sobre las chicas y las mujeres y luché contra mi miedo a oponer resistencia. Tú también tienes que luchar. Tu lugar no está en la cocina y en la cama. Eres un ser humano precioso con un futuro basado en el trabajo, el juego y la felicidad.

Durante el resto de mi vida, habrá personas que me maldecirán y me insultarán porque elegí mi propia forma de

vivir y rompí con las restricciones árabes e islámicas. Ya me he enfrentado a gran cantidad de críticas y comentarios hirientes porque decidí ser yo, y no ser la mujer obediente, silenciosa e invisible que querían que fuera.

Mi consejo es este: cree en ti misma, sé valiente, no esperes que nadie te ayude, te libere, te haga feliz. Puedes hacerlo por ti misma. Mientras te escribo esta carta, veo que han pasado dieciocho meses desde que yo hui. En ese tiempo he fracasado, he cometido errores, pero me he levantado, he aprendido y madurado. Actualmente puedo decir que nunca me he sentido mejor psicológica y físicamente, y que nunca me he sentido tan feliz y segura. La lucha por la libertad ha merecido la pena.

Recuerda, nada es imposible, nada es demasiado difícil para intentarlo. Yo soy una muestra de ello. Luché contra el Gobierno e incluso contra las autoridades de una aeropuerto extranjero; luché contra mi familia y mi tribu; luché contra todo el mundo que intentó bloquear mi camino hacia la libertad, y aquí estoy.

Muchas mujeres han huido, muchas otras han intentado librarse de las garras de un Gobierno que se opone a la legislación internacional y la declaración de derechos humanos, y han fracasado. No quiero animarte a que pongas en peligro tu vida, que es lo que haces cuando decides huir. Prefiero que luches contra el Gobierno, las leyes de tutela y la mutawa desde tu país. Pero si eso no funciona, solo te voy a decir una cosa: HUYE.

Bibliografía

«abrir la puerta al mal»: Xanthe Ackerman y Christina Asquith, «Women Haven't Really Won in Saudi Arabia–Yet», *Time,* 15 de diciembre de 2015, <https://time.com/4149557/saudi-arabia-elections-women-vote/>.

«El ajedrez es una pérdida de tiempo»: Lizzie Dearden, «Saudi Arabia's Highest Islamic Cleric "Bans" Chess, Claims Game Spreads "Enmity and Hatred"», *Independent,* 21 de enero de 2016, <https://www.independent.co.uk/news/world/middle-east/saudi-arabia-s-highest-cleric-bans-chess-and-claims-game-spreads-enmity-and-hatred-a6825426.html>.

«un hombre casado con una mujer»: Razak Ahmad y Robert Birsel (ed.) «Malaysia's "Obedient Wives" Anger Rights Groups», Reuters, 5 de junio de 2011, <https://www.reuters.com/article/us-malaysia-women-idINTRE7540FL20110605>.

«el fin de la virginidad»: Sebastian Usher, «"End of Virginity" if Women Drive, Saudi Cleric Warns», BBC News, 2 de diciembre de 2011, <https://www.bbc.com/news/world-middle-east-16011926>.

«Una vez dijo en un programa de televisión»: «"Crazy Women" Angered by Polygamy Are Sinners, Says Saudi Cleric», *The New Arab,* 7 de octubre de 2018, <https://english.alaraby.co.uk/english/blog/2018/10/7/crazy-women-angered-by-polygamy-are-sinners-saudi-cleric>.

Los fragmentos originales de *The Absent Truth* de Farag Foda son de las páginas 222 y 224 de la 3.ª edición, El Cairon Dar Al-Fikr li-l-Dirasat, 1980.

Los fragmentos originales de *The Hidden Face of Eve: Women in the Arab World,* de Nawal El Saadawi's son de la página 20 de la edición de 2007, Londres, Zed Books, 1980.

«La petición en sí recibió 14.682 firmas en Twitter»: Mazin Sidahmed, «Thousands of Saudis Sign Petition to End Male Guardianship of Women», 26 de septiembre de 2016, <https://www.theguardian.com/world/2016/sep/26/saudi-arabia-protest-petition-end-guardianship-law-women>.

«Se ha dicho que el rey Khalid ofreció 11 millones de dólares como soborno»: Constance L. Hays, «Mohammed of Saudi Arabia Dies: Warrior and King Maker was 80», *New York Times,* 26 de noviembre de 1988, <https://www.nytimes.com/1988/11/26/obituaries/mohammed-of-saudi-arabia-dies-warrior-and-king-maker-was-80.html>.

«Para mí, liberalismo significa, sencillamente, vive y deja vivir»: Tristan Hopper, «What Did Raif Badawi Write to Get Saudi Arabia So Angry?», *National Post,* 16 de agosto de 2018, <https://nationalpost.com/news/canada/what-did-raif-badawi-write-to-get-saudi-arabia-so-angry>.

«He animado a las mujeres a salir a las calles»: Las declaraciones de la princesa Reema bint Bandar se han extraído de: Alicia Buller, «It's Time to Focus on Saudi Women's Capabilities, Not Their Clothes», *Arab News,* 9 de marzo de 2018, <https://www.arabnews.com/node/1262466/saudi-arabia>.

«Ella colgó un mensaje en internet que decía»: La publicación de Dina Ali está extraída de *Four Corners,* «Escape from Saudi», un reportaje de Sophie McNeill presentado por Sarah Ferguson, emitido el 4 de febrero de 2019 en ABC News, <https://www.abc.net.au/4corners/escape-from-saudi/10778838>.

«El padre de Rahaf es gobernador en #ArabiaSaudí»: Mona Eltahawy (@monaeltahawy), Twitter, 7 de enero de 2019, <https://twitter.com/monaeltahawy/status/1082198562274971648>.

«extremadamente preocupada porque una mujer saudí»: Phil Robertson (@Reaproy), Twitter, 26 de enero de 2019, <https://twitter.com/Reaproy/status/1081811017007394823>.

«Hay guardias en la puerta de la habitación del hotel»: Sophie McNeill, «When a Saudi Teen Fled the Repressive Regime, Journalist Sophie McNeill Stood by Her», *Australian Women's*

Weekly, 26 de marzo de 2020, <https://www.pressreader.com/australia/the-australian-womens-weekly/20200326/281595242607826>.

«ACNUR ha estado siguiendo de cerca los acontecimientos»: «UNHCR Statement on the Situation of Rahaf Mohammed Al-qunun at Bangkok Airport», ACNUR, 7 de enero de 2019, <https://www.unhcr.org/news/press/2019/1/5c333ed74/unhcr-statement-situation-rahaf-mohammed-al-qunun-bangkok-airport.html>.

«No os lo creáis. Esperad a Naciones Unidas»: «When a Saudi Teen Fled the Repressive Regime, Journalist Sophie McNeill Stood by Her», *Australian Women's Weekly,* 26 de marzo de 2020, <https://www.pressreader.com/australia/the-australian-womens-weekly/20200326/281595242607826>.

«Querida Rahaf, mis colegas»: Middle East Eye y otras agencias, Middle East Eye, «Saudi Teen Fleeing Family Now In a "Secure Place", UN Refugee Agency Says», 7 de enero de 2019, <https://www.middleeasteye.net/news/saudi-teen-fleeing-family-now-secure-place-un-refugee-agency-says>.

«Las autoridades tailandesas han permitido a ACNUR reunirse con la saudí Rahaf Mohammed al-Qunun»: ACNUR, publicación en Twitter, 7 de enero de 2019, 8:05 horas, <https://twitter.com/refugees/status/1082261885683142661>.

«Pueden pasar unos días hasta procesar el caso y determinar los próximos pasos»: «UNHCR Investigates Rahaf al-Qunun's Case for Asylum», Al Jazeera, 8 de enero de 2019, <https://www.aljazeera.com/news/2019/1/8/unhcr-investigates-rahaf-al-qununs-case-for-asylum>.

«El reino de Arabia Saudí no ha solicitado la extradición». (*Ibid.*)

«Dar un paso adelante y ofrecer protección a esta joven»; «muy preocupante»; y «Esto llega en un momento en el que Riad se enfrenta a una presión creciente». (*Ibid.*)

«no pueden o no están dispuestos a hacerlo» y «Ahora que la señora Mohammed al-Qunun ha obtenido este estatus, otro país tiene que aceptar acogerla»: «Rahaf al-Qunun: UN "considers Saudi

woman a refugee"», BBC News, 9 de enero de 2019, <https://www.bbc.com/news/world-australia-46806485>.

«Ella ha expresado de forma muy clara que sufrió abusos físicos y psicológicos»: Patpicha Tanakasempipat and Panu Wongcha-um, «#SafeRahaf: Activists» Lightning Campaign Made Saudi Teen's Flight a Global Cause», Reuters, 8 de enero de 2019, <https://www.reuters.com/article/us-thailand-saudi-campaign/saverahaf-activists-lightning-campaign-made-saudi-teens-flight-a-global-cause-idUSKCN1P21CU>.

«Tendrían que haberle quitado el teléfono»: Rahaf Mohammed (@rahaf84427714), Twitter, 8 de enero de 2019, 9:12 horas, <https://twitter.com/rahaf84427714/status/1082641243690156032>. El vídeo original se obtuvo de @djboych9.

«Hay que seguir una serie de pasos para entrar en el proceso»: «Marise Payne Declines to Put Timeframe on Saudi Teen Rahaf Alqunun's Asylum Claim», ABC News, 10 de enero de 2019, <https://www.abc.net.au/news/2019-01-10/marise-payne-declines-to-put-timeframe-on-rahaf-algunun-asylum/10706576>.

«Tenía que salir de Tailandia enseguida»: Robert Fife, «Saudi Refugee Who Fled to Thailand to Escape Family Is Headed to Canada», *Globe and Mail,* 11 de enero de 2019, <https://www.theglobeandmail.com/politics/article-saudi-refugee-in-thailand-headed-to-canada/>.

«Esta es Rahaf al-Qunun, una nueva canadiense muy valiente»: «Saudi Woman Arrives in Canada After Gaining Asylum», CityNews [vídeo], 12 de enero de 2019, <https://toronto.citynews.ca/2019/01/12/saudi-woman-arriving-toronto/>.

«Somos la familia de Mohammed al-Qunun»: Sophie McNeill, «Rahaf al Qunun Pledges to Use Her Freedom to Campaign for Others after Being Granted Asylum in Canada», ABC News, 14 de enero de 2019, <https://www.abc.net.au/news/2019-01-15/rahaf-alqunun-speaks-first-time-from-canada-asylum/10716182>.

«La valiente búsqueda de la libertad de Rahaf Mohammed»: «Saudi Arabia: 10 Reasons Why Women Flee», Human Rights

Watch, 30 de enero de 2019, <https://www.hrw.org/news/2019/01/30/saudi-arabia-10-reasons-why-women-flee#>.

Rebelde. Mi huida de Arabia Saudí hacia la libertad
Rahaf Mohammed

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Rebel. My Escape from Saudi Arabia to Freedom*

© 2022 by Rahaf Mohammed Enterprises Inc.

© de la traducción del inglés, Gema Moraleda Díaz, 2022

© del diseño de la cubierta, Pavel Ševčík
© de la fotografía de la cubierta, Aleksandar Mijatovic, Jozef Sowa / Shutterstock.

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2022

ISBN: 978-84-1100-078-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!